ISSN Nº: 0327 649 X

Sumario ▼

Dossier: Nuevos temas e interrogantes sobre el anarquismo

Notas en torno a la vida y la obra de Rafael Barrett

Conflictos internos en el anarquismo argentino en los años 20

Anarquismo, criollismo y literatura

Amor y sexualidad en las publicaciones anarquistas

Notas sobre la militancia anarquista en Rosario

El arte anarquista en *Ideas y Figuras*

El anarquismo y el poder

Artículos

El gobierno de Mercante en la provincia de Buenos Aires

Liga Patriótica Argentina en Mendoza

Escriben:
Anapios / Albornoz / Ansolabehere / Fernandez Cordero / Prieto / Rey / Suriano / Aelo / Mellado

▶

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA
AÑO XVI - NÚMERO 32- FINES DE 2007

32

)ENTREPASADOS(
REVISTA DE HISTORIA
AÑO XVI - NÚMERO 32 - FINES DE 2007

32

Dossier: Nuevos temas e interrogantes sobre el anarquismo: amor y sexualidad / conflictos internos / anarquismo y criollismo / el arte en *Ideas y Figuras* / Rafael Barret / sobre el poder libertario.
Artículos: Estado y partido en el gobierno de Domingo Mercante / La Liga Patriótica y sus redes asociativas en Mendoza durante los años 20

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

AÑO XVI – NÚMERO 32 – FINES DE 2007

Consejo de dirección
Silvia Finocchio
Mirta Zaida Lobato
Lucas Luchilo
Gustavo Paz
Leticia Prislei
Fernando Rocchi
Juan Suriano

Director
Juan Suriano

ENTREPASADOS se publica con el aporte económico proveniente del premio Concurso de Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales organizado por un grupo de académicos argentinos residentes en Estados Unidos, gestionado por la Fundación Compromiso y con el apoyo financiero de la Fundación Ford. El Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de General San Martín permitió acreditar los fondos provenientes de la Fundación Ford.

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El consejo de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Suscriptores: En Argentina: precio del ejemplar $ 25
suscripción anual $ 50
En el exterior, vía superficie u$s 30, vía aérea u$s 40

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Carmelo Juan Suriano, Cuenca 1949 (1416), Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4582-2925.
e-mail: entrepasados@websail.com.ar

Distribución internacional: Cochabamba 248, D. 2, Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4361-0473. Fax: 4361-0493
e-mail: cambeiro@latbook.com.ar

Impresión: Primera Clase, California 1231, Ciudad de Buenos Aires, República Argentina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Foto de tapa: *La Protesta*,
1 de mayo de 1924

Indice

Dossier
Nuevos temas e interrogantes sobre el anarquismo

Presentación
Juan Suriano 7

Anarquismo y extranjería: notas en torno a la vida y la obra de Rafael Barrett
Martín Albornoz 11

Compañeros, adversarios y enemigos. Conflictos internos en el anarquismo argentino en la década del 20
Luciana Anapios 27

Anarquismo, criollismo y literatura
Pablo Ansolabehere 43

Amor y sexualidad en las publicaciones anarquistas (Argentina, 1880-1930)
Laura Fernández Cordero 59

Notas sobre la militancia anarquista. Rosario, 1890-1903
Agustina Prieto 77

Apuntes para pensar el arte anarquista a través de la revista Ideas y Figuras
Analía Rey 89

El anarquismo y el poder
Juan Suriano 105

Artículos

El gobierno Mercante. Estado y partido en la provincia de Buenos Aires, 1946-1951
Oscar H. Aelo 123

La Liga Patriótica Argentina. Una aproximación a las redes asociativas de los elencos políticos y culturales de Mendoza (1919-1930)
Virginia Mellado 143

ISSN: 0337 649 X

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Reseñas

Diego Armus
La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950
Adriana Álvarez 167

Daniel Lvovich y Juan Suriano (eds.)
Las políticas sociales en perspectiva histórica. Argentina, 1870-1952
Germán Soprano 170

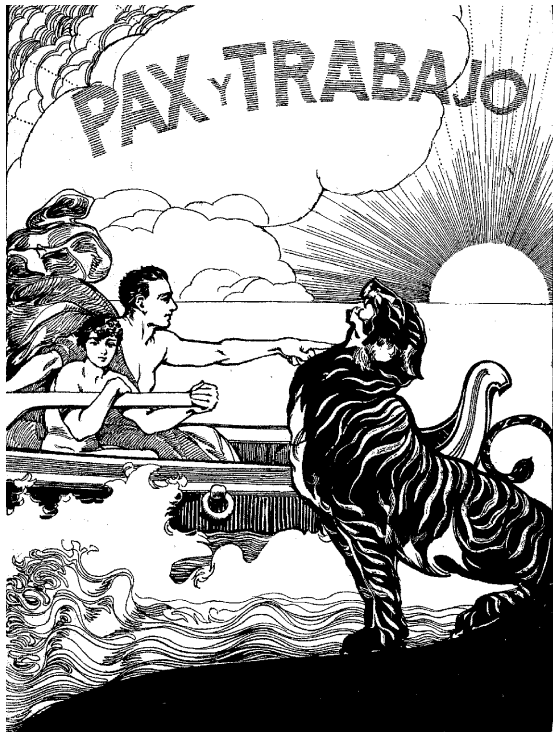
Leticia Prislei (directora) y Mirta Kircher (codirectora)
Neuquén, imágenes de una ciudad centenaria, 2004
Analía Rey 176

Cristiana Schettini
"Que tenhas teu corpo": uma história social da prostituição no Rio de Janeiro das primeiras décadas republicanas
Lerice de Castro Garzoni 179

Sandra M. Szir
Infancia y cultura visual. Los periódicos ilustrados para niños (1880-1910)
Laura Malosetti Costa 183

Horacio Tarcus
Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos
Ricardo Martínez Mazzola 185

Dossier
Nuevos temas e interrogantes sobre el anarquismo



El Carpintero y Aserrador, mayo de 1923

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Presentación

Juan Suriano

Desde hace unos años se han incrementado los estudios históricos sobre la izquierda argentina y hoy comienzan a constituir un corpus rico y vigoroso.[1] Numerosas investigaciones, que se han plasmado en artículos y libros, han abordado el análisis de diversas corrientes políticas e ideológicas y han abierto el campo de interpretación, tradicionalmente vinculado a la historia del movimiento obrero, a diversos aspectos como la cultura, el arte, la militancia, la política, la ideología, la prensa y la propaganda o la sexualidad y la familia, para nombrar sólo algunos núcleos de interés. El anarquismo no ha sido ajeno a esta preocupación por conocer y comprender a la izquierda y, precisamente, fruto de ese interés presentamos este dossier en el que se abren temas novedosos, se revisitan otros y se plantean nuevos interrogantes.

Agustina Prieto analiza la formación de la militancia anarquista en Rosario durante el entresiglos y explica cómo su acción nutrió el mito de la "Barcelona argentina" (por el predominio libertario casi absoluto), un mito que fue alimentado por las observaciones de dirigentes socialistas, periodistas y profesionales como Juan Bialet Massé. Estas miradas se basaban en la observación de la urgencia militante de un grupo de líderes anarquistas y en la creación de una red asociativa (círculos, sociedades de resistencia, la Casa del Pueblo) que demostraba una notable capacidad de acción y movilización, especialmente en los barrios más pobres de la ciudad. Estos testimonios y algunos actos callejeros emblemáticos (el homenaje al obrero asesinado por la policía) le permiten a la autora reflexionar sobre las fortalezas y debilidades del anarquismo rosarino y, de alguna manera, matizar la idea que asimila Rosario con Barcelona.

Los conflictos en el interior del movimiento anarquista en los años 20 es el tema del artículo de Luciana Anapios. Allí se indaga sobre los motivos que llevaron a diversos grupos a transformarse de adversarios en enemigos y a convertir el debate (parte constitutiva del anarquismo desde siempre) en combate violento que llegó en ocasiones al asesinato como forma de dirimir las polémicas. La autora sostiene que estas rivalidades se dieron en un contexto de redefinición de la identidad libertaria debido a los notables cambios producidos en la sociedad argentina. Pero estos conflictos no siempre se originaron en diferencias políticas o ideológicas (anarco-bolchevismo, terrorismo), a veces eran producto de rivalidades personales (Diego Abad de Santillán y Rodolfo González Pacheco) o luchas por el poder (control de *La Protesta*, hegemonía en la FORA, etc.). Resulta indudable la incidencia de estos conflictos internos en la decadencia del anarquismo argentino.

Una de las carencias más significativas en los estudios sobre anarquismo refiere al campo de los estudios biográfico-intelectuales de sus figuras relevantes. Aquí, Martín Albornoz

Entrepasados - Nº 32, fines de 2007: 7-9

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

comienza a recorrer la vida y la obra de Rafael Barrett, intentando determinar las asonancias y disonancias de su pensamiento con la doctrina libertaria. Barrett fue uno de los pensadores más originales que se hayan conectado con el anarquismo local. Su vida parece reunir todos los elementos típicos de los intelectuales contestatarios del entresiglos: una vida intensa y fugaz a causa de la tuberculosis, que arranca con el repudio a su pertenencia aristocrática y termina con su estancia en Paraguay, donde vive con modestia y se dedica a escribir y denunciar las tremendas condiciones de vida y labor de los trabajadores paraguayos. Albornoz comienza evaluando algunos de los numerosos juicios y comentarios generados por su obra; luego recorre sus escritos poniendo énfasis en "su condición de extranjero en territorio sudamericano". Finalmente, se esboza la concepción del escritor catalán sobre la cuestión social paraguaya y las propuestas para su resolución.

El análisis de las revistas culturales vinculadas al anarquismo es la preocupación de Analía Rey quien, en este caso, analiza *Ideas y Figuras*, la publicación dirigida por Alberto Ghiraldo. Tras plantear la compleja relación de la revista y su director con el movimiento anarquista, la autora centra su mirada en los artículos vinculados al arte en los que se advierte el interés de la publicación (y de su director) por la conformación de un mercado de arte que deja fuera a los artistas jóvenes puesto que la mercantilización burguesa impide la aparición de nuevos talentos. Rey sostiene que *Ideas y Figuras* tiene la intencionalidad de formar parte de la crítica de arte especializada y para ello publica artículos "muy minuciosos" donde propone un perfil de artista que trate de hallar el "alma del pueblo".

El artículo de Pablo Ansolabehere aborda la relación entre anarquismo y criollismo, y sostiene que los libertarios se involucraron en el debate sobre la tradición nacional y en su seno coexistieron tanto versiones que denostaban lo criollo como aquellas (minoritarias) que intentaban incorporar esa tradición (reformulada) a la tradición de lucha del discurso libertario. Para ello recorre dos textos emblemáticos de estas dos posturas: *El crepúsculo de los gauchos* de Félix Basterra y la revista *Martín* Fierro dirigida por Alberto Ghiraldo. Asimismo, intenta descubrir cuál es la recepción del anarquismo y la imagen del anarquista en la "literatura criollista" fuera del ámbito específico del discurso libertario argentino.

El amor y la sexualidad en las publicaciones anarquistas es el tema analizado por Laura Fernández Cordero, quien parte del interrogante sobre "¿qué leían y escribían los anarquistas acerca del amor y la sexualidad?" para tratar de establecer cuáles eran las formas discursivas elegidas para expresarse sobre ese tema. Plantea que en el período analizado (1890-1930) se produjo en el discurso libertario un desplazamiento desde temas como la crítica al matrimonio burgués, el amor y la unión libre o la emancipación de la mujer hacia la preocupación por el ejercicio de la sexualidad y el control de la concepción. Este deslizamiento no exento de tensiones, que no borró la continuidad de un núcleo de ideas, se relaciona a la interacción con otros discursos de la época.

Finalmente, mi trabajo sobre la concepción libertaria del poder intenta reflexionar sobre uno de los problemas básicos del anarquismo: la imposibilidad (¿incapacidad?) de construir un poder alternativo por parte del movimiento libertario. Para ello analizo de qué manera interpretan conceptos como "poder" y "autoridad", y la vinculación entre éstos con el Estado, la ley, la patria y el sistema político representativo que serían las herramientas de las cuales se valen los grupos dominantes para construir y retener el poder a la vez que sojuzgar a los trabajadores. También se analiza cómo pensaban e imaginaban la vida alternativa en la sociedad futura (la comuna anarquista) y cuál es el contrapoder a construir en ella. Finalmente, la particular visión del poder libertario es abordada a la luz de las fracasadas experiencias puestas en práctica en Aragón y en Cataluña durante la guerra civil española.

Notas

[1] En esta breve introducción no se especificarán títulos o autores pues sería una tarea que excede la presentación de este dossier.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Anarquismo y extranjería: notas en torno a la vida y la obra de Rafael Barrett*

*Martín Albornoz***

Sed agradecidos con ese inmenso no-yo al cual debéis vuestro ser, con ese extranjero que os ha creado, que os ha enriquecido con su inteligencia y con su carne, que os lo ha dado todo, menos la tierra, y que aún podrá salvaros con sus lecciones de sensatez y sacrificio.
Rafael Barrett, *El terror argentino*, 1910

Reconstruir, marzo-abril de 1976

El 13 de enero de 1911, a través de un obituario sin firma, el periódico *La Prensa* de Montevideo dio a conocer la muerte del escritor español Rafael Barrett, acaecida el 17 de diciembre de 1910 en Arcachón, Francia: "El alto pensamiento americano pierde con Barrett uno de sus más sólidos y altos cerebros". En los días siguientes, numerosos diarios uruguayos, argentinos y paraguayos se hicieron eco de la noticia reflejando la pena que

* Este trabajo, de alguna manera, es una reescritura de "El instante de Barrett", *Políticas de la memoria*, 6-7, Buenos Aires, 2007, pp. 175-182. A su vez recoge los valiosos comentarios que Ricardo Martínez Mazzola le hiciera en la mesa de intelectuales latinoamericanos, en ocasión de las XI Jornadas Interescuelas de Departamentos de Historia. A él mi agradecimiento.

** UBA.

Entrepasados - Nº 32, fines de 2007: 11-26

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

significaba su fallecimiento. Solamente el matutino católico montevideano *El Bien* manifestó su desacuerdo ante las abundantes muestras de pesar. Un tal Mejorana, sin dar a conocer su nombre real, se preguntaba, luego de señalar la exagerada valoración de la figura en cuestión: "¿Quién era Rafael Barrett? ¿Qué clases de servicios prácticos había prestado con su obra a esta sociedad, a esta patria? ¿Cuáles?". Oportunamente la defensa de la memoria del difunto estuvo a cargo, en los términos esperados, del periodista de *La Razón* Arturo Pablo Visca, lo que dio lugar a un contrapunto diario que duraría al menos una semana. En sus "reflexiones" Mejorana muestra su sorpresa porque un medio periodístico que se precia de ser moderno y sensato, de amplia y cotidiana circulación (y cuya responsabilidad es la de bregar por la integración de la sociedad), ensalzara a un "notable anarquista" a un "señor anarquista".[1] Me detengo en este punto del debate sencillamente para hacer notar que mientras que es Mejorana quien destaca la pertenencia de Barrett al universo ácrata, Visca encara su defensa en términos de una recuperación del librepensador, del hombre de ideas (avanzadas) y no en términos meramente políticos, y si bien es cierto que la obra de Barrett desborda por mucho los cauces del anarquismo como corriente de ideas, prácticas y preocupaciones, no es menos cierto que en algún momento de su vida él llegó a situarse y pensarse a sí mismo como anarquista. Huelga decir que la mirada del anarquista ofrecida por Mejorana se pierde, en su delirio detractor, en la mera generalidad, puesto que la prédica libertaria de Barrett no se condice, prácticamente, con ninguna de sus características más habituales. Hay que decir, además, que no pocas veces son los enemigos más acérrimos quienes dan en la clave en la justa valoración de sus adversarios.

Este trabajo pretende favorecer el mayor conocimiento de la obra y la vida de "ese señor anarquista". Para ello, en un primer momento se realizará una evaluación crítica de algunos de los numerosísimos juicios y comentarios que suscitó su obra. Es importante señalar que Barrett despertó y despierta una fascinación a la que es difícil sustraerse; su vida fue de una intensidad poco común, no sólo por la miríada de acontecimientos trágicos, y hasta cierto punto curiosos, que signaron su existencia sino también porque escribió toda su producción literaria y periodística –de una calidad llamativa– en tan sólo seis años. En un segundo momento se tratará de hallar el tono a sus escritos, en el cual su condición de extranjero en territorio sudamericano resulta determinante, principalmente en lo que a la realidad social paraguaya se refiere. Por último, se relevarán algunas de sus concepciones más generales de la *cuestión social* y de las soluciones que para ella propone. Tales concepciones sirven como trasfondo para comprender el marco teórico en el cual se desarrollarán sus trabajos de denuncia contra el naciente capitalismo en la cuenca del Plata.

I

¿Cómo explicar el vuelco de un joven y promisorio intelectual español de principios del siglo XX, que, habituado a transitar los salones de la aristocracia madrileña, terminó recalando, viviendo y denunciando, en la máxima pobreza, las injusticias del sistema capitalista en uno de los países más pobres del continente americano? Desde la aristocracia española a la miseria de los yerbales paraguayos hay, en apariencia, un antes y un después netos. Pero si esto fuera así, ¿dónde situar la cesura? El escritor Abelardo Castillo la sitúa sin más (y prácticamente) en la travesía transoceánica: "Cuando, hacia 1904, su nombre empieza a pronunciarse en América, ya es el anarquista Rafael Barrett, el revolucionario Rafael Barrett, el formidable escritor Rafael Barrett".[2] Sin embargo, algunos testimonios de la época parecen desmentir semejante afirmación. Entre ellos el más notable, no sólo por su sarcasmo, sino porque permite reconstruir, al menos parcialmente, la forma en la que Barrett tempranamente se insertó en el mundo intelectual argentino de principios del siglo XX, es el de Manuel Gálvez en sus *Recuerdos de la vida literaria*. Refiriéndose al itinerario y a las figuras que formaron parte de la experiencia de la revista *Ideas* recuerda: "Entre los colaboradores de la revista que no pertenecían a nuestro compacto grupo hubo uno que merece un comentario especial. Era un hombre muy alto y rubio, elegante, distinguido y de bello tipo que se llamaba Rafael Barrett. […] Había tratado con Oscar Wilde y vivido en París, cosas ambas que le dieron prestigio entre nosotros. Un día quiso conocer a mi familia y fue a la casa de mi padre, donde le presenté a mis hermanas. Barrett nos sorprendió con su levita elegantísima y su galera de felpa. Esto no tendría mayor interés si no dijese lo que después hizo este hombre. Quedó en la mayor pobreza y fue a dar al Paraguay. Allá conoció la vida del trabajador en los yerbales, la existencia mísera de la clase proletaria, y escribió varios libros que explotaron en los países del Plata como bombas de dinamita, y uno de los cuales, el más impresionante, titulábase *El dolor paraguayo.* Convirtióse en el padre espiritual de los rebeldes, en un líder anarquista y peligroso. Y cuando yo oí hablar de él con fervor a algunos de sus partidarios, me acordaba de aquella levita y aquella galera de felpa".[3] Desde esta perspectiva, la discontinuidad se atenúa, ya que al llegar Barrett a Buenos Aires no busca el amparo de las existentes y muy difundidas redes del anarquismo local sino que se acerca a los círculos de sociabilidad propios del ámbito literario porteño.

Su deriva no se confunde con la de los miles de inmigrantes españoles que llegaron a la Argentina en búsqueda de trabajo. En cierta medida su recorrido es inverso, razón por la cual todo en él despierta una inevitable fascinación: su juventud, lo fulminante y definitivo de su mutación, su desclasamiento, la calidad de sus escritos, su curiosa disposición a la lucha y a la vindicación del propio honor, su temprana muerte; hasta su padecimiento de la tuberculosis. El ensayista chileno Armando Donoso, con un lirismo arrebatado, lo llama "nuevo Anarkos", "Hombre-Verdad", y lo comparara con Lázaro; afirmó: "Bohemio incorregible, que sobrellevó resignado la dignidad de su franciscana pobreza; muriéndose un poco cada día, en medio de todos, con las alas a la rastra como el albatros baudeleriano; devorado por la tuberculosis; consumido por la melancolía, torcedor que no respeta los músculos más recios ni los buenos humores más templados".[4]

Ante la dificultad de explicar la torsión biográfica de Barrett, a la que Augusto Roa Bastos eleva al status de "misteriosa", quizá lo mejor sea conformarse con admitir que su vida no es, en realidad, tan distinta de la de otros célebres anarquistas, pongamos por caso a Mijaíl Bakunin y Piotr Kropotkin,[5] que, rompiendo con las ataduras de su origen, se volcaron con denuedo a la subversión del orden existente. La clave para este tipo de aproximación la da el escritor y militante anarquista Rodolfo González Pacheco: "Generalmente, los más notorios rebeldes provienen de aquellas clases, o castas, detentadoras del mando. Y viceversa: los más brutales tiranos surgen también de las otras, sometidas y expoliadas. […]

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Esto ocurrió con Barrett. Nacido de hidalgos ricos, creció con la cultura de su época, viendo crecer en el mundo el arte y la ciencia. Jugando a sabio y a artista, seguro de que la vida era eso que floreció de los libros. [...] Y así, con este bagaje de señorito o de príncipe, se echó a vivir".[6]

II

Rafael Ángel Jorge Julián Barrett y Álvarez de Toledo, tal su nombre completo, nació el 7 de enero de 1876, cerca del mar Cantábrico, en Torrelavega (Santander), España. Pasó parte de su juventud en París, donde completó el secundario, y estudió, de manera inconclusa, ingeniería en Madrid. Gran pianista, hablaba y leía a la perfección más de un idioma. Interactuó en esta primera etapa de su vida con miembros de la llamada juventud del 98, a la que algunos estudios han asociado su figura. Tanto Ramiro de Maeztu como Pío Baroja y Ramón del Valle Inclán dejaron constancia en sus memorias de haber tratado con él. De hecho, el único análisis integral de la obra de Barrett disponible, realizado por Francisco Corral,[7] sitúa muchos de sus tópicos dentro del magma de inquietudes que animó la vida intelectual finisecular en España. A saber: regeneracionismo social y modernismo estético.

Luego de "malgastar" su fortuna –algo modesta para el canon aristocrático– y de ser víctima de la bizarra deshonra que incluyó una descalificación a su persona por conductas sexuales contranatura, un reto a duelo y un azotamiento en público al duque de Arión,[8] por el cual sufrió una suerte de excomunión de la aristocracia madrileña, previo paso por París, donde circula apócrifamente la noticia de su suicidio, parte a Europa con destino americano en los primeros días de 1903.

Se ignora con precisión en qué momento de 1903 Barrett llegó a Buenos Aires. Lo que es posible afirmar es que el 1 de agosto de ese año apareció en la revista *Ideas* el primer texto, del que se tenga noticia, con su firma, titulado "Aguafuertes". Colaboró también en la revista *Caras y Caretas* y en los periódicos *El Tiempo y El Correo Español*, este último portavoz de los españoles republicanos en la Argentina. Se sabe también que se dedicó a las matemáticas.

En Buenos Aires, a partir de una polémica generada por la disertación del republicano español Ricardo Fuente llevada a cabo en el teatro San Martín, Barrett tuvo un duro intercambio con el militar español Juan de Urquía, quien desde las páginas de *El Diario* y bajo el seudónimo de "El Capitán Verdades" atacaba a Fuente. El altercado terminó en un reto a duelo que Barrett aceptó, pero que no habría de llevarse a cabo al llegar noticias desde Madrid que recordaban que Barrett había sido descalificado allí por un tribunal. Sin dudarlo un segundo e imposibilitado de probar su honor en el duelo, Barrett se precipitó al hotel Imperial en búsqueda de Urquía y, equivocándose de persona, golpeó duramente, con un bastón, al dueño del hotel, el señor Pomés. Hay que decir que, para Barrett, el duelo, como instancia de autoafirmación, era absolutamente legítimo. En un texto de 1906 (una fecha casi tardía en la vida de Barrett) afirma: "El duelo es legítimo: es la única salvaguardia de nuestra individualidad, es un precioso excitante del valor personal y de las energías sociales; es un bello gesto de las edades heroicas".[9] En la primera mitad de 1904 Barrett aceptó irse a Paraguay como cronista del diario *El Tiempo* para cubrir la revolución liberal que estaba teniendo lugar allí. Con su llegada a Paraguay pareció definirse el perfil más acabado de Barrett y su obra. Se refirió a Paraguay como "el único país mío, que amo entrañablemente, donde me volví bueno". Lo cierto es que, salvo en el lapso de menos de cuatro meses que vivió en Montevideo y el tiempo que estuvo fuera con motivo de una deportación, Barrett produjo la mayor parte de su obra en Paraguay. En Asunción trabajó como periodista, desde enero de 1905, en *El Diario* y realizó tareas como ingeniero, ocupando diversos cargos en la Oficina de Estadística. Trabajó luego en el Departamento de Ingenieros y en el ferrocarril, a la vez que dictaba clases de matemáticas. En 1906 fue nombrado secretario del Centro Español, donde conoció a Francisca López Maíz, con quien se casaría el 20 de abril y con quien habría de tener su único hijo, Alex. Ya en 1907 trabajó como agrimensor en Arroyos, Esteros y Laguna Porá y fue, aparentemente, en aquel año cuando se manifestaron los primeros síntomas de tuberculosis.

En 1908 su producción periodística se intensificó y se publicaron artículos suyos en *Los Sucesos, La Tarde, El Paraguay, El Cívico, El Diario,* todos periódicos asunceños. Si bien, al parecer, ya había participado en actividades de la Unión Obrera, fue en ese año cuando Barrett, junto con el militante argentino José Guillermo Bertotto, desarrollaría actividades específicamente anarquistas con la fundación del periódico *Germinal*.[10] Este periódico ha sido considerado como un hito dentro de la historia del movimiento anarquista paraguayo aunque, como todo en Barrett, fue de una increíble fugacidad. *Germinal* alcanzó a publicar tan sólo once números entre el 2 agosto y el 11 de octubre.

Barrett muere el 17 de diciembre de 1910 a los treinta y cuatro años en Arcachón, Francia, en una última y desesperada tentativa por curar la tuberculosis.

III

El conjunto de la obra de Barrett se compone de numerosos artículos periodísticos publicados en medios que no guardaban relación directa con el movimiento anarquista aunque por el propio Barrett sabemos que ensayos suyos fueron reproducidos en periódicos de esa tendencia y no siempre respetando su autoría. En un curioso escrito, que en realidad es una carta abierta al editor de la revista *Germinal* de Paraná, Barrett hace notar que se están publicando sus "Moralidades" con la firma de *Señor de Phocas*: "¡No llevo dos años de escritor militante y ya me plagian!". La carta da lugar a una interpretación de la autoría, según la cual la misma es considerada menos importante que las ideas en sí mismas: "¿Qué importa la firma? A usted le gustan mis ideas, las reproduce y las propaga; he ahí lo esencial; ¿qué importa la etiqueta Rafael Barrett o *Señor de Phocas*? ¿Será distinto el vino? ¿Dejarán de ser mías las ideas? Son ellas las vivas, y no mi nombre, letrero casual. Son ellas las que constituyen mi personalidad, lo único de mi espíritu, y no las letras de mi apellido. Usted es mi vehículo, el medio de que mis ideas circulen, algo así como mi cabalgadura mental".[11] Además de la prosa periodística, publicó una serie de ensayos y conferencias, de diálogos, de cuentos breves (reunidos, después de su muerte, bajo el nombre "Del Natural") y un conjunto de pequeños textos titulados "Epifonemas" que, como bien observa San-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tiago Alba Rico, a la manera de emblemas "parecen cortados de alguno de sus escritos o embrión para futuros textos".[12] Más tarde, cincuenta y siete años después de su muerte, se editaron sus cartas con introducción y notas de su viuda Francisca López Maíz.

Barrett editó, en vida, solamente un libro titulado *Moralidades actuales* en 1910 –una antología de sus ensayos publicados tanto en Uruguay, en la Argentina como en Paraguay, dedicados a la comprensión de problemas que le fueron contemporáneos– y un folleto, "El terror argentino". Todos los trabajos incluidos en el primero fueron seleccionados y ordenados por él mismo y resulta sumamente difícil resumir las temáticas abordadas en este libro; hay en él reflexiones religiosas, intentos de comprensión del anarquismo en la Argentina, desarrollos sobre la dactiloscopia como expresión del control policial sobre la vida de las personas, acercamientos a los adelantos tecnológicos encarnados en un palimpsesto de artefactos técnicos y especulaciones sobre el suicidio, como veremos tema recurrente en sus escritos.

El que fuera su libro probablemente más conocido, *El dolor paraguayo,* fue editado póstumamente, si bien el índice de los textos que habrían de incluirse lo preparó el propio Barrett con sumo cuidado. Como su nombre lo indica, reúne la prosa periodística dedicada a Paraguay y está compuesto por notas e impresiones que van desde la omnipresencia de la mujer paraguaya después de la Guerra de la Triple Alianza, hasta sus escritos de denuncia sobre la situación de los obreros en Paraguay, pasando por notables análisis de la religiosidad popular paraguaya y del idioma guaraní. Todos los motivos y problemas abordados en *El dolor paraguayo* se reconocen y recortan sobre la naturaleza entendida como una suerte de *ámbito de destino* que, a la manera de un hilo conductor, dota de sentido a todo el libro. Como oportunamente señaló Leandro Delgado Rey: "Al contrario de lo que sucede con el resto de su obra, recopilada en volúmenes diversos después de su muerte, hay en *El dolor paraguayo* un cuidado en la edición que no respeta exactamente el orden en que las crónicas fueron publicadas […]. De este modo el conjunto de textos se presenta como un largo proceso de percepción cada vez más diversificada y sofisticada".[13] Aunque, como observamos anteriormente, *Moralidades actuales* también fue preparado por Barrett, la cita de Leandro Delgado Rey es sumamente pertinente en la medida en que las posteriores reediciones de estos libros no han respetado el criterio establecido por su autor. El caso más llamativo es el de la edición más reciente de sus *Obras completas*, al cuidado de Miguel Ángel Fernández y Francisco Corral. Estos últimos han reunido con dedicación, en 1988, la totalidad de los escritos de Barrett accesibles hasta hoy, en cuatro tomos que además, a diferencia de la edición argentina de 1943 de Americalee, contienen una valiosa información hemerográfica que permite situar cada uno de los textos con su fecha y lugar de edición original. Reunieron, además, una gran cantidad de comentarios y juicios de importantes políticos y escritores sobre Barrett.

El problema de estas *Obras completas* es que se tomaron los nombres de los libros compilados por Barrett como indicadores temáticos, no respetando los criterios establecidos por el propio Barrett para sus ediciones, como si éstos no fueran suficientes para conformar un libro en sí mismo. Los autores determinaron que "hubiera sido válido mantener el índice original de los tres libros preparados por Barrett y haber aplicado el criterio temático al resto de sus textos. Tras detenidas evaluaciones, esta última opción no fue la utilizada en base a no considerar tan esencial la ordenación realizada por Barrett".[14] Contrariamente a lo que los editores aducen, Barrett deja entrever que no sólo le importaba la ordenación de los textos, y esto por la simple razón de que eligió unos y no otros, sino que seguía sumamente de cerca todo lo que tuviera que ver con el libro. En una carta a José E. Peyrot, amigo y teósofo uruguayo que intermediaba entre Barrett y su editor en Montevideo Orsini Bertani,[15] a propósito de la futura edición de *Moralidades actuales,* detallaba: "Constará de 89 artículos, aquello que he encontrado de interés durable en mi labor de tres años. Se trata pues de un volumen de 300 a 400 páginas. Lo quiero sobrio, desnudo, sin retratos, prólogos ni epílogos, y me parece que lo mejor es hacer una edición barata, el libro es revolucionario (¡89!)"[16]. Ochenta y nueve y no los ciento tres textos que se incluyen en las últimas *Obras completas* bajo el título *Moralidades actuales*. Con respecto a *El dolor paraguayo* y la intencionalidad del libro, Barrett escribe también a Peyrot: "No tiene usted idea de lo salvaje que es esto. El paisaje imponente le agradaría mucho. Es la verdadera América. A veces aparecen tigres por estos contornos, ¡no le digo más! Tengo la esperanza de que la aparición de las *Moralidades actuales* ayude a la publicación de mi libro sobre el Paraguay: *El dolor paraguayo* que he terminado ya. Entonces verá usted lo que es esta comarca tan desconocida y tan calumniada".[17]

IV

La obra de Barrett ha sido objeto de muchos comentarios y referencias, alguno de los cuales ya hemos expuesto, aunque en su mayoría han sido marginales. Le han dedicado palabras elogiosas, entre otros, José Enrique Rodó,[18] Jorge Luis Borges,[19] Barón Biza[20] y Héctor A. Murena.[21] Es David Viñas quien propone pensar líneas de continuidad entre Barrett y experiencias literarias posteriores. En este sentido en *Literatura argentina y política*, en la equívoca bohemia porteña de principios del siglo XX, Viñas encuentra que "probablemente con *El terror argentino* de Rafael Barrett se vaya dibujando un cauce alternativo que, más allá de ciertos tonos proféticos o de un *filantropismo inoperante*, llegue a lo eventualmente rescatable de Boedo o al criticismo más reciente y certero de un Osvaldo Bayer".[22] Pese a lo asombroso de esta última afirmación, todos los estudios sobre el tema tienden a resaltar la fuerte recepción e impacto que tuvo Barrett en el grupo de Boedo. Como ejemplo de esto último, se puede invocar el estudio de Álvaro Yunque titulado *Barrett. Su vida y su obra*. Viñas destaca que el viejo trabajo de Álvaro Yunque es "el único esfuerzo argentino de reivindicación de ese emergente libertario de origen español".[23] Sin embargo, este "único esfuerzo" reivindicativo está plagado de errores biográficos e interpretativos en su semblanza, algunos notablemente mal intencionados. Desliza algunos reproches bastante particulares. El principal es considerar "un error" de Barrett haber recalado en Paraguay: "Huyó a la Asunción en busca de un clima más cálido y de paz. Fue su gran error. […] Con toda su insensibilidad y su indiferencia, Buenos Aires es una ciudad y Asunción –insensible y curiosa– una simple aldea. […] En Buenos Aires se lee, se estudia, se piensa. Hay inquietud. La Asunción es el marasmo, la parálisis".[24] En términos de merecimientos, la apuesta de Yunque es más fuerte aún, enfatizando que Paraguay tuvo "la rara suerte de que le cayera un hombre superior, pero no se lo merecía".[25] Más recientemente Viñas intentó situar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la operación realizada por los escritores vinculados con Boedo comentando que "el boedismo, mediante una táctica *intuitiva*, improvisada quizá en su revalorización de Barrett, al hacerse cargo de la zona periodística, sobre todo la representada por *El dolor paraguayo*, prescindía de preconceptos genéricos. El trabajo cotidiano, los artículos en periódicos y revistas [...] podían exhibir un valor análogo al que se le adjudicaba tradicional, académicamente al libro como tal".[26] El sintético pero sugestivo juicio de Viñas permite intuir la trama de operaciones que tuvieron que llevar a cabo escritores como Elías Castelnuovo y Álvaro Yunque para asignarle valores literarios a la prosa periodística de Barrett.

En cuanto al lugar que le cabe a Barrett dentro de la literatura anarquista propiamente dicha, Jean Andreu, Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya la analizan subsumida dentro lo que ellos llaman "poética de la urgencia". Este tipo de poética incorporaría el elemento literario como un medio-instrumento con propósitos de propagación ideológica. Sin tiempo para devaneos estéticos y pensada para un público proletario, la tentativa anarquista finalmente se trataría "de una literatura en la cual la ética predomina sobre la estética, puesto que el objetivo declarado con obstinación es el de terminar para siempre con una sociedad de injusticias, de oscurantismo y de vicio, para construir aquella armoniosa ciudad de Utopía, que ocupa un lugar tan importante en el imaginario anarquista y en la cual el hombre, libre al fin, recobrará su verdadera condición original de sensibilidad y de bondad".[27] De forma binaria, en la visión de Andreu, Fraysse y Montoya el anarquismo como forma literaria encontraría su tonalidad a partir del tipo de militancia que los anarquistas rioplatenses de principios de siglo desarrollaban.

Signada por la urgencia, como sostiene Juan Suriano, la práctica anarquista "privilegiaba la acción y la propaganda y, en ese sentido, relegaba la teoría a la descripción sistemática y reiterada de los problemas sociales. La enorme mayoría de artículos publicados en distintos medios periodísticos locales hacían referencia, generalmente desde una perspectiva moralista, a los males de la sociedad capitalista: la perversión del Estado, la hipocresía y la lujuria de la Iglesia, la codicia y el carácter explotador de la burguesía o el sufrimiento del proletariado, para mencionar algunos de los tópicos más importantes. Había un hilo conductor en la forma de abordar todos estos temas consistente en cierto grado de abstracción e intemporalidad, que ocultaba la especificidad de la sociedad en la que estaba operando políticamente".[28] Más adelante Suriano agrega que "la pasión por la observación y la cuantificación de los datos de la realidad económica y social estaban casi ausentes de sus análisis".[29] En medio de este marasmo de crítica moralista y de una discursividad en la cual "las palabras no son ya experiencias vivas, sino modelos mediante los cuales se provocan en el lector determinado tipos de emociones",[30] los lienzos escriturales de Barrett constituyen una excepción, no sólo por su calidad y sus efectivos intentos de denunciar de manera sistemática cómo se estructuran la explotación y la dominación en la Argentina y Paraguay sino por el lugar de enunciación desde el cual estos análisis son pronunciados.

V

El punto de mira de Rafael Barrett es el del extranjero español que interpreta los hechos de su tiempo y les presta un tono de inactualidad. De esta manera la realidad social no es simplemente transcripta sino revelada en sus múltiples significaciones. Entendido a la manera de Georg Simmel, el *extranjero* es un tipo de configuración en la que se condensan tanto la no vinculación a un punto del espacio como el sedentarismo, no es quien viene hoy y se va mañana, sino quien viene hoy y se queda mañana; es, por así decirlo, "el emigrante en potencia, que aunque se haya detenido, no se ha asentado completamente. Se ha fijado dentro de un determinado círculo espacial –o de un círculo cuya delimitación es análoga a la espacial–; pero su posición dentro de él depende esencialmente de que no pertenece a él desde siempre, de que trae al círculo cualidades que no proceden ni pueden proceder del círculo".[31]

La mirada que Barrett trae consigo no es ni extraña ni familiar y pertenece a la zona gris de quien tiene una posición de miembro, pero que a su vez está afuera (y enfrentado) con un espacio social determinado. Según Carlos Centurión, Barrett y su compañero Bertotto fueron, "para los trabajadores asunceños, dos extranjeros que hablaban un extraño pero sugerente lenguaje que llegaba al corazón y al entendimiento lenta pero hondamente".[32] Toda la vida de Barrett estuvo jalonada por los desencuentros y la falta de firmeza. Ni siquiera llegó a fundirse orgánicamente con el naciente movimiento obrero paraguayo, para el cual, por invitación de la Federación Obrera Regional Paraguaya,[33] brindó una serie de conferencias de las cuales se conservan tres: "La tierra", "La huelga" y "El problema sexual". Y pese a todo, el peso de la obra de Barrett en Paraguay es inestimable. Augusto Roa Bastos, al prologar una reedición de *El dolor paraguayo*, sostuvo que ofició de descubridor de la realidad social paraguaya y que "en la noche del infortunio paraguayo, la vida y la obra de Barrett fue un meteoro que resplandeció, por desdicha, sólo un corto instante. Un resplandor, sin embargo, que proyectó vislumbres futuras: las que hoy tienen plena vigencia".[34]

Entre todos los textos que Barrett dedica al análisis de la realidad social de Paraguay, aquellos agrupados en *Lo que son los yerbales* resultan los más impresionantes, no sólo por la intencionalidad clara de denunciar una injusticia, sino por el real conocimiento que aportan sobre la situación de los sectores populares paraguayos (y no sólo paraguayos, sino también argentinos de Corrientes y Misiones) a principios de siglo. Barrett escribe *Lo que son los yerbales* en junio de 1908 y los artículos que lo integran fueron publicados por *El Diario* entre el 15 y el 27 de ese mes: "La esclavitud y el Estado", "El arreo", "El yugo en la selva", "Degeneración", "Tormento y asesinato" y "El botín". Con estos trabajos hace su ingreso a la literatura social la figura del *mensú*, el obrero que trabaja en las plantaciones de yerba mate. Es posible encontrar ecos de *Lo que son*...en la obra de Horacio Quiroga, particularmente en su cuento "Los mensú", no sólo desde el título sino del modo mismo de abordar los problemas. Más explícitamente Alfredo Varela recupera los escritos de Barrett para incorporarlos al argumento de lo que, en su momento, fue una de las novelas más representativas de la narrativa comunista afín a la Unión Soviética en la Argentina, *El río oscuro*, publicada originalmente en 1943.[35]

Lo que son los yerbales se basa, en cierta medida, en las impresiones recogidas por Barrett en su trabajo como agrimensor y en información suministrada por distintos testigos presenciales debidamente contrastada entre sí. Al igual que *El terror argentino*, su estudio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sobre la estructura económica argentina, el método de análisis consiste en estudiar y poner de manifiesto, no los accidentes sino las regularidades: "No he elegido lo más horrendo, sino lo más frecuente, la excepción sino la regla".[36] Con esta metodología se interpela al lector y se lo conduce al infierno de los yerbales: "Venid conmigo a los yerbales, y con vuestros ojos veréis lo real". Todo el sistema de explotación yerbatero está enmarcado, no sólo en la costumbre, sino que está sancionado por el Estado. De esta manera, el polo de la explotación económica, y en esto el argumento es debidamente anarquista, descansa en primera instancia en la dominación política y no al revés. Barrett analiza los distintos decretos y las diferentes leyes que después en la inmediata posguerra y apuntalaron el andamiaje social mediante el cual es el trabajador el observado y puesto en rigor por las leyes y no las empresas como la Compañía Industrial Paraguaya y la Matte Larangeira. Estas últimas, principalmente la Compañía Industrial Paraguaya, en los años posteriores a 1871 han ido acaparando todas las tierras que fueran del Estado y estableciendo monopolios: "Es sabido que el Estado perdió sus yerbales. El Estado llegó al extremo de regalar ciento cincuenta leguas a un personaje influyente. Fue aquella una época interesante de venta y arriendo de tierras y de compra de agrimensores y jueces".[37]

El grado cero de la explotación en el Alto Paraná se expresa por la forma de contratación de los trabajadores: el conchabo mediante la paga de un adelanto. Toda la operación se realiza ante un juez que rubrica la contratación y "con todas las formalidades de un ingreso en presidio". Por lo pronto, el adelanto deviene deuda que el obrero deberá pagar en forma de trabajo. Todo el mecanismo está, según Barrett, preestablecido: "El anticipo, la deuda, es la cadena que arrastra el peón de un habilitado a otro". Incluso el holgorio temporario que significa el dinero rápidamente adquirido por el trabajador forma parte del andamiaje: "¡Durante horas la víctima es rica y libre! Mañana el trabajo forzado, infinita fatiga, la fiebre, el tormento, la desesperación que no acaba sino con la muerte. Hoy la fortuna, los placeres y la libertad. ¡Hoy vivir, vivir por vez primera! Y el niño enfermo sobre el cual va a cerrarse la verde inmensidad del bosque, donde será para siempre la más hostigada de las bestias, reparte su tesoro entre las *chinas* que pasan, compra por docenas frascos de perfume que tira sin vaciar […] se embriaga en un supremo afán de olvido, se enloquece. Alcohol asqueroso a 10 pesos el litro, hembra roída por la sífilis, he aquí la postrera sonrisa del mundo a los condenados de los yerbales".[38]

En *Lo que son los yerbales* Barrett proporciona una infinidad de datos, precios de alimentos que se venden en tiendas que pertenecen a las propias compañías yerbateras, variaciones en los regímenes de contratación y en la organización del trabajo mismo. El relato descansa en informaciones "objetivas" y mediante estas inclusiones Barrett escapa a la mera crítica moral tan cara a la retórica libertaria. Y sin embargo todo en la narración de los hechos redunda en el patetismo de la situación de los mensús; cada artículo es un anillo más en la cadena de la opresión y el abandono, ya que una vez en la selva "el esclavo está tan desamparado como en el fondo del mar".[39] A cada paso que da, el trabajador de los obrajes se va deshumanizando. La propia selva, "monstruo inextricable, inmóvil, hecho de millones de plantas atadas en un solo nudo infinito", contribuye a la situación constituyéndose como un espacio de experiencia más coercitivo que la misma cárcel. Dirigiéndose a los que están en las prisiones, les dice: "Vosotros los que os apagáis en un calabozo, no envidiéis al prisionero de la selva. A vosotros todavía os es posible acostaros en un rincón para esperar el fin. A él, no, porque su lecho es de espinas ponzoñosas […]. A vosotros os separa de la libertad un muro solamente. A él le separa la inmensa distancia, los muros de un laberinto que no acaba nunca. Medio desnudo, desamparado, el obrero del yerbal es un perpetuo vagabundo de su propia cárcel".[40]

El mensú va perdiendo poco a poco sus atributos humanos; bajo el peso del fardo que lo aplasta, "aquello ya no es un hombre; es todavía un peón yerbatero. Hay quizá en él todavía rebelión y lágrimas. Se ha visto mineros llorar con el *raído* a cuestas. Otros impotentes para el suicidio, sueñan con la evasión". El límite a partir del cual el hombre es impotente para el suicidio es prácticamente un punto de no retorno para Barrett, quien posee una visión bastante singular de la muerte voluntaria: "¿Cuál es la cobardía mayor, temer la vida o temer la muerte? ¿Resignarse a lo conocido o afrontar el misterio? Matarse es una cobardía a la que pocos se atreven; el presidiario que intenta evadirse, horadando el muro, es más viril que el que se queda esperando órdenes en el calabozo, y me parece cosa grande convertir en llave el cañón de un revólver, y salir del mundo por el pequeño agujero de la sien".[41] En el mundo sin evasión posible de los *yerbales* un sinfín de problemas están asociados al trabajo. Entre otros, el salario ("su salario es ilusorio"), los precios ("son tan exorbitantes que el peón, aunque se mate trabajando toda su vida, no tiene probabilidad de saldar su deuda"), la alimentación ("*yopará*[42] por la mañana y por la noche, toda la semana, todo el mes, todo el año. Alimento tan ruin y tan exclusivo bastaría por sí para dañar profundamente el organismo más robusto"), la vivienda ("es un toldito para muchos cubierto de rama de *pindó*), la salud ("esta horda de alcohólicos y sifilíticos tiembla continuamente de fiebre. Es el chucho de los trópicos") y la prostitución ("el 90% de las mujeres de la *mina* son prostitutas").[43]

En el penúltimo artículo Barrett describe los distintos tormentos que infligen los capataces a los mensús cotidianamente. Ante la más mínima muestra de resistencia las empresas disponen de un repertorio de torturas: el estaqueamiento, el cepo, los azotes y el grillo. Por otra parte, por si los obreros-deudores atinaran a escaparse, las empresas tienen comisiones compartidas para recuperarlos. Barrett cita numerosos ejemplos del tesón que pone, por ejemplo, La Industrial Paraguaya para recapturar a sus empleados, que llega incluso a localizarlos hasta cinco años después de fugados.

Sólo falta denunciar cuál es el demonio que habita en el centro de la explotación de las selvas paraguayas: el beneficio de las empresas, el oro; lo que Barrett denomina "el botín", que es calculado a partir de la inversión inicial, la forma en que han sido apropiadas las tierras, la comparación de los salarios mensuales de los obreros según las distintas tareas a realizarse (atracadores y maquinistas, capataces, troperos, picadores, boyeros, chateros y mesús), el costo de la manutención de los trabajadores, la cantidad de bolsas que se pueden acarrear y su precio en el mercado. Obtenido el resultado, Barrett concluye *Lo que son los yerbales* con una imprecación: "Yo acuso de expoliadores, atormentadores de esclavos, y homicidas a los administradores de La Industrial Paraguaya y de las demás empresas yerbales. Yo maldigo su dinero manchado con sangre. Y yo les anuncio que no deshonrarán mucho tiempo más este desgraciado país".[44]

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

VI

Como se pretendió demostrar anteriormente, existe en Barrett un intento de fundar la crítica y la denuncia de la realidad social sobre bases más sólidas que la simple declamación contra el capital, la religión y el Estado. Pero por fuera de la denuncia en sentido estricto, Barrett intenta un acercamiento más especulativo a la temática, que aporta otro nivel de análisis de su obra. No hay duda de que la temática y el *élan* del anarquismo sobrevuelan de diversos modos su prosa.[45] En un sentido amplio, para Barrett el anarquismo, "extrema izquierda del alud emancipador, representa el genio social moderno en su actitud de suma rebeldía".[46] De este modo los anarquistas se engarzan en la milenaria marcha de los oprimidos en su búsqueda de la emancipación y de la resolución de la *cuestión social*.

Para Barrett la moderna cuestión social, aun en su especificidad, es en realidad el colofón y no el principio de algo que se estaría resolviendo desde comienzos de la civilización discutiendo la posibilidad de que la historia de la lucha de clases en su etapa actual no guardara relación con la lucha de clases a lo largo de la historia. Barrett, contraponiendo sus opiniones con las del economista ruso Rodolfo Ritter,[47] afirma que si el proletariado moderno no guardara ninguna relación con las luchas de los esclavos de la Antigüedad, no es posible explicar "¿por qué, entonces, nos conmueve la voz de Isaías: *el que construya una casa la habitará; el que plante un árbol comerá su fruto*? Este beduino no habla con la precisión de Engels, pero le entendemos muy bien".[48] Por eso mismo es que, para él, "la historia de la humanidad no es sino la epopeya única de la conquista de la vida y la emancipación del trabajo. […] Donde se establece la propiedad se establece la lenta y cobarde tortura de los desposeídos".[49] La asociación entre el pasado y el presente no es sencillamente una simplificación atemporal de los conflictos sociales. Muy por el contrario, es desde el presente como el pasado se resignifica y adquiere espesor: "El pasado no es una estatua encerrada; es un muerto del que apenas queda el polvo de los huesos, un muerto irresucitable, cuya podredumbre, para volver con las apariencias de vida a la luz del sol, requiere de la acción deformadora y mágica de otra vida en triunfo, así como el estiércol vanamente reunido por el recopilador escarabajo requiere del alma de las plantas para transformarse en flores".[50] Toda la revuelta del hombre por liberarse de sus ataduras presentes se articula con las luchas del pasado contra la propiedad privada legal, la tierra, tanto en la Argentina como en Paraguay, sancionada desde la Revolución Francesa en adelante.

VII

Si bien es cierto que son abundantes en la obra de Barrett referencias a las bondades de desarrollo de la ciencia y la técnica (juntas y por separadas), también es cierto que el horizonte de expectativa emancipatoria no se extrae ni del análisis del binomio "ciencia y técnica" en sí, ni del relevamiento de sus potencialidades. Sus ideas no pertenecen al universo de ideas del positivismo, sino que se insertan en las corrientes de izquierda del vitalismo.

En Barrett el anarquismo no obtiene su fortaleza de una fe en la dimensión liberadora de la ciencia y tampoco la extrae, enteramente, de una predisposición pedagógica apta para develar los mecanismos en los cuales se engarzaría y ocultaría la opresión. En este punto, el discurso no es poseedor de ningún tipo de supremacía ontológica. El *logos* se contrae frente a otras fuentes de expresión y en este sentido la descripción "positiva" de la realidad deviene un idioma de muertos incapaz de captar la vida en su constante fluir: "¡Desvariados! De tanto mirar por el vidrio de vuestros microscopios y de vuestros telescopios tenéis la mirada de los difuntos. Analizáis maravillosamente lo automático. No veis más que lo verdadero, y se os escapa lo real. Creéis tocar la sangre del universo, y no palpáis más que su osamenta".[51] La diferenciación entre lo verdadero y lo real tan cara al vitalismo se presenta también, por ejemplo, a la hora de valorar el aporte de la obra de Marx a la liberación de los oprimidos. Ésta es pensada como verdadera, en tanto que científica, pero insuficiente para guiar la acción: "El razonamiento no crea energía. La razón será lo que se quiera, menos un motor. ¿En qué puede vigorizar al proletariado la idea del determinismo económico?".[52] Para Barrett el proletariado, del mismo modo que para Georges Sorel y abrevando en éste, opera por demolición y no por comprensión ya que el proletariado se "inclina a cultivar los elementos que le prometen el triunfo, que se lo prometerían y tal vez se lo procurarían aunque se tratara de un triunfo ilógico: la disciplina y la fe. […] De aquí el sindicalismo, invasión reciente y formidable de algo que ya no es teoría, sino una táctica austera. El carácter del movimiento es religioso; las grandes transformaciones sociales no se llevan a cabo sin estas magníficas epidemias de fe y esperanza. Sorel dice que la huelga general es un «mito» del sindicalismo".[53] La remisión al sindicalismo es importante en la medida en en que Barrett lo sitúa como una instancia de carácter unificador de las dos tendencias predominantes en el seno del movimiento obrero internacional, el socialismo de cuño parlamentarista y el anarquismo: "La gran Internacional, que hizo vacilar a Europa, fracasó por la divergencia entre los discípulos de Marx y los de Bakunin. Si la actual Internacional lograra la unión de las dos ramas en el terreno relativamente neutro del sindicalismo, los minutos que le restan de vida a la sociedad capitalista estarían contados".[54]

* * *

El presente trabajo pretendió establecer un marco general para el estudio y la recuperación de la obra de Rafael Barrett, hoy injustamente olvidado. Como se ha intentado demostrar, sus escritos son no sólo importantes para otorgar volumen a ese fenómeno histórico tan proteiforme que fue el anarquismo en América del Sur a principios de siglo XX, sino que sirven de fuente para estudiar la forma de explotación y dominación en los obrajes yerbateros de Paraguay y la Argentina. Por último, sus reflexiones de índole teórica sobre la cuestión social habilitan una línea de pensamiento que opera por fuera del mero didactismo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Notas

[1] Todas las cartas que componen la llamada polémica "Mejorana-Visca" en torno a la figura de Barrett fueron reunidas por Vladimiro Muñoz, sin lugar a dudas el más informado y meticuloso de sus biógrafos, en un número homenaje, con motivo del centenario de su nacimiento, en la revista libertaria *Reconstruir*. Véase V. Muñoz, "La polémica Mejorana-Visca sobre Barrett", *Reconstruir*, 101, marzo-abril de 1976, pp. 23-34.

[2] A. Castillo, "Lo que pasó aquella madrugada", prólogo a C. Etcheverri, *Rafael Barrett, una leyenda anarquista*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2007, p. 10.

[3] M. Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria*, I: *Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios*, Buenos Aires, Taurus, 2002, p. 88.

[4] A. Donoso, "Un hombre libre", prefacio a R. Barrett, *Páginas dispersas (obra póstuma)*, Montevideo, Claudio García, 1923, p. 8.

[5] Entre el amplio repertorio de escritos sobre la vida de Bakunin, véase E.H. Carr, *Michael Bakunin*, Barcelona, Grijalbo, 1970. Sobre la vida de Kropotkin, G. Woodcock e I. Avakumovic, *El príncipe anarquista*, Madrid, Júcar, 1971.

[6] R. González Pacheco, "Rafael Barrett. Prólogo a sus obras completas", en *Carteles*, Buenos Aires, Americalee, 1956, p. 130.

[7] F. Corral, *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett. Crisis de fin de siglo, juventud del 98 y anarquismo*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1994, pp. 3-55. La importancia de la obra de Francisco Corral, que no se reduce tan sólo al libro referido sino que está asociada a una importante cantidad de artículos y conferencias y a la preparación de la última, y hasta cierto punto mejor, edición de las obras completas de Barrett, merecería un estudio crítico aparte en la medida en que Corral lee a Barrett desde España y desde el clima de ideas que se fraguó en el entresiglos de ese país. Visto desde aquí, ese clima de ideas no parece ni tan singular ni tan determinante como pareciera.

[8] Para una reconstrucción más minuciosa de su biografía, véase F. Corral, *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett*, pp. 3-55. Puede consultarse también V. Muñoz, *El pensamiento vivo de Barrett*, Buenos Aires, Rescate, 1977, pp. 11-50.

[9] R. Barrett, "La tragedia de hoy", *Obras completas (OC)*, t. IV, Asunción, RP Ediciones-ICI, 1988, p. 103.

[10] Para consultar acerca del lugar que ocupan *Germinal* y Rafael Barrett, en particular, y para la historia del movimiento obrero de Paraguay, en general, véase D. Salinas, "Movimiento obrero y procesos políticos en Paraguay", en P. Gonzáles Casanova (coord.), *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, vol. III, México, Siglo Veintiuno, 1984, pp. 359-421. Para establecer la importancia de Barrett en la conformación del anarquismo paraguayo, C. Rama y Á.J. Capelletti, *El anarquismo en América Latina*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, pp. LXXVII-LXXXIV.

[11] R. Barrett, "La gloria", *OC*, t. II, p. 55.

[12] S. Alba Rico, "Rafael Barrett. La sombra en llamas", en R. Barrett, *A partir de ahora el combate será libre*, selección, prólogo y notas S. Alba Rico, Madrid, Ladinamo, 2003, p. 16. Esta excelente selección y su muy buen prólogo están disponibles en internet, http://www.ladinamo.org/editorial/.

[13] L. Delgado Rey, "Anarchy in America: Influences of Anarchism in the Río de la Plata Literature (1890-1915)", tesis de maestría en Literatura Hispanoamericana Rutgers University, Estados Unidos, 2005, p. 232.

[14] M.Á. Fernández y F. Corral, "Criterio de la edición", en R. Barrett, *OC*, t. I, pp. 33-36.

[15] Orsini Menotti Bertani fue un anarquista de origen italiano que tuvo actuación en el anarquismo argentino como orador y escritor. Luego de ser deportado en 1902 recaló en Montevideo donde fundó una imprenta y una editorial, O.M. Bertani Ediciones. Fue esta casa editorial la que editó los referidos *Moralidades actuales* y *El terror argentino,* ambos en 1910, y *El dolor paraguayo* en 1911. Asimismo publicó distintas selecciones de trabajos de Barrett: *Cuentos breves (del natural)* en 1911 y *Mirando vivir*, *Al margen, Ideas y críticas* y *Diálogos, conversaciones y otros escritos* en 1912. Para una semblanza de este interesante representante del anarquismo rioplatense véase H. Tarcus (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007, p. 68.

[16] R. Barrett, "Carta a José E. Peyrot, 27 de agosto de 1909", en V. Muñoz, *Barrett en Montevideo*, Montevideo, s/e, 1982, p. 27.

[17] R. Barrett, "Carta a José E. Peyrot, 9 de septiembre de 1909", en V. Muñoz, *Barrett en Montevideo*, p. 32.

[18] J.E. Rodó, "Las moralidades de Barrett", en R. Barrett, *OC*, t. IV.

[19] Borges en una carta de 1917 a Roberto Godel citada en F. Corral, *Rafael Barrett. El hombre y su obra*, www.ensayistas.org/filosofos/paraguay/barrett/corral.htm.

[20] *Charleston*, 3, agosto de 1926.

[21] H.A. Murena, "Carta del Río de la Plata. Ciudades", *Asonante*, 4, San Juan de Puerto Rico, octubre-diciembre de 1964, pp. 47-48.

[22] D. Viñas, *Literatura argentina y política. De Lugones a Walsh*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, p. 45 (mi subrayado).

[23] D. Viñas, *Anarquistas en América Latina*, Buenos Aires, Paradiso, 2004, p. 34.

[24] El folleto de Yunque, de 55 páginas, escrito en un tono fuertemente apologético, sitúa a Barrett como un precursor de la literatura social en la Argentina. Lo recupera en tanto maestro, hombre, rebelde, escritor, crítico, articulista, conferencista, cronista, panfletista, pensador, cuentista y caballero andante de los pobres. Á. Yunque, *Barrett. Su vida y su obra*, Buenos Aires, Claridad, s/f, p. 22.

[25] Á. Yunque, ob. cit., p. 14.

[26] D. Viñas, "Barrett con el dolor paraguayo", *Ñ*, 199, julio de 2007.

[27] J. Andreu, M. Fríase y E. Golluscio de Montoya, *Anarkos. Literaturas libertarias de América del sur. 1900*, Buenos Aires, Corregidor, 1990, p. 12.

[28] J. Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, p. 82.

[29] Ídem, p. 83.

[30] L. Litvak, *Musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 2001, p. 300.

[31] G. Simmel, "El extranjero", en *Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos,* Universidad Nacional de Quilmes, 2002, p. 211.

[32] C.R. Centurión, *Historia de las letras paraguayas*, citado por D. Salinas, ob. cit., p. 368.

[33] La Federación Obrera Regional de Paraguay, de tendencia anarco-sindicalista, fue fundada el 22

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de abril de 1906.

[34] A. Roa Bastos, "Rafael Barrett descubridor de la realidad social del paraguay", Prólogo a R. Barrett, *El dolor paraguayo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. IX.

[35] A. Varela, *El río oscuro*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. Sobre este libro se pueden leer los comentarios críticos de Noé Jitrik en "Los comunistas", *Contorno*, 5-6, 1955.

[36] R. Barrett, "La esclavitud y el estado", *OC*, t. II, p. 7.

[37] Ibídem.

[38] R. Barrett, "El arreo", en *OC*, t. II, p. 11.

[39] R. Barrett, "La esclavitud y el Estado", en *OC*, t. II, p. 9.

[40] R. Barrett, "El yugo en la selva", en *OC*, t. II, p. 13.

[41] R. Barrett, "Suicidas anónimos", en *OC*, t. II, p. 94.

[42] El *yopará* es una mezcla de de maíz, porotos, charque y grasa.

[43] R. Barrett, "Degeneración", en *OC*, t. II, pp. 15-16.

[44] R. Barrett, "El botín", en *OC*, t. II, p. 22.

[45] Para una caracterización del anarquismo en Barrett véase M. Albornoz, "El instante de Barrett", *Políticas de la memoria*, 6-7, Buenos Aires, 2007.

[46] R. Barrett, "La cuestión social", en *El dolor paraguayo*, p. 148.

[47] Rudolf Ritter Layton nació en Moscú en 1864 y murió en Asunción en 1946. Fue economista, matemático, abogado y periodista exiliado, y llegó a Paraguay en 1902. Difundió doctrinas vinculadas con el liberalismo a través de publicaciones, conferencias y el semanario *El Economista Paraguayo*, que fundó y dirigió de 1908 a 1923.

[48] R. Barrett, "La cuestión social", *El dolor paraguayo*, p. 140.

[49] Ídem, p. 141.

[50] R. Barrett, "De historia", *OC*, t. III, p. 29.

[51] R. Barrett, "Filosofía del altruismo", en *OC*, t. II, p. 236.

[52] R. Barrett, "La cuestión social", en *OC*, t. II, p. 248.

[53] Ídem, p. 248.

[54] R. Barrett, "La cuestión social", en *El dolor paraguayo*, p. 151.

La Protesta, 1 de mayo de 1921

Compañeros, adversarios y enemigos
Conflictos internos en el anarquismo argentino en la década del 20

*Luciana Anapios**

> *El pasionismo y partidismo es hoy casi una regla general en todos los anarquistas. Los unos son "Antorchistas", los otros son "Protestistas". Y los que no somos lo uno ni lo otro, también nos insultan, porque nos dicen que hay que definirse, que somos ambiguos, y otras sandeces por el estilo. Pero ¿definirse de qué? ¿Es acaso contra nuestro enemigo común contra quien se lucha?*
>
> *¡No! Es de compañero a compañero.*
>
> Juana Rouco, "Un llamado a la concordia anarquista", *Nuestra Tribuna*, 34, 1 de septiembre de 1924, p. 1

Este artículo propone un breve recorrido por los principales sectores que conformaron el anarquismo en la década del 20. Las discusiones, la tendencia a la división y la multiplicidad de enfoques fueron parte constitutiva del movimiento libertario, y su desarrollo en la Argentina no fue una excepción. En este sentido, las disputas en esta etapa fueron el punto de llegada de una serie de conflictos anteriores.[1] En 1927, Diego Abad de Santillán sostenía que "las discordias internas juegan y jugaron en el movimiento anar-

* UBA.

Entrepasados - Nº 32, fines de 2007: 27-41

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

quista un gran papel, más que en ningún movimiento revolucionario".[2] Las discusiones entre corrientes rivales de fines del siglo XIX –que habían establecido diferencias entre organizadores y antiorganizadores– habían sido importantes pero más bien teóricas y, en cierto modo, eran una prolongación de problemas europeos.[3] El grado de violencia que cobraron los conflictos durante los años 20, junto con la conformación de un adversario que lentamente adquiría los atributos de enemigo interno, estuvo vinculado a aspectos locales. La Argentina de entreguerras brindó un contexto nuevo frente al cual el movimiento libertario debió adaptarse. La creciente intervención estatal, su interpelación a un sector del movimiento obrero, los cambios en la organización sindical, la movilidad social y el proceso de modernización de la sociedad, la Revolución Rusa y la irrupción de nuevas prácticas dentro del movimiento, fueron algunos de los desafíos frente a los cuales el anarquismo debió definir su identidad.

El análisis de los conflictos internos se inscribe en un intento por comprender qué sucedió con el polifacético movimiento anarquista de comienzos de siglo XX en una etapa en la que su relación con el movimiento obrero se vio alterada y atravesada por otros movimientos de izquierda. Esto no significa buscar en las disputas internas una justificación que explique la decadencia. Lo que la historiografía sobre el anarquismo ha analizado como el fin de la etapa heroica en el Centenario y el comienzo del declive no fue vivido de esa forma por los contemporáneos. Las prácticas políticas, sociales y culturales del movimiento libertario continuaron en las principales ciudades; su capacidad para liderar conflictos, huelgas y actos de solidaridad alternó con fracasos y con la competencia del sindicalismo. En este cambiante contexto, el discurso anarquista siguió interpelando a un sector de la sociedad y sus prácticas continuaron teniendo sentido. El declive del anarquismo en la década del 20 es evidente desde la actualidad, teniendo en cuenta su peso a comienzos del siglo XX. Pero en la tentación de representar lo sucedido en la historia como justificado se pierden las particularidades que permiten comprender los conflictos internos en este período. No es un dato menor que, luego del golpe de Estado de 1930 y en un contexto de persecución policial y represión que era nuevo en la Argentina –y que fue particularmente feroz con el anarquismo–, las diferencias se diluyeron y se encontraron colaborando militantes que hacía años habían protagonizado enfrentamientos violentos.

Entre 1916-1917 y 1920 se delinearon cuatro corrientes en el anarquismo local. En primer lugar, el sector vinculado a *La Protesta* y la FORA; en segundo lugar, las agrupaciones disidentes, que en un proceso de diferenciación interna confluyeron en lo que se denominó el "antorchismo" y que representaba a las agrupaciones, publicaciones y gremios vinculados al periódico *La Antorcha*; la Revolución Rusa favoreció la conformación del sector anarcobolchevique, que reivindicó la experiencia soviética; por último, desde los primeros años de la década del 20 un sector de militantes y simpatizantes libertarios comenzaron a implementar la expropiación como método de financiamiento y la violencia como forma de lucha.

En la base del conflicto se encontraba la puja por instalar un discurso predominante dentro del anarquismo. Sin una línea dogmática que acatar, el hecho de qué sector definía qué era el anarquismo y qué acciones eran anarquistas fue objeto de debate. No obstante, una serie de ejes pueden ser delineados para analizar los conflictos internos. En primer lugar, la disputa por el control de la prensa determinó que una serie de enfrentamientos y distanciamientos giraran en torno al manejo de los recursos dentro del movimiento. El protestismo intentó neutralizar la tendencia innata a la división a través del monopolio de la imprenta y esto despertó cuestionamientos. En segundo lugar, las diferencias ideológicas y de métodos de lucha utilizados atravesó los debates con cada uno de los sectores; la Revolución Rusa, la caracterización de quién era un preso social, de qué huelga era reformista o espontánea o la caracterización del movimiento obrero variaba y fueron objeto de debate. Por último, los conflictos personales, que en un partido político tienden a ocultarse detrás de diferencias ideológicas o políticas irreconciliables, en el anarquismo no sólo no se ocultaban sino que parecían alcanzar para explicar, desde la prensa, la radicalización del conflicto. "Diferentes mentalidades", "personalidades bohemias", "falsos predicadores de la anarquía" y hasta acusaciones de cobardía y locura aparecen en la prensa como parte indisociable de los debates.

A la hora de explicar las particularidades del proceso de radicalización de los conflictos internos, la relación con el movimiento obrero no puede escapar al análisis. Estas disputas tuvieron lugar en momentos particulares con relación al nivel de movilización. Tras una etapa de repliegue del nivel de conflictividad social, luego de la represión del Centenario, y los altos niveles de desocupación como consecuencia de los problemas económicos generados por la Primera Guerra Mundial, entre 1917 y 1922 se dio el período de mayor actividad sindical y luchas reivindicativas.[4] La recuperación del nivel ocupacional, gracias a la demanda de mano de obra para la industria, los saldos migratorios negativos y el hecho de que los salarios estuvieran rezagados frente al incremento de los precios, favorecieron el resurgimiento de la actividad sindical, creando las condiciones clásicas para que se produjera un alza de las luchas.[5] El auge de la actividad sindical se reflejó en el crecimiento y la representatividad de las centrales obreras, entre las cuales la FORA del IX Congreso registró el mayor crecimiento del período: en 1915 contaba con cincuenta sindicatos que pasaron a 734 en 1920.

También la FORA del V Congreso creció en esta etapa.[6] Durante el primer congreso extraordinario, en septiembre de 1920, la presencia de cuatrocientos delegados de doscientas sociedades adheridas y cincuenta y ocho autónomas confirmaba este hecho.[7] "La recomposición de la FORA anarquista resulta, entonces, notable, si se tiene en cuenta que en 1915 estuvieron presentes en la fundación de la FORA V sólo 21 sociedades obreras (14 como adherentes y 7 como observadoras). La situación de debilidad de los anarquistas parece haberse revertido parcialmente a partir de los conflictos que se desarrollan durante los años 1918 y 1919."[8] Este crecimiento estuvo vinculado tanto a las divisiones dentro de la FORA del IX Congreso como al incremento de las tasas de sindicalización, resultado del asenso de las luchas de los trabajadores por recuperación de salarios, desocupación, control del proceso de trabajo y calidad de vida. Este incremento llegó a su límite en 1922, cuando la desmovilización y el repliegue de las luchas reivindicativas ganaron terreno y pasaron a formar parte de las impugnaciones entre las diferentes corrientes que se responsabilizaban por el declive.

El principal desafío para el anarquismo argentino, en esta etapa, fue el avance del sindicalismo revolucionario; esto no impidió que una serie de factores ensancharan la brecha interna. Hasta 1921, la división más profunda fue con los anarco-bolcheviques. Pero a partir de 1922 el conflicto se expresó entre protestistas y antorchistas. Estas denominaciones fueron contemporáneas y serán utilizadas como una forma de dar cuenta de dos sectores

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que fueron delineándose entre 1915 y mediados de la década del 20, en torno a *La Protesta* y *La Antorcha*. Durante la segunda parte de la década del 20 la disputa entre ambas corrientes llegó a extremos inexplorados. En este proceso se dio el paso de adversario a enemigo. Los dos episodios más significativos fueron el atentado a la imprenta del periódico antorchista *Pampa Libre* y el asesinato de Emilio López Arango, principal redactor de *La Protesta*, en la puerta de su casa. De estos dos hechos clave, el atentado a *Pampa Libre* representó un quiebre de importancia simbólica y práctica porque implicó la irrupción de una lógica de grupos en acción que era nueva en el interior del anarquismo argentino.[9]

Entre el delineamiento de sectores diferenciados dentro del anarquismo local y el atentado hubo una serie de episodios que prepararon el terreno para el estallido de la violencia. La aparición en escena del anarquismo expropiador no sólo avivó las internas, reinstalando el debate; su incorporación a las disputas fue parte del propio proceso conflictivo y su radicalización.

Un espacio disputado: *La Protesta*

En torno al periódico *La Protesta* y a la FORA se delineó el sector más poderoso dentro del movimiento. El periódico tenía una extensa trayectoria que se remontaba a 1897, cuando comenzó a publicarse *La Protesta Humana*, que en 1903 pasó a llamarse *La Protesta*. Si bien nunca fue la única publicación anarquista –desde fines del siglo XIX compartía espacios con los periódicos *L'Avvenire* y *El Rebelde* que desaparecieron en los primeros años del siglo XX–, fue desde el comienzo el representante del sector organizador.[10] La principal ventaja del periódico, frente a los que quedaron en el camino, fue su transformación hacia comienzos de siglo, principalmente al empezar a integrar información sobre el movimiento obrero que estaba ausente en otras publicaciones libertarias. Además, los problemas económicos, que eran el mal irresoluble para estos emprendimientos, no afectaron a *La Protesta* del mismo modo que a otras. Gracias al peso de su tradición, pero fundamentalmente a su vinculación con la FORA, se convirtió a lo largo de los años en una empresa editorial. Logró tener una imprenta propia, un recurso fundamental ya que no sólo evitaba las constantes interrupciones y las deudas impagables sino que le permitía colaborar en la aparición de nuevas publicaciones anarquistas. El manejo de *La Protesta* fue un espacio disputado y una fuente constante de conflictos. Desde comienzos del siglo XX funcionó como un elemento de centralización y unificación de la actividad libertaria. "Pero este cometido, además de despertar lógicos resquemores, parecía una misión imposible en un movimiento cuya tendencia al agrupamiento libre y por afinidad de ideas lo convertían en un heterogéneo e incontrolable mosaico."[11]

La Protesta representó a la línea dura del movimiento y la coherencia en la dirección adoptada en sus editoriales era una muestra de ello. En la década del 20 el grupo editor estuvo conformado por Diego Abad de Santillán, Emilio López Arango y Apolinario Barrera. El financiamiento que podía conseguirse a través de este sector era muy superior al que podían conseguir otras agrupaciones. *La Protesta* hacía llegar donaciones para otras publicaciones y el mismo grupo editor colaboraba entregando una parte de sus recaudaciones mensuales a periódicos, comités pro presos y comités de solidaridad con diversas causas. Los movimientos de caja que publicaban todos los meses detallaban entradas en concepto de funciones filodramáticas, suscripciones, donaciones, pero fundamentalmente a través de la venta de ejemplares y libros y las entradas por la imprenta.[12] Al mismo tiempo recibían sumas de dinero desde el interior del país que eran enviadas para el propio periódico y para otros sectores. El principal problema para el resto del movimiento era que esta fuente de financiación estaba en manos del grupo editor de *La Protesta* y podía ser suspendida.

Alrededor de este tema giró lo que las corrientes disidentes denominaron "el problema de la prensa anarquista".[13] El principal problema era la permanencia de las mismas personas en el grupo editor de *La Protesta* y el intento de este sector por monopolizar el discurso libertario. Durante el Primer Congreso Anarquista Regional, celebrado en octubre de 1922, se discutió si se exigía a *La Protesta* un cambio en su administración, debido a que los mismos hombres llevaban varios años en sus puestos. El grupo editor de *La Protesta* no dependía del voto de agrupaciones de afinidad o de los sindicatos. En la práctica funcionaba como un ente autónomo que había surgido en un momento crítico de una asamblea de militantes.

Por su parte, el protestismo desestimaba gran parte de las publicaciones que surgían dentro del movimiento considerándolas más un producto de la vanidad de sus redactores, que al no conseguir un puesto en la administración o redacción de *La Protesta* emprendían su propio proyecto editorial. Los desencuentros personales, la oposición a Apolinario Barrera y Emilio López Arango, provocaban el alejamiento de numerosos colaboradores que iniciaban su propio periódico para, en la opinión de Abad de Santillán, criticar libremente a sus ex colegas: "Fuera de ese matiz de oposición al máximo responsable de la conducción del diario, no había nada fundamental que nos separase a unos de otros. […] De todos ellos lo único que nos separa era el modo de ser bohemio o sensible de algunos de sus responsables".[14]

La diversidad y la proliferación de hojas anarquistas era una característica del movimiento que el grupo editor intentaba controlar. Allí apuntaba una resolución adoptada durante el congreso extraordinario de la FORA, a comienzos de octubre de 1920: todos los periódicos "tratarán de coordinar su propaganda gremial e ideológica, formando con ese fin, en cada ciudad importante un comité de relaciones […] a los efectos de uniformar la propaganda para el fin propuesto para cada caso específico".[15]

La Protesta no impedía que surgieran nuevos proyectos por fuera de ella pero la desigualdad a la hora de presentarse como órganos de la colectividad era evidente. Era allí donde se cometía, según Teodoro Antillí, una gran injusticia; porque el reconocimiento de la tutela de *La Protesta* y la falta de recursos para quien intentara prescindir de ella implicaban una jerarquización de la pertenencia al movimiento. La lucha por apoderarse de los recursos había llegado a convertirse en una lucha por el poder.[16]

El problema de la prensa enfrentó, en los primeros años de la década del 20, al protestismo principalmente con la corriente que se delineó alrededor de *La Antorcha*. Las relaciones entre estos dos sectores eran inevitables. Eran compañeros, más allá de lo que dejaban ver sus editoriales cada vez más provocativos. A estos conflictos se sumaron rencores personales de larga data, desconfianzas mutuas y diferencias en torno a los métodos y las tácticas en coyunturas concretas. Cuando las prácticas del anarquismo expropiador y la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

utilización del atentado irrumpieron en Buenos Aires, la violencia se convirtió en un eje más a través del cual se polarizaron las posiciones, convirtiéndose en ocasiones para marcar la diferencia con aquellos que cada vez más ocuparon el lugar de adversarios.

A partir de septiembre de 1924, cuando *La Antorcha* y sus simpatizantes fueron expulsados de la FORA, *La Protesta* cortó el envío de dinero a estos sectores y les impidió utilizar su imprenta. Tras el atentado a *Pampa Libre* y la expulsión del antorchismo de las filas de la FORA, el conflicto pasó a denominarse en la prensa como *guerra abierta*.[17] Lentamente el lugar de adversario fue dando paso al de enemigo interno. En este proceso, la interrupción del financiamiento, las críticas a la FORA por parte del antorchismo y la tibia crítica de este sector al uso de la violencia como forma de lucha por parte del anarquismo expropiador le permitieron al grupo editor de *La Protesta* sostener desde la prensa que estos dos sectores compartían un mismo fin: desvirtuar el significado del anarquismo y perjudicar al movimiento eran los objetivos de falsos cultores de la anarquía, auténticos "guerrilleros y agitadores", "terroristas", más que militantes comprometidos.[18]

"Alumbrando el camino de los que llegan": *La Antorcha*

La segunda corriente que se delineó en esta etapa fue el antorchismo. Este sector surgió dentro del grupo de *La Protesta*, a partir del suplemento quincenal *La Obra*. En 1916, a menos de un año de su publicación surgieron problemas entre los redactores y la administración de *La Protesta*. Un grupo se separó cuestionando la conducta de Apolinario Barrera, durante una acción de boicot a una empresa cervecera.[19] Como consecuencia de estos roces –detrás de cuyos reclamos morales se escondía el descontento por la tendencia centralizadora que pretendían ejercer sobre el movimiento los dirigentes de *La Protesta* y la FORA–, los redactores de *La Obra* comenzaron a delinear una corriente disidente. El grupo fundador estaba integrado por Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí y su primer proyecto independiente fue el periódico *La Protesta Humana*, que tuvo una corta vida. Entre 1919 y 1920 publicaron *Tribuna Proletaria*. Finalmente, el 25 de marzo de 1921 apareció *La Antorcha*, que salió hasta 1932.[20] Además de sus fundadores formaban parte del periódico Horacio Badaraco, Alberto Bianchi, Mario Anderson Pacheco, David Valdés, Teodoro Dúctil y José González Lemos, y colaboraban entre otros Sebastián Faure, Fernando del Intento y Julio Barcos. El antorchismo estuvo formado principalmente por tres periódicos –*La Antorcha*, de Buenos Aires; *Pampa Libre*, de General Pico, La Pampa, e *Ideas*, de La Plata– y los gremios adheridos.

Lo que definió al antorchismo como corriente dentro del movimiento fue la combinación de cierta homogeneidad con suficiente diversidad.[21] Podían debatirse ideas con una amplitud que no era frecuente en *La Protesta*; en más de una ocasión se dieron discusiones teóricas o coyunturales en las columnas de *La Antorcha*, replicando de un número a otro lo que se consideraban "actitudes bolchevizantes" o "desviaciones sindicalistas" de sus propios colaboradores. El grado de discusión interna que permitía el periódico se evidenció en varios momentos, pero fue clave en el debate por los recursos. En 1925, meses después de la compra de una imprenta propia –en una operación que implicó una campaña directa contra *La Protesta*–, *La Antorcha* publicó un artículo de Fernando del Intento que cuestionaba la conveniencia de poseer una imprenta ya que eso desembocaría inevitablemente en acciones autoritarias, deslealtades, asaltos y ataques destinados a conservar su exclusividad.[22] El artículo, que discutía la cuestión de la propiedad en el movimiento anarquista, había sido rechazado por el periódico *Ideas*, a cuyo grupo editor pertenecía Del Intento, por estar en desacuerdo con su contenido, y fue publicado y discutido por *La Antorcha*. La respuesta no se hizo esperar, pero el hecho de que lo publicaran habla del grado de debate interno que habilitaba el periódico y de los desafíos que rodeaban al problema de los recursos.

Otra característica del antorchismo fue su insistencia en que la unidad del movimiento obrero no debía lograrse a expensas del posicionamiento ideológico. Aquí había una fuerte discusión con el sector protestista y una de las razones por las que la primera publicación del antorchismo fue *La Protesta Humana*, nombre originario de *La Protesta* que, en la interpretación antorchista, había sostenido con énfasis la importancia de mantener ambas condiciones. Antiestatismo, antiparlamentarismo y finalismo eran las bases del sector antorchista, que se presentaba a sí mismo como el sector radicalizado.[23] Asimismo, si bien los principios fundamentales del anarquismo constituían el telón de fondo sobre el que todos coincidían, había matices. Esto se hizo evidente en una serie de coyunturas que enfrentaron al movimiento con sus propios problemas.

Con respecto a la prensa, la posición de *La Antorcha* fue explícita desde el primer número que salió a la calle, el 25 de marzo de 1921. Venía a discutir la centralización en el movimiento y a defender la organización libre y voluntaria de individuos o agrupaciones.[24] Apuntaba al punto neurálgico de la cuestión de los recursos al criticar la arbitrariedad de la colaboración de *La Protesta* con otras publicaciones. Le cuestionaba que los aportes fueran entendidos como una concesión y no como un derecho para toda la prensa anarquista y denunciaba que sólo apoyaban materialmente un nuevo emprendimiento –prestando sus instalaciones y no sólo saludando la iniciativa desde sus columnas– cuando podían hacer propaganda de ello.[25] Lo cierto era que esta crítica caía en el vacío; la imprenta era propiedad de *La Protesta* y era su grupo editor el que determinaba con qué sectores colaborar.

Lo que sí representaba un desafío a discutir era el debate en torno a la multiplicación de hojas libertarias. Los antorchistas veían allí una característica del anarquismo que había que defender. Este aspecto tenía una larga tradición y se vinculaba a los postulados de la tendencia antiorganizadora de fines del siglo XIX, que veía en el enfrentamiento y las divergencias permanentes un hecho positivo que evidenciaba la fuerza del movimiento. La descentralización permitía la ampliación de perspectivas y por lo tanto mayores posibilidades para la propagación de *la idea*. *La Protesta* utilizó estos aspectos que compartían las corrientes antiorganizadoras y el antorchismo para identificarlos con aquella tradición. La utilización despectiva del calificativo "individualistas" para referirse al sector disidente fue una de las primeras formas en que interpelaron a este sector desde sus columnas. Lo cierto es que si bien el antorchismo compartió algunos postulados de las corrientes antiorganizadoras, en otros puntos, como en la relación que el anarquismo debía mantener con el movimiento obrero, planteaba la necesidad de vincularse a esas organizaciones. Uno de los enfrentamientos decisivos entre *La Protesta* y *La Antorcha* tuvo lugar durante la huelga general contra la ley de jubilaciones, en mayo de 1924. En aquella ocasión *La Antorcha* le

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

reprochó al protestismo la actitud vacilante que les impidió encabezar la huelga, dejando que el descontento de los trabajadores fuera capitalizado por el sindicalismo.[26]

La escalada conflictiva de 1924 –que implicó campañas contra *La Protesta*, acusaciones durante la huelga general contra la ley de jubilaciones, la expulsión del Comité Pro Presos y el atentado a *Pampa Libre*– culminó en la expulsión del antorchismo de la FORA. Esta resolución implicó la profundización de las divisiones y afectó la unidad del movimiento obrero adherido a la FORA.[27] La expulsión de voces disidentes era un hecho grave e inédito. Por su alcance y por el momento en el que llegaba, a menos de un mes del atentado a *Pampa Libre*, implicaba el intento de imponer una única y centralizada voz libertaria.

La Antorcha fue la corriente disidente más importante del anarquismo y en este proceso de radicalización construyó su propia identidad. Hasta 1924, el grupo editor evitó romper con la FORA e identificarse como un sector diferenciado. En 1925 continuaba rechazando la calificación de "antorchistas", que *La Protesta* utilizaba para identificarlo como una facción, contestando que "el antorchismo era un fantasma" y que la pretendida fracción no era más que "antiprotestismo".[28] La irrupción de la violencia y el ilegalismo como métodos contribuyeron a polarizar posiciones. Para *La Antorcha* significó el reconocimiento de que conformaban un sector con identidad propia. A partir de 1927 comenzaron a utilizar abiertamente el calificativo de antorchistas que unos años antes les resultaba estigmatizador y a llenar de contenido esta imagen: "Los *antorchistas*, los que llevan *La Antorcha* en el corazón y en el puño, levantándola bien alto para que alumbre el camino de los que llegan, de los que han hambre y sed de justicia, de los que se suman a la falange revolucionaria".[29]

Bolcheviques o anarquistas

La tercera corriente que surgió en este período fue la anarco-bolchevique. El grupo nunca aceptó esta denominación y se autoproclamaban "anarquistas nuevos" o "constructores" frente a los "anarquistas cristalizados", la línea más dogmática del movimiento, en la que eran incluidos tanto protestistas como antorchistas.[30] Su apoyo a la Revolución Rusa fue inicial y desde el primer momento consideraron el *maximalismo* como el modelo de la revolución futura y, por primera vez, posible. La defensa de la dictadura del proletariado, y por lo tanto del mantenimiento del Estado, fue el principal foco de conflictos con el anarquismo, mientras su rechazo a la política bajada del Komintern los alejaba del comunismo. Este sector tuvo su origen en 1913, con el periódico rosarino *La Rebelión*. Posteriormente crearon *Bandera Roja* (1919), *El Comunista* (1920, Rosario), *El Trabajo* (1921-1922), *El Libertario* (1923-1932) y nuevamente *La Rebelión* (1925). Su principal dirigente fue Enrique García Thomas. Entre 1919 y 1921 este sector enfrentó la oposición, primero del antorchismo y luego del protestismo. Tras la represión a los anarquistas por parte del Partido Comunista en Rusia, los sucesos de Kronstadt y el llamado de atención por la creciente *marxistización* del anarquismo, el problema central consistió en cómo defender los principios libertarios y sostener la pertinencia de la dictadura del proletariado. La respuesta de los anarco-bolcheviques fue defender la tesis del *etapismo*. De esta forma concebían la dictadura del proletariado como un momento necesario, previo a la sociedad emancipada. La Revolución Rusa era la revolución de la igualdad económica, el momento del comunismo y posteriormente habría un nuevo momento en el proceso revolucionario, el de la libertad y la anarquía.[31] Nunca elaboraron una teoría de esa transición; sin embargo, esta visión *etapista* chocaba con las imágenes previas del pensamiento anarquista porque implicaba aceptar la división entre una esfera de la igualdad económica, comunista, y otra de la libertad individual-social, anarquista.

La centralidad que esta corriente le otorgaba al movimiento obrero también implicaba una ruptura con la tradición teórica del anarquismo. El problema se agravó sobre todo entre 1919 y 1921 porque los anarco-bolcheviques ocuparon puestos de dirección en la FORA del V Congreso y desde allí reforzaron las tendencias a la unificación de las federaciones obreras con la FORA del IX Congreso. Estas tendencias estaban presentes desde 1917, pero durante 1921 se creó un Comité de Unificación que fracasó tanto por la oposición de los sectores protestistas y antorchistas como por la nula solidaridad de los sindicalistas con las huelgas de Las Palmas y la Patagonia.

En 1921, tras el fracaso de los intentos fusionistas, los anarco-bolcheviques fueron expulsados de la FORA. Tras el rumbo que tomaba la revolución, su adhesión al anarquismo ponía en juego la propia identidad libertaria. A partir de ese momento se dividieron entre un sector vinculado al anarco-sindicalismo y otro que mantuvo los principios con los cuales se habían formado. Las escisiones fueron una característica del recorrido de este sector. "Los anarco-bolcheviques fueron entre los anarquistas quienes sostuvieron por más tiempo la obligación de incorporar al acervo revolucionario ácrata las enseñanzas que la experiencia rusa brindaba. Pero para 1919 esto ya no era tan simple. A esta altura era más que conocido que los *maximalistas* rusos no eran anarquistas, ni una conjunción de distintas vertientes revolucionarias entre las cuales estuvieran estos últimos. Los bolcheviques se definían como marxistas y como tales eran, para el anarquismo, *políticos* y *estatistas*."[32] En 1923, el grupo separado de la FORA se denominó "aliancista" y favoreció la formación de la Asociación Libertaria Argentina (ALA), en oposición a la FORA. Este sector terminó siendo absorbido por la Unión Sindical Argentina (USA) y no llegó a convertirse en una alternativa al anarquismo tradicional.

El anarco-bolchevismo ocupó hasta mediados de 1924 el lugar del enemigo interno. Pero lo cierto es que ya no formaba parte del movimiento y su expulsión había venido a fijar un límite que recuperaba la identidad libertaria, una identidad que en 1921 se oponía claramente al rumbo que tomaba la revolución. En el proceso de radicalización de los conflictos internos, el lugar que antes ocupaba este sector pasó a ser progresivamente reemplazado por el antorchismo y luego por el sector expropiador, en una amalgama sin distinción. Con el transcurso de la década, en los editoriales de *La Protesta* el anarco-bolchevismo pasó a fundirse, como su propia trayectoria, con el sindicalismo.

Debates en torno a la violencia

Durante los años 20 surgieron sectores que adoptaron formas de acción violentas. Denominados expropiadores por sus simpatizantes y anarco-delincuentes por sus detractores, "uno de los rasgos principales de estos sectores era el descreimiento de la acción de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

masas y su consecuente aislamiento de los trabajadores y sus instituciones, a la vez que demostraban un extremado apego por la violencia para alcanzar sus objetivos".[33] Entre las principales figuras de este sector se encontraban Severino Di Giovanni, Buenaventura Durruti, Miguel Arcángel Rosigna, Andrés Vázquez Paredes, Vicente Moretti y Aldo Aguzzi. Desde el periódico *Culmine* atacaron duramente a *La Protesta* y a sus redactores, sumándose así a una campaña que había comenzado mucho antes y aportando una cuota de violencia renovada.

La acción violenta tomó dos formas; en primer lugar el atentado vindicador, el asesinato político a figuras del orden, protagonistas de la represión al movimiento obrero y el atentado a sitios simbólicos del poder de la burguesía. En segundo lugar, las acciones menores: robos, hurtos, expropiaciones, propaganda por el hecho, falsa moneda, sabotaje y toda acción ilegal destinada a conseguir fondos para la propaganda. En los años 20 el ilegalismo se convirtió en una práctica y se reinstaló el debate en medio de un ambiente caldeado por la creciente conflictividad interna. En este proceso, el uso de la violencia como arma de lucha contra el Estado –no así la violencia interna– había sido objeto de debate en varias ocasiones. Simón Radowitzky y Kurt Wilckens se habían convertido en mártires y si bien *La Protesta* nunca había reivindicado abiertamente el atentado individual, el tormento en la cárcel de Ushuaia del primero y el asesinato impune del segundo, con la complicidad de las autoridades de la Penitenciaría Nacional, los habían convertido en símbolos de la injusticia del sistema.

Osvaldo Bayer sostiene que el primer asalto con fines políticos que inauguró las acciones del anarquismo expropiador fue en mayo de 1919. En estas acciones incluye asaltos y fraudes; los atentados, en cambio, se extendieron a partir de 1925. Las bombas que estallaron en Buenos Aires, durante la campaña por Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, desde mediados de 1927, fueron decisivas. El 22 de julio contra el monumento a Washington y el local de la Ford; el 24 de diciembre contra las sedes del Banco de Boston y en el City Bank; unos meses después, el 24 de mayo de 1928, una bomba explotó en la Embajada italiana. La muerte de civiles hizo de estas acciones una nueva fuente de disputas. Condenados rotundamente por el protestismo y tolerados por el antorchismo, los anarquistas expropiadores ocuparon un lugar central en el proceso de radicalización. El asesinato de Emilio López Arango en manos de Di Giovanni fue parte de estos debates y sus consecuencias internas.[34]

¿Debía apoyarse a quienes recurrían a la expropiación o al delito para sostener un movimiento ideológico? ¿Había que rechazarlos porque desprestigiaban la lucha libertaria? Para Bayer, la principal línea de conflicto en torno a este tema se dio entre *La Protesta*, identificada como los hombres de la línea intelectual, y *La Antorcha*, los partidarios de la acción directa que apoyaban moralmente todo acto contra la burguesía, por más delictivo que fuera; la derecha y la izquierda dentro del movimiento. No obstante, ni *La Protesta* se definía como la línea intelectual, ni *La Antorcha* era el defensor de la acción directa. Este tema merece ser problematizado e incluido dentro de una serie de diferencias entre ambos sectores.

Desde mediados de los años 20, las campañas por Sacco y Vanzetti y por la libertad de Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso y Gregorio Jóver –acusados de intentar atentar contra Alfonso XIII– pusieron en discusión el derecho a expropiar como arma contra el sistema y como forma de financiamiento. A esto se sumaban los debates en torno a la definición de la categoría "presos sociales". El hecho de qué sector del anarquismo definiera su alcance no era menor y tenía consecuencias prácticas inmediatas en este contexto. Para *La Antorcha* y los defensores de la acción violenta, la definición debía incluir a anarquistas detenidos por expropiación mientras que para *La Protesta* éstos eran considerados delincuentes comunes y había que negarles toda solidaridad.[35] Las contradicciones se hacían evidentes en la ambigüedad de la defensa moral basada en la inocencia. Incluso *La Antorcha*, más tolerante con la utilización de estos métodos, los presentaba como inocentes víctimas de la justicia burguesa, más que como anarquistas, revolucionarios o rebeldes.[36]

Frente al acto individual la posición del movimiento libertario nunca fue unánime; el acto dependía del carácter de quien lo ejecutara y contra quién. Desde un primer momento *La Protesta* descalificó la acción de este sector y la desvinculó de los "verdaderos gestos de sacrificio" de Radowitzky y Wilckens. Para el protestismo estos actos estaban bajo un manto de sospecha y eran la acción de delincuentes y terroristas. El eje del debate giraba en torno a qué causas debía reivindicar el movimiento anarquista y cuáles definitivamente quedaban fuera de su incumbencia. En este contexto es significativa la recurrente utilización de citas de los clásicos del anarquismo, como fuentes de autoridad para dar apoyo a la posición de cada sector; tanto *La Protesta* como *La Antorcha* citaban a Kropotkin o Fabri para condenar o justificar la violencia como legítima defensa contra el sistema. De esto se quejaba E. Roqué cuando le recriminaba al antorchismo que "cuando Malatesta les repite que la *anarquía no es la bomba*, casi lo tienen por un renegado".[37]

Los conflictos con el anarquismo expropiador se sumaron a los debates que venían dándose dentro del movimiento desde fines de la década del 10. *La Antorcha* tuvo una posición ambigua con respecto a los atentados y la expropiación como método. Si bien no llegaban a defenderlos abiertamente tenían contactos con varios miembros de estos grupos, incluidos Scarfó y Di Giovanni. Negaban estar defendiendo el uso de la violencia como fin del movimiento libertario pero, en coyunturas como la de 1927, el tono a favor de la violencia de masas y la venganza por la ejecución de Sacco y Vanzetti tomaba la delantera. "En ocasiones apoyaban las acciones de Di Giovanni y en otras efectuaban críticas elípticas, como sucedió con la polémica en torno a las tremendas consecuencias del atentado a la Embajada italiana. *La Antorcha*, por un lado sostenía que no criticaría los atentados populares aunque causaran víctimas inocentes, pero sí lamentaba que se produjeran."[38]

En la conformación de la imagen del enemigo interno, los atentados de fines de 1927 fueron claves. En medio de un clima de persecuciones policiales y parapoliciales, la caracterización de "terrorista" o "subversivo" dejaba de expresar conflictos internos y pasaba a ser un instrumento utilizado por las fuerzas de seguridad. *La Protesta*, que conocía la diferencia entre el grupo editor de *La Antorcha* y el grupo de violentos que, en nombre del anarquismo, hacían del robo o de las bombas una forma de expresión, identificaba al antorchismo como el enemigo. Incluso Horacio Badaracco, miembro de *La Antorcha*, a quien años después Abad de Santillán reivindicó en sus memorias, fue denunciado por *La Protesta* menos de una semana después del atentado del 24 de diciembre: "Figuraron entre los *terroristas* individualizados por la policía, sujetos de acción y muy conocidos por sus ideas disolventes, como Miguel Arcángel Rosigna y los hermanos Moretti. También forma-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ba parte de ese grupo, el que se denomina *antorchista*, otro anarquista de destacada actuación: Horacio Badaracco".[39]

A Badaracco se lo acusaba de haber quemado una bandera norteamericana en medio de una manifestación –razón por la cual fue detenido por la policía–, pero en la caracterización que hacía *La Protesta*, antorchismo, expropiación y violencia eran parte del mismo estigma que el movimiento libertario tenía que sacarse de encima como un lastre.[40]

Consideraciones finales

En el recorrido por las principales corrientes que conformaron el movimiento libertario en la década del 20, quedaron inevitablemente una serie de cuestiones sin explorar. Más allá de las principales características esbozadas en cada uno de los casos analizados, falta profundizar en las bases de los conflictos internos, que en el presente artículo han sido sólo esbozadas. Los debates por los recursos fueron centrales a la hora de delinear los principales sectores que se enfrentaron en esta etapa. Las diferencias en cuanto a métodos y tácticas también estuvieron presentes en coyunturas concretas. Sin embargo, los debates ideológicos atravesaron los antagonismos y constituyen a su vez el aspecto más difícil de rastrear en la prensa libertaria. Más allá de la Revolución Rusa, se hicieron evidentes en torno a la interpretación de los teóricos libertarios para sostener la posición a favor o en contra de la violencia, el alcance de la categoría de preso social, el manejo de los recursos y el ilegalismo. Profundizar en estas discusiones permitirá comprender lo que las diferencias personales o las disputas de poder dejan sin explicar; la conformación de un enemigo interno dentro del anarquismo al que se dio vía libre para combatir.

La sobrerrepresentación de los sectores vinculados a *La Protesta* y *La Antorcha* se fundamenta en el hecho de que la polarización entre estas corrientes fue la principal en los años 20 y para los contemporáneos fue muy difícil no tomar partido. Los conflictos con el anarco-bolchevismo y con el anarquismo expropiador se adecuaron a esta diferenciación. En este sentido, la construcción que hizo *La Protesta* de su enemigo interno involucraba elementos del antorchismo y de los grupos expropiadores. La gran diferencia entre las corrientes representadas por *La Protesta* y por *La Antorcha* fue, una vez más, la cautela de la primera, la selectividad en su defensa de miembros de la comunidad libertaria, la condena de la acción violenta y el rol de la FORA. *La Antorcha* por su parte apareció como el sector más radicalizado; extendió y vinculó la defensa de Sacco y Vanzetti con las de Ascaso, Durruti, Jóver, Eusebio Mañasco y Radowitzky; criticó la vacilación de la FORA para llamar a la huelga general, no condenó los actos violentos que se sucedieron a lo largo de 1927 –en sus columnas los llamados a la acción violenta se sumaban a festejos por los destrozos durante las manifestaciones y el apoyo a boicots y sabotajes–, defendió la inocencia de los personajes involucrados en estas acciones y, sobre todo después de la ejecución de los obreros italianos, cobró un tono más violento que el que empleaba normalmente.[41] En el debate alrededor de la violencia se conjugaban una larga cadena de disputas que eran anteriores a la década del 20. Explorar las razones de la radicalización de los conflictos internos es parte del intento de esta primera aproximación.

Notas

[1] Véase J. Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001; para un análisis de los conflictos de la prensa, D. Abad de Santillán, "*La Protesta*: su historia, sus distintas fases y su significación en el movimiento anarquista de la América del Sur", en Certamen Internacional de *La Protesta*. Buenos Aires, 1927.

[2] D. Abad de Santillán, ob. cit., p. 49.

[3] Véase E. Colombo, *Los desconocidos y los olvidados. Historias y recuerdos del anarquismo en la argentina*, Montevideo, Nordan-Comunidad, 1999.

[4] Véase O. Pianetto, "Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922", *Desarrollo Económico*, 4, 94, 1984.

[5] Los principales conflictos entre 1917-1922 son analizados por A. Doeswijk, "Entre camaleones y cristalizados: los anarco bolcheviques rioplatenses, 1917-1930", tesis de doctorado, Universidad de Campinas, 1998.

[6] La especificación de *V Congreso* refería al carácter comunista-anárquico aprobado en 1905. Durante el IX Congreso, en 1915, y aprovechando la mayoría sindicalista, se suprimió; ambas centrales convivieron hasta 1922, cuando la FORA sindicalista pasó a denominarse Unión Sindical Argentina. En este artículo la denominación FORA refiere a la anarquista.

[7] Véase R. Pittaluga, "La recepción de la revolución rusa en el anarquismo argentino (1917-1924)", tesis de licenciatura en Historia, FFyL, UBA, 2000.

[8] Ídem, p. 40.

[9] El 4 de agosto de 1924 militantes protestistas balearon el local del periódico *Pampa Libre*, en General Pico. En el enfrentamiento murió el militante de la FORA Domingo Di Mayo y hubo heridos de ambos bandos. Véase J. Etchenique, *Pampa Libre. Anarquistas en la pampa argentina*, Santa Rosa, UNQ, 2000.

[10] Sobre este tema véase J. Suriano, *Anarquistas…*, e I. Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo Veintiuno, 1981.

[11] J. Suriano, *Auge y caída del anarquismo. Argentina, 1880-1930*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2005, p. 73.

[12] En los Talleres Gráficos La Protesta se imprimían "todo tipo de trabajos tipográficos, como ser periódicos, revistas, programas, papel de cartas, invitaciones, sobres, tarjetas comerciales, sellos de goma, timbrados y fábrica de libros comerciales, etc.", *La Protesta*, 23 de enero de 1919.

[13] T. Antillí, "El problema de la prensa anarquista", *La Antorcha*, 29 de septiembre de 1922, p. 3.

[14] D. Abad de Santillán, *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2005, p. 98.

[15] Ídem, p. 264.

[16] T. Antillí, ob. cit, p. 3.

[17] "Reivindiquemos la libertad de opinión y de crítica en el movimiento anarquista", *La Antorcha*, 4 de julio de 1924, p. 1.

[18] "Un atentado terrorista", *La Protesta*, 29 de diciembre de 1927; "Terrorismo", 26 de mayo de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

1928; "El anarquismo y las bombas. Una leyenda policial y periodística que debemos combatir con toda energía desde nuestro movimiento", 26 de mayo de 1928; "Violencia negativa", 27 de enero de 1928.

[19] La extorsión a empresas durante acciones de boicot fue una vía informal de financiamiento.

[20] Desde abril de 1925 tuvieron imprenta propia e intentaron convertir la publicación en diario. El proyecto sólo se concretó durante unos meses en 1927.

[21] Véase R. Pittaluga, ob. cit.

[22] Véase F. del Intento, "Temas de la vida anarquista: entre nosotros", *La Antorcha*, 31 de julio de 1925.

[23] La posición *finalista* se refería a la obligación de mantener como finalidad de toda organización obrera la adhesión al comunismo anárquico, votada durante el V Congreso. Véase R. Pittaluga, ob. cit.

[24] Su impugnación a la centralización no implicaba oponerse a la creación de federaciones sino recordar que el objetivo no era la creación de una central que concentre la autoridad y el poder suficiente para "organizarnos sobre un modelo igual y general y reservarse los derechos de gobierno y dirección". *La Antorcha*, "Por arriba o por abajo", 25 de marzo de 1921, p. 1.

[25] Véase T. Antillí, ob. cit., p. 3.

[26] Véase L. Anapios, "Radicalización y conflictos internos en el anarquismo argentino: la experiencia de la huelga general de 1924", XI Jornadas Interescuelas, Tucumán, septiembre de 2007.

[27] Para una lista de las agrupaciones, gremios y publicaciones expulsados, véase D. Abad de Santillán, *La FORA. Ideología y trayectoria*…, p. 276.

[28] *La Protesta* separó a Rafael B. Alcaráz, miembro de la agrupación Voluntad, sosteniendo que "tomó partido por *La Antorcha* y es uno de los peores enemigos que tiene[n] la FORA y *La Protesta*. En consecuencia no podemos mantener con él ningún tipo de relación", citado en *La Antorcha*, 164, 12 de junio de 1925, p. 4. Véase también "*La Antorcha* no constituye una facción", 157, 24 de abril de 1925, p. 1.

[29] "*La Antorcha* y orden social", *La Antorcha*, 6 de enero de 1928, p. 2.

[30] Véase A. Doeswijk, ob. cit.

[31] Véase R. Pittaluga, ob. cit.

[32] Ídem, pp. 92-93.

[33] J. Suriano, *Auge y caída del anarquismo*, p. 83.

[34] Emilio López Arango y Diego Abad de Santillán fueron sus fervientes opositores. Las amenazas que cruzaron durante todo 1929 hicieron que fuera señalado como el principal sospechoso del asesinato. Véase O. Bayer, *Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

[35] A. Rey, "La violencia anarquista en la perspectiva de la prensa periódica (1909-1931)", XI Jornadas Interescuelas, UNT, septiembre de 2007.

[36] Sobre el uso de argumentos de la burguesía por parte del anarquismo, Serge Salaün sostiene que el discurso anarquista reproducía el orden burgués y se enraizaba en la dependencia verbal y cultural del sistema que intentaban combatir. Véase S. Salaün, "Teoría y práctica del lenguaje anarquista o la imposible redención por el verbo", en I. Hofmann y T. Tours, *El anarquismo español. Sus tradiciones culturales*, Madrid, Iberoamericana, 1995.

[37] E. Roqué, "Anarquismo y violencia", *La Antorcha*, 11 de febrero de 1928, p. 1.

[38] J. Suriano, *Auge y caída del anarquismo*…, p. 84.

[39] "Un atentado terrorista", *La Protesta*, 29 de diciembre de 1927, p. 1.

[40] "El anarquismo y las bombas. Una leyenda policial y periodística que debemos combatir con toda energía en defensa de nuestro movimiento", *La Protesta*, 26 de mayo de 1928, p. 1.

[41] Luego del 22 de agosto de 1927 *La Antorcha* sumó a su título el epígrafe *"¡Todos los caídos deben ser vengados! ¡Guay, si no lo son!"*.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Anarquismo, criollismo y literatura

*Pablo Ansolabehere**

Martín Fierro, Nº 2, 10 de marzo de 1904

Sin ley, sin patria, sin amo, he aquí el rasgo etnológico sobre el cual está modelada nuestra psicología, he ahí el molde tradicional de nuestras almas.

Luz al Soldado, 7 de septiembre de 1913

En 1888 Joquín V. González publica *La tradición nacional*, texto que desde el título sintetiza uno de los temas centrales del período de entresiglos, y alrededor del cual se van a formular y discutir preguntas tales como qué es lo que define lo auténticamente argentino, qué tipo humano encarna mejor el espíritu nacional, cómo debe orientarse, en función de esa tradición, el proceso inmigratorio que amenaza con disolverlo, etcétera.

El anarquismo, a su manera, participó del debate sobre la tradición nacional, y no simplemente para negar su validez. Elaboró, por ejemplo, su propia lectura de la historia argentina. Y no dejó de involucrarse en una de las cuestiones más directamente vinculadas con ese debate: los alcances y usos de lo *criollo*, palabra clave junto con gaucho en el proceso de elaboración o de redefinición de la tradición nacional, a las que se recurrirá frecuentemente cuando se le quiera dar un nombre a los rasgos diferenciales de la argentinidad.

Lo que me interesa analizar en las páginas que siguen es, en primer lugar, qué pasó dentro del discurso anarquista de comienzos de siglo con lo criollo, es decir, qué posiciones y

* UBA.

Entrepasados - Nº 32, fines de 2007: 43-57

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

reelaboraciones sobre la tradición nacional y esa emanación de lo criollo en que se fue convirtiendo el gaucho se generaron dentro del discurso libertario argentino. Para hacerlo voy a concentrarme sobre todo en algunos de los textos, revistas y autores que más emblemáticamente representan las diferentes posturas asumidas dentro del anarquismo sobre la cuestión de lo criollo. En segundo lugar, quiero ver qué sucede con el anarquismo y, sobre todo, con la figura del anarquista en las discusiones sobre los alcances de lo criollo y la llamada "literatura criollista" fuera del ámbito específico del discurso libertario argentino.

El ocaso del gaucho

"Criollo" y "gaucho" serán términos frecuentemente utilizados por parte de quienes se interesen por la definición de lo argentino y el resguardo del "ser nacional", sobre todo frente a la amenaza extranjera, pero también por quienes más van a sufrir por su uso nacionalista y xenófobo. Si "criollo" es la palabra clave para discriminar y establecer la dirección de una serie de acciones punitivas contra quienes no lo son, es lógico que las víctimas de esa discriminación –el elemento extranjero– también recurran a "criollo" y "gaucho" para resumir lo peor de la nación que los estigmatiza y persigue, y que lo hagan, además, aprovechando una tradición nacional de crítica a la barbarie americana que tienen al alcance de la mano. Desde el anarquismo –de un modo análogo al socialismo– se aprovechó el poder condensador de "criollo" para atacar el funcionamiento de la política local (la "política criolla"), así como a toda una idiosincrasia social que le daría sustento.

Esta crítica a lo criollo ocupa un espacio considerable en la prensa anarquista, sea en artículos de crítica social o política, en cuentos, en crónicas; pero es sin duda el folleto titulado *El crepúsculo de los gauchos* (1903), del intelectual anarquista de origen español Félix Basterra, el texto que mejor ejemplifica esta posición anticriolla del anarquismo vernáculo.[1] Tal virulencia, junto con el contexto de su publicación –la reciente aprobación y puesta en práctica de la Ley de Residencia, en 1902–, es lo que le da al libro un tono exasperado y urgente que genéricamente lo emparienta más con el panfleto que con el ensayo. Aunque el tono polémico del folleto entra en perfecta consonancia con la literatura anarquista, acostumbrada a la confrontación violenta, el modelo textual que tiene en mente Basterra es el *Facundo* de Domingo F. Sarmiento. Esta relación está marcada no sólo por ciertas circunstancias comunes de escritura urgente y propósitos analíticos de la realidad argentina, matizados con una beligerancia pertinaz, sino por el hecho de que explícitamente Basterra reconoce la tutela intelectual de Sarmiento y se vale de su esquema de civilización y barbarie para analizar la situación argentina de principios de siglo y revisar el proceso histórico que la explica. La descripción de la barbarie americana elaborada por Sarmiento es trasladada al 900 y aplicada al mundo criollo. Tal traslación implica –además de una simplificación notoria del problema– un efecto de ampliación superlativo, ya que la barbarie criolla alcanza, salvo contadas excepciones, a todos los argentinos.

Los elogios hacia Sarmiento y Alberdi, y su particular fidelidad al modelo de análisis de la realidad argentina plasmada por el primero durante el rosismo, dejan en claro que para Basterra –como para otros anarquistas que siguen la misma línea interpretativa– no hay una continuidad entre el programa de gobierno propuesto por Sarmiento en *Facundo* y el régimen que en ese momento preside el general Julio A. Roca. Para Basterra, entonces, Julio A. Roca, Miguel Cané, Carlos Pellegrini, son en realidad –y contra lo que se sostiene oficialmente– los continuadores del proyecto y de los hábitos políticos de Juan Manuel de Rosas, Facundo Quiroga, Félix Aldao y demás caudillos. Es lógico, entonces, que Basterra vea en los actuales gobernantes a los máximos representantes de la barbarie.

Esa constatación lo lleva a buscar, también siguiendo las huellas de Sarmiento y más allá de los vaivenes políticos circunstanciales, la causa esencial de los males que aquejan a la república indagando en la historia social de los argentinos. Y es entonces, como en Sarmiento –aunque con distintos grados de perspicacia–, cuando Basterra va a encontrar en el gaucho y su idiosincrasia la clave para explicar el estado actual del país.

Contradiciendo, aparentemente, a quienes afirman que el gaucho es un tipo social extinguido, Basterra encuentra no sólo que todavía hay gauchos sino que todos los argentinos lo son, ya que a esa altura del siglo gaucho es, más que un tipo social, una forma de ser que define a los argentinos por encima de sus diferencias de clase o su educación. La metáfora de la "invasión" –tan fecunda en la literatura argentina–, usada insistentemente para describir el efecto causado por el aluvión inmigratorio, en Basterra sirve para explicar un proceso análogo pero inverso: la barbarie, con el gaucho, ha avanzado sobre la ciudad y lo ha impregnado todo. Y aunque el gaucho en realidad sea una entidad arcaica, su esencia bárbara sigue viva en toda la población nativa, sus instituciones, sus costumbres, sus leyes.

Pero la lógica argumentativa de esa reacción revela una paradoja: su coincidencia en por lo menos dos puntos con la lógica de aquellos a quienes pretende combatir: la condena del *moreirismo*[2] y la adopción de los principios fundamentales del *darwinismo social*. Basterra, consecuente con su condena absoluta de lo gaucho, polemiza contra la literatura que no lo denigra. Por un lado la emprende contra los poetas que se han encargado de idealizarlo. Aunque Basterra no hace nombres, parece estar apuntándoles a los cultivadores de la poesía nativista, y no es descabellado pensar que tenga en mente el *Santos Vega* (1885), de Rafael Obligado, uno de los poemas más exitosos en esa línea, modelo (según Joaquín V. González, entre otros) de una literatura patriótica, y en el cual es clara la identificación de "Juan Sin Ropa", vencedor del payador argentino, con el inmigrante. Sin embargo, los ataques más duros de Basterra se dirigen a un tipo de literatura con gauchos muy diferente: la creada por Eduardo Gutiérrez con su *Juan Moreira* (1879) cuya extensa y genéricamente diversa descendencia ha de conformar lo que sus impugnadores llaman "moreirismo".

La crítica de Basterra hacia los efectos perniciosos de cierta literatura reproduce casi textualmente los argumentos de quienes veían con alarma la glorificación literaria del crimen contra la autoridad, aunque en su caso poniendo como víctima principal de esta tendencia generalizada no a los representantes de la ley y el orden sino a los inmigrantes: "Existe una literatura cantadora de las pasiones gauchas, cuya narración es todo un idilio de presidio, de crimen, de puñalada toma y daca, libros que produjeron dramas para teatro, teatro que hizo algo más que un... Guillermo Tell de cada nativo alzado contra una autoridad más alzada todavía, en fin, todo un pueblo delirante que se educa en el ejercicio del trabucazo abocajarrado al primer hombre que en forma de italiano cruzárase en el camino del criollo".[3]

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por otro lado, la visión negativa del gaucho se refuerza con el aporte de las teorías de Charles Darwin y Herbert Spencer sobre la lucha por la vida y la superioridad o inferioridad de ciertas razas, más el agregado de la antropología criminal de Cesare Lombroso y sus teorías sobre el atavismo surgidas de la misma matriz positivista. De manera que el argentino es, según Basterra, un tipo racial definido por el estigma de la degeneración y la inferioridad, por eso la sinonimia criollo-gaucho que define lo argentino debe ser completada con su componente más "enfermo y decadente": el indio.[4]

Quizá el mejor ejemplo ficcional del funcionamiento de este sustrato ideológico dentro de la literatura anarquista sea "Un crimen", cuento de Enrique Crossa en el que se narra cómo una familia de gauchos, caracterizados por su "indolencia hereditaria", su "pereza abrumadora", sus rostros "peludos" o "siniestramente angulosos", asesinan a un pobre turco ("un inmigrante") para robarle sus baratijas.[5]

Pero además este anticriollismo anarquista se enfatiza por una comprobación: que el grueso de las fuerzas de choque de la policía y el ejército responde al tipo social del "criollo", del habitante de "las provincias", definido racialmente por la cruza del indígena con el español. Se trata de los "indios" o "gauchos de uniforme", cuya brutalidad en la represión de los manifestantes anarquistas muchas veces es explicada por su origen étnico y social. Un buen ejemplo es "¡Respetá l'autoridá, che!", crónica aparecida en el número 245 de *La Protesta*, el 1 de enero de 1904, en la que el habla es, ya desde el título, un modo de caracterizar al "indio de la esquina", es decir, al vigilante. En el relato se denuncian los atropellos del policía en cuestión que, borracho, trata de encarcelar a un "joven argentino" al que acusa de "gringo". Lo curioso es que al arremeter contra el joven exclama: "Yo soy Moraira" *(sic)*, en una inversión de la tantas veces citada anécdota de aquellos gauchos u orilleros que, borrachos, desafiaban a la autoridad proclamando ser el famoso personaje de Gutiérrez. Lo que evidentemente se busca mostrar con la anécdota es que, en la Argentina, los que detentan la autoridad y piden respeto por ejercerla son tan criminales como el peor de los delincuentes.

Sin embargo, la posición frente a lo criollo encabezada por Basterra, si bien predominante, no fue unánime dentro del anarquismo. Una razón evidente es que un tipo de crítica radical como la suya excluye toda posibilidad de incorporación del elemento criollo trabajador a la lucha que propone el anarquismo. Las taras congénitas y atávicas que corrobora Basterra inhiben al trabajador criollo no sólo de participar junto a sus compañeros de trabajo inmigrantes en la lucha revolucionaria sino también de la sociedad futura que se pretende construir. Frente a esta postura van a aparecer en el anarquismo argentino otras voces que sí creerán en la posibilidad de la alianza y en las cualidades –revolucionarias– del trabajador criollo. Y que además verán en las diferentes variantes de la literatura criollista un modo de llegar al gran público que esa literatura cultivaba y de plantear la posibilidad de la alianza revolucionaria del inmigrante y el hijo de la tierra.

La vuelta de Martín Fierro

Así como *El crepúsculo de los gauchos* sintetiza mejor que ningún otro texto la postura anticriolla y elige al gaucho "crepuscular" como la figura a la que dirigir sus ataques, de un modo análogo pero inverso, uno de los compañeros de ruta de su autor (y de los pocos a quienes Basterra nombra de manera elogiosa en su libro), Alberto Ghiraldo, es quien lleva adelante el intento vindicatorio del elemento criollo y propone con mayor énfasis la alianza con el inmigrante. Y lo hace apelando también al gaucho, sobre todo a uno: Martín Fierro, nombre elegido para la revista que funda y dirige entre 1904 y 1905, y en la que mejor puede seguirse su propuesta de un criollismo libertario.[6]

El nombre de la revista no es casual y le permite elaborar un proyecto editorial que se propone intervenir en lo político desde una plataforma cultural basada sobre todo en la literatura. El personaje de Martín Fierro puede representar, a comienzos de siglo, casi como ningún otro nombre, al tipo de gaucho que les interesa rescatar a los anarquistas: un modesto trabajador que por negarse a votar la lista del juez es enviado al ejército, y que tiene el valor de desertar y de enfrentarse –y vencer– a la autoridad policial que lo persigue. Pero además Martín Fierro es el nombre de una pieza de literatura que también resulta admirable. En el primer número de la revista de Ghiraldo, junto con la foto de Hernández y una selección de estrofas de su poema, aparece un breve texto de presentación que sintetiza el porqué de la elección de Martín Fierro. Las razones son tres: su capacidad simbólica ("encarnación de nuestras costumbres, instituciones, creencias"), el sentido clasista de su lucha ("el grito de una clase luchando contra las capas superiores de la sociedad que la oprimen") y su valor artístico, que define un modelo de literatura cuyo gran mérito consiste en poder plasmar de un modo "vivo, palpitante, natural, estereotípico… la vida de un pueblo".[7]

Es decir que la revista de Ghiraldo concuerda con aquellos que sugieren –todavía tímidamente– que en el gaucho puede encontrarse la clave de la idiosincrasia argentina, pero difiere notoriamente –al leer la vida del gaucho desde la perspectiva de la lucha revolucionaria– en la definición de esa idiosincrasia. Y además hay que puntualizar que no se trata de "el gaucho" sino de uno, que tiene la particularidad de ser un personaje literario. En este sentido la revista *Martín Fierro* aparece como precursora del proceso fuerte de consagración del poema de Hernández que se verificará algunos años después de su aparición. El valor del *Martín Fierro*, de Hernández, lo que define su grandeza, es esa capacidad envidiable de plasmar la vida del pueblo y, lo que tal vez sea más importante todavía, de llegar a él.

Desde su aparición la revista de Ghiraldo se instala en el medio de una doble disputa sobre la tradición de la que va a ser partícipe. Por un lado, como ya se sugirió, dentro de la misma tradición anarquista. Recordemos que el libro de Basterra acaba de salir y que, si bien la revista *Martín Fierro* no se identifica explícitamente como una publicación anarquista (el subtítulo sólo dice *Revista popular ilustrada de crítica y de arte*), la postura política de su director, la de varios de los colaboradores, el contenido de muchas de las notas y el hecho de que a partir del número 31 se convierta en el suplemento cultural de *La Protesta*, nos dan la pauta de que se trata de una revista que se inserta dentro del movimiento libertario defendiendo una postura polémica sobre la cuestión de lo criollo-gauchesco. Pero, por otro lado, la revista *Martín Fierro* también participa (debido en gran medida a la ubicación de Ghiraldo en el incipiente campo cultural argentino) en la discusión sobre la tradición nacional, y sobre el uso y la definición de lo criollo, de lo rural y de la figura del gaucho.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Frente a la postura más generalizada dentro del anarquismo que condena el elemento criollo y frente al rescate oficial en curso del gaucho como encarnación de lo criollo, despojado en lo posible de todo resabio moreirista y más cercano a la imagen de un paisano sosegado y fiel, la revista *Martín Fierro* propone otra opción: incorporar al gaucho a la tradición libertaria internacional y, en el mismo movimiento, exhibir el *componente anarquista de lo criollo* que define lo más puro y valorable de la tradición nacional.

La línea criollista de la revista puede resumirse en tres secciones que la integran: "Clásicos criollos", "Crónica gaucha" y "Diálogos criollos". La primera –que mantendrá una regularidad de la que van a carecer las otras dos secciones– se compone siempre del fragmento de algún poema perteneciente al género gauchesco, en el sentido amplio que pocos años después lo va a definir Ricardo Rojas en su *Historia de la literatura argentina* (1917).

En contra de lo que puede suponerse (y de lo que sugieren los versos del poema de Hernández elegidos en el primer número de la revista) el criterio de selección de los fragmentos de la revista de Ghiraldo no sigue un propósito militante. Es decir, salvo algunas excepciones, los versos elegidos no denuncian la situación social a la que se ve sometido el gaucho, ni son un desafío a la autoridad, ni una glorificación de la deserción militar u otras posturas análogas. Por lo tanto "Clásicos criollos" es una sección cuya existencia podría justificarse, en principio, por razones estético-pedagógicas. Las últimas tienen que ver con la confianza que los anarquistas tienen en la función educadora del arte y la creencia de que el contacto con la literatura y el arte, más allá de su mensaje ideológico manifiesto, produce el efecto positivo de "elevar" al lector y, por lo tanto, de hacerlo más apto para asimilar los postulados anarquistas y, sobre todo, para transformarse en el hombre nuevo que la sociedad futura necesita.

Sin embargo, la elección del género gauchesco también puede ser vista como el intento de reconocer el valor literario de un tipo de literatura cuya "clasicidad" todavía no ha sido consagrada. En relación con esto puede pensarse que la ausencia de los dramas rurales de Eduardo Gutiérrez, así como de los textos que integran lo que Ernesto Quesada define, en forma peyorativa, como "literatura criollista", es un modo de asegurar la calidad estética de una sección de "clásicos". Pero también puede pensarse que, sin incluir sus manifestaciones más condenadas, "Clásicos criollos" es un intento de aprovechar la popularidad de la poesía gauchesca y, sobre todo, de lo criollo asociado a la literatura de alcance popular para llegar a un público lector muy numeroso, al que se intenta instruir, con la ayuda de otras secciones, en la necesidad de la lucha y de la revolución social.

Algo distinto ocurre con las secciones "Crónica gaucha" y "Diálogos criollos". Aquí no se va a trabajar con los fragmentos de un género ya dado y de algún modo concluido sino que se va a *hacer uso* de la gauchesca, de sus procedimientos característicos, de sus tópicos, pero refuncionalizados por la mezcla con géneros propios de la literatura de prensa anarquista.

"Crónica gaucha" –sección esporádica y que tiende a desaparecer luego de los primeros números de la revista– se caracteriza, como su nombre lo sugiere, por el cruce entre una forma narrativa propia del periodismo moderno, la *crónica*, con un procedimiento que define al género gauchesco: el uso, por parte de un autor letrado, de la forma expresiva característica del gaucho. Esa ficción enunciativa (el que habla es un gaucho), que se mantiene hasta en el seudónimo elegido para firmar las notas ("Camilucho Tresmarías") se ratifica por las notorias inflexiones gauchescas que adquiere el lenguaje, así como por las afirmaciones del yo que se hace cargo de la enunciación, quien se presenta a sí mismo como un "pobre gaucho rústico".[8] Sin embargo, ese gaucho abandona la forma de expresión característica dentro de la tradición del género –el canto– y elige la más moderna de la prosa del periodismo de combate.

En "Diálogos criollos" ocurre algo similar: se les da la voz a interlocutores criollos, quienes se expresan utilizando las inflexiones de la lengua que, se supone, les son características, pero dentro de uno de los géneros emblemáticos de la literatura anarquista (y de la gauchesca): el diálogo.

Por eso también la *denuncia*, uno de los tonos característicos de la poesía gauchesca, va a ser un componente esencial de estas secciones de la revista de Ghiraldo. La denuncia, en este caso, va a apuntar a los males de la sociedad burguesa que, ya a esa altura del siglo, son tópicos de la literatura anarquista: la trampa electoral, los manejos turbios de los políticos, las mentiras de la Iglesia, la propiedad privada y el latifundio, las leyes, el servicio militar, la explotación laboral. Al darle a la denuncia esa forma específica de politización, se va a operar una refuncionalización del género, pero siempre buscando, en la medida de lo posible, mostrar que las injusticias que se denuncian también forman parte de la tradición nacional (que a la vez es internacional). Ciertas situaciones ya presentes en el poema de Hernández, para no ir más lejos, sobre el uso del gaucho en las elecciones o como mano de obra gratis en el ejército, se repiten en la crítica extendida a todo el sistema electoral de principios de siglo o a la flamante ley de servicio militar obligatorio y las denuncias sobre malos tratos en el ejército.

Ahora bien, ¿para quién están escritos estos textos? La primera respuesta puede encontrarse en los destinatarios que esos mismos textos proponen. El gaucho de las crónicas se dirige, insistentemente, a su "ermanos", y en los diálogos, el destinatario evidente es el criollo interlocutor. Es decir que, en ambos casos, el destinatario del discurso "esclarecedor" es un igual, gaucho o criollo a quien, además, se puede interpelar. En el caso de Camilucho Tresmarías, el pedido hacia el auditorio compuesto por sus "ermanos" es ser fieles –una vez más– a los atributos y valores esenciales en la definición del criollo resumidos en la valentía y la resistencia a la opresión. Por eso, frente a los atropellos de la "sevelisasión" de que son objeto, el criollo *se* pregunta y *les* pregunta a sus criollos interlocutores: "¿Adónde están los justicieros de sí mesmos?".

Pero además lo que se espera no es meramente la reacción el auditorio criollo sino la *reacción esclarecida*, gracias sobre todo a los efectos saludables de la alianza del criollo con el trabajador inmigrante dentro del movimiento anarquista. En uno de los "Diálogos criollos", "El infractor", conversan dos criollos (que, por el lenguaje y el dibujo que acompaña el diálogo, más que gauchos parecen orilleros) sobre la decisión de uno de ellos de no presentarse a la convocatoria del ejército y convertirse en desertor. El "infractor" es el personaje esclarecido, no sólo porque explica las verdades, sino porque además lee libros y dice cosas que su compañero, le confiesa, jamás ha "escuchao en la vida". Su propuesta de enfrentar a la autoridad hace que su timorato e inexperto interlocutor lo compare, irónicamente, con Juan Moreira. El infractor entonces acepta la comparación con el gaucho de Gutiérrez, pero aclara que en todo caso él sería un Moreira con conciencia, porque Moreira "pe-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

leó sin pensarla".[9] El pecado de Moreira, para estos anarquistas, no es su enfrentamiento con la autoridad sino la ausencia de un sentido que guiara ese enfrentamiento. Pelear "pensándola" sería, para estos criollos, buscar la alianza, como se propone en una de las crónicas gauchas, con el "pueblo trabajador", que "emprinsipia a protestarla [...] meta güelga".[10]

El cruce de lo gauchesco con formas e ingredientes propios de la literatura de prensa anarquista persigue sin dudas el propósito de aprovechar la ya demostrada capacidad de llegada de textos como el *Martín Fierro* para acceder al "pueblo" y convencer a los trabajadores criollos de las bondades de sumarse a las filas del movimiento libertario o, por lo menos, de abandonar las filas de los "rompehuelgas", de la policía o el ejército.

Pero también es muy probable que desde *Martín Fierro* se esté pensando en el público habitual que integra el movimiento anarquista, a quien se quiere mostrar que la alianza con el criollo es posible y a quien además se intenta seducir con un tipo de literatura que, como lo señala Adolfo Prieto, tenía abundantes lectores no sólo en el sector criollo sino también entre los inmigrantes, aunque depurándola de sus rasgos más censurables.

Neocriollo y mala mezcla

Esta idea de la alianza revolucionaria entre criollos e inmigrantes plasmada en la revista de Ghiraldo que, por un lado, aparece como la respuesta polémica a una postura anticriolla predominante dentro del anarquismo, por otro parece funcionar como el correlato de la creciente desconfianza, por parte de un grupo de intelectuales ligados con las clases dirigentes, hacia las virtudes de lo "criollo moderno", sobre todo en relación con algunas manifestaciones culturales de carácter popular. Tal desconfianza reside fundamentalmente en que, lejos ya de representar la esencia de lo nacional en estado puro, "criollo" también es un concepto usado para describir ciertos aspectos culturales producto del contacto entre las "bajas clases sociales" (como gustaba decir Miguel Cané) locales y extranjeras, y la literatura "criollista" es la expresión más elocuente de los resultados indeseables de esa mezcla y de su peligrosidad.

Si desde cierto anarquismo la fórmula de la *alianza* revolucionaria de los oprimidos es mostrar como positiva la mezcla entre criollos y extranjeros de baja condición, desde sectores ligados con el poder –y de un modo análogo pero inverso– será la metáfora de la *mala mezcla* el recurso más habitual para representar las consecuencias de una cruza indeseable. Lo que me interesa en este punto es ver qué sucede, no tanto desde el anarquismo sino con el anarquismo, en algunas de las resoluciones simbólicas del conflicto generado por esa mezcla.

En una carta dirigida a Fray Mocho, y refiriéndose a sus relatos publicados en *Caras y Caretas*, Miguel Cané le asegura que "cuando se reúnan en volumen todos esos bocetos de vida argentina, entonces diré ya lo que ellos representan y representaron en nuestra literatura. Ése, ése es el CRIOLLISMO legítimo, porque es el que existe, es el que vive, y no el del gaucho desvanecido, o del cocoliche híbrido y cambiante".[11] La afirmación de Cané sobre la validez del criollismo de Fray Mocho frente a otras variantes menos legítimas tiene que ver con el problema de la mezcla adelantado en el párrafo anterior, y debe enmarcarse, a su vez, en el contexto de una discusión –derivada de ese problema– sobre "el idioma de los argentinos".

En 1902, año en que está fechada la carta, esta cuestión ha llegado a uno de sus puntos más alto de disputa debido a la publicación, ese mismo año, de *El "criollismo" en la literatura argentina*, de Ernesto Quesada. Este estudio, presentado como una prolija réplica a quienes pretenden que la literatura criollista equivale a literatura argentina, es también –y sobre todo– un intento de definir el alcance de los términos "criollista" y "criollo", de neutralizar las confusiones que genera su uso y de advertir sobre la peligrosidad de una literatura popular que amenaza con convertirse en paradigma de la lengua y de la cultura (y por lo tanto del destino) de una nación en proceso de formación. Así como, según argumenta abundantemente Quesada, es ridículo sostener que una manifestación literaria dialectal –como puede ser la gauchesca, epítome de lo criollo– se convierta en *la* literatura nacional, más lo es pretender que no sea el español la lengua nacional y sí, en cambio, uno de los tantos dialectos que la componen, o, peor aún, la mezcla de todos ellos.

Es en este punto donde Quesada impugna el alcance de los términos "criollo" y "criollista", no sólo porque se recurre a ellos para intentar proclamar la existencia del "idioma argentino", sino porque, debido a su uso indiscriminado, han ido perdiendo su significación originaria para pasar a designar indistintamente tanto a la literatura gauchesca como a los folletines de Eduardo Gutiérrez y a toda una vastísima producción de literatura popular cuya lengua es una mezcla de diversas "jerigonzas" que, a su vez, son también hijas de la mezcla: "cocoliche", "compadrito", "orillero" y hasta "lunfardo". En este sentido "criollista" viene a designar un tipo de literatura –que Quesada básicamente aborrece– en la que la lengua empleada es aquella que surge del modo de expresión más o menos fiel de las clases populares e "iletradas".

El problema de la literatura criollista aparece, según Quesada, hacia 1880 con los folletines de Gutiérrez y la consagración posterior de su secuela, el "moreirismo". La extrema popularidad de la literatura que deriva de *Juan Moreira* amenaza con provocar un efecto social desastroso, porque enaltece al compadrito y, de este modo, pervierte al "inmigrante acriollado" que lo adopta como modelo a seguir.

Literatura, lengua y clase social conforman el núcleo del problema que Quesada detecta y trata de analizar. Lo dice claramente: "El extranjero culto aprende sencillamente el castellano: a él, pues, no me refiero, sino al obrero, el de clase humilde y que carece de formación".[12] Ése, Quesada lo sabe bien, es el tipo social que conforma el grueso de la inmigración que llega al país y que, en su afán de adaptación, asume rápidamente el modelo –que es sobre todo un modelo cultural– que le ofrecen las clases populares argentinas: el criollismo. Y de las jergas que lo conforman, el "cocoliche" se convierte en la versión más ridícula y, al mismo tiempo, exasperante de una literatura que pretende pasar por sinónimo de la idiosincrasia argentina. Definido como "corrupción" idiomática, resultado de la mezcla de "los dialectos genovés y napolitano con el gauchesco y compadrito", lo que más le alarma a Quesada del cocoliche es que "aspira a vida propia" y que "se habla por millares de inmigrantes y por los descendientes de tales".[13]

En cierto sentido el "cocoliche" condensa un modo de resolución del problema planteado por la inmigración europea que resulta altamente insatisfactorio y alarmante: lleva a la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

práctica la integración del contingente inmigratorio más numeroso, el italiano, que adopta el modo característico de un tipo social en extinción –el gaucho, mezclado con otras variantes menos "puras", como el compadrito o el orillero– y que amenaza con desplazar no sólo a una lengua y a una literatura sino también a "los criollos de abolengo", clase a la que pertenecen, entre tantos otros, Quesada y Cané.

Y si Quesada coincide con Cané en que la solución frente al problema del idioma es la instrucción, la escolarización masiva de los hijos de la inmigración y de la mezcla, y la férrea enseñanza del español como único idioma nacional posible, en la literatura ambos parecen coincidir en señalar al mismo modelo. En la búsqueda de ejemplos literarios del uso de las nuevas jergas, Quesada cita un texto del "popular semanario *Caras y Caretas*", en el que se "mezcla el cocoliche y el orillero". Lo interesante en este caso es que Quesada no desaprueba su uso, porque ayuda a pintar convenientemente el "estilo típico de clases sociales determinadas", pero –y ahí reside su máxima virtud– "sin que se conviertan dichos dialectos en el habla misma en que se escribe". Y acto seguido dedica un párrafo elogioso al "chispeante escritor que se oculta bajo el seudónimo de Fray Mocho", destacando el hecho de que "las gentes del pueblo devoran sus escritos".[14] A pesar de que para Quesada el gran modelo de literatura nacional es Rafael Obligado, en la disputa con otros modelos menos elogiables de literatura criollista el autor de *Santos Vega* carece de dos cualidades que sí posee Fray Mocho: su capacidad de llegar a las clases populares y, cabría agregar, la actualidad de su literatura y sus personajes, a los que Fray Mocho hace hablar con el uso de la jerga que los caracteriza, pero sin dejarse confundir –gracias a la intervención de una conciencia narrativa que se expresa con la corrección idiomática de la que esas jergas carecen– por ese encuentro dialectal que es la base discursiva y dramática de su literatura.

Eso mismo es lo que parece reconocerle Cané al proponer sus "bocetos" como modelo del verdadero criollismo. Descartado el "gaucho" por su respetable pero inapelable anacronismo, Fray Mocho aparece ante Cané como el único modelo de literatura de alcance popular capaz de enfrentar al "cocoliche", género al que no casualmente –si de mezclas se trata– descalifica por su *hibridez*.

El repaso por los relatos de Fray Mocho publicado en *Caras y Caretas* entre 1898 y 1903 –año de su muerte– es una muestra constante del aprovechamiento de la jerga "orillera", como dice Quesada, pero también del conflicto generado por el encuentro de gringos y criollos, y de las paradojas de la mezcla. Me interesa detenerme en uno de estos "bocetos" que Cané tanto dice admirar: "Bello país debe ser".[15]

Los protagonistas son tres trabajadores, dos italianos y uno criollo, diferenciados claramente, en principio, por sus respectivas jergas y, luego, por su diferente predisposición al trabajo, interrumpido permanentemente por la charla del último.

El criollo se caracteriza de entrada por un rasgo que aparece adosado a la idiosincrasia local desde el nacimiento de la república: la desidia, el desinterés por el trabajo duro, el progreso, etc. Rasgo originario al que se le suma, además, un modo acomodaticio de entender la política ("si trabajo e pisonero no creas qu' es por placer, sino porque naides me ha elegido diputao que de todos los oficios es uno de los que más me gustan", les explica a los "gringos" el criollo). En este sentido el personaje de Fray Mocho responde al estereotipo manejado por los críticos de la política criolla, tan abundantes, como se vio, entre los anarquistas.

Sin embargo, como se lo hacen notar sus compañeros de trabajo, este criollo se llama "Perrini", y además le gustan "il maquerrone é la polenta". Se trata, como él mismo se ve obligado a reconocer, de un "hijo 'e italiano". Hijo de la inmigración, el "neocriollo" parece probar que el medio se impone a la herencia o la tradición familiar, y que son infundados los temores de algunos sectores de la clase dirigente de una pérdida de los rasgos esenciales de la nacionalidad en las nuevas generaciones de argentinos descendientes de los inmigrantes. Claro que el texto ironiza sobre estos temores y frente a la voluntad de trabajo de los extranjeros muestra la indolencia del criollo, como una forma invertida de ver los resultados negativos de la inmigración: en la Argentina –muestra el texto– los inmigrantes se echan a perder.

En el texto de Fray Mocho, el criollo hijo de italiano, también –puede decirse– sobreactúa su criollismo. Pero lo interesante es considerar sobre qué rasgos de lo criollo delinea esa actuación. Porque si, por un lado, como ya se observó, se muestra fiel a ciertos rasgos típicos del criollo indolente y acomodaticio, por otro asume la postura más extrema de aquellos que apelan a lo criollo para marcar la distancia con el extranjero peligroso. Hacia el final del relato, cansado por las objeciones de los italianos y de su insistencia en volver a la labor, el criollo concluye dirigiéndoles la siguiente advertencia: "El que quiera trabajar que no salga de su patria que aquí no los precisamos… ¡P'cha con los *anarquistas* estos! Conforme uno se descuida ya le chantan un discurso y a fuerza e palabrerío lo empiezan a'cer cinchar… Pero, ¡a mí… con la piolita! ¡Yo soy criollo y sé morir en mi lai!… ¡El vivo vive del sonso y el sonso de su trabajo y al que no le guste, que se descubra otr'América, si es que ésta no le hace gracia!…".

El personaje de Fray Mocho parece coincidir ahora con Cané, su elogioso admirador, quien en 1899, dos años antes de la aparición de este texto en *Caras y Caretas*, había elaborado un proyecto de ley de *Expulsión de extranjeros* y redactado un folleto explicativo al respecto en el que los principales acusados eran los extranjeros anarquistas que llegaban al país con ideas disolventes. El enfrentamiento entre extranjeros y argentinos se resuelve con la amenaza de la expulsión del territorio nacional, y "anarquistas" es el calificativo al que se apela para expresar no tanto la peligrosidad del extranjero como el recurso con que cuenta el criollo para criminalizarlos. Pero la sobreactuación de lo criollo –asumiendo las posturas más reaccionarias asociadas con su uso– no sólo se verifica en el uso de "anarquistas" sino en la percepción de que es en su *discurso* –el discurso anarquista– donde reside su mayor peligrosidad; el anarquismo entendido, entonces, como otra de las "jergas" que amenazan el modelo deseado de nación. Lo interesante en este caso es que, si la peligrosidad del "palabrerío" de los anarquistas consiste, simplemente, en un pedido de regreso a la labor interrumpida, la acusación se vuelve contra los que acusan, convirtiendo la sobreactuación del personaje de Fray Mocho en una parodia del *criollo de abolengo paranoico*, del que Cané parece ser el principal modelo.

El encuentro de jergas y de idiosincrasias diversas, la sobreactuación y también el carnaval están presentes en otro texto donde el anarquismo se entrevera con los vaivenes de la mezcla. En 1906 se estrena *Los disfrazados*, sainete de Carlos Mauricio Pacheco que, como es característico del género chico nacional, toma del encuentro entre criollos e inmigrantes el núcleo de su estructura dramática y encuentra en el manejo de la diversidad

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lingüística la expresión más evidente de ese núcleo. Lo interesante de *Los disfrazados* es que puede ser visto como una variante del conflicto desarrollado en el relato de Fray Mocho, no sólo porque se saca provecho del encuentro ríspido entre gringos y criollos, sino más precisamente porque el anarquismo también se convierte en un ingrediente fundamental.

Unos de los personajes de la obra es Malatesta, pero no se trata en realidad del famoso militante anarquista italiano que vivió en la Argentina en la década del 80 sino de un habitante del conventillo en que se desarrolla la obra, que recibe ese mote en virtud de sus ideas "socialistas". En contra de lo esperable, el anarquista de la obra no es un inmigrante sino un criollo cabal, de apellido Correa, que expresa sus ideales sociales en la jerga que le es característica: "Yo nací pa protestarla. Lo tengo adentro, en la entraña. Retobao y discutiendo siento que vivo mejor porque tengo bien metida l'idea de l'injusticia".[16] Sin embargo, esta variante peculiar de la mezcla entre lo criollo y lo europeo no consiste, como propone la revista *Martín Fierro*, en una alianza entre dos tendencias revolucionarias que al encontrarse se potencian, sino en una variante novedosa, actual, de ejercer la tradicional haraganería criolla. Es como si este criollo del sainete de Pacheco retomara al del relato de Fray Mocho, pero asumiendo para sí el anarquismo con el que acusaba a los demás. Si en Fray Mocho "anarquista", desde la perspectiva del criollo, equivale a "trabajador" (y de ahí su peligrosidad, su carácter subversivo), en Pacheco el anarquismo se asume como el discurso moderno que mejor y más originalmente justifica la molicie criolla. En este sentido la lengua de Malatesta, cuando su jerga orillera se mezcla con el *discurso del anarquismo*, puede resultar tan risible como la de los italianos que cantan versos gauchescos en cocoliche. En un momento de la obra se produce el siguiente diálogo entre Malatesta y Ramón, otro de los vecinos del conventillo, también criollo: "Malatesta: –Es que vos como güen criollo no te has preocupao por ilustrarte… Ramón: –Callate… ¿Qué sacan ustedes con tanto ruido? Que les planchen el lomo. Sí, señor. Y bien hecho por alterar el orden público que's la base… por no vivir cada uno en su rancho «trancuilo cume el pacarito in la caula» pa usar la frase'el pueta Trejo…Malatesta: –Vení, te vi'a enseñar un libro de Croponkine, vení… Vos te agitás en la tiniebla'el oscurantismo…".[17]

El efecto cómico del diálogo surge de lo paradójico de la situación: Malatesta, personaje caracterizado por su criollísimo desapego al trabajo, se corre de ese lugar "criollo" que lo define, asumiendo el papel de anarquista para, justamente, criticar a su contrincante por su "criollo" desprecio por la ilustración. Éste, a su vez, le replica citando un verso del "pueta Trejo" (Nemesio Trejo, uno de los más famosos autores de la literatura criollista criticada por Quesada), verso que está en "cocoliche". Se produce entonces una disputa literaria: frente a este autor, típico representante de la literatura criollista, Malatesta saca a relucir a "Croponkine", es decir, Kropotkine, el pensador anarquista más difundido por la prensa libertaria local.

Pero además de una disputa literaria, lo que muestra este diálogo es cómo, en la boca del criollo libertario, el discurso anarquista también puede funcionar como una suerte de cocoliche, como una jerga, tan extranjera para él como lo es el gauchesco para el italiano. Eso es lo que ocurre cuando dice "Croponkine" en lugar de Kropotkine. Un efecto análogo se produce cuando Malatesta agrega: "Vos te agitás en las tinieblas del oscurantismo", con lo cual evidentemente no hace sino citar esa jerga (el discurso anarquista), adaptada a las particularidades del voseo. Lo notable es que su interlocutor también responde citando otro discurso altamente estandarizado: el discurso oficial que condena el accionar de los anarquistas. Que no pueda finalizar la frase ("por alterar el orden público que's la base…") y que deba recurrir al verso de Trejo para completarla es la prueba de su distancia con ese discurso oficial que asume como propio pero que comprende a medias, y que, al mismo tiempo, contrasta con el manejo fluido de ese tipo de literatura popular que Quesada condena y que forma parte de su más genuino horizonte cultural.

El alma del gaucho

Sin embargo, y en forma paralela a este circuito literario que pone en escena al *criollo moderno*, producto de la mezcla y el aporte de la inmigración, el anacrónico gaucho que, entre otros, recuerdan con nostalgia Quesada y Cané sigue su curso consagratorio como emblema de la nacionalidad argentina, pero también como símbolo de la rebeldía libertaria, aunque con la condición de acrecentar el costado espiritual de su figura.

En 1906 Ghiraldo estrena *Alma gaucha*, drama que indudablemente sigue la línea de criollismo anarquista esbozada por su autor en la revista *Martín Fierro*, pero que también entra en sintonía –aunque de manera polémica– con la tendencia ruralista tan definitoria del panorama teatral argentino del 900, marcado desde 1886 por la versión dramática de *Juan Moreira* y su numerosa descendencia, y por una serie de obras que tratan de dar una visión distinta del gaucho: la de un gaucho integrado y trabajador y que tiene en *Calandria* (1896), de Martiniano Leguizamón, su versión más consagrada.

El título parece apuntar al núcleo de la disputa por el gaucho, localizado en su *alma*. A comienzos de siglo la discusión por el cuerpo de un tipo social cuya extinción ya se viene anunciando varias décadas antes no parece tener demasiado sentido. El tema es definir su alma y determinar cuál es su relación con el espíritu nacional.

Esta impronta espiritualista, tan presente ya en *La tradición nacional*, de Joaquín V. González, se actualiza y, en otra variante, se impone, en 1913, con la interpretación que propone Leopoldo Lugones en sus conferencias sobre *Martín Fierro*, fundidas y aumentadas en *El payador* (1916). Explica allí Lugones que la poesía "al inventar un nuevo lenguaje para la expresión de una nueva entidad espiritual constituida por el alma de la raza en formación, echó el fundamento diferencial de la patria. Pues siendo la patria un ser animado, el alma o ánima es en ella lo principal".[18]

Para Ghiraldo, el alma del gaucho es el "fundamento", pero no para determinar el carácter diferencial de la patria, sino de una idiosincrasia rebelde internacional.

Alma gaucha, en su definición esencialista del gaucho, retoma, podría decirse, la propuesta de Joaquín V. González acerca de la necesidad de buscar el origen de la nacionalidad en el pasado indígena –propuesta que será descartada de plano desde Mitre en adelante– pero con un sentido bastante diferente. La obra de Ghiraldo retoma una de las definiciones posibles de lo criollo –y del origen del gaucho– según la cual su composición racial sería el resultado de la fusión entre el español y el indígena. Pero en *Alma gaucha* esa fusión toma,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

como en la revista *Martín Fierro*, el carácter de una alianza para muchos imposible: la del gaucho con el indio. Alianza en la que no interesa lo racial sino lo político-social.

El protagonista de la obra es el gaucho Cruz, alguien que es enviado por la fuerza al ejército y que es castigado por rebelarse contra las injusticias a las que es sometido. Hablando con otros soldados de su rechazo de la institución militar, Cruz explica: "El asunto es largo y viene de mi padre, que peleó con los indios". "Contra los indios, querrá decir", lo corrige su interlocutor. "No m'equivoco tan feo, amigo. Pelió con ellos, contra el ejército, ¿sabe? Gaucho alzao. Y con razón, fue perseguido por l' autoridá y entonces ganó la frontera".[19] Alianza táctica que, como la alianza propuesta entre criollos e inmigrantes, une a los perseguidos en su lucha contra la autoridad.

Esta visión sobre el gaucho y el indio aparece desarrollada también en un texto aparecido el mismo año de las conferencias de Lugones, en el periódico anarquista *Luz al Soldado*, titulado, significativamente, "Tradición". Quien enuncia allí se presenta como un criollo que se avergüenza de serlo, al comprobar que quienes integran el grueso de las tropas del ejército o la policía son criollos como él. Herencia y tradición se funden en este texto que define al criollo como el resultado de una cadena hereditaria que principia con el indio, sigue con el gaucho y deriva –degenera– en el criollo. Si para Lugones el componente indígena del gaucho es una mancha purificada por la prevalencia del elemento español, en "Tradición" será esa sangre indígena que corre por las venas del criollo su legado más valioso. "¿Qué hemos hecho de la santa herencia que el indio y el gaucho nos legaron?", se pregunta y le pregunta a su auditorio de iguales el criollo que habla.[20] La "tradición heroica" está siendo traicionada porque no se respeta su esencia libertaria. El indio se define, sobre todo, por su amor a la libertad; lo mismo sucede con el gaucho, quien además es caracterizado recurriendo a una descripción ya cristalizada desde los textos de los viajeros ingleses de las primeras décadas del siglo XIX: errancia, altivez y, sobre todo, influencia determinante de su ambiente natural, la pampa, en la adquisición de su instinto libertario ("el gaucho al cruzar las llanuras, podía dilatar su vista en la inmensidad de los campos lo que también era una lección de libertad para su alma", dice el narrador criollo de "Tradición"). Y este amor irrestricto por la libertad se tradujo en ambos, indio y gaucho, en una pelea heroica contra todos aquellos que la pusieran en peligro. De ahí que el legado convertido en el mandato final sea, para los criollos que leen, la deserción de las filas de la policía o el ejército y la lucha sin cuartel contra los poderosos y sus leyes.

En cierto sentido "Tradición" y la postura contemporánea de Lugones vertida en *El payador* parecen ser dos versiones, no tan contrapuestas como podría suponerse, de la operación criollista de la revista *Martín Fierro*. Ghiraldo y Lugones no sólo coinciden en asignarle a la literatura un papel fundamental en la conformación de toda tradición sino en que es en el poema de Hernández donde está la clave. "Tradición", por su parte, acentúa la lectura antiestatal, anarquista, del gaucho, sin dejar, por eso, de coincidir en más de un punto con Lugones: la necesidad de buscar en el gaucho una identidad que se ha perdido en la confusión de la vida moderna, y la consideración de esa búsqueda como un mandato ineludible.

Lo que revela esa coincidencia en todo caso es que en esta disputa entre tradiciones hay un núcleo de conceptos, creencias, saberes y hasta retóricas cuya validez no se cuestiona. Quizá la mejor síntesis sea la frase de "Tradición" que sirve de epígrafe a este artículo, en la que conviven el típico slogan libertario, el toque cientificista, la convicción tradicionalista y la retórica del alma, aunque no se crea en ella.

Notas

[1] Sobre la trayectoria de Basterra en el anarquismo argentino, véase J. Suriano, *Anarquistas. Cultura y política en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, p. 135.

[2] Sobre el moreirismo y la discusión alrededor del criollismo, resulta de imprescindible referencia el trabajo de Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

[3] F. Basterra, *El crepúsculo de los gauchos*, Montevideo, Ed. Claudio García, 1903, pp. 88-89.

[4] Ídem, p. 130.

[5] E. Crossa, "Un crimen", *Vida Nueva*, 1, 2, 20 de noviembre de 1903.

[6] Sobre la revista *Martín Fierro*, de Ghiraldo, puede consultarse el texto de Analía Rey, "Periodismo y cultura anarquista en la Argentina de comienzos del siglo XX: Alberto Ghiraldo en *La Protesta* y *Martín Fierro*", *Hipótesis y Discusiones*, 24, 2002.

[7] "Martín Fierro y su creador", *Martín Fierro*, Buenos Aires, 1, 1, 3 de marzo de 1904.

[8] "Crónica gaucha", *Martín Fierro*, 1, 3, 17 de marzo de 1904.

[9] "El infractor", *Martín Fierro*, 1, 2, 10 de marzo de 1904.

[10] "Crónica gaucha", *Martín Fierro*, 1, 5, 31 de marzo de 1904.

[11] "Una carta de Miguel Cané", *Caras y Caretas*, VII, 308, 27 de agosto de 1904, citada en Fray Mocho, *Fray Mocho desconocido*, compilación y estudio de Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Ediciones del Mar de Solís, 1979, p. 56.

[12] E. Quesada, *El "criollismo" en la literatura argentina*, en A. Rubione, *En torno al criollismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, p. 150.

[13] Ídem, p. 153.

[14] Ídem, p. 159.

[15] *Caras y Caretas*, IV, 156, 28 de septiembre de 1901.

[16] Carlos M. Pacheco, *Los disfrazados y otros sainetes*, Buenos Aires Eudeba, 1960, p. 31.

[17] Ídem, p. 24.

[18] L. Lugones, *El payador*, Buenos Aires, Huemul, 1972, p. 21.

[19] A. Ghiraldo, *Alma gaucha*, en *Teatro argentino*, Buenos Aires, Américalee, t. I, p. 204.

[20] D. Sánchez, "Tradición", *Luz al Soldado*, 62, Buenos Aires, 7 de septiembre de 1913.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PUNTO DE VISTA

Punto de Vista / Nº 89 / diciembre de 2007

El siglo peronista (sexto artículo de la serie "El juicio del siglo") / La ciudad y el miedo / Cuba: los años soviéticos / Juan José Saer / Los sonidos del neobarroco / Bergman y Antonioni / Flandres, de Bruno Dumont / Entrevista a Jorge Lozano sobre la moda

Escriben: Palermo / Caimari / Rojas / Sarlo / Porrúa / Oubiña / Filippelli / Aguilar / Pérez

Ilustra: Daniel García

Suscripción anual $ 30. Cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Suc. 49, Buenos Aires

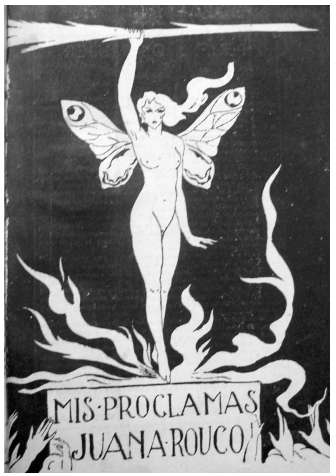
PUNTO DE VISTA

Amor y sexualidad en las publicaciones anarquistas (Argentina, 1890-1930)

*Laura Fernández Cordero**

Resaltaré únicamente que, en nuestros días, las regiones en que la malla está más apretada, en las que se multiplican los compartimientos negros, son las regiones de la sexualidad y las de la política: como si el discurso, lejos de ser ese elemento transparente o neutro en el que la sexualidad se desarma y la política se pacifica, fuera más bien uno de esos lugares en que se ejercen, de manera privilegiada, algunos de sus más temibles poderes.

Michel Foucault, *El orden del discurso*



Juana Rouco Buela, *Mis proclamas*, Buenos Aires, Lux, s/f.

En su ambición revolucionaria, el anarquismo ha combatido el Estado, el ejército, el clero, la escuela. Fueron, además, los más detallistas de los revolucionarios al advertir que el lazo jurado del amor eterno podría contener la marca de la opresión. Al matrimonio burgués –con sus alianzas propietarias, su intimidad hipócrita y sus fugas nocturnas– opusieron las bondades del amor libertario, un lazo franco y variable nunca sancionado por el derecho ni por la religión. Bastarían dos adultos de distinto sexo, una afinidad y una de-

* UBA-CONICET.

Entrepasados - Nº 32, fines de 2007: 59-75

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cisión. Sin embargo, para encontrar "verdaderas compañeras" habría que liberar a las esclavas de los esclavos convocándolas a su propia emancipación. Y, como una forma anarquista de liberar es iluminar, multiplicaron las conferencias, notas y folletos dedicados al *amor libre y a la emancipación de la mujer*.

En la Argentina de entresiglos coincidieron con librepensadores, feministas y socialistas que, en distintas versiones, apuntaban contra el mundo afectivo establecido. Sin embargo, los debates entre varones y mujeres anarquistas fueron los más tempranos y los más radicales. En sus disputas por la definición abstracta del amor se enfrentaron a la diferencia sexual, al ejercicio de las sexualidades y al cruce ineludible de la sexualidad y la explotación económica. Esas polémicas permitieron –a través de periódicos, folletos, libros y revistas– el despliegue de preguntas que todavía resuenan: ¿el mejor de los oradores es también un padre?, ¿en la fábrica una joven es obrera o mercancía?, ¿amar es poseer?, ¿las mujeres desean como los hombres?, ¿las mujeres desean?, ¿a quién pertenecen los niños de los amores libres?

Dora Barrancos dedicó unos capítulos a este aspecto del anarquismo.[1] Allí afirmaba que "les debemos haber inaugurado en el circuito de las formas comunicativas «*públicas*», la costumbre de hablar de sexualidad"[2] y, para confirmarlo, hizo un recorrido por algunas publicaciones anarquistas europeas y locales a partir de 1900. Trabajos posteriores remiten necesariamente al libro de Barrancos al analizar problemáticas específicas o para incorporar esa dimensión a investigaciones más exhaustivas.[3] Uno de los objetivos de este artículo será comenzar el recorrido varios años antes de la periodización propuesta por la autora, ya que la última década del siglo XIX es fundamental no sólo por la cantidad de publicaciones sobre la cuestión sexual sino por su continuidad en los años 20. En segundo lugar, se propondrá leerlos en conjunto para reconstituir algunas polémicas ocultas tras las respuestas encubiertas y las entrelíneas. Por último, se comenzará a cruzar esos discursos con el objetivo futuro de establecer las características de una semántica sexual de la emancipación propia de los intercambios libertarios.[4]

Hace unos años esta investigación comenzó con el habitual recorrido febril por bibliotecas y archivos buscando todos los folletos y todos los periódicos conservados hasta hoy.[5] Sin embargo, una viejísima edición de *La sociedad futura* invirtió el sentido de la búsqueda. Al final de cada capítulo de ese ejemplar, un lector de la Biblioteca Juventud Moderna había listado con una preciosa manuscrita: "Buenos libros libertarios", "Excelentes libros libertarios" y "Obras progresistas". Esa letra dibujada a lápiz me confirmaba un típico impulso anarquista: fundar un espacio de lectura común. Por tanto mi tarea no sería leer todo sino leer con ellos. Es decir, seguir sus recomendaciones, atender a los comentarios, descifrar las citas veladas y construir mi corpus de análisis sobre sus propios listados. Así, los avisos de edición de folletos, las suscripciones voluntarias, los catálogos y las reseñas de lectura pasaron a guiar la exploración.

Entonces, ¿qué leían y escribían los anarquistas acerca del amor y la sexualidad? Y a partir de esas lecturas y de sus propias intervenciones en la prensa local, ¿qué vocabulario se repite, se recita, se repone?, ¿cuáles son las palabras disponibles y las nuevas formas de decir?, ¿a qué combates llaman las voces del sexo?; ¿por qué *unión libre* y no *amor libre*?

Lecturas compartidas antes del siglo XX

La gran cantidad de periódicos sostenidos por suscripción voluntaria corrobora la importante presencia anarquista en varias ciudades argentinas durante la última década del siglo XIX.[6] Entre los de mayor permanencia y circulación se conservan y serán analizados aquí *El Perseguido* (1890-1897), *La Voz de la Mujer* (1896-1897), *La Protesta Humana* (1897-1903) y *El Rebelde* (1898-1903).

Aunque de tendencias diversas, los redactores y redactoras de estas publicaciones conocían y recomendaban la serie de "Propaganda anarquista entre las mujeres" editada por el grupo *La Questione Sociale* en 1895. Si bien existen referencias de un folleto titulado "La mujer" de 1884,[7] así como notas sueltas en las primeras ediciones de la publicación *La Questione Sociale* (1885), la serie se destaca porque tuvo una tirada masiva y porque se encuentran huellas de su lectura en casi todos los periódicos de la época. Estableció, además, las autoras de referencia y los lineamientos básicos para convocar a las mujeres con una evidente continuidad, ya que fueron reeditados sin modificaciones en 1920.

El primer folleto, del 1 de abril de 1895, es una traducción de "Alle Figlie del Popolo" de la italiana Anna María Mozzoni. "A las hijas del Pueblo" recurre a un esquema que se hará frecuente: exposición dramática de la opresión, explicación reveladora, convocatoria a la lucha. Al mismo tiempo, propone una fuerte identificación como "víctimas de todas las injusticias".

Según el texto de presentación de la serie y el propio artículo de Mozzoni, la mujer es doble o triplemente oprimida por causas religiosas, económicas y políticas. El marido le pega, los religiosos la engañan, el juez la ignora, el Estado envía a su hijo a la guerra. Es la víctima por excelencia, la esclava cuyo sometimiento o redención será la medida del fracaso o de la emancipación de la humanidad. Paradójicamente, Mozzoni no se incluye entre las mujeres y utiliza una segunda persona casi distanciada. Del mismo modo en el segundo folleto, dedicado "A las muchachas que estudian", la autora enumera los múltiples males que las acechan para, luego, llamarlas a la revolución social desde un nosotros masculino. Además, completa la identificación de mujer-esclava con la de mujer-madre que se mantendrá sin discusión durante varias décadas, aun entre las anarquistas más radicalizadas.[8]

Mozzoni introduce otro elemento que causará futuras tensiones: la victimización generalizada incluye a las burguesas. El enemigo se redefine; la mujer burguesa es objeto de una opresión singular a pesar de pertenecer al grupo de los victimarios. En este punto, mucho más disruptor será el aporte del cuarto folleto.[9] En su apelación "A las proletarias", Soledad Gustavo (Teresa Mañé) identifica al hombre en general como victimario. Es decir, a partir de aquí se hace posible una nueva e impensable identificación: anarquista y opresor. Además, Gustavo lo afirma en una implacable primera persona.

A pesar de estar dirigido a las compañeras, el folleto tiene otro destinatario preciso: los hombres que no acompañan y deberían hacerlo en favor de la emancipación de todos. Además, agrega un enemigo más abstracto e insidioso: el "qué dirán", ya que el cuidado del honor y la observación de la virtud esclavizarían a las mujeres tanto como las instituciones tradicionales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En el segundo folleto de *La Questione Sociale* los editores intercalaron un anexo sin firma sobre "La unión libre" donde se establecen los elementos indispensables para cualquier argumentación al respecto: el rechazo del matrimonio burgués y religioso, la caracterización del matrimonio como prostitución, la voluntad y el gusto como únicos garantes de la unión, el amor por encima de leyes y costumbres, la libertad de deshacer el lazo en todo momento, la consecuente desaparición del adulterio y de la hipocresía, el respeto por "la necesidad genésica" natural, la familia basada en el amor y el afecto verdaderos, la posibilidad de que la naturaleza humana sea, en estos casos, inconstante.[10]

El quinto y último folleto pone en debate, precisamente, la variación del gusto. Su autor es Giovanni Rossi, un veterinario y agrónomo italiano, puntilloso lector de Charles Fourier. Si, como afirmaba el utopista francés, la variación es una de las más importantes pasiones humanas, difícil encontrará Rossi respetar no sólo la monogamia del matrimonio tradicional sino la monogamia secuenciada y respetuosa propuesta por otros anarquistas. Para demostrar su tesis –"Amar más de una persona contemporáneamente, es una necesidad de la índole humana"–, funda la Colonia Cecilia en Brasil donde durante tres años practican la economía, la política y el amor libertarios. Agotado el experimento, escribe "Un episodio de amor en la Colonia Socialista Cecilia" y promociona el éxito de un amor múltiple.[11]

En el relato, Éleda y Aníbal llegan a la pobre aldea iniciada por Cardias (un alias de Rossi). El protagonista se siente solo e inevitablemente atraído por la compañera así que, al más fiel estilo anarquista, le comunica su sentimiento. Ella accede y con una pulcritud pasmosa juntos explican la situación a Aníbal quien con mínimas reticencias acepta participar del insólito trío. Éleda pasa a circular de una barraca a la otra y, cuando los primeros resquemores ceden, ella porta los saludos fraternales entre ambos hombres. Para probar la viabilidad de la experiencia, Cardias aplica cuestionarios psicológicos que intentan precisar el impacto sobre los sentimientos y las conductas de los participantes. Además, introduce justificaciones antropológicas que demostrarían la perfecta evolución de las costumbres hacia el amor múltiple y contemporáneo.

Las primeras noticias del triángulo amoroso ya habían impactado en el resto del mundo libertario. El diario parisino *La Révolte* publicó una carta informativa de A. Capellaro en octubre de 1892 y una discusión sobre la cuestión en la primera página del número de marzo de 1893. En Buenos Aires, los redactores de *El Perseguido* agregaron un comentario polémico inmediatamente después de la carta enviada por el compañero C.A. desde Colonia Cecilia.[12] Los críticos atacaban dos características puntuales del emprendimiento. Primero, la decisión de crear una colonia aislada y alejada del movimiento obrero y, después, los avatares de las relaciones sexuales y afectivas. A pesar de que ninguna de las cartas informaba sobre tríos o cuartetos amorosos, las notas polémicas hacían reparos sobre la radicalidad de la experiencia.[13]

Poco después el episodio de amor será denostado, aunque sin mencionar su título ni el nombre del autor, por el respetado doctor Emilio Z. Arana. En una conferencia sobre "La mujer y la familia" despliega toda su erudición en historia, filosofía y antropología para probar la necesidad de la emancipación de la mujer, la superación de la familia jurídica y los límites del amor libre.[14] Los primeros dos términos no difieren del ideario conocido. La mujer, "ese ser tan desgraciado", debe ser emancipada "con iguales derechos sin más diferencia en sus derechos que los contingentes á su sexo". Según el autor, la civilización moderna ha empeorado la situación del "bello sexo" y lo ha condenado a la esclavitud, transformando al hombre "de compañero en amo". Recurriendo a la remanida tesis del matriarcado original Arana intenta demostrar la historicidad de "la monogamia actual" y llega a la conclusión de que "la institución matrimonial es la base del régimen económico vigente". Por tanto, será necesario abandonar el matrimonio prostituido de las leyes burguesas y dar a las mujeres todos los derechos, incluidos los sexuales.

Sin embargo, habrá que definir amor, sexo y libertad para no retroceder a la promiscuidad primitiva de la cual la Biblia –ese "modelo de literatura pornográfica", esa "colección de monstruosidades"– da ejemplos memorables. Para un anarquista, prescribe Arana, el amor sexual es natural y noble; tiene como fin "la conservación de la especie". Por tanto, el amor es "electivo y mudable", pero no demasiado: "Hay quienes desconociendo la naturaleza íntima del amor, cuya existencia no puede ponerse en duda, sostienen la multiplicidad de este afecto, la existencia de más de una afección de esta índole, que *«amar á más de una persona contemporáneamente es una necesidad de la naturaleza humana»,* lo que no pasa de ser una afirmación gratuita, sin base alguna, que revela una falta de observación en quien sostiene semejante tesis, ó fines que, francamente, no alcanzo a comprender ni quiero entrar á investigar".[15]

Rossi creía contar con una evidente base científica para su tesis a pesar de no sentirse "un docto" y de saber que provocaría la duda, el escándalo y el sonrojo. En el "documento humano" que resulta del cuestionario psicológico, procura que Éleda responda si el amor compartido la hizo más sensual o si le perjudica la salud. Y por sobre todo aclarar que no es una mujer de "fáciles amores", ni "vulgar", ni "romántica" sino tan "normal" y "delicada" como la segunda compañera que, según Rossi, se habría animado al "beso amorfista": "La heroína […] estaba ligada por diez y ocho años de vida matrimonial y por una corona de cinco hijos. Sin embargo, ella también ha sentido surgir un nuevo afecto al lado del afecto antiguo; y noblemente lo ha manifestado al padre de sus hijos [quien] apuró heroicamente el amargo cáliz […] Todos nos hemos alegrado con él por la fuerza de ánimo con la cual ha sabido cumplir su deber".[16]

Es probable que ese fragmento provocara la indignación del doctor Arana, quien en su versión del amor libre aclara: "No es posible que si la mujer tiene *caprichos sexuales,* haya el hombre de procurárselos". Para el conferencista, "docto en ciencias médicas y sociales", la naturaleza y la moral son los límites que deberían contener el lazo "policromado" que publicitara Rossi. En la sociedad futura, asegura, el número de los que tendrán relaciones de momento "para satisfacer sus necesidades genésicas" serán cada vez menos ya que la mayoría elegirá las "dulzuras del hogar".

Mientras la sociedad futura llega, Rossi intentará demostrar la posibilidad del amor a la italiana en Brasil, pero calla el telón de fondo del romance: la falta de mujeres. En las cartas e informes de la pequeña aldea "Anarquía" se repiten las quejas por la ausencia de mujeres solas y porque el amor libre "todavía no ha penetrado en el corazón" de las pocas y ya acompañadas colonas. Nada sabemos de sus razones, ni de sus reparos, ni de sus fantasías respecto al amor ceciliano. Si retomamos los discursos generalizados en que las mu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

jeres son descriptas, prevalece la victimización. Precisamente, el folleto que más circula luego de la serie es "La femme esclave" de René Chaugui. *El Rebelde* traduce un fragmento en 1899 mientras que *La Protesta Humana* comenta elogiosamente su versión francesa en 1901. La parte que los redactores de *El Rebelde* eligieron transcribir analiza la educación retrógrada que reciben las mujeres y finaliza con la idea de la mujer libre como señal de una nueva humanidad.[17]

Como propone Chaughi, todos los anarquistas –sin contar los exabruptos de Proudhon– insistirán con la necesidad de formar, reformar, iluminar, concientizar o despertar a las mujeres. En su conferencia, Arana exhortaba a sus compañeros a educar a "la mujer de nuestros días, débil y pusilánime, para formar la mujer del porvenir". Este tipo de caracterización, muy frecuente, complementa el modelo de mujer esclava. Por su condición vulnerable y voluble casi todas son presa fácil de la religión y de la coquetería. Entonces, no habrá emancipación posible sin su transformación radical en compañeras dispuestas a compartir la brecha.

"Anarquía y Libertad... ¡y las mujeres a fregar!"[18]

Las colaboradoras y redactoras de la prensa local en nada se parecen a la razonable y callada Éleda; poco guardan de los modos de la esclava descripta por Chaugui. Escriben muy esporádicamente en *El Rebelde, La Protesta Humana y El Perseguido.* Algunas forman el grupo Las Proletarias y otras surgen como oradoras encendidas e imprescindibles. Pero son pocas; quizá haya más, escondidas tras los seudónimos masculinos o neutros. Entre las listas de suscripción suelen colaborar firmando "una que piensa libre $0,20", "una costurera $0,10", "Una mujer que quiere que mueran los burgueses $0,25".

Entre ellas se destacan Virginia Bolten y Pepita Guerra quienes, junto a Josefa R.M. Martínez y Josefa Calvo, participan de *La Voz de la Mujer*, el primer periódico conocido escrito por las anarquistas.[19] *El Perseguido* saluda su aparición; también lo harán *La Protesta Humana y El Rebelde* en ocasión de su efímera segunda vuelta rosarina.[20]

Las referencias a la serie de "Propaganda entre las mujeres" no son explícitas en *La Voz de la Mujer*, pero con toda seguridad la conocían ya que envían cartas a Soledad Gustavo y publican uno de sus artículos. Aunque en principio parecen compartir los modelos canónicos de la mujer y de su emancipación, las redactoras dedican gran parte de los siguientes números a defenderse y a hacer aclaraciones respecto de su derecho a existir y a elegir el estilo de su intervención. Según denuncian, han sido llamadas las "feroces de lengua y pluma" sólo por hacer respondido a la convocatoria y expresar su versión de la emancipación en un periódico propio. No profundizaré aquí ese debate ya analizado en otro artículo.[21] Me concentraré en las versiones del amor libre discutidas y propuestas en *La Voz de la Mujer.*

La primera nota en el primer número, "El amor libre", está firmada por Carmen Lareva y lleva como subtítulo "¿Por qué lo queremos?".[22] Son ahora las mujeres quienes explican que el amor libre no significa darse a todos los hombres ni someterse a sus "desenfrenadas pasiones". Lareva comienza por repetir que la peor condición la sufren las mujeres pero, sin ocuparse de las conocidas explotaciones, comienza por atacar la opresión sexual a la que se ven sometidas por los hombres "ya sea éste de la clase explotadora o explotada". En esta nota es posible reconocer los elementos novedosos que traerán las redactoras: la denuncia del "sexo fuerte" en general, la intimidación física permanente, la cuestión de la "falta" y la "caída", la violencia velada o explícita y la inquietud por el futuro de los hijos ante las uniones libres.

Esos elementos se repiten, aunque con otro esquema narrativo, en una nota de Pepita Guerra, "Amemos no, luchemos", donde despliega la sospecha sobre la posibilidad efectiva del ejercicio de su sexualidad.[23] La posibilidad de amar abiertamente y sin peligro se anuncia imposible en la sociedad burguesa: "¡No os caséis!", advierte. Pero, y aquí el escándalo, tampoco la unión libertaria es un espacio de resguardo para el amor y la sexualidad: "Es por eso que yo no pienso jamás *enlazarme* con nadie", afirma la autora, y es ella quien agrega el énfasis. Por el momento, cualquier lazo la obligaría a ser "fregona", ser "hembra de alguno" o a "ahogar en mis entrañas para conservar la negra honrilla al fruto de mi amor o momentánea unión". Sin nombrarlo, el aborto se denuncia como cosa de señoritas que se "desembarazan" pícaramente y no es una opción digna para las anarquistas.

Aunque no hay otra nota dedicada al amor libre en *La Voz de la Mujer*, casi todas las intervenciones incluyen algún aspecto de la sexualidad. Ésa es la originalidad del periódico: no sólo ser el portavoz de las opiniones femeninas, sino permitir que el relato de sus experiencias ponga en cuestión las versiones aceptadas del amor libertario y lo vinculen inquietantemente a la violencia, al escarnio y al deseo femenino. Cómo entrelíneas se abren paso las dudas sobre el propio placer y la posibilidad de tener un cuerpo que no sea "carne", "objeto" o "juguete", que será un problema que retornará con fuerza en los años 20.

"¿Por qué *durar* es mejor que *arder*?"[24]

Durante la primera década del siglo XX el anarquismo consolidó su presencia entre los trabajadores, pero también sufrió una fuerte represión coronada por las leyes de Residencia (1902) y de Defensa Social (1910) que produjeron, entre otras causas, su posterior declinación. Pese a las clausuras y las persecuciones *La Protesta* se convirtió en una publicación diaria en 1904 y, aunque las ediciones locales de folletos menguaron, no se detuvo su llegada desde Europa.

Tampoco cesaron las polémicas. Entre las más famosas, el tembladeral que provocó el poeta uruguayo Roberto de las Carreras celebrando el "adulterio" de su esposa como un triunfo del amor libre. De inmediato, los redactores de *La Protesta Humana* en Buenos Aires discutirán su filiación anarquista, espantados por la publicidad casi pornográfica del caso.[25]

Pocos años después, *La Protesta* publicará una nota sobre el amor libre que provocará una cantidad inusual de respuestas al atrevido Martín, quien pretendía llevar la idea del amor a sus extremos argumentativos.[26] Por ese camino, se quejaban los críticos, los instintos se confundirían con la razón, el temple con el desborde, el cariño con el apetito sexual, y así indefinidamente. Dispuestos a detener esa confusión, los redactores publicarán las res-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puestas airadas de varios lectores y sus propias intervenciones. Entre la docena de cartas que dicen haber recibido, deciden explícitamente incorporar la voz de la mujer representada por Delia Segovia. Ella afirma que no está acostumbrada a escribir, pero tal es la indignación que le ha causado la opinión de Martín que se vio obligada a rebatir la idea de que "no existirá más que el placer á la carne, dando paso a la corrupción". Además, acusa a los responsables de *La Protesta* por publicar tal artículo en una publicación que leen "conscientes e inconscientes"; *qué dirán*, pregunta, los vecinos que la conocen como parte de una familia anárquica y a quienes distribuye el periódico. [27]

Al modo de Rossi, una nueva intervención de Martín abre la discusión sobre el deseo de las mujeres –"la mujer sea libre de irse con Juan ó con Pedro"–, sobre la paternidad –"¿qué precisión tiene ningún chico de saber quién es su propio padre?"–, sobre la infidelidad –"de cuando en cuando le pongo a la infeliz un *cuernito*"– y, sobre el papel de los varones en el hogar: "La misión del padre después del concurso pecuniario casi se reduce á acariciar á los hijos, al igual de los que no los tienen acarician al gato ú al perro".[28] Sin embargo, los redactores deciden cerrar un mes de polémicas con la publicación en folletín de "El amor libre" escrito por Diderot en 1772.[29]

Sin alcanzar el tono de ese intercambio por el cual en los hogares anarquistas "arde todo", de vez en cuando aparecen notas firmadas con nombres masculinos en las cuales se hacen apreciaciones sobre el amor y la pasión, el honor o la falta de compañeras en las veladas teatrales. Hacia el Centenario, esas temáticas se hacen más esporádicas y no es hasta 1913 cuando surge una nueva polémica. Comienza con Teodoro Antillí disertando sobre la familia y continúa en una nota firmada por Epsilon, criticando un intento reglamentación de la prostitución titulada provocativamente: "Que se prostituyan pero que trabajen".[30]

Tres días después Pierre Quiroule sale al cruce para asegurar que la verdadera emancipación de la mujer se dará en la futura anarquía y será, ante todo, económica. En el mismo ejemplar, los redactores incluyen un diálogo "Entre mujeres" sobre "La felicidad en el hogar" firmado por XXX. El personaje masculino, un modesto obrero, vuelve al hogar con un regalo para su compañera, se trata del libro *La emancipación de la mujer* de Jacques Novicow.[31] Cierra ese número y continúa en los siguientes el relato de una joven adúltera casada con un anciano financista y enamorada de un galante cirujano con quien una tarde "entonaron el cantar de los cantares".

Los relatos de ficción son una parte fundamental del entramado de discursos sobre la sexualidad. Es cierto que las obras dramáticas, los cuentos, las escenas dialogadas y hasta los poemas transmiten un claro tono moralista y ejemplar; sin embargo, son también vehículo de percepciones acerca de las relaciones afectivas y los roles de género que, además, mantienen una interesante cercanía con otros imaginarios políticos de la época. Por su riqueza, las revistas culturales como *Martín Fierro* (1904-1905) e *Ideas y Figuras* (1909-1916), y los textos literarios de *La Novela Ideal* o la *La Novela Roja*, aunque exceden este artículo, deben ser puestos en relación con los otros discursos de la prensa periódica.

Durante ese mismo año, Mercedes Gauna –quien además de escribir en varias publicaciones libertarias es profesora de corte y confección en la liga de Educación Racionalista– ofrece una conferencia, "Consideraciones sobre el amor".[32] Menos de una semana después Ángel Pumaré critica muy duramente la supuesta afirmación de la autora acerca de la inmoralidad del amor libre.[33] Gauna le contesta, los redactores intervienen, ella vuelve a escribir quejándose por las erratas, V.A. hace una reseña de la conferencia para evitar malentendidos, contesta T. Antillí, replica Quiroule. Ya llevan un mes y medio de intercambios cuando Blas Barri abandona todo eufemismo y publica en cuatro partes su larga nota: "Las relaciones sexuales. Y la propaganda". Luego de dirimir los peligros del embarazo y la condena social, advierte: "En fin: que le es sumamente peligroso a una mujer olvidarse que no estamos en anarquía y obrar como si ya lo estuviéramos. […] Lo mejor que ahora puede hacer una mujer es quedarse con un compañero de su gusto y cambiar de compañero si es necesario; pero no muy a menudo, tratando en lo posible de no tener mucha familia".[34]

Uno de los fragmentos de Barri es acompañado por un "Diálogo" firmado por F.S. donde una dudosa Marta acepta escapar y unirse libremente a un decidido compañero pese a la oposición de su madre.[35] Por último, Antero Dáymon cierra con "Instinto de reproducción" donde liga el amor a la procreación, llama a dominar "la bestia humana" y asegura que en el futuro anárquico todos serán mejores y, por tanto, amarán mejor.[36]

En una nueva controversia entablada entre Luis A. Rezzano, Orlando Ángel, Eros y Severo Bruno las variables de la discusión se repiten: presente-futuro, amor-pasión, instinto-razón, naturaleza-cultura, necesidad-voluntad, salud-enfermedad, deseo masculino-deseo femenino.[37] Pero esta vez son los redactores quienes se impacientan: "Nota de Redacción: con el presente artículo-réplica del compañero Orlando Ángel, ponemos punto final a la controversia en cuestión, visto que ella no arroja luz ni muchísimo menos en la mente de los lectores, sinó un puro confusionismo ideológico, cosa que no puede convenir en ninguna forma al carácter explícito que es norma de *La Protesta*. Quedan advertidos, pues, los contendientes pro «Amor» y «Amor libre»".[38]

Desde allí, no será *La Protesta* el espacio más receptivo para dirimir las cuestiones del amor. A través del periódico *Ideas* de La Plata las anarquistas, hasta ahora con menor participación en el debate, retomarán esa problemática. Luego, con *Nuestra Tribuna*, se repetirá una situación similar a la de los últimos años del siglo XIX: la aparición de un periódico escrito y dirigido por mujeres. Esa aparición permite reconstruir parte de los diálogos entre los protagonistas de las relaciones afectivas –varones y mujeres– y obliga al discurso doctrinario y a las narraciones de ficción a confrontar con otros relatos: los de la experiencia cotidiana.

"Porque aquí hay madres, pero no hay padres"[39]

Así como a fines del siglo XIX la crítica al matrimonio burgués, el amor y la unión libre y la emancipación de la mujer fueron los temas predominantes respecto de las relaciones afectivas, hacia los años 20 crece la preocupación por el ejercicio de la sexualidad y el control de la concepción. Es el momento en que la comunidad de lectores se extiende y aumentan los emprendimientos ligados a la literatura popular.[40] El anarquismo deja de ser el espacio privilegiado para la emergencia de la cuestión sexual que pasa a ser objeto

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de diversas publicaciones relacionadas con la medicina o la divulgación.[41] El control de la natalidad también tiene otros emisores en este período; es necesario recordar que aunque inquebrantablemente maternalista el campo libertario fue el primero en difundir esos saberes.[42]

En este aspecto, la influencia del neomalthusianismo es más intensa de lo que se ha supuesto. Si bien, como señala Marcela Nari, su implantación genera reticencias en algunos libertarios, los folletos sobre anticoncepción ofrecidos a la venta provienen de esa corriente.[43] "Huelga de vientres!" de Luis Bulffi y "Generación consciente" de Franck Sutor son los únicos dos materiales citados recurrentemente en los cuatro periódicos analizados para este período: *La Protesta* (1920-1930), *Ideas* (1921-1930), *La Antorcha* (1921-1930) y *Nuestra Tribuna* (1923-1925).[44] La disponibilidad de lecturas era obviamente más amplia, pero las propuestas de venta y las recomendaciones se concentran en estos textos que, además, son reeditados en Buenos Aires. La reedición de "Generación consciente" en 1919 incluye el novedoso tapón uterófilo como la "última invención de la Ciencia Moderna" y su editor, Bautista Fueyo, era el representante local de la Biblioteca y Editorial "Salud y Fuerza" de Barcelona a cargo del mencionado Bulffi quien, a su vez, introdujo en España las ideas neomalthusianas provenientes de la Ligue pour la Régénération Humaine impulsada por Paul Robin en Francia.[45]

La profusa circulación local de textos de Paolo Mantegazza, René Chaugui, Jean Marestan, Charles Albert, Sebastián Faure, Alejandra David y Alfred Naquet reforzaron la presencia de las ideas de Richard Malthus o, mejor, un conjunto de formulaciones que, partiendo de la premisa de la desproporción entre población y alimentos, derivó en versiones obreristas opuestas a las avanzadas natalistas de algunos Estados europeos o a las políticas de inmigración de los países receptores. Esa laxitud podría explicar que coexistan en *Nuestra Tribuna*, por ejemplo, "Huelga de vientres!" y un fragmento de un texto de Madeleine Vernet, militante antimalthusiana y defensora de los derechos de las madres. Quizá la respuesta esté en la transcripción, es decir, algo se puede leer en la decisión de las redactoras por tal o cual fragmento. Muchas veces hay un uso estratégico del recorte, en este caso, decidir por el pasaje más revulsivo, una seguidilla de párrafos donde la autora se pregunta por la vida sexual de la mujer.[46]

En *La Protesta* la presencia de firmas femeninas es casi inexistente durante comienzos de los años 20. Sin embargo, las mujeres no dejan de estar presentes como víctimas descontadas. Bajo títulos como "Sirvientas jóvenes se necesitan", "Las temibles bestias" o "Un estupro", se acusa a burgueses, policías y curas de ejercer violencia sobre las mujeres. En general, son casos específicos tomados de la "prensa burguesa" y comentados desde el enfoque libertario. Persiste, por supuesto, la denuncia de la prostitución y la comprensión hacia las prostitutas e, incluso, las infanticidas.

Las mujeres representadas en un rol más activo son madres, heroínas-mártires o militantes consagradas en Europa. Es notorio que en el momento de juzgar los discursos patrióticos de una opositora o la actividad de una mujer policía hagan referencias a la sexualidad de las protagonistas. Así en "Elsa Norton, temeraria" se compara la infertilidad de sus ideas con la efectividad de los tapones uterófilos y en "Una perrita" se hace alusión al pasado de la oficial de policía como "*actriz* en un teatro de variétés".[47] Hacia los varones, los insultos pueden partir de la puesta en duda de su heterosexualidad llamándolos francamente "invertidos", sugiriendo actividades "contranatura" o utilizando metáforas como "pan con pan". Esas características estarían ligadas a la "degeneración" y la "corrupción" humanas y constituirían una muestra más de la "perversidad" del capitalismo. En la prensa anarquista, en general, las referencias a la homosexualidad son negativas y relacionadas con burgueses, policías y curas. Las acusaciones refieren más a situaciones de "estupro" o "aberraciones" contra niños que a casos de "sodomía" entre adultos. La cantidad y riqueza de las imágenes utilizadas al describir relaciones homosexuales merecerían un detalle que dejaré para otra oportunidad.[48]

En este período de *La Protesta* son escasas las notas doctrinarias sobre la cuestión amorosa o la causa femenina. Esas temáticas se concentran en alguna acotación suelta y en las reediciones de los folletos de *La Questione Sociale* y las *Cartas a una mujer sobre la anarquía* del consagrado Luigi Fabbri.[49] Muy halagado, el autor aclara que aunque ese texto de 1905 merecería una revisión, aún es útil publicarlo. Es decir, todavía hay muchas mujeres a quienes es necesario explicar la anarquía. Y explicarla en el tono didáctico y complaciente de las cartas con las cuales Fabbri guía amorosamente a su amiga hasta el final donde le reclama: "Ven!". El pedido sugeriría que no hay compañeras en la brecha o que hay pocas. Sin embargo, las páginas de "Colaboración Femenina" del periódico *Ideas* de La Plata –dirigido por Risto Stoianovich– demuestran, por un lado, la existencia de varias mujeres dispuestas a intervenir en la prensa y, por otro, la particularidad de esa intervención ya que se las incluye en una sección especial. Son seis páginas entre 1921 y 1923 donde escriben Irma C. Penovi Lützelschwab, Demófila Gimeno, Sara Scheer, Esther Flores, Sofía Gutierrez, Rosa Wladimirsky y Aurelia Mancebo, una niña de trece años.

Ideas es elegido por Juana Rouco –quien, casi con seguridad, esté detrás del seudónimo Flor de Ideal– para lanzar desde Necochea la iniciativa de producir un periódico escrito por mujeres. Recibe inmediata respuesta de Esther Rivarola, desde Avellaneda: "Les escribo encantada de su iniciativa porque si bien es verdad que *Ideas* con la publicación de la sección femenina llena un vacío de mucho tiempo sentido, no tiene nunca para el mundo femenino el valor que tendría un periódico anarquista escrito y administrado por nosotras mismas, y al que las que no sepan escribir como no lo sé yo, habríamos de contribuir en diferentes formas, para su sostenimiento".[50]

Hasta que el "Quincenario femenino de ideas, arte, crítica y literatura" comience a salir regularmente, *Ideas* será el lugar de encuentro preferido. Su página de "Colaboración Femenina" se suprimirá cuando la mayoría de sus participantes comience a escribir en *Nuestra Tribuna*, periódico cuyo primer número (15 de agosto de 1922) aparece en Necochea y, tras un breve paso por Tandil, desaparece en Buenos Aires con el número 39 (1 de julio de 1925).[51] Juana Rouco ya era una destacada militante con mucha experiencia en deportaciones, encarcelamientos, dirección de periódicos y giras de propaganda.[52] Así había llegado hasta Necochea donde encontró un grupo de compañeras dispuestas a realizar el sueño del periódico propio. En pocos meses el grupo editor, compuesto por Juana Rouco, Terencia Fernández, Fidela Cuñado y María Fernández, comienza un diálogo con más de cuarenta mujeres de todo el país, además de incluir notas de las anarquistas célebres. Mercedes Vázquez de Balcarce, Ceferina Sánchez de Pergamino, Irma

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

C. Penovi y Teresa Maccheroni de Buenos Aires serán las más entusiastas colaboradoras locales. Muy meticulosas, las redactoras no publican intervenciones con seudónimos ni tampoco con iniciales. Serán cálidamente recibidas por el grupo de La Plata y tibiamente por el resto que, al modo usual, anuncia y saluda la aparición de otro emprendimiento anarquista.

De modo similar a *La Voz de la Mujer*, el enfrentamiento con algunos varones anarquistas aumenta con el correr de los números. La tensión entre los discursos de la doctrina y las propias experiencias resalta en las cartas de las compañeras que se atreven a escribir. La mayoría de las notas recitan las nociones mínimas del ideario libertario pero, por momentos, las dudas y preguntas planteadas casi treinta años antes vuelven a aparecer. Cómo se organiza un hogar anarquista, por ejemplo. Por qué se asume que las mujeres podrán disfrutar su sexualidad sólo en la sociedad futura. Cómo combinar el deseo, el control de la concepción y el mandato maternal. De qué manera libertar un cuerpo de su condición de "carne de placer" sin resignar el disfrute. La radicalidad de esas inquietudes surgidas del campo libertario no se repetirá en ningún otro discurso emancipatorio local hasta la emergencia de los feminismos de las últimas décadas.

El otro periódico importante de la época, *La Antorcha*, se sostuvo –al igual que *La Protesta* y a pesar de sus duros enfrentamientos–[53] con la participación de redactores que escribían en masculino y firmaban con nombres de varón. Incluyen algunas notas de reconocidas autoras extranjeras: Angelina Arratia, Leda Rafanelli, Emma Goldman, Federica Montseny, "Une Revoltée" desde París, pero casi ninguna compañera del ámbito local. Sin dudas, la más editada es María Álvarez, una joven anarquista uruguaya a quien publican ocho notas de temas diversos hasta el momento de su inesperada muerte a principios de 1925. Los editores escriben una nota conmovida en recuerdo de la compañera donde establecen un panteón femenino libertario que incluye a Louise Michel, Germana Berton y Gabriela Mistral, y de por aquí a Carolina Muzzilli y Raquel Camaña, ambas ya entonces fallecidas.[54] Extendiéndose en halagos sobre María Álvarez, algunos números después Eugenio Almada escribe: "Tenía talento y tenía alma. Qué diferente la suya a la vida de las demás mujeres! Hablaba poco".[55] Mientras que HGB arriesga: "América jamás alumbró vida femenina más alta".[56]

Juana Rouco, quien ya había abandonado Necochea a causa del recrudecimiento de la persecución, transcribe esa afirmación y contesta enfurecida. Sin citar al autor, critica a "nuestra prensa" por su "hipérbole efectista e hinchada de alabanzas" que encubriría el verdadero temor de algunos anarquistas: la emancipación efectiva de sus compañeras, novias y hermanas. Luego de ese último editorial, el más encendido de toda la publicación, *Nuestra Tribuna* desaparece.

Muy pocas mujeres vuelven a publicar sus escritos en los periódicos anarquistas. Hacia fines de los años 20, *Ideas* continúa siendo una excepción con su insistencia en la cuestión sexual, al incorporar la colaboración de Émile Armand y difundir publicaciones como "Generación consciente" de España. En cambio, *La Protesta* y *La Antorcha* reducen su interés a las cuestiones internacionales y la vida gremial. A veces, incluyen alguna nota sobre "la mujer" o "la familia", por ejemplo la transcripción de un texto de Práxedes Guerrero escrito en 1900.[57]

Apuntes para una semántica sexual anarquista

Hasta aquí he rastreado y puesto en relación algunas lecturas y debates anarquistas sobre el amor y la sexualidad, pero ¿cómo dar cuenta de los momentos en que los discursos se tensan y entran en contradicción?, ¿de qué modo inventariar las múltiples variaciones para decir el *afecto*?, ¿cuáles son los sentidos de la palabra *amor* en los relatos de la experiencia efectiva?, ¿por qué insisten en relacionar sexualidad y *escarnio*?

No sólo esas preguntas permanecen irresueltas en un análisis del discurso convencional sino que vuelven sobre el problema de la significación, de los sentidos que esas palabras guardan. Y aunque se acepte –como consecuencia de los debates a los que se ha visto sometida la historiografía en las últimas décadas– que nada va a devolver un sentido "verdadero" a las palabras sobre la sexualidad libertaria, ni existe el modo directo de observar las prácticas efectivas de los varones y mujeres que han escrito sus experiencias, es posible leer sus intervenciones en conjunto. Y, a partir de allí, rastrear modos de aparición, recurrencias y disputas por el significado dado por el propio discurso. Se trataría de precisar una *semántica sexual anarquista,* es decir, un conjunto estable de encadenamientos argumentativos de los discursos sobre sexualidad en las publicaciones del anarquismo local.[58]

De las publicaciones analizadas en este artículo surge un conjunto cruzado de tensiones donde el sentido se construye en inesperada cercanía con otros discursos de la época –como la criminología y el positivismo–[59] pero, a la vez, en una fuerte ruptura con los imaginarios de la sexualidad imperantes. En ese sentido, los discursos libertarios presentan algunas continuidades argumentativas originales que apuntaré a continuación y sobre las cuales pretendo continuar trabajando. En primer lugar, la emancipación anarquista se extiende hacia los espacios supuestamente privados o íntimos que, en términos generales, han sido relegados por otras expresiones emancipatorias del período. De esta manera entienden las relaciones de pareja o familiares como relaciones de poder y, por tanto, como ámbitos a liberar.

Al mismo tiempo, el hecho de identificar como víctima de la opresión a todo el género humano, y no a una clase económica, provoca que la participación de las mujeres sea un hecho fundamental para la emancipación general, y no una dimensión particular a ser resuelta por la conquista de derechos igualitarios. A pesar de que la convocatoria de las mujeres tuvo un tono tutelado, el campo anarquista se complejizó con la aparición esforzada de esa voz que tendió a radicalizar el debate sobre las relaciones afectivas y sexuales.

Los relatos más alejados de la doctrina aportaron a las tradicionales denuncias de la violencia hacia las mujeres un tipo de violencia más silenciosa y más "privada", relacionada con el ejercicio concreto de la sexualidad, que ponía en duda la teórica libertad sexual propuesta. A su vez, las trabajadoras reforzaron los típicos relatos del patrón lascivo y abusador, pero extendieron ese modelo a la conducta de cualquier hombre, incluyendo al anarquista. Del mismo modo, pese a sumarse a las denuncias de la burguesa viciosa, desestabilizaron la figura del enemigo al identificar a las víctimas como *todas* las mujeres. Sin embargo, esa línea fue menos explorada y los análisis se centraron en las compañeras de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los trabajadores. Los relatos anudaron la explotación económica y la opresión sexual en un cuerpo –la mujer obrera– llamado simultáneamente al placer, al mundo de la fábrica, al trabajo doméstico y a la maternidad obligatoria.

Aunque atrapados en oposiciones binarias, como naturaleza-cultura e instinto-razón, los debates anarquistas acerca de la sexualidad percibieron otros pares cuyo desmontaje aún suele ser problemático; a saber: deseo-violencia, maternidad-paternidad, identidad sexual-deseo sexual, maternidad-libertad sexual, etc. Las palabras disponibles como "apetito", "amor", "necesidades genésicas" o "afinidad" fueron como nunca puestas en cuestión. Con ellas, y a pesar de sus limitaciones, el anarquismo permitió la emergencia de discursos que propusieron la sexualidad y los cuerpos como territorios a emancipar. Y en sus extremos –las diatribas de Pepita Guerra, la pluralidad de Rossi o la desfachatez de Martín– rehusaron aceptar que, para amarse bien, habría que esperar las alcobas libres de la *sociedad futura*.

Notas

[1] D. Barrancos, *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.

[2] Idem, p. 248.

[3] Véase M. del C. Feijóo y M. Nari, "Imaginando las/los lectores de *La Voz de la Mujer*", en L. Fletcher (comp.), *Cultura y mujeres en el siglo XIX*, Buenos Aires, Feminaria, 1994; P. Ansolabehere, "La voz de la mujer anarquista", *Mora*, 6, IIEGE, UBA, 2000; D. Armus, "Salud y anarquismo. La tuberculosis en el discurso libertario argentino", en M. Lobato (comp.), *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de historia de la salud en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1996; M. Nari, *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*, Buenos Aires, Biblos, 2005, G. Zaragoza, *Anarquismo argentino: 1876-1902*, Madrid, Ed. de la Torre, 1996; J. Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

[4] Este artículo constituye un primer avance sobre mi proyecto de tesis "Semántica sexual de la emancipación anarquista en Argentina (1880-1930)", doctorado en Ciencias Sociales, UBA-CONICET. Agradezco a Claudia Bacci, Ricardo Cicerchia, Alejandro Dujovne, Pablo Irrgang, María Celia Labandeira, Alejandra Oberti, Roberto Pittaluga, Horacio Tarcus y Fabiana Solari por los valiosos comentarios que acompañaron mi escritura.

[5] El material fue consultado en Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI), Biblioteca Popular Juventud Moderna de Mar del Plata, Biblioteca Popular José Ingenieros, Federación Libertaria Argentina, Instituto de Historia Social en Amsterdam.

[6] Véanse D. Abad de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina desde sus comienzos hasta 1910*, Buenos Aires, Argonauta, 1930; I. Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina,* México, Siglo Veintiuno, 1978; G. Zaragoza, ob. cit.

[7] Véase M. Nettlau, "Contribución a la bibliografía anarquista de la América Latina hasta 1914", *Certamen Internacional de La Protesta*, Buenos Aires, 1927.

[8] Véase L. Fernández Cordero, "¡Apareció aquello!", *Políticas de la Memoria*, 6-7, Buenos Aires, 2007.

[9] El folleto 3, "La religión y la cuestión social", de Joan Montseny pertenece, tal como aclaran los editores, a la "Propaganda anárquica" en general, pero el 4 vuelve a estar dedicado a las mujeres.

[10] Véase S. Poldervaart, "The recurring movements of *Free Love*", workshop "Free Love an d the Labour Movement", International Institute of Social History, Amsterdam, 6 de octubre de 2000.

[11] Véase L. Fernández Cordero, "Una utopía amorosa en Colonia Cecilia", *Políticas de la Memoria*, 5, Buenos Aires, 2004.

[12] Se trataría en ambos casos de Amilcare Capellaro, quien figura en las listas de colonos.

[13] *El Perseguido* (en adelante *EP)*, 55, 29 de enero de 1893. El epistolario de Rossi revela que los protagonistas de la experiencia de "beso amorfista" –como prefiere denominar al amor libre– eran cuatro: él mismo, Adele Serventi, Annibale y Jean Géléac. Véase R. Gosi, *Il socialismo utopistico. Giovanni Rossi e la colonia anarchica Cecilia*, Milán, Moizzi, 1977.

[14] Véase E.Z. Arana, "La mujer y la familia", Rosario, Grupo de Propaganda Comunista Anárquica Ciencia y Progreso, 1897.

[15] Ídem.

[16] J. Rossi, Juan, **"**Un episodio de amor en la Colonia Socialista Cecilia", folleto 5, traducido por J. Prat, Buenos Aires, Biblioteca de La Questione Sociale, 1895.

[17] Véase R. Chaughi, "La mujer esclava", Barcelona, Salud y Fuerza, 1907.

[18] *La Voz de la Mujer* (en adelante *LVM*), 2, 31 de enero de 1896.

[19] Véase M. Molineaux, "No God, No Boss, No Husband: Anarchist Femenism in Nineteenth Century Argentina", *Latin American Perspectives*, 13, 1, invierno de 1986, pp. 119-145.

[20] *EP*, 96, 8 de diciembre de 1895; *La Protesta Humana* (en adelante *LPH*), 73, 10 de diciembre de 1899; *El Rebelde* (en adelante *ER*), 20, 3 de septiembre de 1899.

[21] Véase C. Bacci y L. Fernández Cordero, "Feroces de lengua y pluma. Sobre algunas escrituras de mujeres anarquistas", *Políticas de la Memoria*, 6-7, Buenos Aires, 2007.

[22] *LVM*, 1, 8 de enero de 1896.

[23] *LVM*, 2, 3 de enero de 1896.

[24] R. Barthes, *Fragmentos de un discurso amoroso*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2003.

[25] *LPH*, noviembre de 1902.

[26] *LP*, 1417, 5 de agosto de 1908.

[27] *LP*, 1425, 15 de agosto de 1908.

[28] *LP*, 1426 y 1427, 16-18 de agosto de 1908.

[29] *LP*, 1441, 3 de septiembre de 1908.

[30] *LP*, 2004 y 2005, 1-2 de agosto de 1913.

[31] *LP*, 2007, 5 de agosto de 1913.

[32] *LP*, 2039, 12 de septiembre de 1913.

[33] *LP*, 2043, 16 de septiembre de 1913.

[34] *LP*, 2083-2086, 1-5 de noviembre de 1913.

[35] *LP*, 2085, 4 de noviembre de 1913.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[36] *LP*, 2088 y 2089, 7-8 de noviembre de 1913.

[37] *LP*, 2927, 3 de agosto de 1916 ss.

[38] *LP*, 2929, 17 de agosto de 1916.

[39] R. Barret, "El problema sexual", conferencia pronunciada el 24 de junio de 1908 en el Instituto Paraguayo, publicada el 25 de junio de 1908 en *El Diario*.

[40] L.A. Romero, "Buenos Aires en la entreguerra: libros baratos y cultura de los sectores populares", en D. Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular: estudios de historia social argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

[41] Véase H. Vezzetti, "Historia del freudismo e historia de la sexualidad: el género sexológico en Buenos Aires en los treinta", *Prismas*, 1, 1, 1997, pp. 211-218.

[42] Véanse D. Barrancos, ob. cit; M. Nari, ob. cit.

[43] Véase M. Nari, ob. cit. p. 38.

[44] F. Sutor, "Generación consciente. Anatomía, fisiología, preservación científica y racional de la fecundación no deseada", Barcelona, Salud y Fuerza, 2ª ed. 1910; L. Bulffi, "Huelga de vientres!", Barcelona, Salud y Fuerza, 6ª ed. 1910.

[45] Véanse R. Sonn, "Your body is yours": Anarchism, Birth Control, and Eugenics in Interwar France", *Journal of the History of Sexuality,* 14, 4, octubre de 2005, pp. 415-432; E. Masjuan, "Procreación consciente y discurso ambientalista: anarquismo y neomalthusianismo en España e Italia, 1900-1936", *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 46. Madrid, 2002; M. Nash, "La reforma sexual en el anarquismo español", en B. Hofmann, P.J. Tous Tietze (coords.), *El anarquismo español y sus tradiciones*, Vervuert Verlagsgesellschaft, Iberoamericana, 1995.

[46] *NT*, 32, 1 de junio de 1924.

[47] *LP*, 4566, 25 de noviembre de 1923 y 4884, 4 de diciembre 1924 (subrayado en el original).

[48] Véanse P. Ben, "Sexual Comedy and Plebeian Masculinity in Buenos Aires, 1880-1930", *Journal of the History of Sexuality*, 16, 3, 2007 (e/p); C. Craft-Fairchild, "Sexual and Textual Indeterminacy: Eighteenth-Century English Representations of Sapphism", *Journal of the History of Sexuality*, 15, 3, septiembre de 2006, pp. 408-431.

[49] *LP*, 4498, 7 de septiembre de 1923; L. Fabbri, *Cartas a una mujer sobre la anarquía*, Buenos Aires, Editorial La Protesta, 1923.

[50] *Ideas*, 69, marzo de 1922.

[51] Véanse L. Fernández Cordero, "¡Apareció aquello!"; D. Barrancos, "Mujeres de *Nuestra Tribuna*: el difícil oficio de la diferencia", *Mora*, 2, Buenos Aires, IIEGE, UBA, noviembre 1996; E. Calzetta, *Nuestra Tibuna. Hojita del sentir anárquico femenino (1922-1925)*, Bahía Blanca, Editorial de la Universidad del Sur, 2005.

[52] Véase J. Rouco Buela, *Historia de un ideal vivido por una mujer*, Buenos Aires, s/e, 1964; H. Tarcus, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976),* Buenos Aires, Emecé, 2007.

[53] Véase L. Anapios, "Del debate al atentado. La lucha por el control de los recursos en el movimiento anarquista. 1915-1924", Primeras Jornadas Nacionales de Historia Social, La Falda, Córdoba, 2006.

[54] *LA*, 157, abril de 1925.

[55] *LA*, 204, 2 de abril de 1926.

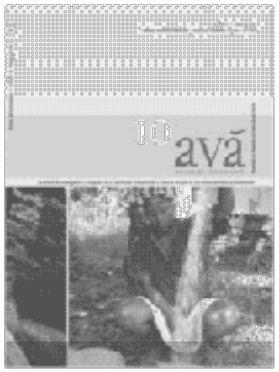
[56] *LA*, 158, 1 de mayo de 1925.

[57] *LP*, 4500, 9 de septiembre de 1923 y *LA*, 231, 7 de enero de 1927.

[58] Para una explicación más exhaustiva de este modo de abordaje, véanse L. Fernández Cordero, "Semántica sexual anarquista. Una exploración a partir de la Teoría de los Bloques Semánticos de O. Ducrot y M. Carel", Actas Congreso Internacional, *Transformaciones culturales. Debates de la teoría, la crítica y la lingüística*, Buenos Aires, 20-22 de noviembre de 2006, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

[59] Véase P. Geli, "Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900", *Entrepasados*, 2, 2, 1992; D. Barrancos, *Anarquismo, educación y costumbres*…, p. 241.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



avá

REVISTA DE ANTROPOLOGÍA /AVÁ
JOURNAL OF ANTHROPOLOGY Nº 10
Programa de Postgrado en Antropología Social,
Universidad Nacional de Misiones
(Posadas, Misiones, Argentina).

Artículos y ensayos

Singularidades y asimetrías en el campo antropológico mundial. Por Eduardo Restrepo

"Nuestra lucha recién comienza" Vivencias de pertenencia y formaciones mapuche de Sí Mismo. Por Claudia Briones

Hilvanando apuestas. Lecturas identitarias a partir de la conformación de una comunidad mapuche en Lago Puelo, Provincia de Chubut. Por Alma Tozzini

El espejo invertido de la realidad: del discurso del desarrollo a la apología de la gestión ambiental. Por Omar Ramírez

"Modalidades de intervención social sobre los horticultores bonaerenses. Una mirada antropológica. Por María Carolina Feito

La Gran Red: una nueva era entre la ciencia y el mito. Por María del Rosario Contepomi

"Mundo Acadêmico" professores universitários, práticas de leitura e escrita e diversidade social. Por Tania Dauster, Dione Dantas do Amaral, Mônica Guimarães, Sandra Mendes.

Entrevistas

Reflexiones sobre el poder, las jerarquías y la teoría social. Entrevista a Maurice Godelier. Por Gastón J. Gil

Reseñas

De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza. Por Martha Blache

Martín y Ramona. Por Leonor Acuña

Notas sobre la militancia anarquista
Rosario, 1890-1903

*Agustina Prieto**

Virginia Bolten (de pie), Rosario, 1902

En octubre de 1901 tuvo lugar en Rosario un hecho sin precedentes nacionales reconocidos: la muerte de un huelguista a manos de la policía. En Rosario y en Buenos Aires se realizaron actos multitudinarios de condena a la policía y en memoria de Cosme Budislavich, el primer mártir obrero. El de Rosario fue definido por un avezado militante socialista como "la procesión más importante que he presenciado en mi vida" y la prensa rosarina opinó que había sido un acto "imponente", de "una grandiosidad que escapa al límite de lo conocido en esta clase de reuniones populares".[1]

El acto de Rosario descubrió, además, una ciudad que los delegados enviados por el Partido Socialista Argentino calificaron de "anarquista". Juan B. Justo y Enrique Dickmann la llamaron "meca del anarquismo" y la compararon con Barcelona.[2] Adrián Patroni, comisionado por *La Vanguardia* para cubrir periodísticamente los sucesos, dijo que Rosario era "el cuartel general de la propaganda anarquista".[3]

En una de esas notas, Patroni abordó la cuestión de la "preponderancia de los anarquistas", fenómeno que atribuyó a la calidad del mensaje libertario, "sugestivo y fácil de ser

* CIUNR, Universidad Nacional de Rosario.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

abrazado por los obreros sentimentales", y al hecho de que los anarquistas estaban "solos" en la escena obrera local. El Centro Socialista Rosarino, puntualizaba al respecto, contaba con un centenar de adherentes "y de éstos habrá un 25% que tienen un concepto fundamental de las aspiraciones y del método de lucha del partido socialista". El grueso de esa minoría consciente estaba a su vez compuesto "por compañeros muy buenos pero bastante tímidos". El caso de Oreste Ciattini, "bastante preparado, con todas las condiciones del propagandista inteligente, y mucho más el día que domine el idioma español" resultaba, en ese aspecto, excepcional. Pero Ciattini, dueño de un comercio, no podía "dedicarse mayormente a la propaganda".

Las limitaciones de la militancia socialista provocaban que el obrero indiferente o inconsciente viera en el anarquista a un "propagandista valeroso que no teme […] pronunciar arengas enérgicas contra las autoridades y capitalistas […] como un sujeto ajeno a toda ambición estrecha, un héroe o víctima de persecución. Si no tiene ocupación o medios de vida conocidos, ninguno se detiene a averiguar cómo se las arregla, pues es lógico suponer que efectivamente se trate de una víctima sobre la cual descargan sus iras y rencores, los capitalistas, y también es lógico que pase los 365 días del año viviendo como pueda, organizando fiestas y conferencias, fundando grupos o casas del pueblo y ser intransigente cuando se declara una huelga".

Dickmann también destacó la distancia cualitativa y cuantitativa que mediaba entre la militancia anarquista y la socialista. Clausurada la Casa del Pueblo por la policía tras la muerte del obrero, recordará años más tarde, los "pocos, buenos e ingenuos" adherentes al "único" Centro Socialista de la ciudad habían prestado el local al comité de huelga general, "cuyos veintisiete delegados eran casi todos anarquistas militantes" que intentaron prohibir la entrada a Justo y Dickmann.[4]

En los últimos años, los estudios de José Aricó, Dora Barrancos, Ricardo Falcón y Juan Suriano, entre otros, han renovado las tradicionales interpretaciones sobre el auge del anarquismo argentino y han explorado ese aspecto puntual de la militancia, a la que Dickmann y Patroni atribuyeron, en gran medida, el fracaso del Partido Socialista Argentino en Rosario. Ricardo Falcón, Darío Macor y Alejandra Monserrat elaboraron un perfil global de los primeros militantes del movimiento obrero argentino basado en 778 biografías que aborda, entre otros aspectos, la cuestión de los "estilos de militancia".[5] José Aricó atribuye el éxito de la vertiente anarcosindicalista a su capacidad para organizar a los trabajadores a partir de sus características intrínsecas, pero destaca además la importancia de la configuración de un tipo de agitador social completamente distinto del de las experiencias sindicales europeas, "un tipo de agitador móvil, capaz de nadar en la corriente de las luchas proletarias, que se desplaza de un confín al otro del país […] que tiene una aguda intuición para percibir los signos del conflicto latente próximo a estallar". Aricó propone que en el estilo de acción reside un filón de búsqueda que permitiría colocar en su correcta dimensión la pregunta por la originalidad del movimiento.[6] Ese filón de búsqueda ha sido explorado, para el caso de Buenos Aires, por Juan Suriano, que encuentra una de las claves del éxito anarquista en la configuración de una "militancia de urgencia" que privilegió la acción y la propaganda y relegó la teoría a la descripción sistemática y reiterada de los problemas sociales.[7]

Rosario fue la "Barcelona argentina" en los años que van de 1899 a 1902, etapa que ofrece un punto de mira privilegiado para analizar el tema de la militancia anarquista. Descubre, por un lado, a un grupo de líderes y a una red asociativa con una notable capacidad de acción y movilización. Pero devela también las limitaciones que en el momento de su mayor esplendor comenzaba a mostrar esa militancia construida en gran medida sobre el modelo de la urgencia.

Organizando fiestas y conferencias, fundando grupos o casas del pueblo

Al despuntar el siglo XX Rosario tenía ciento doce mil habitantes, cifra que duplicaba la registrada por el Censo Provincial de 1887. El 41% había nacido en el extranjero, porcentaje que ascendía al 70 u 80% entre los varones adultos. Varios cientos de ellos, según Juan Bialet Massé, eran anarquistas, impresión corroborada por fuentes consulares y policiales.[8] Un informe remitido a las autoridades consulares españolas en enero de 1902 estimaba que la cifra ascendía a dos mil.[9] Un documento de la Policía de Rosario realizado luego de la promulgación de la Ley de Residencia daba los nombres de veintidós anarquistas expulsados o prófugos de ley y de ciento setenta y siete que estaban bajo vigilancia policial.[10] El primer testimonio aludía a la totalidad de la militancia anarquista. El segundo proporcionaba un listado integrado fundamentalmente por los nombres de lo que Suriano caracteriza como "difusores", militantes que por su grado de educación o de iniciativa política tuvieron a su cargo la organizaron de las actividades de propaganda.[11]

La prensa libertaria desde 1899 hasta 1904, pero también la gran prensa, destacaba que las manifestaciones organizadas por los anarquistas de Rosario convocaban, generalmente, a cientos de personas. O a miles, como el mitin de protesta por la muerte de Budislavich, que atrajo a una multitud mayoritariamente no consustanciada con los principios libertarios que aplaudió desde calles y balcones el paso de una manifestación con preeminencia de figuras y estandartes anarquistas.

La organización de ese acto estuvo a cargo de veinte entidades anarquistas y tres que se encolumnaron tras la bandera del ya mencionado Centro Socialista Rosarino: la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos, la Sociedad de Resistencia entre obreros sastres y la Sociedad de Solidaridad entre yeseros.

Las libertarias fueron el grupo Voz de la Mujer, el grupo Las Proletarias, la Sociedad Unión Obrera de la Refinería, la Sociedad Zapateros y Cortadores, la Sociedad Hojalateros y Gasistas, la Sociedad Marmoleros, la Casa del Pueblo, la Sociedad de Resistencia Cigarreros y Cigarreras de Hoja, el grupo Ciencia y Progreso, la Sociedad de Resistencia Talabarteros, la Sociedad de Resistencia Fideleros, el Centro de Estudios Sociales, el grupo Estibadores Revolucionarios, el grupo Justiciero, el grupo Náufragos de la Vida, el grupo Escudo Libertario, el Luz de la Infancia, Libertad y Amor, La Venganza Será Terrible y la Sociedad Estibadores.

Esta nómina permite identificar los campos de acción de la militancia libertaria en el momento de su mayor expansión: grupos y círculos libertarios, sociedades de resistencia y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una Casa del Pueblo que constituía desde su inauguración en enero de 1900 el centro de propaganda anarquista más importante de la Argentina.

La propaganda anarquista giró fundamentalmente en torno a los círculos, espacios donde se elaboraban los mensajes que habrían de concienciar a los oprimidos, se ponían en práctica redes solidarias y se diseñaban tácticas de reclutamiento de activistas. Con este objetivo, a lo largo de la última década del siglo XIX y la primera del XX se organizaron en Rosario decenas de círculos, en su mayoría de efímera existencia, que operaron como centros de irradiación de las iniciativas vinculadas con la propaganda, esto es, con la publicación de periódicos y folletos; la organización de mitines públicos, veladas artísticas, conferencias y giras de propaganda; la formación de militantes y la acción gremial.[12]

Entre 1886, año al que se remontan las primeras menciones a la presencia de anarquistas en Rosario, y 1896 la actividad de grupos y círculos se expresó mayormente en actividades de difusión como la organización de conferencias y la edición de periódicos impulsados por "individualistas" o "doctrinarios puros" que se inclinaban por la formación de grupos por afinidad y se manifestaban contrarios a la acción en terreno gremial. Estas experiencias tuvieron, en general, una muy corta vida.

En 1896 el nivel de actividad de los círculos aumentó sensiblemente. Salieron a la luz los periódicos libertarios *La Libre Iniciativa*, *La Federación Obrera*, *La Nueva Humanidad, La Verdad*, *Ni Dios ni Amo* y el primero de los folletos Emilio Z. de Arana editados en la ciudad. El grupo grupo Ciencia y Progreso editó una serie de folletos propaganda de Emilio Z. de Arana y salieron periódicos como *La Nueva Humanidad* (1899), *La Voz de la Mujer* (1899), *La Libera Parola* (1900) y *Solidaridad* (1902).[13] Se organizaron conferencias y debates de confrontación en teatros, locales gremiales y casas particulares, como la de Emilio Z. de Arana. Las conferencias pronunciadas en Rosario por Pietro Gori tuvieron, como en otras ciudades argentinas, gran repercusión periodística y suscitaron la atención de un público numeroso y socialmente heterogéneo. Los círculos impulsaron también la creación de escuelas libertarias.

La Casa del Pueblo fue, sin duda, una de las concreciones más relevantes del anarquismo rosarino. En su primer año de funcionamiento se pusieron en escena treinta obras de propaganda social y se realizaron veintiocho veladas de índole diversa; se recitaron y cantaron cincuenta y dos composiciones; se pronunciaron sesenta y cuatro conferencias sobre temas sociales; se cedió el local a grupos y gremios en veintidós ocasiones; fueron compuestas dos piezas musicales; la orquesta de la Casa ejecutó esas piezas y otras tres más; se tradujeron al castellano nueve obras dramáticas; se copiaron doce dramas y comedias para la Casa y diecinueve para otros puntos del país; se repartieron 5.510 periódicos libertarios; se dio empleo a 446 personas a través de la "bolsa del trabajo"; se repartieron 2.310 folletos diversos y se vendieron 2.670 libros y folletos de propaganda. La Casa del Pueblo contaba además con una biblioteca que tenía 380 volúmenes de sociología, ciencias, artes y literatura en castellano, italiano y francés, y una variada colección de revistas, diarios y periódicos.[14]

La participación de sociedades de resistencia identificadas con el anarquismo remite a un proceso que reconoce como hito las controversias que se manifiestan desde 1895 entre los anarquistas por el tema de la organización y la primera huelga general realizada en Rosario y en la Argentina en agosto de 1896, cuando prácticamente todas las sociedades de resistencia de la ciudad paralizaron sus actividades en solidaridad con la llamada "huelga grande" de los ferroviarios.[15] Aunque la huelga fracasó en cuanto a los objetivos buscados, un sector de los anarquistas rosarinos entendió que había que actuar en ese terreno fértil que había demostrado ser el mundo del trabajo. La aparición del periódico *La Federación Obrera* expresó ese giro.

En los tres años siguientes los conflictos en el mundo del trabajo y la actividad anarquista se redujeron sensiblemente pero en 1899 recuperaron impulso y la corriente anarco-sindicalista se abocó a hacer propaganda entre los trabajadores, a promover su organización en sociedades de resistencia y a la creación de una Federación Obrera Rosarina. El listado sociedades adherentes al acto de octubre de 1901, con un solo gremio realmente importante, el de los estibadores, mostró los resultados de esa operación.

Propagandistas valerosos

La espasmódica, efímera y socialmente acotada actividad desplegada por los círculos entre 1886 y 1899 resulta a todas luces insuficiente para explicar el fenómeno de la Barcelona argentina. Los sucesos de octubre de 1901 ofrecen, nuevamente, una cantera de búsqueda. El acto del 24 tuvo como oradores a Adrián Patroni, Oreste Ciattini, Rómolo Ovidi, Virginia Bolten, José Berg, Nicolás Rodríguez Blanco, Domingo Alloco y Manuel Manrique. Cinco eran anarquistas: Ovidi, Bolten, Rodríguez Blanco, Alloco y Manrique. Se trataba de activistas de vieja data, cualidad singular para una ciudad conformada por una abrumadora mayoría de habitantes recientes o de paso. Rómolo Ovidi y Virginia Bolten, por ejemplo, habían participado en la organización y realización del primer acto conmemorativo del 1 de Mayo, acto que sorprendió, en su momento, por su inusitado carácter y por la cantidad de personas que habían acudido a la convocatoria de un grupo de hombres y mujeres identificados con principios libertarios o con la flamante Segunda Internacional Socialista. En un hecho sin precedentes por tratarse de una mujer, Virginia Bolten fue detenida por repartir volantes en la puerta de la Refinería Argentina del Azúcar. Pero el 1 de Mayo estaba en la plaza López con una bandera roja enlutada, inaugurando una perdurable liturgia libertaria.

Ovidi, Bolten, Rodríguez Blanco, Alloco y Manrique fueron figuras principales en el proceso de consolidación de la corriente organizadora o anarco-sindicalista y desplegaron una notable actividad en el terreno de la difusión cultural e intelectual. Fueron oradores y conferencistas, hicieron giras de propaganda e incursionaron en el campo periodístico como editores o redactores de hojas locales y nacionales. Ovidi y Manrique escribieron también obras de teatro. A fines de 1902 la Ley de Residencia dispuso la expulsión del país de Alloco, Manrique y Ovidi, y la policía local puso bajo vigilancia a Nicolás Rodríguez Blanco. Virginia Bolten dejó la ciudad en 1904 y el país en 1905.

Estas figuras no agotaban, ciertamente, el espectro de la militancia anarquista de los años del cambio de siglo. Ni fueron la expresión de un patrón de militancia excluyente. Escribieron, publicaron y dieron conferencias en ámbitos cerrados. Pero fueron, fundamentalmente, consumados militantes de la urgencia y, como dirá Patroni, "propagandistas valerosos".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Algunos episodios permiten apreciar cómo se construyó la imagen a la que aludía Patroni. En 1893, por ejemplo, la provincia fue escenario de la llamada "revolución radical" y levantamientos armados protagonizados por colonos de las zonas agrícolas. La insurrección radical, que dejó en Rosario un tendal de muertos y heridos, provocó la intervención del gobierno provincial, la declaración del estado de sitio y el encarcelamiento de los líderes del movimiento. En ese contexto signado por la prohibición de toda actividad política pública, el grupo libertario Demoliamo editó y distribuyó un periódico con ese nombre que desafiaba el silencio impuesto por ley.[16] Los once miembros del grupo fueron encarcelados y luego puestos en libertad. La salida de otro periódico editado por el mismo grupo los llevó nuevamente a la cárcel, que compartieron con los líderes de la insurrección radical y una treintena de militantes detenidos por su supuesta participación en un complot anarquista. Varios de ellos fueron expulsados de la ciudad.

Durante la "huelga grande" de 1896 grupos de anarquistas transformaron el reclamo de un gremio en huelga general. Actuaron sobre la marcha, arengando a los trabajadores en la puerta de cada establecimiento, hostigando a los rompehuelgas contratados por algunas empresas y enfrentando con gritos y palos a una policía que reprimió con mucha violencia y detuvo a unos ochenta activistas.

En 1900 los anarquistas de Rosario conmemoraron el 1 de Mayo con un acto en la Casa del Pueblo donde unas doscientas personas escucharon discursos alusivos pronunciados por Rómolo Ovidi, Teresa Marchissio y Carlo Tortti, que propuso la realización de una manifestación callejera. Munidos de una bandera roja cruzada por el lema "¡Viva la revolución social!", los manifestantes pasaron por la puerta de los grandes diarios entonando consignas en su contra e improvisaron una tribuna frente a la Comisaría 3ª. El comisario ordenó disolver la manifestación y arriar la bandera que llevaba Manuel Manrique. No logró ninguno de esos cometidos.[17]

Semanas antes de la muerte de Budislavich los anarquistas organizaron un acto para repudiar los hechos de La Coruña. Finalizado el acto, que había convocado a unas dos mil personas, "se produjo un incidente que nadie podía prever. […] En dirección opuesta al meeting venía un coche de tranway el cual se detuvo para dejar pasar a la columna, pero un individuo que viajaba en dicho coche, ostentando una medalla policial ordenó al cochero que siguiera: este lo intentó, pero los compañeros sujetaron los caballos protestando de proceder semejante. Esto fue suficiente para que se sulfurase un sargento del escuadrón de seguridad que se encontraba allí, el cual la emprendió a machetazo limpio contra los manifestantes, ayudado en su tarea por varios vigilantes y empleados de policía. […] Los manifestantes al ver actitud tan agresiva, decidieron repeler la fuerza con la fuerza, reluciendo de pronto armas dirigidas hacia los agresores. Hubo un cambio de tiros, sablazos, garrotazos, puñetazos y la mar, llevando la peor parte la policía entre la cual hay varios agentes heridos y un oficial de la 3ª molido a garrotazos. Hasta este momento no tenemos conocimiento de que haya ningún herido o contuso de parte nuestra".[18] La actitud de los anarquistas contrastaba con lo sucedido con una manifestación de carácter pacífico organizada por la opositora Unión Provincial: brutalmente reprimidos por la policía, no ofrecieron respuesta.

El 18 de octubre, los trabajadores de la Refinería Argentina del Azúcar constituyeron una sociedad de resistencia y redactaron un pliego con reclamos salariales y laborales. El jefe político de la ciudad, Octavio Grandoli, comunicó que la empresa estaba dispuesta a recibir a una comisión de seis obreros. Grandoli la vetó porque la mitad eran anarquistas a los que ordenó detener. Un grupo de obreros quiso evitar que se los llevaran aferrándose al carro. Grandoli ordenó disparar y el obrero Cosme Budislavich fue alcanzado por una bala fatal. En las horas que siguieron los anarquistas y la policía pelearon, literalmente, por el cadáver, que los anarquistas pretendían velar en la Casa del Pueblo y la policía enterrar sin velorio.

En enero de 1902 una huelga de los estibadores portuarios devino huelga general. Se registraron episodios callejeros de gran violencia entre trabajadores y entre huelguistas y policías que dejaron un saldo de varios heridos y tres obreros muertos. Uno de esos episodios tuvo lugar en un almacén del Tiro Federal, cercano a la Refinería Argentina del Azúcar. El propietario había organizado en el local un acto de protesta contra la policía. El comisario seccional dispuso el desalojo del almacén, orden que fue resistida con piedras, palos y tiros por los concurrentes, unos doscientos, entre los que se contaban varios militantes anarquistas.

Estos episodios tuvieron lugar en una etapa en la que distintas facciones políticas locales, entre ellas lo que quedaba del radicalismo tras la derrota de 1893, se definieron por su antagonismo a los intereses de los sucesivos gobiernos provinciales, a los que se atribuyó la intención de perjudicar a Rosario. El ariete de esa supuesta política antirrosarina fue la Jefatura Política, a cargo de la policía y el control de los procesos electorales. Entre 1895 y 1904 el cargo de jefe político fue ejercido por los hermanos Floduardo y Octavio Grandoli. Para la oposición, los Grandoli garantizaban elecciones favorables al oficialismo y mandaban una policía que se destacaba por la arbitrariedad y la brutalidad de sus procedimientos.

En un contexto más amplio, estos episodios deben ser entendidos con relación a la vida cotidiana de los trabajadores y a las formas de intervención estatal en ese terreno. Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX Rosario tuvo índices de mortalidad general de la población que sus autoridades sanitarias estimaron entre los más altos del mundo. Estas mismas autoridades, a cargo de oficinas y secretarías creadas en el ámbito municipal tras una epidemia de cólera que acabó con la vida de un millar de personas entre 1886 y 1888, elaboraron diagnósticos y diseñaron estrategias de acción. El diagnóstico, corroborado tras la declaración de una nueva epidemia de cólera en enero de 1895, atribuía la afligente situación sanitaria de la ciudad a la ausencia de redes de provisión y eliminación de aguas, a la insuficiencia de servicios asistenciales y, sobre todo, a las condiciones de vida de las masas trabajadoras. El diagnóstico aseveraba que este conjunto de condiciones desfavorables alcanzaba niveles dramáticos en los llamados barrios obreros, surgidos en torno a la Refinería Argentina del Azúcar, los talleres del Ferrocarril Central Argentino y un conjunto de establecimientos productivos de variada dimensión.

Las estrategias de acción apuntaron, en el casco urbano, a la construcción de una red sanitaria, la ampliación de la atención hospitalaria y la higienización de las habitaciones populares. Con este último objetivo, la Oficina de Higiene dispuso la realización de inspecciones a conventillos y ranchos que, en el caso del casco urbano, solían traducirse en mejoras. En los barrios obreros, no. En 1896 se realizaron más de once mil inspecciones a ranchos, conventillos y establecimientos insalubres.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En los barrios obreros vivían cientos de trabajadores que se alojaban en conventillos, ranchos y casillas. En los conventillos, grandes e insalubres, el índice de hacinamiento superaba al del resto de la ciudad. Las condiciones sanitarias de los barrios obreros no sólo los hicieron objeto de las temidas inspecciones municipales. Durante las epidemias de cólera de 1894-1895 y de peste bubónica de enero de 1900 se destruyeron y quemaron ranchos y casillas y se desalojaron decenas de habitaciones de conventillos. En el transcurso de la segunda de las epidemias mencionadas, se destruyeron o quemaron un millar de ranchos y casillas de los barrios obreros y fueron bañadas compulsivamente unas veinticuatro mil personas.

Es precisamente en esos barrios en los que el poder público se inmiscuía en el ámbito de lo privado, desinfectaba gente y pertenencias, destruía viviendas y reprimía huelguistas, donde el anarquismo tuvo mayor presencia. Esa presencia se expresó en la organización de conferencias y veladas artísticas, únicas actividades de esparcimiento barriales en los años del cambio de siglo. Se manifestó también en la creación de escuelas libertarias en un espacio donde el Estado todavía no había instalado ninguna. O en las reacciones a las inspecciones sanitarias, en las que la prensa y las autoridades veían la influencia de agitadores o anarquistas.

La militancia anarquista se hizo presente asimismo en el terreno sanitario, en particular durante las situaciones de epidemia. En este campo sobresalió la figura de Emilio Z. de Arana, que instaló en su casa un consultorio para atención gratuita de enfermos y tuvo una actuación destacada por la prensa durante la epidemia de cólera de 1895. Fue en ese dramático contexto, para los trabajadores, de la epidemia de peste bubónica de enero del 900, cuando los anarquistas inauguraron la Casa del Pueblo.

Los trabajadores encontraron solidaridad de la militancia ante la agresión de la autoridad y la explotación laboral. Encontraron también ámbitos de contención en las escuelas libertarias, en la atención gratuita de enfermos, en la "bolsa del trabajo" de la Casa del Pueblo o en las actividades de esparcimiento.

Intransigentes

Adrián Patroni sugería que la intransigencia evidenciada por los propagandistas anarquistas en situaciones de huelga remitía a su carácter de militantes profesionales, cualidad que las fuentes sobre el tema no permiten corroborar y que en todo caso no podía hacerse extensiva a la base de esa militancia, que era la que con su cuerpo garantizaba la aplicación del principio. El tema de la intransigencia importa porque es precisamente en ese campo vinculado al orden de los principios doctrinarios donde desde 1902 se revelarán las limitaciones de acción de la militancia anarquista.

Ese año se crearon nuevas sociedades de resistencia de filiación libertaria y una Federación Obrera Rosarina. Pero ese sensible avance en el terreno gremial fue paralelo a la emergencia de nuevas formas de acción obrera. La huelga iniciada por los estibadores portuarios al comenzar ese año dio a lugar a un intento de mediación promovido por el asesor legal de la Cámara Sindical de la Bolsa de Comercio de Rosario, Juan Bialet Massé. La propuesta de arbitraje tuvo eco favorable entre un grupo de empresarios del sector y una parte de los trabajadores. Fue rechazada por un sector minoritario de los empresarios y por la conducción, anarquista, de la Sociedad de Estibadores. El intento fracasó, pero al año siguiente la Sociedad de Estibadores de dividía en dos: una anarquista y una que se proclamaba socialista con estatutos redactados por Bialet Massé y que adoptaba el arbitraje como instancia de resolución de conflictos. La intransigencia, que en los anarquistas remitía a lo doctrinario, y sobre todo la violencia con la que procuraron garantizar ese principio, fueron el argumento principal de los rupturistas. En los años inmediatamente posteriores se crearán nuevas sociedades de resistencia de inspiración libertaria y gremios –no siempre identificados con el Partido Socialista Argentino– que aceptarán el principio del arbitraje.

El propagandista anarquista, objeto literario y sujeto político

Los sucesos de octubre de 1901 fueron el hito de inicio de una corta e intensa etapa que tuvo su hito de cierre con la promulgación de la Ley de Residencia. La ley 4144 no acabó, ciertamente, con el anarquismo rosarino, pero dejó fuera de acción a buena parte de la generación de militantes que habían convertido a Rosario en la Barcelona argentina. Para entonces, el propagandista anarquista se convertía en personaje literario y en objeto de operaciones políticas.

En abril de 1902 una revista rosarina publicó "Croquis rosarinos. En la Casa del Pueblo", el primer relato literario local centrado en la figura del propagandista anarquista, "un joven rubio, extrañamente pálido, de mirada suave y melancólica" que exponía ante los asistentes a la Casa del Pueblo una visión estupenda del futuro, "animándose a medida que habla y que se perfilan en su imaginación, amamantada en los libros de Kropotkine, los contornos de la sociedad del siglo XXI". Un herrero de anchas espaldas, proseguía el relato, levantaba "su mano encallecida y más de una vez quemada por la fragua" y exclamaba "¡Mientras tanto nos morimos de hambre!", frase que provocaba "una tempestad de vivas y mueras". El acto concluía con los anatemas furibundos contra la burguesía que lanzaba una mujer "de rostro pálido y de rojo vestido" subida a una silla.[19]

En 1904 Juan Bialet Massé dedicó varios párrafos de su *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas* a la figura del propagandista anarquista. La mayor parte de esos relatos referían a sucesos ocurridos en Rosario entre 1902 y 1903 de los que había sido protagonista o testigo presencial. A tono con Patroni y con concepciones científicas entonces en auge,[20] definía el anarquismo como "neurosis fanática, provocada por el desgaste de las jornadas excesivas y las privaciones del jornal insuficiente, exaltada por la utopía de remedios imposibles, que preside en las inteligencias medianas, y que se explota hábilmente". Como Patroni, entendía que el anarquismo dominaba entre los obreros de Rosario como "único señor".[21]

Entre los propagandistas de las ideas libertarias Bialet Massé había conocido a fanáticos de buena fe que contagiaban su "exaltación sincera" a los criollos, a explotadores extranjeros que abusaban de "la ignorancia y de la sinceridad de los hijos del país", a informantes de la policía y a "una joven puntana de palabra enérgica y dominante, que arrastra a las multitudes".[22] Entre los primeros destacaba la figura de un criollo "fanático: la mirada gran-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de de sus ojos, la palidez mate de su piel trigueña, sus ademanes solemnes y la repetición de las frases hechas en los libros de Bakounine y Malatesta".[23] O la del propagandista de Rosario que había observado en un acto realizado en Paraná: "Tartamudea y carece de acción y movimiento; su mano derecha no más se mueve, una veces rígida, elevada sobre la cabeza doblada como quien cubre, otras con el codo doblado y el tercer dedo rígido [...] hablando casi en italiano, es el orador más pobre que hasta ahora he oído. Recita una lección muy larga para su memoria, se repite tres veces buscando la ilación cortada, entrevera las ideas, las corta, las retuerce".[24]

Las apreciaciones de Bialet Massé deben ser entendidas en primer lugar como expresión de la idea de que, "para concluir con el anarquismo, lo primero que se ha de procurar es no hacerle mártires; no hay idea por absurda que sea que la persecución no levante, sobre todo si ella es arbitraria; las leyes comunes, el menosprecio y el ridículo pueden más, mucho más, que las cárceles".[25] En segundo lugar, a la construcción, por contraste, de su propia figura como publicista y dirigente gremial.[26]

Para la misma época, el ascendiente de los propagandistas del anarquismo sobre las masas obreras, la eficacia demostrada en la calle y el modo de enfrentar a la policía hicieron que fuesen percibidos, por algunos dirigentes radicales, como potenciales protagonistas del movimiento insurreccional del 4 de febrero de 1905, estrategia que tuvo como principal impulsor al director de un diario muy popular, *El Municipio*, dirigido desde 1887 por Deolindo Muñoz.

Para el director no fue una sorpresa, como para los socialistas, el descubrimiento de la Barcelona argentina. Había dedicado una década a denunciar su carácter exótico primero y su alarmante expansión después. Lo que descubrió en el acto de octubre fue que un hecho obrero podía convertirse en un hecho político y elaboró a partir de allí una estrategia de captación del movimiento libertario que puso en marcha en 1903 y que tuvo como instrumento fundamental su propio periódico. Deolindo Muñoz procuró que los anarquistas se sumaran a la insurrección radical. Pero provocó que la aplicación de la Ley de Residencia dejara fuera de la ciudad a una parte sustantiva de la camada de propagandistas que había reemplazado a los expulsados en 1902.[27]

Los artífices de la Barcelona argentina eran para entonces un tópico literario presente en las novelas naturalistas del rosarino Carlos Suríguez y Acha y en las crónicas de los magazines. Un personaje dibujado prácticamente con los mismos rasgos que le atribuía el conjunto de la literatura occidental de temática social. Aunque las menciones a la joven de rostro pálido e improbable vestido rojo y a la joven puntana de palabra enérgica aludían, sin lugar a dudas, a Virginia Bolten, una figura militante inequívocamente ligada a Rosario.

Notas

[1] La primera expresión está tomada de "Los sucesos del Rosario", *La Vanguardia*, 44, Buenos Aires, 2 de noviembre de 1901, p. 1; las de la prensa rosarina corresponden a "El meeting de ayer", *El Municipio*, Rosario, 25 de octubre de 1901, p. 1.

[2] Citado por P. Grela, *El estibador portuario*, Rosario, El Remanso, 1990, p. 284.

[3] "Los sucesos del Rosario", *La Vanguardia*, 44, Buenos Aires, 2 de noviembre de 1901, p. 1.

[4] Citado por P. Grela, *El estibador portuario*, p. 284.

[5] R. Falcón, D. Macor y A. Monserrat, "Obreros, artesanos, intelectuales y actividad político-sindical. Aproximación a un perfil de los primeros militantes del movimiento obrero argentino", *Estudios Sociales*, 1, UNL, 1991, pp. 29-73.

[6] J. Aricó, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 38.

[7] J. Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

[8] Véase J. Bialet Massé, *Informe sobre el estado de la clase obrera*, Buenos Aires, Hyspamérica, t. II, p. 675.

[9] Véase G. Zaragoza, *Anarquismo argentino (1876-1902)*, Madrid, De la Torre, 1996, p. 337, que toma el dato de J. Moya, "Spaniards in Buenos Aires. Patterns of inmigration and adaptation 1852-1930", tesis doctoral, Rutgers State University, 1988.

[10] Jefatura Política de Rosario, Suplemento a la "Orden del día" de 11 de febrero de 1903.

[11] J. Suriano, *Anarquistas*, p. 130.

[12] Pueden mencionarse entre los grupos y círculos creados dentro del período en estudios a Antorcha Anárquica, Libre Iniciativa, Demoliamo, La Ribelione, La Expropiación, Antimoralistas, La Luz, La Verdad, Luz de la Infancia, La Venganza Será Terrible, La Nueva Humanidad, Ciencia y Progreso, Librepensadores, Los Proletarios, Las Proletarias, Voz de la Mujer, Amor Libre, Grupo Libertario Independiente, La Aurora Social, Libertad y Amor, Claría, Centro de Estudios Sociales, Libertario, Luisa Michel, Luz y Vida, Voz de Echesortu.

[13] Los folletos de Arana publicados en Rosario son "La sociedad. Su presente. Su pasado y su porvenir" (1896), "La mujer y la familia" (1897), "La esclavitud antigua y la moderna" (1898), "La medicina y el proletariado" (1899) y "Los males sociales. Su único remedio", editado en 1901 por el grupo rosarino Independiente.

[14] *La Protesta Humana*, Buenos Aires, 12 de enero de 1901.

[15] Sobre este proceso véase A. Monserrat, "El anarquismo rosarino y la cuestión de la organización (1890-1910)", en A. Ascolani (comp.), *Historia del sur santafesino. La sociedad transformada (1850-1930)*, Rosario, Platino, 1993, y R. Falcón, *La Barcelona argentina*, Rosario, Laborde, 2005.

[16] Véase sobre el tema V. Accurso, "*Demoliamo*: primer periódico anarquista rosarino en lengua italiana", *Anuario*, 15, UNR, 1992, pp. 261-217.

[17] "Varias", *La Protesta Humana*, 84, Buenos Aires, 84, 13 de mayo de 1900, p. 3.

[18] "Correspondencias", *La Protesta Humana*, Buenos Aires, 28 de septiembre de 1901.

[19] Carlos Lac Prugent en *El Cronista*, 1, 7, Rosario, 30 de abril de 1902.

[20] Sobre el tema véase P. Geli, "Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900", *Entrepasados*, II, 2, 1992; E. Zimmerman, *Los liberales argentinos. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*, cap. 6, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1995.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[21] J. Bialet Massé, *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas*, Buenos Aires, Hyspamérica, t. II, p. 674. Sobre el tema véase P. Geli, ob. cit.; E. Zimmerman, ob. cit..

[22] "Más enérgica que Luisa Michel, tiene indudablemente mejores formas que ésta"; J. Bialet Massé, *Informe...*, t. II, p. 668.

[23] J. Bialet Massé, *Informe...*, t. II, p. 675.

[24] Ídem, p. 403.

[25] J. Bialet Massé, *Informe...*, t. II, p. 676.

[26] Véase A. Prieto, "Prolegómenos de la legislación social argentina: la obra de Juan Bialet Massé", y D. Lvovich y J. Suriano (eds.), *Las políticas sociales en perspectiva histórica. Argentina, 1870-1952*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, pp. 47-64.

[27] Véase A. Prieto, "La revolución radical de 1905 en Rosario: ¿conspiración cívico-militar o revolución del pueblo?", *Revista de Historia*, 1, 1, CEHIS, UNMP, 2005, pp. 127-146.

Apuntes para pensar el arte anarquista a través de la revista *Ideas y Figuras*

*Analía Rey**

Ideas y Figuras, 83, 7 de diciembre de 1912

Ideas y Figuras. Revista Semanal de Crítica y Arte, dirigida por Alberto Ghiraldo, se publica entre mayo de 1909 y agosto de 1916. Sin modificar nunca su formato y raramente el número de páginas, alcanza a publicar 136 números, con una periodicidad que promedia (cierres y prohibiciones mediante) las dos entregas mensuales.

Ghiraldo lanza este nuevo emprendimiento editorial después de una presentación pública durante la manifestación anarquista del 1 de Mayo en Plaza Lorea, en la cual él y algunos de sus compañeros volantearon un folleto anunciando la publicación de la revista, donde se detalla el contenido de los cinco primeros números. *Ideas y Figuras* no tiene una declaración de principios o un manifiesto inaugural como es habitual en algunas revistas de pequeño formato; este tipo de intervención también es esperable ante la prolongada ausencia de su director en el mundo anarquista después del cierre de su anterior publicación *Martín Fierro* en 1905.

La circulación de la revista se ve muchas veces suspendida, sea porque el gobierno declara el estado de sitio que afecta directamente a la prensa o por la conflictividad existen-

* UBA.

Entrepasados - Nº 32, fines de 2007: 89-104
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te hacia el interior del movimiento que retrasa la redacción. Por ejemplo, el número dedicado a denunciar el estado de sitio en la Argentina aparece en Montevideo el 11 de enero de 1910 y apela a esta estrategia para sortear la censura que pesa sobre las opiniones de la prensa desde noviembre de 1909 cuando se había declarado el estado de sitio por el atentado al jefe de Policía Ramón Falcón. No obstante esa situación, *Ideas y Figuras* publica dos números con contenidos exclusivamente culturales, uno dedicado a Leonardo da Vinci y otro con los poemas del joven chileno Max Jara (1886-1965). Es a partir de este número cuando *Ideas y Figuras* realiza su primera declaración de principios y afirma: "Ya sea en el terreno de las letras amenas, ya en el del combate brioso, ya en el de la crítica, siempre hemos guardado, como un resguardo que desmienta toda malevolencia del público lector, los mismos ideales del principio, incorruptibles a través de las adversidades y los obstáculos".[1]

Más allá de las respuestas que la revista le da a las críticas que seguramente provienen del mismo anarquismo por continuar la publicación sin hacer referencia al momento que vivía el movimiento, ambos números se convierten en indicios interesantes hacia donde derivará nuestra mirada: el arte como un pilar de la publicación y la participación de intelectuales provenientes de España y América Latina

Escasos son los estudios sobre esta publicación. En primer lugar, un trabajo contemporáneo a la revista, realizado por Juan Mas y Pi,[2] que busca poner el acento en la figura de Ghiraldo y en su doble esfuerzo de hombre de letras y gestor de emprendimientos periodísticos, le otorga a *Ideas y Figuras* la función de abre puertas para escritores y artistas plásticos que pretenden alcanzar el reconocimiento público. Años más tarde, la clásica biografía de Héctor Adolfo Cordero[3] hace coincidir los avatares de la revista con las peripecias de su director, que alterna su actividad en el mundo cultural porteño y montevideano con las sucesivas persecuciones, exilios y cárceles a las que se ve enfrentado por el accionar represivo. De ello resulta que en este libro *Ideas y Figuras* se convierta más en una excusa para resaltar el aura personal de Ghiraldo que en un estudio particular acerca del emprendimiento editorial.

Por último el trabajo más académico y sistemático de Hernán Díaz,[4] que caracteriza la publicación como "la más floja de las empresas intelectuales de Ghiraldo" y le critica la falta de una orientación precisa. A su vez, Díaz considera que este eclecticismo de *Ideas y Figuras* es un resultado previsible del estado de soledad política e intelectual del director durante los años que siguen al Centenario. Para el autor, su estructura calca la del folletín, exhibiendo una pobre presencia editorial y limitándose a una producción casi monográfica alrededor de un literato en cada una de las entregas. A diferencia de Díaz, que considera esta estructura como un síntoma de pobreza de contenido, en esta investigación se la valora como una estrategia de Ghiraldo para permitir un doble acercamiento, desde la política y las artes, en forma de entregas unitarias, a un público que efectivamente había incorporado la "forma folletín" a sus hábitos cotidianos de lectura.[5]

Junto a la presencia editorial permanente de su director, en el doble carácter de crítico social y de hombre de letras, *Ideas y Figuras* reúne a una larga lista de colaboradores. Enrique García Velloso, Julio Barcos, Juan Emiliano Carulla, el cubano Ruy de Lugo y Viña, el español Juan Más y Pi, el chileno Víctor Domingo Silva, Carmelo Martínez Paiva, José de Maturana, son aquellos a quienes Ghiraldo convoca a escribir con mayor regularidad. Sin duda todos los colaboradores están, como ya es costumbre en las publicaciones de Ghiraldo, vinculados por lazos de amistad al director y quedan fuera de la convocatoria muchos intelectuales que, relacionados con el anarquismo, están alejados de la forma en que él maneja la propaganda del movimiento. Este grupo, variado en sus especialidades como en su militancia política, aborda a lo largo de los siete años de la revista un arco temático que va desde la crítica teatral a la poesía y las artes plásticas, pasando por el ensayo político-social. Muchos de los números de *Ideas y Figuras* están dedicados a rendir homenaje póstumo a intelectuales que este grupo considera ejemplos de síntesis entre producción estética y trayectoria ético-política: los casos de Rafael Barrett, Evaristo Carriego, Florencio Sánchez, Pietro Gori, Juan Mas y Pi y León Tolstoi constituyen ejemplos en este sentido.

Más allá de la permeabilidad cultural de *Ideas y Figuras*, la revista también incluyó la situación política nacional y los avatares del movimiento libertario a través de intervenciones que declaran una fuerte vocación por el oficio periodístico y que denota los cambios sustantivos que han comenzado a vivirse en la prensa con periódicos creados y dirigidos por periodistas. Es así como nos informa sobre el día a día de los hechos ocurridos en la huelga del Centenario, nos pone en conocimiento sobre la conflictividad obrera en algunos gremios o le dedica un número completo a analizar el IX Congreso de la FORA. Brinda una extensa información sobre los detenidos por causa de las leyes de excepción y entrega números completos dedicados a la Ley de Residencia y Defensa Social. En síntesis, la publicación intenta ofrecer una variada selección cultural y mostrar la producción de jóvenes promesas del mundo de la literatura y el arte a la vez que un fuerte compromiso ideológico con el pensamiento libertario.

Las reflexiones sobre el arte y más concretamente las intervenciones sobre la plástica convierten a la revista en una publicación que nos permite preguntarnos sobre las posibilidades que tiene *Ideas y Figuras* de dar respuestas a la existencia de un arte anarquista o sobre la preocupación manifiesta por mostrar una producción artística que refleje las inquietudes y los gustos del pueblo que dice representar; pero además cuáles son las influencias intelectuales sobre las que Alberto Ghiraldo se apoya para pensar en una intervención artística y en promoverla. En la revista, quizá se pueden encontrar indicios sobre el diálogo que se entabló entre las producciones artísticas y la ideología y las contradicciones que conlleva esa búsqueda.

Los caminos de la plástica

En 1904 la revista *Martín Fierro* dirigida por Alberto Ghiraldo publica un manifiesto artístico bajo el título de "El arte para el pueblo".[6] La preocupación presente en él conjuga varias cuestiones: en primer lugar la simultánea inquietud entre las demandas de los oprimidos y los valores artísticos en general, también la instrumentalización del arte para formar conciencias y educar, denunciando los males de la sociedad sin perder las "bellas formas" y la razón. El manifiesto desde su título toma partido y remite a los límites de acción que imponen los principios de "el arte por el arte"; se pregunta sobre el beneficio social que esta fór-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mula ofrece, sin distanciarse de este tópico donde el espíritu individualista y autónomo del artista está puesto en función de la obra de arte y de la belleza, el manifiesto ofrece un individualismo creador de belleza y energía revolucionaria pero toma como principio que todo arte debe ser bello y que la fealdad es la negación del mismo, pero tanto la belleza como el arte se aprenden y los sentidos se educan para poder percibir en la obra las secretas afinidades que se dan entre el mundo sensible y el mundo espiritual.[7]

Las oposiciones guían el pensamiento sobre el cual el arte anarquista podía ser construido y nos dicen que el camino estético del decadentismo no ayuda a edificar un arte donde se conjugan belleza, sencillez y sentimientos pero sí el simbolismo porque éste permite determinar en las manifestaciones estéticas la afinidad entre el mundo sensible y el mundo espiritual.

Resaltando los beneficios de la educación para el pueblo para que aprenda a reconocer la belleza y también a compartirla con los artistas populares que si no provienen del pueblo, son capaces de comprenderlo. En este manifiesto el poder de la evolución coloca a las clases consideradas inferiores por la burguesía de la época en un nuevo lugar de acción, por eso los intelectuales cumplen un rol expectante para guiar las transformaciones sociales y el arte y convertirlos en una herramienta de conciencia.

Detrás de este manifiesto están las lecturas que realiza Alberto Ghiraldo y que comparte con los lectores de la revista *Martín Fierro*; presentados a la manera de "pequeños pensamientos" se incluían textos de Jean-Marie Guyau y León Tosltoi,[8] entre otros intelectuales que constituían el horizonte de lectura de muchos jóvenes de la época.

El filósofo francés Jean-Marie Guyau (1854-1888)[9] es un autor de gran fama y ampliamente leído a finales del siglo XIX y principios del XX, que llega a manos de Ghiraldo seguramente a través de la traducción de una de las bibliotecas publicadas en Madrid. Su obra tuvo entre el movimiento anarquista fervorosos seguidores y sus escritos se consideran importantes para la concepción de la moral anarquista. Para Guyau el arte es eminentemente social, por su origen, por el fin que persigue y por su propia esencia. La búsqueda de la emoción artística es la ley interna de la obra de arte y un medio de concordia social ya que el arte permite sentir a todos de la misma manera; estos principios guían el manifiesto sobre el arte.

Esta declaración también reconoce el aporte del pensamiento de León Tolstoi (1828-1910) sobre la relación entre el arte y la sociedad.[10] Según este autor, el hombre puede percibir y experimentar emociones pero sólo unas pocas las puede transmitir a otros. Antiguamente, esa carga simbólica fue monopolio de los objetos religiosos, pero con una nueva concepción señala que puede ser patrimonio de los espíritus sensibles sin que sea necesario un acercamiento confesional.

Con estos antecedentes en el historial del director de la revista, en *Ideas y Figuras* el arte se convierte en un eje central que estructura la publicación, pero de forma mucho más ostensible que en *Martín Fierro,* donde si bien la estética aparece como una contundente declaración de principios, el carácter popular de la publicación no deja espacio a un desarrollo formal de la propuesta publicada en la revista.[11]

El arte, como lo dice el subtítulo de la revista, se constituye en uno de los ejes centrales de la publicación y, a diferencia de las revistas populares donde la idea es incorporar y mostrar un producto artístico, *Ideas y Figuras* se propone, entonces, reflexionar críticamente no sólo sobre la plástica –tema al que no nos dedicaremos– sino también sobre la literatura, el ensayo y el lugar del intelectual como trabajador del arte.

El formato de *Ideas y Figuras* se convierte en un molde ideal para probar la creación de un arte anarquista. Nuestro objetivo es ver cómo *Ideas y Figuras* se convierte en un laboratorio para poner en marcha el manifiesto "El arte para el pueblo" y también para ensayar reflexiones en torno a los artistas, a la vida de los artistas y a la función social del arte y también producciones especiales centradas en un artista que interviene con su obra sobre un tema de particular interés.

Desde sus primeros números, la revista pone de relieve una premisa: la búsqueda de la función social del arte no en términos teóricos sino estrictamente prácticos. Para hacerlo se vale de la reproducción de obras, sean de un pintor reconocido a nivel internacional, de un dibujante connotado del ámbito local o simplemente de jóvenes desconocidos que manifiestan inquietudes artísticas. Pero también diferentes intelectuales reflexionan sobre la función social del arte, en ensayos presentados con ese objetivo o a través de opiniones vertidas en comentarios críticos sobre exposiciones de artistas realizadas en Buenos Aires

En estos números la revista selecciona temas de fuerte contenido social, por ejemplo, la trata de blancas, el anticlericalismo, los guardianes del orden, etc. Todos estos son materiales caros al periodismo comprometido socialmente y también tópicos por donde la vida bohemia se toca con la política y la marginalidad. *Ideas y Figuras* coloca estos asuntos en debate desde una doble y articulada perspectiva: la imagen con su fuerza expresiva y la palabra con su contundencia denuncialista y pedagógica.

Ahora bien, para ordenar estos materiales y su posible significado debemos establecer algunas preguntas iniciales: ¿cuál es el acierto de estos números tan bien producidos y diseñados?, ¿cómo se establece un diálogo entre la imagen y los textos?, ¿qué indicios nos brinda la revista sobre los artistas y por qué son seleccionados?, ¿sirve la imagen para profundizar el ideario anarquista para crear una cultura con color propio?

Los números a los que hacemos referencia corresponden a la primera etapa de la revista que se cierra a nuestro criterio con el editorial publicado bajo el título "Nuestra obra" en diciembre de 1909 y que corresponde a un momento particular del anarquismo porque se había instrumentado el estado de sitio después del atentado al jefe de la Policía Ramón Falcón. Allí Ghiraldo pone especial énfasis en aclarar que pueden caminar juntas preocupaciones estéticas con compromiso social: "*Ideas y Figuras* no ha puesto límites convencionales al plan de arte que se trazará desde un principio: dentro de la más diversa heterogeneidad ha cumplido su propósito de divulgación artística y literaria, sin hacer nunca concesiones a los sistemas impuestos a la mayoría del público por empresas mercantilistas. [...] *Tribuna de arte para todos y también campo de acción y de lucha*: lo mismo para los que han conquistado la popularidad como para los que empiezan…" (nuestro subrayado).[12]

A su vez es notorio que el autor intenta situar a *Ideas y Figuras* dentro del mercado de publicaciones de la época, teniendo como un seguro referente a la prestigiosa revista *Nosotros* que, desde 1907, convoca a los jóvenes intelectuales funcionando además como un molde cultural de carácter ecléctico donde éstos encuentran legitimidad para sus aventuras

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estéticas y literarias. No obstante esto último, Ghiraldo, que colabora con la revista de Giusti y Bianchi en muchas oportunidades, a la hora de pensar "su" revista toma especial distancia de aquel modelo. El centro de la diferencia que plantea está en las concesiones mercantilistas que muchos deben hacer para poder seguir publicando, mientras que en el anarquismo el artista no sufre esas presiones, ya que el movimiento le brinda un público fiel, un mercado seguro, siempre y cuando cumpla con los principios de acción y de lucha del pensamiento ácrata.

Es importante destacar que nuestro objetivo no es sólo poner en discusión las cuestiones teóricas sobre la conformación de un arte anarquista sino también ver la forma en que el arte puede educar; la revista le abre las puertas a una praxis estética sobre los temas de índole social que le preocupan al anarquismo. *Ideas y Figuras*, desde sus primeros números, propone el desarrollo de un problema social, ético o moral a través de imágenes. Esas imágenes –realizadas por pintores o dibujantes– constituyen un corpus temático que es reforzado por los títulos y los epígrafes, no sabemos si ellos provienen del autor o son colocados por la revista; lo cierto es que al mirar la imagen acompañada de un título adecuado y de un epígrafe que refuerza aquello que se pretende resaltar podemos realizar una lectura del tema cargada de significado. No importa cuál fue el contexto de producción de la obra o si ella fue creada con las mismas motivaciones que movió la publicación, el conjunto se resignifica. Esta pedagogía de las imágenes que se pretende impulsar en los primeros números de la revista es acompañada por textos cortos que proponen una lectura sobre el tema central del número.

De todos los ejemplos que la publicación nos ofrece para su análisis hemos seleccionados el de "La trata de blancas"[13] por ser una preocupación eminentemente social y de mucha repercusión en la época; "Los guardianes del orden"[14] porque se trata de un tema muy presente en el anarquismo y además absolutamente coyuntural debido a los hechos ocurridos en la huelga de 1909[15] que involucra a la policía y también al ejército, y finalmente el número que hace referencia a un tema internacional que está en el debate público y en las políticas de las naciones de principios de siglo que salió a la calle con el nombre de "Los patriotas de hoy".[16]

Podemos hacer una larga lista de números de la revista *Ideas y Figuras* que ensayan esta forma de comunicación, pero después del primer año la propuesta de los reportajes en imágenes se va diluyendo; seguramente en ello influyó el costo de la impresión, difícil de sostener con las interrupciones, los cierres y las persecuciones que sufrió la revista. También podemos pensar que la figura de Ghiraldo va perdiendo peso dentro del movimiento y su disputa hacia el interior del anarquismo se ve reflejada en cómo la revista va cediendo lugar en sus páginas a notas que ya no son sólo de arte y literatura sino que comienzan a aparecer los conflictos con los presos, la situación de la FORA, etc.; no obstante las imágenes están siempre presentes, si bien la obra pictórica de conjunto va desapareciendo; el grabado ilustra muchas tapas de la revista así como las fotografías de los escritores a los que le dedican el número y le permiten al lector ver la cara de los poetas e intelectuales que pretenden convertirse en referentes. Las fotos también ilustran los artículos dedicados al teatro, básicamente de las compañías que representan las obras de Alberto Ghiraldo.

En el primer número de la revista, "La trata de blancas", ilustrada por Juan Hohmann (1880-1955), se nos presentan por medio de las imágenes las cuestiones que recorrían el problema social de la prostitución desde la perspectiva del anarquismo. Como afirma Donna Guy, las prostitutas europeas poblaron los burdeles de Buenos Aires entre 1870 y la Primera Guerra Mundial; las que arriban a Buenos Aires pertenecen a familias de vidas miserables y trabajan en el oficio de la prostitución por desesperación económica. Marginadas del mercado de trabajo en sus países de origen, expulsadas de sus hogares por hambre, ven en la emigración una llave para la superviviencia. Sin duda los beneficios de la modernidad habían abaratado los pasajes y los países a los que llegan están mayoritariamente habitados por varones que facilitan su función. Muchas veces estas mujeres son víctimas de casamiento fraguados, organizados entre sus propias familias y los rufianes dispuestos a ampliar el negocio. La prostitución en la Argentina tiene un gran desarrollo, y el elevado y significativo número de mujeres dedicadas a ejercer el oficio despertó preocupación tanto en Europa como entre las autoridades nacionales, y fundamentalmente en el Partido Socialista, que favorecieron la formación de la Asociación Nacional Argentina contra la Trata de Blanca y promovieron el debate legislativo que apunta a modificar una situación tan degradante para las mujeres.[17]

El relato que se construye a través de los títulos y los epígrafes es justamente el de Margarita, una joven que ve a América como la tierra prometida y pone allí todas sus esperanzas para salir de una vida miserable. Un hombre, seguramente un supuesto "hermano" que facilita su ingreso a Buenos Aires, muy pronto la saca del nuevo mundo promisorio. Ni las mujeres encargadas de recibir a las jóvenes para evitarles el descenso al bajo mundo de la prostitución pueden con la realidad. Margarita ahora ya no sólo será esclava de su pobreza; el hombre, el "hermano", la lleva al dolor y a la muerte. A este relato en imágenes lo acompaña un texto muy breve firmado por Marco Nereo, seudónimo de Alberto Ghiraldo, que parte de un diagnóstico muy tradicional que incluye la exigencia fisiológica o la incapacidad para ejercer otras tareas. La propuesta y única salida para el alto índice de prostitución entre las jóvenes inmigrantes es modificar la educación de las jóvenes; ni la Asociación Nacional Argentina sobre la Trata de Blancas ni la Liga de Protección a las Jóvenes pueden cambiar la realidad social que este flagelo produce en la sociedad y en los individuos.

Otro relato en imágenes es el titulado "Los guardianes del orden", ilustrado por Eduardo L. Holmberg (h.) con textos de Roberto Payró, que ya había acostumbrado al público a los relatos ficcionales; en la revista –seguramente a pedido del director– se ocupa de temas político-ideológicos, pero lo hace con los procedimientos del relato literario. Las imágenes caricaturizan el comportamiento de la policía frente a diferentes situaciones sociales y políticas, creando estereotipos definidos por rasgos que connotan tanto a opresores como oprimidos. A lo largo del número vemos una policía excesiva, otra moralizadora, una policía abusadora que practica el exceso de autoridad frente a actos de absoluta justicia. El tema lo cierra un texto de Payró que muestra una opinión casi banal sobre el problema del orden y vuelve a remitir al tema de la educación afirmando: "Un guardián inculto del orden será siempre una especie de tirano, que no podrá suprimir su individualidad, considerándose siempre parte o todo de la autoridad que representa. Cualquier infracción será pa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ra él una ofensa personal, y por inculto repetirá aquello de «*L´état c'est moi*» imponiéndose a los otros tanto más brutalmente cuanto más inculto sea".[18]

Payró escribe un artículo sin definiciones ideológicas, seguramente persuadido por el director de la revista ya que es muy notorio que se trata de un artículo por encargo. En este caso el reconocimiento y la legitimidad funcionan desde el intelectual hacia la publicación, brindando con su nombre respeto y prestigio a *Ideas y Figuras*.

Finalmente nos vamos a detener en "Los patriotas de hoy".[19] El número está dedicado a una coyuntura de la época en el orden internacional, la exaltación del patriotismo en el marco de la paz armada y la competencia entre las naciones, y en la Argentina el foco está puesto en la proximidad de la celebración del primer Centenario. Esta particular situación, le permite afirmar a Talero: "Conozco sedicentes anarquistas que no son sino delirantes enfermos de romanticismo patriótico, así como patriotas modernos de primera fila, de esos a quienes la gloria de San Martín les quita el sueño y los pone amarillentos, cuyos actos cívicos son más desastrosos para el terruño que un chaparrón de dinamita. […] Con motivo del centenario, nos ha dado por la marmolería; y en tanto que los cinceles industriales. […] Va a resultar espléndidamente glorificada la carne del prócer que se comieron los buitres; pero casi nadie se preocupa de exhumar los espíritus que hicieron la independencia".[20]

Talero se refiere a dos cuestiones, que marcan la heterogeneidad propia del anarquismo vernáculo al mostrar la existencia de por lo menos dos grupos militantes, el que levanta la bandera del patriotismo y otro más fiel a los principios ácratas. Esta diversidad muestra cómo aquellos grupos que reconocen las virtudes del patriotismo asociadas al nacionalismo, entre los que se encuentra Talero, están muy alejados de los que cuestionan la conformación de los Estados nacionales y por añadidura el poder coercitivo del Estado. Lo interesante es que estos anarquismos conviven en un espacio de militancia y generan tensiones que marcan ascensos y descensos de perfiles militantes. Pero también en clara alusión a los preparativos del Centenario, en 1902 ya se lanza la idea de un concurso para la realización del monumento conmemorativo de mayo. Como afirma Adrián Gorelik, la proliferación de estatuas se manifiesta en una "ritualización de las prácticas de la memoria" que venía produciéndose desde fines del siglo XIX con las conmemoraciones escolares, y con la ciudad como escenario privilegiado para materializarla.[21] Talero pone la monumentalización y la ampliación del panteón patrio en clave espiritualista, reclamando que los hombres de letras se inserten en el pasado nacional para construir estatuas cargadas de significado espiritual y no sólo de materialidad. Opuestos a los hombres del 80, los jóvenes critican la tónica de los festejos por la falta de sentido espiritual, como reclamaba Rodó, que tenía el proyecto de la vieja generación.

Esta modalidad, después abandonada, es muy rica no porque se hagan aportes teóricos sobre estos temas, pues no hay ninguna novedad; lo interesante es cómo estas cuestiones son transmitidas al público, un público que está a medio camino entre aquel con destrezas recientemente adquiridas y otro más culto y crítico; en un principio la revista está pensada para cubrir estas dos variantes de lectores.

Los dibujantes y pintores elegidos para ilustrar estos reportajes en imágenes provienen de diferentes campos de la plástica y pertenecen a diversas corrientes estéticas. Muchos de ellos son dibujantes que residen en la Argentina, como José María Cao y Juan Hohmann. En otras ocasiones la revista busca promover a nuevos artistas, como es el caso de Augusto Mas y Pi, hermano de Juan, que es presentado como "un espíritu joven que goza con la inquietud de sentir la vida entera" y que ha elegido para presentarse en público el "arte de batalla" o la rebeldía que muestra el número ilustrado por el joven pintor Saúl Tolmo.

Con relación a las elecciones que la publicación hace dentro del panorama estético internacional se destaca un magnífico tomo "Crímenes y castigos", ilustrado por Félix Valloton (1865-1925), un artista que había participado del posimpresionismo y adherido al Manifiesto Simbolista del movimiento Nabis (1890).

El 20 de mayo de 1909 la revista informa que a partir de ese momento *Ideas y Figuras* regalará a sus lectores un afiche con el objeto de promover esta modalidad artística y sus cualidades "democráticas" al poner al alcance de la mano de un público ampliado las obras de arte. Con ese objetivo la primera entrega será un afiche presentado en el concurso realizado por el vespertino *Última Hora*;[22] esta empresa desaparece casi al mismo tiempo en que se esfuman los reportajes ilustrados.

Si el afiche es una técnica que hay que promover por su vinculación con el arte de propaganda, *Ideas y Figuras* también pretende difundir y divulgar a los grandes maestros. Bajo el título "Los maestros" publica dos números dedicados a grandes pintores, uno a Goya con el objetivo de reproducir la serie completa de *Los caprichos*.[23] Esta obra del pintor español de 1799 marca su moderna tendencia por dejar huellas en la obra gráfica. Los grabados fueron muy difundidos en los periódicos de la época y generaron mucho revuelo y controversias en el clero español, pero mientras esto se discutía en la Iglesia la fama de Goya crecía porque casi simultáneamente a los dibujos es nombrado pintor de Cámara.[24] Los grabados de *Los caprichos* se encuentran dispersos a lo largo de la revista pero no le dedican ni una sola línea al pintor español.

El caso de Leonardo da Vinci es diferente. *Ideas y Figuras* le dedica al genio del Renacimiento un número significativo ya que reproduce la obra y a su vez incluye textos referidos al artista: fragmentos de una biografía de Dimitri Merejkowski y algunos artículos, como el de José Enrique Rodó, que resalta a Leonardo como un hombre de la modernidad que le puso fin al oscurantismo medieval para darles poder a los hombres.[25]

En otro trabajo, realizado por el historiador español Rafael Altamira, también rescata al hombre, su relación con la naturaleza, el poder de observación que denotan sus obras fruto de un espíritu introspectivo y de un contacto con la soledad que se traduce en acción creativa y en vitalismo moderno y no en pesimismo romántico; lo que resalta el artículo son las enseñanzas que se pueden tomar de Leonardo. Altamira destaca la pedagogía de una vida ejemplar y colabora con el objetivo de la revista.

Abrirle la puerta a lo nuevo

Ésta parece ser la propuesta de la revista. Lo "nuevo" para la concepción de *Ideas y Figuras* es incorporar en sus páginas a los artistas que están surgiendo, jóvenes que hacen sus primeros pasos, recién llegados de viajes de iniciación artística y que todavía no son co-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nocidos por el gran público. El concepto de "nuevo" también es pensado como aquello que, aun siendo viejo en su factura, es descubierto ahora por un público recientemente alfabetizado que no ha tenido todavía oportunidades de acumulación de capital simbólico. Finalmente, lo "nuevo" está personificado en aquel que logra un reconocimiento de su arte por fuera de los márgenes que impone la academia. Esta puntuación de las diversas significaciones que lo nuevo tiene para *Ideas y Figuras* debe también incorporar a las corrientes estéticas que están naciendo en los albores del siglo XX y que se presentan, cada una, a sí mismas como el paradigma de la renovación artística.

En febrero de 1909 aparece en las páginas de *Le Figaro* la versión en francés del Manifiesto Futurista firmado por Filippo Tommaso Marinetti, y posteriormente lo hace en Italia en la revista *Poesía*. El manifiesto tuvo un rápido despegue: al mes siguiente comienza a circular en España y en abril del mismo año la revista *Prometeo*, fundada por Javier Gómez de la Serna y dirigida por su hijo Ramón, lo publica; un breve texto anónimo es la antesala de las "Proclamas futuristas a los españoles" aparecida en la misma revista en 1910 y firmada por Tristán, seudónimo de Ramón Gómez de la Serna.[26]

Como afirma Jorge Schwartz, el futurismo es una de las vanguardias más utilizadas retóricamente, básicamente porque los principios futuristas coinciden con las actitudes del modo de ser moderno.[27] Además, si bien la recepción del manifiesto en estas latitudes fue temprana, debemos esperar hasta la década del 20 para que la literatura y la plástica asuman los principios propiamente estéticos del movimiento. Por caso vale señalar que en abril de 1909 Rubén Darío publica en *La Nación* un texto crítico a la obra de Marinetti y se ubica en el polo opuesto de su propuesta literaria.

Con este horizonte de lecturas que reúnen modernismo y futurismo, Juan Mas y Pi, recién llegado a la Argentina, comienza a publicar en la revista *Ideas y Figuras* y en otras revistas de la época, como *Nosotros*. En un artículo publicado en julio de 1909 bajo el título de "La lucha en la belleza", el autor español afirma que Marinetti ha encontrado la fórmula para canalizar las tendencias combativas de la época: "La belleza pacífica, la vélelas pasiva de la estatua inmóvil sobre su pedestal no es la belleza de nuestros días, de esta época en que todo parece correr en la desesperación de un deseo no satisfecho. Todo lo que vive se agita, se mueve bajo el sol en el impulso másculo de la conquista. Por ello también, si nuestras obras han de tener la perduración que requiere nuestro anhelo, ¿cómo hemos de consentir que su espíritu –la belleza– sea el espíritu de la inmovilidad, de la quietud, de la resignación mansa, de la inercia? […] Tiene cada tiempo su belleza y cada generación su fórmula. Tengamos también nosotros la nuestra".[28]

Dos cuestiones, típicas de los principios futuristas, plantea Mas y Pi en su artículo: la que refleja su compromiso político, pues sin lucha no hay belleza, no hay arte. La fuerza vital de la lucha engendra obras de arte propias del momento, obras nuevas con la marca del espíritu de la época. La otra cuestión es la que apela al concepto de "ruptura generacional" a partir de la muerte simbólica de los abuelos que ya han tenido su obra y su tiempo, el hoy es obra de los jóvenes. Son jóvenes los convocados por Marinetti desde Venecia con esta fórmula: "Desviad el curso de los canales para inundar los museos"; son a su vez jóvenes a los que interpela Mas y Pi, llamándolos a romper con los cánones del pasado.

En contrapunto con este artículo y con la circulación de la revista dentro del público anarquista, el diario vespertino *La Batalla* publica en uno de sus primeros números un artículo donde manifiesta la incompatibilidad existente entre el futurismo y el anarquismo, dando cuenta de que ambos buscan, en su lucha, objetivos diferentes

Lo nuevo para *Ideas y Figuras* implica también presentar nuevos artistas y sus obras para mostrarle al público los talentos desconocidos y manifestar que esos pintores son los que están marcando el rumbo del arte de la época.

El número dedicado a Faustino Brughetti[29] (1877-1956) nos permite recorrer parte de la obra de merecidos premios internacionales pero que busca el reconocimiento del público local. Brughetti, que en 1909 estaba regresando de su tercer viaje estético a Europa, había estado en Italia gracias a una beca del gobierno de la provincia de Buenos Aires y también gracias a la gestión de su amigo el poeta Almafuerte. En este viaje obtuvo importantes premios en exposiciones italianas pero, salvo por una exposición realizada en el salón del diario *La Prensa* en 1901, su obra no era conocida en Buenos Aires; ésta es la situación que quiere revertir *Ideas y Figuras* haciendo conocer a sus lectores al pintor que introdujo junto con Martín A. Malharro el impresionismo en la Argentina.

Es justamente este número el que provoca, según el director, gran revuelo y pone en juego la continuidad de la revista. Frente a los ataques, Alberto se defiende y responde a la acusación de inmoralidad que recibe la revista por la publicación de los desnudos de Brughetti al poner de manifiesto la "idea" de arte que la revista se propone divulgar y además se aleja de las tendencias de consumo artístico de la época.[30]

En junio de 1914 se inaugura en el salón Witcomb[31] una exposición de arte inédito de Pío Collivadino (1869-1945). Bajo el título de "Una exposición de arte nacional", Juan Mas y Pi realiza una nota donde resalta la valentía del artista por haber resistido, a pesar de los éxitos obtenidos en Italia, la tentación de los grandes centros de arte europeos. La exposición se presenta en un momento donde se debate sobre la constitución de un arte nacional, debate que se había iniciado en el Centenario, y esta visión también está presente en *Ideas y Figuras*, que sobre el tema afirma: "El principal esfuerzo realizado por Collivadino al frente de un grupo de artistas, entre los cuales pueden consignarse nombres de alto mérito, ha consistido en una acción puramente moral: el efecto necesario para hacer comprender que la belleza no está solamente en las cosas extrañas, sino que la delicada y pura emoción estética puede concretarse también en las cosas cotidianas que a fuerza de vistas y sentidas a nuestro lado pueden llegar a parecernos vulgares".[32]

El recorrido que Mas y Pi realiza por la exposición de Collivadino resalta la importancia que tiene la obra de este artista que ayuda al público a comprender las bellezas del paisaje argentino, especialmente del olvidado paisaje campestre; rescatar el paisaje del campo fue para Collivadino un desafío, dice Mas y Pi, porque esta tarea lo obligó a rectificar los concepto del arte aprendidos en otras latitudes, enfrentándose entonces con la necesidad de crear una mirada específica para traducir estéticamente a la pampa argentina.

No sólo el paisaje rural está expuesto en la muestra de Collivadino, sino también el urbano, pero no cualquier paisaje urbano sino aquel que el gran público de los salones porteños se negaba a ver: "Las calles del suburbio bonaerense, las lagunitas con el agua de lluvia, los desbordes del Riachuelo, los desmontes fangosos, la soledad de los barrios bajos, la poesía de las esquinas bañadas en la tenue luz de un farol de petróleo, todo eso que nos hemos acostumbrado a amar en los versos admirables de aquel otro creador de la belleza local que se llama Evaristo Carriego".[33]

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Para Mas y Pi el mérito de la obra de Collivadino es acompañar la existencia de los "nacionalismos incipientes" con la belleza artística, por ello debe convertirse en un ejemplo para los jóvenes, porque de ese esfuerzo artístico arrancará el "arte nacional" que moldeará el gusto de los hombres "de ahora".

Más adelante, y nuevamente constituido en el crítico de arte oficial de la revista, Mas y Pi presenta bajo el título "Una exposición de arte nuevo"[34] una clara denuncia sobre el funcionamiento del mercado del arte local en el contexto de la enjundiosa evaluación que hace de las condiciones artísticas de Lorenzo Piqué.

Como afirma María Isabel Baldasarre, a principios del siglo XX continúa el intenso desarrollo del comercio artístico en Buenos Aires; llegaba desde Europa una importante cantidad de obras muchas veces de dudosa calidad que se incorporaban a un mercado que pagaba altos precios.[35] La novedad que el nuevo siglo trae es la introducción del sistema de exposiciones rotativas y la apertura de varios espacios diferenciados que se destinan a las exposiciones de arte, poniendo en movimiento un mercado de bienes estéticos novedoso para el país. Mas y Pi recoge y analiza esa nueva realidad reflexionando así: "Yo creo que la exposición organizada por Piqué habrá de despertar las iras de los eternos «marchands de tableux *[sic]*» que año tras año inundan con los rezagos de los estudios europeos esto que ellos denominan mercado y que bien puede serlo para quien tenga espíritu de mercader".[36]

También responde el crítico al falso concepto de lo americano que se tiene en Europa. Todos los actores del sistema artístico: pintores, escultores, conferencistas y marchands, piensan llegar a América para encontrarse con poblaciones salvajes de fácil deslumbramiento, públicos ignaros que aceptarán pedregullo de colores, como cuentan los relatos de la conquista. Frente a este diagnóstico de las miradas europeas sobre América, Juan Mas y Pi propone un reconocimiento de los artistas locales que, muchas veces, son premiados en Europa pero tratados con indiferencia por el público local: "¿Cuál es la causa de esa transformación? América tiene la culpa. Por un lado esa creencia de que América acepta todo lo que le quieren dar, […] porque siendo para América, el artista no siente ese pudor que mantiene tan alto cuando se trata de conservar su fama en el mismo teatro de sus esfuerzos".[37]

Este artículo nos presenta dos cuestiones: una relacionada con el mercado del arte americano, un mercado que está signado por el mercantilismo de los marchands que sólo pretenden aprovechar la ventajosa situación económica de la región y no tienen en cuenta las necesidades del artista, y la otra es que esa mercantilización de la cultura no sólo toca un área tan sensible a la comercialización como es el mercado del arte sino que también atraviesa a la literatura, la escultura y el teatro, como lo muestran la cantidad y variedad de muestras que llegan a Buenos Aires en los meses anteriores y posteriores a la celebración del Centenario. Para entonces en la ciudad se multiplicaban las conferencias y las representaciones teatrales realizadas por intelectuales de diferente talla y por dramaturgos y actores; las visitas ilustres fueron la atracción de la época y convocaban a cientos de personas en las actividades que les organizaban, por ejemplo, los grandes diarios.

Además de esta intervención sobre el arte Mas y Pi expresa una mirada hacia el arte nuevo: "La complejidad del arte la siente Piqué en toda su intensidad, cuando frente a un aspecto del mundo comprende que para su debida interpretación. […] Porque esa interpretación no puede ser –como han creído hasta ahora unos cuantos mecánicos de la reproducción– solamente color y forma, ya que en ese sentido la pintura caería en el desequilibrio de la literatura modernista, […] que pretendía ser nada más que armonía verbal dejando a un lado lo que en todos los tiempos ha sido el encanto de las letras: la idea".[38]

Nuevamente Mas y Pi toma posición sobre el arte y sobre dos cuestiones que deben guiar al "arte nuevo": la expresión del espíritu y de las emociones, únicas formas de crear y transmitir aspectos del mundo y única forma de transmitir ideas, realizando así transversalmente una fuerte crítica al modernismo rubendariano o quizá a las expresiones más degradadas del mismo tan comunes en la literatura de la época.

Sentimientos y emociones están también en la concepción del arte que plantea Alberto Ghiraldo en el artículo "El regionalismo en el arte",[39] pero no como fruto de una subjetividad sino como reflejo del ambiente social. Ghiraldo pretende participar del debate sobre el "arte nacional" y anticipa que esta discusión está en pugna con sus ideas revolucionarias, pero también adelanta que además de un militante revolucionario él es un artista y como tal pretende dejar huellas en el "espíritu de sus contemporáneos" cuando afirma: "He aquí como este internacionalista, este incorregible soñador de sueños humanitarios y fraternales –locos sueños libertarios–, este demoledor de fronteras políticas y barreras de Aduanas, afirma en el arte un regionalismo que así, a priori, podría juzgarse como producto de una idea que fue una aberración. No. Y sostendré mi tesis".[40]

Ghiraldo pone como ejemplos para sostener su hipótesis del regionalismo la obra de Tolstoi y de Zola, y sostiene que ambos autores son "subversivos universales porque su obra al desparramarse por el mundo ha llevado en sus páginas el germen de las más sagradas rebeliones" porque han entrado en el alma del pueblo. Estos verdaderos ejemplos de regionalismo contrastan con muchos escritores americanos que no han seguido ni atesorado las experiencias de su tierra, de su pueblo, y han consumido todas sus energías y su pasión en el poco fecundo trasplante europeo; por eso Ghiraldo vuelve a afirmar: "Y es porque la eficacia de la obra de arte, repito, está sencillamente en el mayor grado de pasión que alcanzamos al concebirla y en la mayor cantidad de fuerzas que tomemos del ambiente para darle forma. […] ¿Que cómo se fecunda esa pasión y se adquiere esa fuerza? Ya está dicho: viviendo la vida de un pueblo, entrando en el espíritu de los hombres, agitando ideas y planteando problemas que interesen a la humanidad, haciendo, en fin, obra de proyecciones universales aunque el punto de partida sea, tenga que ser, la familia, el grupo, la región donde se ha amado y sufrido, el ambiente donde el escritor se ha formado, desde que lo nutrió el seno materno".[41]

Ghiraldo necesita justificar su línea de pensamiento cercana a los representantes del nacionalismo cultural e ideologizar el concepto de región para decir que sólo así es posible el triunfo de la verdad y la belleza, principios fundamentales en el anarquismo que promueve *Ideas y Figuras* y la única posibilidad para transformar las conciencias que llevarán a la revolución social.

Siguiendo los pasos del regionalismo del poeta chileno Víctor Domingo Silva (1882-1960), publica en *Ideas y Figuras* el ensayo "El arte y su misión social en América".[42] El poeta que llega a Buenos Aires para estudiar la sociedad argentina y para "aprovechar todos los beneficios de la cultura que este pueblo brinda a los que aquí viven y por aquí pasan", critica la situación de la literatura argentina y por extensión de la literatura americana y del arte en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

general y se pregunta por la existencia de una originalidad americana: "¿Literatura americana? Pero si hemos quedado en que el arte no tiene patria, en que la belleza no reconoce fronteras… Y yo me apresuro a replicar que es verdad que el arte no tiene patria, pero también es verdad que la tiene el artista. Y la patria del artista es, después de todo, la única digna de consideración, la única patria natural, cien veces más noble que la patria sangrienta del militar, que la patria embustera del político o que la patria cotizante del comerciante".[43]

El ensayo plantea que en el mercado literario americano sólo se vende aquello que es publicado en Europa y no hay ningún interés en promover a los autores locales que tienen que sobrevivir en otras actividades porque su talento no es reconocido. Silva invita a romper con el servilismo que nos genera Europa y producir una literatura que nos represente, no generada en una torre de marfil sino trabajada en el ideal. Esa misión social del arte les corresponde a las jóvenes generaciones.

Ambos ensayos, el de Ghiraldo y el de Silva, están interviniendo en el arte literario, pero una postura y una búsqueda similar se advierten para las artes plásticas. En el número 81 *Ideas y Figuras* recorre el Salón Nacional de Arte de 1912,[44] como también lo hace la prensa comercial que incluye notas y comentarios muy críticos sobre las decisiones del jurado y sobre las expectativas de la organización. *Ideas y Figuras* expresa a través de su director que al recorrer las salas no se puede encontrar ninguna obra que "hablara el lenguaje de nuestra vida", y esto ocurre porque los artistas no conocen su país y por eso no pueden sentirlo. Huyen a Europa para perfeccionarse, sin rasgos étnicos marcados, sin lecturas que expresen su idiosincrasia, y allí son presas fáciles del pensamiento dominante. Por eso el arte tiene una misión de educación y alumbramiento que ya perseguían los grandes maestros.

Esta misión es muy difícil de cumplir para nuestros artistas –sostiene el ensayo– porque tienen idiosincrasias nativas muy débiles y por eso recurren a la escuela clásica, pero esta corriente estética tampoco es una solución. Las condiciones son difíciles, cuando la formación de los artistas depende en un 95 por ciento de becas distribuidas por el Estado, que oprime y censura cualquier expresión diferente a los cánones establecidos por Europa, por eso culmina el artículo solicitando medios como *Ideas y Figuras* para que los artistas se expresen e iniciativas privadas para favorecer a los artistas que no quieren seguir las modas europeas.

* * *

Este recorrido por los artículos de la revista vinculados al arte presupone una mirada centrada hacia el interior de la publicación; en ellos se advierte la preocupación existente por la conformación de un mercado de arte que excluye a los jóvenes artistas donde la mercantilización burguesa impide la aparición de nuevos talentos. Poniendo en primer plano al artista, *Ideas y Figuras* propone un mercado que dé lugar a lo novedoso y a lo propio, así como a la creación con una identidad moderna. Aunque *Ideas y Figuras* no es una revista lujosa, se suma a la creciente especialización de la crítica de arte ofreciendo artículos muy minuciosos y poniendo el acento en los problemas que encuentra el artista para fortalecer su ideología sin una fuerte idiosincrasia nativa. Por eso la revista ofrece la obra de pintores que se han formado en los centros europeos pero eligen hacer su obra en el país y buscar el "alma del pueblo".

Los intelectuales que participan como críticos son de un variado color cultural y constituyen una formación cultural donde sus integrantes se asocian por una unión de ideales o por expectativas coyunturales. En el caso de *Ideas y Figuras* este movimiento es muy notorio articulando una filiación formal en torno a su director que aglutinaba y le daba identidad al grupo que lo acompañaba.

Notas

[1] *Ideas y Figuras*, 22, 22 de diciembre de 1909.

[2] Véase J. Mas y Pi, *Alberto Ghiraldo*, Buenos Aires, Establecimientos Tipográficos E. Malena, 1911.

[3] Véase H.A. Cordero, *Alberto Ghiraldo. Precursor de nuevos tiempos*, Buenos Aires, Claridad, 1962.

[4] H. Díaz, *Alberto Ghiraldo: anarquismo y cultura*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.

[5] Sobre los usos y la construcción de la "forma folletín" véase B. Sarlo, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1985.

[6] "El arte para el pueblo", *Martín Fierro*, 7, 14 de abril de 1904.

[7] Véase D.D. Egbert, *El arte y la izquierda en Europa*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981; H. Read, *El significado del arte*, Buenos Aires, Losada, 2007.

[8] Estas figuras no son aceptadas acríticamente por el movimiento anarquista; el sentimiento religioso que representa la obra de Tolstoi recibe comentarios adversos desde las páginas de *La Protesta*.

[9] J.-M. Guyau, *El arte desde el punto de vista sociológico*, Madrid, Biblioteca Científico Filosófica, 1902.

[10] L. Tolstoi, *¿Qué es el arte?*, Barcelona, Península, 1992.

[11] Cuando hablamos de carácter popular nos estamos refiriendo a cierta similitud existente entre la revista *Caras y Caretas* y *Martín Fierro*. Véase E. Romano, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, El Calafate, 2004.

[12] *Ideas y Figuras*, 22, 22 de diciembre de 1909.

[13] *Ideas y Figuras*, 1, 13 de mayo de 1909.

[14] *Ideas y Figuras*, 2, 20 de mayo de 1909.

[15] Aunque el número 2 de la revista, como ya hemos dicho, está pensado y producido antes de los acontecimientos de mayo de 1909, evidentemente la figura de la policía y de su jefe Falcón son desde hace bastante tiempo objeto de las más severas críticas tanto del anarquismo como del socialismo. Justamente en la resolución de la huelga de 1909 queda pendiente la renuncia de Falcón.

[16] *Ideas y Figuras*, 4, 3 de junio de 1909.

[17] Véase D. Guy, *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[18] *Ideas y Figuras*, 2, 20 de mayo de 1909.

[19] Este número, ilustrado por Cao (1862-1918), muestra en diez narraciones caricaturescas un relato en imágenes sobre el patriotismo y sus usos.

[20] *Ideas y Figuras*, 4, 3 de junio de 1909.

[21] Véase "La pedagogía de las estatuas", en A. Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

[22] No sabemos las dimensiones del afiche y tampoco nos informa sobre cuáles fueron los seleccionados.

[23] *Ideas y Figuras*, 16, 5 de octubre de 1909.

[24] Véase R. de Angelis, *La obra pictórica completa de Goya*, Barcelona, Rizzoli, 1976.

[25] J.E. Rodó, "Leonardo da Vinci", *Ideas y Figuras*, 21, 14 de diciembre de 1909.

[26] Véanse M. De Micheli, *Las vanguardias artísticas del siglo XX*, Madrid, Alianza, 1979; J. Brihuega, *Las vanguardias artísticas en España. 1909-1939*, Madrid, Istmo, 1981.

[27] Véase J. Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, Madrid, Cátedra, 1991.

[28] "La lucha en la vida", *Ideas y Figuras*, 7, 8 de julio de 1909.

[29] *Ideas y Figuras*, 6, 29 de junio de 1909.

[30] *Ideas y Figuras*, 8, 20 de junio de 1909.

[31] Véase P. Artundo, "La galeria Witcomb 1868-1971", en Fundación Espigas, *Memorias de una galería de arte*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 2000.

[32] *Ideas y Figuras*, 112, 3 de julio de 1914.

[33] Ibídem.

[34] *Ideas y Figuras*, 13, 10 de septiembre de 1909.

[35] Véase M.I. Baldasarre, *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006, especialmente el cap. 6.

[36] "Una exposición de arte nuevo", *Ideas y Figuras*, 13, 10 de septiembre de 1909.

[37] Ibídem.

[38] Ibídem.

[39] *Ideas y Figuras*, 31, 16 de abril de 1910.

[40] Ibídem.

[41] Ibídem.

[42] *Ideas y Figuras*, 66, 2 de febrero de 1912.

[43] Ibídem.

[44] *Ideas y Figuras*, 81, 31 de octubre de 1912.

El anarquismo y el poder

*Juan Suriano**

Afiche de la Federación Anarquista Ibérica,
Barcelona, 1936

Las relaciones de poder son inherentes a la sociedad. Mario Stoppino sostiene que "no existe prácticamente relación social en la cual no esté presente, de alguna manera, la influencia voluntaria de un individuo o de un grupo sobre la conducta de otro individuo o grupo".[1] Esto es, las relaciones de poder se insertan en todos los intersticios de la sociedad y se hacen más notables en la práctica de la política. Alcanzar el poder político ha sido a lo largo de la historia el objeto deseado por la mayoría de las organizaciones y sectores que han participado de la vida social y política, estuvieran ellas ubicadas a la derecha, en el centro o a la izquierda del arco político. Fuera que se hablara en nombre de una clase social o de un proyecto determinado, fuera a través de vías violentas o pacíficas, legítimas o ilegítimas, siempre la meta ha sido y es el poder. Un poder que, según Max Weber, se estableció a lo largo del tiempo a través de las relaciones de mandato y obediencia entre gobernantes y gobernados, basadas en un principio de legitimidad que radica en la autoridad pero que por encima de esa relación lleva a todos, incluidos los que ordenan, a obedecer reglas y normas (leyes) formalmente abstractas.[2]

* IDAES-UNSAM.

Entrepasados - Nº 32, fines de 2007: 105-119
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Si aceptamos que la lucha política es una lucha por apoderarse del gobierno y controlar el Estado,[3] sea para cambiar el sistema o para perpetuarlo, se podría afirmar, aun a riesgo de simplificar, que para el amplio campo de la izquierda, desde el jacobinismo hasta el bolchevismo, pasando por las innumerables variantes del radicalismo y del socialismo, la conquista del gobierno, no importa cuál fuera la táctica utilizada para lograrlo, fue siempre un claro objetivo. Se debía conquistar el poder político en nombre de las clases oprimidas con el objeto de liberarlas o mejorar su situación, pero el poder no desaparecería, cambiaría de manos y se convertiría, al menos en teoría, en el poder emanado del pueblo o de la clase trabajadora. En todo caso, a ello apuntaban tanto el acceso al gobierno por vía parlamentaria por parte de los partidos socialistas como la dictadura del proletariado sostenida por el comunismo. Se trataba de reemplazar mediante tácticas progresivas o radicales un poder por otro, de destruir uno viejo y construir uno nuevo.

Ahora bien, si también aceptamos que el anarquismo es parte indudable del campo de la izquierda es pertinente interrogarnos acerca de los motivos del rechazo frontal de cualquier forma de ejercicio del poder por parte de los militantes y pensadores libertarios y, fundamentalmente, sobre la incapacidad de los anarquistas para construir en situaciones revolucionarias o de convulsión social un poder alternativo al Estado democrático "burgués" o al "socialista autoritario", que era como definían al gobierno bolchevique. Este artículo intentará reflexionar sobre la conflictiva e incómoda relación del anarquismo con el poder.

I

Creo que esa imposibilidad de pensar una forma de gobierno alternativo, más allá de ciertas propuestas con rasgos utópicos, se debe centralmente a la peculiar concepción sobre el poder. Los anarquistas negaban toda posibilidad de existencia de leyes jurídicas, jerarquías sociales y de cualquier forma de autoridad (gobierno): "Vivir sin leyes, sin reglamentos, ni gobierno, sin administración, sin burocracia, sin ejército, sin libros verdes y azules, ni jerarquías, ni mandarines, en una palabra, vivir libremente cada individuo, comiendo, bebiendo, durmiendo y trabajando según sus necesidades…".[4]

La consigna "Todo aquel que rechaza la autoridad y lucha contra ella es anarquista"[5] expresa bien y sintetiza mejor la zona común que transitan las múltiples y diversas formas del anarquismo (individualistas, mutualistas, colectivistas, comunistas, sindicalistas, federalistas). Significa que todos ellos rechazan la autoridad y luchan contra ella deseando una sociedad mejor cuya definición nunca estuvo muy clara pero en la que desaparecería cualquier rasgo de autoridad; esto es, cualquier forma de poder. "Somos realmente enemigos de toda autoridad", sostenía Mijaíl Bakunin, "porque sabemos que el poder corrompe tanto a los que están investidos de él como a los que están obligados a sometérsele. Bajo su influencia nefasta, los unos se convierten en tiranos vanidosos y codiciosos, en explotadores de la sociedad en provecho de sus propias personas de su clase, los otros en esclavos".[6]

La condena a la autoridad, que a su vez implica el rechazo tajante y absoluto del poder, parte de una concepción individualista de la naturaleza del hombre basada en la defensa de la libertad absoluta del individuo. No sería exagerado sostener que el principio central del anarquismo plantea que *toda autoridad es contraria a la libertad individual* y que el hombre posee los atributos necesarios que le posibilitan vivir no sólo en libertad sino también en armonía social. Entonces, individualismo y libertad son conceptos inseparables e inherentes al hombre, que sólo pueden alcanzarse (o recuperarse puesto que se perdieron en el devenir de la historia por la dominación de los sectores socialmente más poderosos) a través de la rebelión social, colectiva o individual según sea la concepción predominante.

Esa rebelión va dirigida contra lo que ellos consideran el corazón de la sociedad capitalista y burguesa: el Estado, fuente principal del ejercicio de la autoridad y el poder. Precisamente, en este punto se concentra la idea de *revolución libertaria* cuyo objetivo principal es la destrucción total y absoluta del Estado, institución que atentaba mediante la coerción contra la tendencia natural de los individuos a la contribución voluntaria. Casi todos los pensadores libertarios han compartido esa premisa. El filósofo alemán Max Stirner fue uno de los primeros en advertir que el Estado es la negación de la voluntad individual y "tiene un solo objetivo: limitar, sujetar, domar al individuo, subordinarlo a algo general que sólo puede subsistir en la medida en que el individuo no es todo; no es más que la manifestación evidente de la limitación de mí mismo, de mi restricción, de mi esclavitud. Jamás un Estado se propone obtener la libre actividad del individuo, su fin permanente es la actividad que se refiere a su propio designio".[7]

Pierre-Joseph Proudhon retoma la idea antiestatista y en varios de sus escritos plantea que el Estado significa opresión del individuo. Pero se aparta del individualismo extremo para impulsar el mutualismo o federalismo, formas de gobierno descentralizadas a través de las cuales los trabajadores de una región (provincias o municipios) mediante el consenso (sufragio universal) se gobernarán a sí mismos y se relacionarán con los habitantes de otra región a través de pactos de convivencia. De esta manera se asegura la "revolución democrática y social" que anulará el autoritarismo de la república unitaria, la monarquía constitucional o la autocracia centralizadora.[8]

Por su parte, Bakunin también se diferencia del individualismo radical para defender e impulsar la acción colectiva pero es concluyente al responder sobre el significado del Estado: es "la suma de las negaciones de las libertades individuales de todos sus miembros, o bien la de los sacrificios que hacen todos sus miembros al renunciar a una porción de su libertad en beneficio del bien común […]. Por lo tanto, allí en donde comienza el Estado, cesa la libertad individual, y viceversa", pues la libertad individual es indivisible.[9] Para el revolucionario ruso el Estado era una invención basada en el principio de autoridad, "es decir, en la idea eminentemente teleológica, metafísica y política de que las masas, siempre incapaces de gobernarse, deben sufrir en todos los tiempos el yugo bienhechor […] que […] les será impuesto desde las alturas (Estado)".[10] Por lo tanto, representaba esencialmente una forma a través de la cual los sectores poseedores ejercían la dominación explotando al conjunto de los oprimidos y fomentando la desigualdad social. Esa dominación estatal se ejercía y se mantenía únicamente mediante el uso de la violencia emanada del control y la centralización burocrática y militar. Coincidía con los individualistas en que el Estado era la fuente del poder burgués en la sociedad capitalista y en que era inexorable su destrucción

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

por parte de las masas oprimidas. En este sentido Bakunin, más que cualquiera de los pensadores libertarios, tenía una fe absoluta en el poder creador de la destrucción: "Pongamos nuestra confianza en el espíritu eterno que destruye y aniquila sólo porque es la fuente insondable y eternamente creadora de la vida. El impulso de destrucción es también impulso creador".[11] Por eso, el Estado debía ser abolido de manera perentoria aunque en el momento de su destrucción se produjera una situación caótica que sería siempre preferible a cualquier forma de gobierno.

En un punto coincidían con el pensador liberal Herbert Spencer en que el Estado se oponía al progreso en tanto concentraba el poder y regulaba las funciones de la sociedad.[12] En esta cuestión nunca pudieron resolver los problemas que el libre mercado les planteaba a los trabajadores. El afán de destruir al Estado era tan fuerte que pensaban que sólo con la lucha de los trabajadores y los acuerdos entre partes se resolvía el aspecto reivindicativo de la cuestión social. Los representantes obreros anarquistas (por supuesto ha habido excepciones) se opusieron a la intervención mediadora del Estado en las cuestiones laborales y en este sentido coincidieron con las posturas de los empresarios, interesados también en la no interferencia estatal.

II

El Estado fue cuestionado desde el anarquismo a partir de la impugnación de los tres pilares básicos que lo sostenían: la ley, la patria/ejército y la democracia parlamentaria.

La ley era una herramienta fundamental de dominación y construcción del poder estatal. Resultaba indispensable para su supervivencia así como para garantizar la subordinación de los individuos y regular las relaciones humanas. La base de la impugnación libertaria se centraba en que la ley era una violación de las leyes naturales. Kropotkin creía que el hombre es capaz, por naturaleza, de vivir libremente: "Los anarquistas conciben una sociedad en la que todas las relaciones mutuas entre sus miembros están reguladas, no por leyes, no por autoridades, sean impuestas o elegidas, costumbres y hábitos sociales –no petrificados por la ley, rutina o superstición, sino continuamente en desarrollo y en continuo reajuste– de acuerdo con los requisitos siempre crecientes de una vida libre, estimulada por el progreso de la ciencia, la inventiva y el firme crecimiento de ideales superiores. No hay allí autoridades que gobiernen. No existe el gobierno del hombre por el hombre; no hay cristalización ni inmovilismo, sino una evolución continua, semejante a la que contemplamos en la naturaleza".[13]

De esta forma la ley permitía infringir las prácticas sociales consuetudinarias, pues los hombres cedían su responsabilidad en las autoridades que sancionaban las leyes. La ley frustraba la rebelión popular y cristalizaba las relaciones sociales, convirtiéndose en un factor de atraso y freno del progreso, entendido éste como la liberación de los individuos de todo lazo de explotación. Así el proceso de construcción legislativo se convertía en la mirada libertaria en un hecho que atentaba contra las libertades individuales.[14] Por otro lado, la ley contribuía a que los grupos dominantes preservaran el poder y conservaran sus privilegios. Para Rafael Barrett, "se establece para conservar y robustecer las posiciones de la minoría dominante, así, en los tiempos presentes en que el arma de la minoría es el dinero, el objeto principal de las leyes consiste en mantener inalterables las riquezas del rico y la pobreza del pobre".[15] La misión de la ley, entonces, no era, como pretendía el legislador, la protección de todos los individuos, sino la preservación de la propiedad y de un Estado percibido como instrumento de dominación y explotación al servicio de los grupos poseedores. Consecuentemente, los anarquistas se opusieron en la práctica a la sanción de cualquier tipo de legislación, así beneficiara a los trabajadores como era el caso de la legislación laboral.[16]

El segundo pilar sobre el que se apoyaba la autoridad del Estado era el ejército, que le garantizaba el poder de coerción y subordinación de los individuos.[17] El ejército no hubiera podido existir sólo como brazo armado del Estado si no se hubiera sustentado en la idea de la defensa de la nación. Precisamente, para los anarquistas la patria es una abstracción y un brillante invento de la burguesía para dar sentido a la dominación estatal y de los sectores privilegiados. El Estado necesitaba de la idea de patria para otorgarse sentido e identidad y para ello se delimitaban las fronteras dentro de las cuales se creaban naciones amparadas en las diversidades étnicas y lingüísticas, separando a los hombres a partir de la adhesión a una entidad abstracta denominada "patria". Creaba divisiones ficticias en torno a la bandera y los símbolos que lleva a las masas a adherir a sentimientos chovinistas (irracionales) enfrentando a los hermanos explotados entre sí y rompiendo la solidaridad natural que los oprimidos tienen entre ellos. Rafael Barret sostenía que "el patriotismo es un molde muy chico para nuestro futuro. Porque al delimitar la naturaleza nos homogeneizamos. El patriotismo es la división. No venceremos desunidos".[18] En un contexto en el cual el patriotismo y los sentimientos nacionalistas crecían junto con el número de naciones, el anarquismo a contramano de las tendencias dominantes creía y bregaba por una sociedad sin fronteras y un universo sin nacionalidades.

Consecuentemente, en este punto el anarquismo demostró una férrea actitud pacifista (contra cualquier tipo de guerra y de enfrentamientos entre naciones) desplegando una incansable actividad antimilitarista cuyo objeto central era la eliminación del ejército y, por supuesto, del servicio militar obligatorio. Esa actividad se reflejaba en la creación y proliferación de una gran cantidad de grupos antimilitaristas (en el caso argentino: Luz al Soldado, El Cuartel, El Conscripto, entre otros) que ofrecían charlas y conferencias antimilitaristas. Sus militantes se apostaban en las puertas de los cuarteles llamando a los soldados a desertar. Uno de sus volantes decía: "Escucha conscripto, si te abstuvieras de hacer fuego contra el pueblo harías una obra esencial". Asimismo, publicaban numerosos panfletos antimilitaristas y las páginas de sus diarios se ocupaban profusamente de este tema denunciando los malos tratos, los preparativos de guerra con Chile o cualquier conflicto armado en otros confines del mundo.

A juicio de los anarquistas, además del ejército (que, a la vez, con la imposición del servicio militar obligatorio de alguna manera complementaba el rol de la escuela), el otro gran soporte de la idea de nación y de la creación de los sentimientos patrióticos era la educación impartida desde el Estado cuya aspiración tendía a homogeneizar a la población detrás del idioma y de los símbolos patrios, destruyendo las particularidades regionales y culturales de los oprimidos. En este punto juega un rol esencial la escuela pública, de ahí que los anarquistas hayan intentado poner en práctica un proyecto educativo alternativo tratando de moldear la identidad de los trabajadores. Entonces, la educación alternativa fue

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

considerada un elemento fundamental para contrarrestar la educación patriótica y, también, para generar una conciencia liberadora del individuo oprimido (rol adjudicado a la educación, a la ciencia y a la técnica). Con la excepción de la experiencia española, cuya significación es indudable, la mayoría de estos proyectos educativos fracasaron rotundamente en aquellos países, como la Argentina, donde las políticas educativas gubernamentales eran sólidas.[19]

El tercer soporte en el que se apoyaba la autoridad del Estado era la democracia parlamentaria y la organización en partidos políticos que legitimaban el ejercicio del poder. El anarquismo basaba su impugnación en dos argumentos centrales: por un lado, al defender la soberanía absoluta del individuo, la democracia política, en tanto era sinónimo de soberanía del pueblo, imponía la voluntad de las mayorías sobre las minorías y avasallaba la voluntad individual. Por otro, el problema central de las democracias parlamentarias era el tema de la representación. Bakunin sostenía que el sistema representativo no representa a los individuos sino que "crea y garantiza la existencia permanente de una aristocracia gubernamental (política) opuesta al pueblo".

Desde este punto de vista el sufragio universal es una trampa y un engaño al individuo porque les permite a los políticos engañar al pueblo en nombre de la "voluntad popular".

El voto implicaba ceder la soberanía individual desde el momento en que el hombre delega sus necesidades y reivindicaciones en un representante que tomará en su nombre decisiones sobre las que aquél no ejerce control. "Votar es abdicar", sostenía un periódico libertario; "el hombre que va a depositar su voto en las urnas entrega su voluntad y todos sus derechos al que ha elegido".[20]

Vinculaban el problema de la delegación política al concepto de ciudadanía emergente del proceso de la Revolución Francesa que convirtió al individuo en ciudadano, desnaturalizando su condición (el hombre es anterior al ciudadano) y legalizando el privilegio y convirtiendo la representación política en una ilusión de representación universal.[21] Por este motivo atacaban el sistema electoral que atraía a las masas y las alejaba del sendero revolucionario. Enrique Malatesta planteaba su oposición al sistema electoral "porque la aceptación de aquel sistema implica lógica y psicológicamente el reconocimiento del principio de gobierno, de las leyes, de la autoridad, que son el antagonismo completo de la libertad y el progreso".[22]

Si bien los anarquistas no rechazaban de plano todo tipo de organización (por ejemplo, aceptaron no sin conflictos la organización gremial y en contadas ocasiones se vieron obligados a consentir alguna forma de organización política), con su insistencia en la libertad individual y la espontaneidad descartaban la probabilidad de una organización rígida y en particular la de adoptar cualquier forma parecida a un partido creado con el objeto de conquistar el poder. Proudhon había adelantado tempranamente que "todos los partidos sin excepción, en tanto que buscan el poder, son variedades del absolutismo".[23]

En consecuencia, lucharon denodadamente y sin demasiado éxito para desbaratar los progresos del Estado en materia de regulación de las relaciones sociales o de ampliación del sistema político a partir de la sanción del sufragio universal. La estrategia del anarquismo, si bien ha sido legítima y coherente desde el punto de vista doctrinario, también se ha parecido a una reacción un tanto anacrónica pues al oponerse a la intervención estatal en materia social y política se estaba oponiendo implícitamente a la integración de las masas trabajadoras en la democracia política y social.

Así, el Estado, fuese una monarquía o una república, aparece como el principal enemigo del anarquismo en tanto encarna el poder y significa dominación y opresión en cualquiera de sus formas. Para Bakunin la principal distinción entre una monarquía y una república democrática era que mientras en la primera el Estado oprime y saquea al pueblo para favorecer a los privilegiados en nombre del soberano, en la república democrática "oprimirá y robará" al pueblo para favorecer a los mismos sectores pero ahora en nombre de la voluntad popular.[24] La crítica al Estado se extendía a cualquiera de sus formas revolucionarias (jacobinismo, comunismo o socialismo) aunque, por supuesto, no significaba lo mismo luchar contra el Estado republicano o monárquico que contra aquel surgido de las experiencias revolucionarias. Pero este enfrentamiento, para el anarquismo, era inevitable porque la constitución de un Estado revolucionario que gobernara en nombre del pueblo se convertiría generalmente en una dictadura que lo oprimiría en su mismo nombre. Bakunin había criticado duramente el jacobinismo por auspiciar un doble culto de carácter abstracto tanto a la religiosidad como al Estado.[25] Kropotkin retomó esta crítica y repudió la dictadura ejercida por Robespierre en nombre de la voluntad popular: "La dictadura de un individuo o un partido (en el fondo es lo mismo) ha quedado definitivamente condenada. Sabemos que revolución y gobierno son incompatibles. […] Sólo la libre iniciativa del pueblo puede hacer algo bueno o duradero, y todo gobierno tiende a destruirlo".[26]

Esa crítica (arrogarse la representación de la voluntad popular) se conectaría y extendería al gobierno bolchevique conformado luego de la revolución soviética. Ésta, en un comienzo, había despertado el entusiasmo y la esperanza de los anarquistas que veían en las asambleas de soviets (trabajadores, campesinos y soldados) genuinos órganos revolucionarios. Sin embargo, pronto comenzaron a criticar los males de lo que denominaban "la dictadura de partido". Kropotkin fue tolerante a esta "dictadura" durante el tiempo que duró la guerra civil pero luego comprobó amargamente que la centralización política y la censura a la circulación de ideas se debían a la propia concepción del Partido Bolchevique que se asumía como la vanguardia de los trabajadores y hablaba en nombre de ellos. La revolución, sostenía el pensador ruso, "se ha hecho en Rusia bajo una dictadura de partido firmemente centralizada. Se ejecutó esta tarea lo mismo que la tentativa extremadamente centralizada y jacobina de Baboeuf. […] Esta tentativa de edificar una república comunista sobre la base del comunismo de Estado fuertemente centralizado, bajo la ley de hierro de la dictadura de partido, se halla destinada al fracaso. Estamos aprendiendo en Rusia cómo *no debe* introducirse el comunismo".[27]

III

Entonces, ¿cómo pensar el día después de la revolución? ¿Qué hacer con el poder? ¿Cómo organizar a los individuos una vez destruidos los factores del poder constituido? "¡Que no haya gobierno!", decía con cierta ingenuidad el mismo Kropotkin pues cualquier forma de gobierno es sinónimo de orden establecido, de la supervivencia de las viejas ins-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tituciones y, fundamentalmente, "es la negación de la libre iniciativa y de la acción del individuo".[28] Aunque Bakunin no se oponía a esta idea, la complejizaba un tanto al plantear que el "pueblo" sólo podría alcanzar la felicidad y la libertad organizándose de abajo hacia arriba mediante asociaciones independientes y libres de cualquier influencia estatal, "pero no al margen de las influencias diferentes e igualmente libres de hombres y de *partidos*" (la cursiva es mía).[29] Esta afirmación implicaba que un proceso posrevolucionario debería estar orientado por hombres y organizaciones que ejercerían alguna forma nueva de poder. Sin embargo, veremos que esta posibilidad tampoco fue aceptada por el anarquismo.

Si bien el vocablo "anarquía" tiene una connotación negativa y significa "falta de todo gobierno en un Estado" o "desorden, confusión por ausencia o flaqueza de la autoridad pública",[30] para los anarquistas el concepto adquiría otra significación pues consideraban que es el gobierno (el Estado) el que introduce los factores de desorden en la sociedad. Pero en general utilizaban el concepto de manera antinómica ya que también la anarquía significaba desorden en un sentido revolucionario, es decir, destrucción de los pilares de la vieja sociedad y trastocamiento de sus valores para crear un nuevo orden social. Kropotkin, en su famosa definición del concepto "anarquismo" escrita en 1905 para la *Enciclopedia británica*, sostenía "ANARQUISMO (del griego *an* y *arke*, contrario a la autoridad) es el nombre que se da a un principio o teoría de la vida y la conducta que concibe una sociedad sin gobierno, en que se obtiene la armonía, no por el sometimiento a la ley, no por obediencia a la autoridad, sino por acuerdos libres establecidos entre los diversos grupos, territoriales y profesionales, libremente constituidos para la producción y el consumo, y para la satisfacción de la infinita variedad de necesidades y aspiraciones de un ser civilizado".[31]

Como nunca pudieron revertir el sentido negativo atribuido por la sociedad al término, en numerosas ocasiones prefirieron autodenominarse federalistas, mutualistas, colectivistas, comunistas, sindicalistas o, simplemente, libertarios (socialistas libertarios o comunistas libertarios), que era también una forma de distinguir las diversidades en el interior del movimiento. Ahora bien, todos los componentes del anarquismo coincidían en que únicamente una sociedad sin gobierno (una sociedad libre) podría restablecer el orden natural y restaurar la armonía social. El concepto anarquista de no gobierno se sustenta en la idea del orden natural "porque en la naturaleza todo es anárquico" y los seres humanos nacen en condiciones de igualdad. De esta forma, "todos al nacer, nacemos anarquistas. Tenemos el mismo origen". Los individuos tienen iguales derechos y deberes pero a medida que transcurre su vida en la sociedad burguesa se les imponen las desigualdades que perturban y deforman el orden natural.[32]

Esta interpretación de la igualdad natural se vinculaba a la fuerte profesión de fe en la ciencia y la razón. Desde este punto de vista, la organización de la sociedad sobre bases científicas, al hallarse subordinada a la razón, debía alcanzar también la armonía y la justicia imperantes en la naturaleza. En estas circunstancias la explotación del hombre por el hombre dejaría lugar a la utópica administración científica de las cosas y la liberación del individuo. Así, las decisiones políticas que se adoptarían en la sociedad futura deberían estar subordinadas a los dictados de la ciencia, más concretamente de la sociología que explicaba el comportamiento y la evolución histórica de la sociedad.

Entonces, se podría compartir la definición de George Woodcock que interpreta el anarquismo como "un sistema de pensamiento social que apunta a cambios fundamentales en la estructura de la sociedad y particularmente –pues éste es el común elemento que une a todas sus formas– a la sustitución del Estado autoritario por alguna de sus formas de cooperación no gubernamental entre individuos libres".[33] Esas formas de cooperación contemplan la supresión de toda propiedad porque ésta nació de la injusticia y la reproduce. Y aquí existió una disonancia, porque los anarquistas en la versión "comunista" impulsada por Kropotkin aspiraban a que todos los individuos obtuvieran la misma retribución por el trabajo realizado, mientras el anarquismo "colectivista" bakuniniano se negaba a aceptar que todos los individuos recibieran el mismo pago pues éste debía establecerse de acuerdo al trabajo realizado. No obstante, todos coincidían en exigir el derecho a la vida, el derecho al bienestar y la comodidad para todos los individuos.

La conquista del bienestar por parte de los oprimidos no podía ser pacífica puesto que los propietarios de los medios de producción y de la propiedad social no aceptarían ceder sus privilegios. Por eso sería necesario expropiar y devolver a la comunidad todo aquello que le sirviera para conseguir el bienestar y para ello se imponía indefectiblemente el uso de la violencia. Los explotados (campesinos y obreros) deberían expropiar a los empresarios industriales y echar a los grandes propietarios rurales declarando sus bienes propiedad común.[34]

Una vez destruida la vieja sociedad y establecida la comuna anarquista, todos los individuos participarían del "banquete de la vida". Contrariamente al pesimismo de la teoría malthusiana (la población se reproduce mucho más rápido que la producción de alimentos), Kropotkin profesaba un profundo optimismo por el futuro de la humanidad y pensaba que, gracias al desarrollo y al impulso de la ciencia, los recursos alimentarios se reproducirían más aceleradamente que la población y esto garantizaría el bienestar general. Entonces, la cuestión de la desigualdad social se limitaba a un simple problema de reparto equitativo de la riqueza y de una correcta administración de la abundancia. Ésta, como se ha señalado, no se repartiría según las capacidades sino de acuerdo con las necesidades de los individuos: "Tomen lo que les haga falta", en esencia esta consigna era la base del "comunismo anárquico". Esta mirada optimista, que ciertamente pecaba de una dosis de ingenuidad, estaba vinculada al impresionante desarrollo de los medios de producción durante la fase final del siglo XIX y se expresaba también en la distribución del trabajo puesto que ese desarrollo tecnológico, sumado a la eliminación del trabajo destinado a generar plusvalor, permitiría a los trabajadores realizar cortas jornadas laborales en razón de que sólo se trabajaría el tiempo indispensable para cubrir las necesidades. Esta situación implicaría la disponibilidad de mayor tiempo libre que debía ser usado por los individuos para cubrir sus necesidades artísticas, educativas e intelectuales destinadas a generar "espíritus libres". De esta forma se pensaba romper la división existente entre trabajo manual e intelectual y marchar hacia una sociedad justa y equitativa.[35]

IV

En términos generales los diversos anarquismos compartían la creencia en esa sociedad libre más justa, pero una vez llegados a esa instancia se planteaba uno de los problemas más complejos para el movimiento libertario: ¿cómo mantener el orden y la justicia en la comuna

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

anarquista? La vida social debería descansar sobre relaciones jurídicas *voluntarias* (fraternales), basadas en un contrato libremente convenido entre los interesados. No sería virtual como el contrato social imaginado por Jean-Jacques Rousseau, que para el anarquismo legitimaba la miseria y la desigualdad social, sino un contrato real en el cual debían considerarse las necesidades reales de los individuos. Además, mientras el contrato rousseauniano subordinaba la libertad individual a la de toda la comunidad, el contrato anarquista debería preservar la autonomía de la libertad individual que se ubicaba por encima de la libertad del conjunto de la sociedad.

El contrato anarquista derivaría en la autonomía comunal que implicaba una unión de individuos libremente consentida y la cooperación entre ellos. Su mejor expresión puede hallarse en el manifiesto de la Comuna de París en 1871: "La independencia de la Comuna es la garantía de un contrato cuyas cláusulas libremente debatidas pondrán fin al antagonismo entre las clases y asegurarán la igualdad social. […] La autonomía de cada comuna despoja de todo carácter opresivo a sus reivindicaciones y afirma la República en su más alta expresión". La Comuna eliminó todo poder centralizador y allí manifestó una de sus debilidades que facilitaron la derrota pues no pudieron constituir un gobierno que organizara la defensa de la Comuna de París.

Pero el caso más interesante para pensar la verdadera naturaleza de la concepción anarquista del poder es la guerra civil española, pues fue allí donde se llevaron adelante las escasas experiencias de contrapoder libertario.[36] España fue siempre el gran campo en donde se llevaron a la práctica las diversas corrientes de ideas del anarquismo: individualistas, colectivistas, anarco-sindicalistas y terroristas fueron todas corrientes que adquirieron peso en distintos momentos y regiones de la península. La influencia libertaria se hizo sentir notablemente en regiones tan diversas económica y socialmente como Andalucía y Cataluña, donde recibían la adhesión de campesinos y trabajadores urbanos respectivamente. En los años previos a la guerra civil, organizaciones como la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) o la Federación Anarquista Ibérica (FAI) tuvieron un alcance y una influencia que ninguna entidad anarquista había tenido en otras latitudes. De alguna manera, como ha sostenido Antonio Elorza, durante el período de entreguerras España significó para el anarquismo lo que la Unión Soviética significaba al comunismo. Pero mientras éste estaba en ascenso, el caso de la España anarquista parece haber sido más una supervivencia que un foco expansivo.[37]

Precisamente fue en España y durante la guerra civil donde se produjeron las experiencias más cercanas a la constitución de un poder alternativo al orden constituido, aunque como sabemos este complejo y traumático proceso fue clausurado con una durísima represión impuesta por el franquismo triunfante.

En los años inmediatos a la guerra civil, durante la segunda República (1931-1939), España se hallaba profundamente dividida en dos bandos que progresivamente se tornaban irreconciliables. Ya antes, durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1931), en un contexto de crisis económica y política donde campeaba la miseria y la represión a vastos sectores de la población, el campo popular se radicalizó notablemente y la sublevación anarquista sevillana de 1930 fue sólo una de sus expresiones más dramáticas. La falta de soluciones a los problemas sociales por parte de los diversos gobiernos de la República profundizó el malestar de los trabajadores y aumentaron notablemente las tensiones cuyos picos de violencia se concentraron en las revueltas del Alto Llobregat (Cataluña) en 1932, así como en Barcelona y Asturias en 1934, coincidentes con una fuerte ola de anticlericalismo. En ese panorama la CNT, que se hallaba cada vez más influenciada por la FAI, adoptó políticas más radicalizadas. En un contexto en el cual la violencia aumentaba día a día, comenzó a popularizarse entre los simpatizantes libertarios la idea de que una nueva sociedad era posible: "Vamos a la implantación del comunismo libertario a base de las comunas libres organizadas en cada pueblo, sustituyendo la organización estatal burguesa por los principios de unión y solidaridad que han inspirado siempre la acción de la clase trabajadora y que son hoy la base de la organización obrera".[38]

Hacía ya unos años que circulaban profusamente unos folletos, que Elorza denomina "pequeñas utopías", educativos y explicativos de cómo debía funcionar la sociedad tras la revolución triunfante. Estas ideas se habían generalizado entre los seguidores de la FAI y sostenían que en esas circunstancias era posible instaurar el comunismo libertario. En un punto esta postura apuntaba a tratar de llenar el vacío estratégico de la teoría anarquista. Todas estas "pequeñas utopías" destacaban que no debía hacerse ninguna concesión a la política ni crear ningún tipo de organización estatal y en esta ratificación de principios estaba presente el impacto provocado por el fortalecimiento del Estado soviético y la emergencia de una política autoritaria después de la Revolución Rusa. La FAI sostenía que había "que hacer una revolución que no tenga parecido con la rusa"[39] puesto que allí se habían respetado las instituciones estatales y había prevalecido una concepción autoritaria incompatible con el anarquismo, manteniendo elementos de la organización del trabajo y de la explotación capitalista. Por otro lado, repudiaban la constitución de un fuerte aparato de represión destinado a la persecución de los opositores al régimen, especialmente a los militantes libertarios.[40]

Ahora bien, ¿cómo imaginaban la sociedad futura estas "pequeñas utopías"? Partían de "un esquema comunalista, con el municipio libre como marco en el que se desenvuelve la soberanía individual".[41] Seguramente influenciados por Kropotkin, pensaban que se conformaría así un engranaje armónico a partir de la acción libre y espontánea del individuo. El contexto en donde se desarrollaría la comuna era rural y apuntaba a la búsqueda de un equilibrio campo-ciudad en el que se manifiesta, más allá del apego anarquista a la ciencia y la técnica, una marcada desconfianza a la industrialización.

Individuo, trabajo y producción deberían funcionar sin presión alguna de las instituciones. En este sentido Federico Urales sostenía: "El comunismo anarquista le dice al pueblo: considera como el mayor de tus enemigos, como el mayor enemigo de la Revolución Social, al que te diga que necesitas directores y administradores".[42] De este modo, y sin definir alguna forma de gobierno o poder alternativo, pensaban que se produciría el fin de la explotación y el reencuentro del hombre con la naturaleza y de allí a la felicidad colectiva.

Sin embargo, la realidad actuó de manera cruel con el anarquismo. De alguna manera los anarquistas españoles profundizaron durante este proceso la "urgencia revolucionaria"[43] que los caracterizaba y, al radicalizar sus prácticas confrontativas sin medir las consecuencias, quedaron expuestos a la represión y al alejamiento de importantes sectores del movimiento obrero.[44]

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Casi todas las experiencias de implantación del comunismo anarquista antes de la guerra fracasaron rápidamente porque quienes se hacían del poder no sabían qué hacer con él y demostraban un absoluto desconocimiento de cómo reorganizar la sociedad. El dirigente libertario Gastón Leval sostenía a comienzos de 1936 que hasta ese momento los anarquistas "no han elaborado un programa de reconstrucción. No ha dado ningún paso serio en la ideación o preparación del futuro. No ha abordado el problema de la reorganización económica de la sociedad, explicando qué organismos deberán encargarse de ella, como se relacionarán, y en qué forma se asegurará la defensa del nuevo régimen".[45] Leval creía que uno de los grandes problemas era que cada uno interpretaba el comunismo libertario a su manera y que existía una gran imprecisión conceptual. Creo que aquí da en la clave de varios problemas básicos del anarquismo: la infinita variedad de interpretaciones de la doctrina, el desapego por la teoría y la escasa importancia asignada al funcionamiento de la economía al analizar la sociedad desde una perspectiva predominantemente moral. Leval exigía precisión conceptual sobre una eventual toma del poder: "Es el caso de especificar en qué forma haremos frente a las necesidades del reparto sin que hayamos de adoptar un sistema dictatorial ni emplear moneda. Es el caso de exponer cómo solucionaremos el problema de la desocupación en muchas industrias. [...] Pero sobre todo esto [qué haremos] con la defensa de la revolución en forma que no provoque una dictadura sobre la revolución".[46]

Pero cuando estalló la guerra los anarquistas se encontraron de lleno con lo que siempre habían negado pues se hallaron inmersos en el proceso político de construcción del poder republicano para enfrentar al fascismo. José M. Macarro ha señalado con agudeza que "la necesidad de institucionalizar su proyecto era un requisito para seguir viviendo. [...] El poder, el Estado, apareció como necesidad para imponer a la sociedad el mensaje del movimiento".[47] Tanto la CNT como el anarquismo se convirtieron en poder al participar de la coalición del gobierno republicano catalán como en el nacional de Francisco Largo Caballero en donde colocaron cuatro ministros. En ese momento aparecieron todas las contradicciones en el seno del movimiento libertario en torno a la construcción del poder alternativo. ¿Cómo romper con sus tradicionales posturas antipolíticas y antiestatistas? ¿Cómo convivir con aquellas tendencias políticas a las que siempre había denostado? ¿Cómo defender la centralización económica? Ninguno de estos interrogantes pudo ser resuelto por los líderes anarquistas quienes, sumidos en un mar de contradicciones, terminaron abandonando el gobierno y repudiando el estatismo. Claro que el precio fue muy alto pues esta retirada los cubrió de desprestigio entre los sectores populares en tanto era una clara muestra de su impotencia frente la construcción de un poder alternativo.

Tampoco pudieron avanzar en aquellas experiencias de poder en las que lograron instalar el comunismo libertario. En efecto, tanto en la región del Baix Llobregat (Barcelona), donde sólo mantuvieron el poder durante una semana,[48] como en Aragón, donde los anarquistas constituyeron un consejo de defensa que controló una parte de la provincia durante un tiempo e impusieron varias comunas libres, fracasaron en el intento de construir el poder alternativo. La escasa claridad de sus líderes, la tendencia al asambleísmo permanente, el desprecio por la disciplina[49] y, fundamentalmente, el rechazo a cualquier forma de autoridad sumada a la errónea concepción sobre el poder que los llevó a negar la construcción de un poder alternativo confundiendo política y Estado, condujeron a todas estas experiencias a rápidos y rotundos fracasos. Desde entonces el movimiento anarquista se hundió en un cono de sombra del que rara vez pudo salir.

Notas

[1] M. Stoppino, "Poder", en N. Bobbio, N. Mateucci y G. Pasquino, *Diccionario de política*, México, Siglo Veintiuno, 1994, p. 198.

[2] Véase M. Weber, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 170-196 y 709.

[3] Según Agnes Heller, "la actividad política *sensu stricto* está siempre dirigida al poder", A. Heller, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1977, p. 172.

[4] *La Protesta Humana*, 9 de febrero de 1901.

[5] S. Faure, *Hacia la dicha*, Barcelona, s/e, 1904.

[6] M. Bakunin, *Estatismo y anarquía*, Madrid, Júcar, 1976, p. 216.

[7] M. Stirner, *El único y su propiedad*, Madrid, Valdemar, 2004, p. 74.

[8] P.-J. Proudhon, *La capacidad política de la clase obrera*, Madrid, Júcar, 1977, pp. 114-115.

[9] M. Bakunin, *La libertad*, Buenos Aires, Ediciones del Mediodía, 1968, p. 31.

[10] Ibídem.

[11] Citado por G. Woodcock, *El anarquismo*, Barcelona, Ariel, p. 141.

[12] No obstante las coincidencias en la apreciación de la naturaleza del Estado el pensador liberal recibió fuertes críticas de Kropotkin: "Spencer alzó recientemente su voz contra la interferencia del Estado en la vida de la sociedad; aun más, dio a una de sus obras un título que encierra en sí mismo todo un programa revolucionario: *El individuo contra el Estado*. Pero poco a poco, bajo el efecto de salvaguardar las funciones *protectoras del Estado*, lo reconstruye enteramente tal como existe hoy, con muy pocas y muy tímidas restricciones"; P. Kropotkin, *La ciencia moderna y el anarquismo*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1984, p. 60.

[13] P. Kropotkin, ob. cit., p. 125.

[14] Véase J. Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, p. 260.

[15] R. Barrett, *Escritos de Barrett*, Buenos Aires, Proyección, 1971, p. 65.

[16] Para el caso argentino, véase J. Suriano, ob. cit., pp. 261-264.

[17] Ídem, pp. 264-271.

[18] R. Barrett, ob. cit., p. 74.

[19] Véanse J. Suriano, ob. cit., pp 217-254; D. Barrancos, *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.

[20] *La Protesta*, 10 de marzo de 1906.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[21] Véase J. Suriano, ob. cit., p. 273.

[22] E. Malatesta, "Candidaturas anarquistas", Londres, 30 de marzo de 1900, en *La Protesta*, 8 de julio de 1900.

[23] Citado por G. Woodcock, ob. cit., p. 20.

[24] Véase M. Bakunin, *Estatismo*..., pp. 81-82.

[25] Véase M. Bakunin, *La libertad*..., pp. 32-33.

[26] P. Kropotkin, *Folletos revolucionarios*, II: *Ley y autoridad*, Barcelona, Tusquets, 1977, p. 78.

[27] Ídem, p. 90. La Revolución Rusa provocó un fuerte impacto entre los anarquistas de todo el mundo y no fueron pocos los que la apoyaron y compartieron la estrategia de la dictadura del proletariado. Para el caso argentino véase R. Pittaluga, "La recepción de la revolución rusa en el anarquismo argentino (1917-1924)", tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2000.

[28] P. Kropotkin, *Folletos*..., p. 73.

[29] M. Bakunin, *Estatismo*..., p. 216.

[30] Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1970, p. 83.

[31] P. Kropotkin, *Folletos*..., p. 123.

[32] J. Mas Gomeri, "La anarquía", *El Rebelde*, Buenos Aires, 31 de mayo de 1902.

[33] G. Woodcock, ob. cit., p. 15.

[34] Véase P. Kropotkin, *La conquista del pan*, Barcelona, Mateu, 1971, pp. 25-29.

[35] Ídem, pp. 25-38.

[36] De ninguna manera pretendo analizar aspectos del anarquismo español. Me remito a esta experiencia, de la cual sólo tomaré algunos elementos, a los efectos de ejemplificar el divorcio del movimiento libertario con cualquier forma de poder.

[37] Véase A. Elorza, "Utopía y revolución en el movimiento anarquista español", en B. Hofmann, P. Juan i Tous y Manfred Tietz (eds.), *El anarquismo español. Sus tradiciones culturales*, Madrid, Vervuert Iberoamericana, 1995, p. 96.

[38] Proclama reproducida por A. Elorza, ob. cit., p. 98.

[39] Ídem, p. 99.

[40] Más allá de las críticas a la Revolución Rusa, es indudable que ésta instaló un clima que incentivó a las diversas corrientes libertarias a pensar el futuro posrevolucionario.

[41] A. Elorza, ob. cit., p. 101.

[42] F. Urales, "El ideal y la revolución", en A. Elorza, ob. cit., p. 101.

[43] He utilizado esta caracterización para el anarquismo argentino. Parece pertinente su uso en el caso español. Véase J. Suriano, ob. cit., pp. 81-88.

[44] Esa radicalización se expresó en las tácticas adoptadas por la CNT, controlada por la FAI, entre 1931 y 1936: 1) rechazo al logro de metas parciales por parte de los trabajadores como había sido tradición de la CNT; 2) hostilidad permanente contra la República, y 3) insurrección y huelga revolucionaria para instalar el comunismo libertario. Véase J. Paniagua, *Anarquistas y socialistas*, Barcelona, Historia 16, 1989.

[45] La nota de Leval se publicó en el periódico *Liberación*, Barcelona, marzo-abril de 1936, véase J. Paniagua, ob. cit., p. 235.

[46] Ídem, p. 236.

[47] J.M. Macarro, "Conocimiento y utopía en el movimiento anarco sindicalista", en B. Hofmann, P. Juan i Tous y M. Tietz (eds.), ob. cit., p. 258.

[48] El fracaso se debió en buena medida a que los dirigentes de la CNT se opusieron a instalar una comuna libertaria porque se asemejaba a una toma de poder bolchevique

[49] Buenaventura Durruty, el mítico jefe de las columnas anarquista de Aragón, se sinceraba en una entrevista concedida al periodista Ilya Ehrenburg sobre las contradicciones del anarquismo a la hora de participar en la guerra. Durruty reconocía con amargura ("los principios y la vida no coinciden perfectamente") que era imposible imponer disciplina entre sus filas y sin disciplina sabía que no tenía ninguna posibilidad de éxito frente al ejército franquista. En H.M. Enzensberger, *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruty*, Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 137-139.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Suplemento de *La Protesta*,
12 de noviembre de 1923

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El gobierno Mercante
Estado y partido en la provincia de Buenos Aires, 1946-1951

*Oscar H. Aelo**

Introducción

El primer gobernador peronista de la provincia de Buenos Aires, el coronel Domingo Mercante (1898-1974), llegó a ser, en su momento, uno de los principales integrantes de la "segunda línea" del movimiento conducido por Juan Perón. Sin embargo, las características de su actividad política y, especialmente, los lineamientos de su gestión gubernamental sólo recientemente han comenzado a ser objeto de atención historiográfica.[1] Este artículo se propone mostrar las particularidades del equipo de gobierno que secundó a Mercante en Buenos Aires, las principales acciones de este grupo en torno al reordenamiento del aparato estatal provincial, y las relaciones entre Estado y partido en la configuración de un poderoso y homogéneo peronismo provincial.

La formación de un equipo dirigente peronista

En las elecciones de febrero de 1946, los partidos Laborista y Junta Renovadora –acompañados por dos partidos menores sin mayor relieve– conformaron una coalición de hecho en la provincia de Buenos Aires respaldando la candidatura presidencial de Juan Perón. Las estridentes diferencias entre estas fuerzas impidieron la conformación de listas unificadas para cargos legislativos, aunque tras una tensa disputa –que se verá en el apartado siguiente– los laboristas consiguieron el apoyo renovador para su par de candidatos al Ejecutivo provincial. El triunfo electoral de los peronistas no acalló las disensiones entre los partidos de la coalición sino que las amplificó. En un marco que parecía preanunciar la ruptura del frente peronista, el presidente electo Perón ordenó, en una famosa proclama leída por radio el 23 de mayo de 1946, la disolución de las fuerzas peronistas y su integración en una nueva, denominada Partido Único de la Revolución.[2] En junio de ese año, el Partido Único establecía su organismo directivo en la provincia de Buenos Aires, denominado Junta Ejecutiva Provincial. Esta dirección, aunque poco sólida y frecuentemente desbordada por el tumultuoso conglomerado peronista, exploró varias alternativas organizativas para construir el partido, que sólo cristalizarían en el momento de la realización de las primeras elecciones internas en el (ya denominado) Partido Peronista. En septiembre de 1947, con niveles espectaculares de participación interna, los afiliados peronistas eligieron delegados al primer

* Departamento de Historia. Facultad de Humanidades. UNMDP.

Entrepasados - Nº 32, fines de 2007: 123-142

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

congreso partidario (que se realizaría el 1 de diciembre de aquel año) y al mismo tiempo los llamados "consejos directivos locales", esto es, direcciones partidarias en cada uno de los ciento doce municipios que conformaban la provincia.[3] Poco después, los peronistas sancionaban su primera carta orgánica partidaria, estatuto que establecía la instalación de convenciones provinciales electas por los afiliados para designar candidatos a cargos públicos, así como para elegir al órgano partidario ejecutivo de nivel provincial.[4] Estas disposiciones, que tendencialmente apuntaban a conformar autoridades partidarias deliberativas y ejecutivas a partir del voto de los afiliados, no quedaron apenas en el papel. Dos años después, en diciembre de 1949, un volumen aún mayor de afiliados peronistas concurrió a una nueva ronda de elecciones internas, reeligiendo autoridades partidarias locales y delegados al congreso provincial.[5] Las deliberaciones del congreso fueron una muestra decisiva del grado de fortaleza partidaria alcanzado por el peronismo en la provincia de Buenos Aires. Los delegados no sólo designaron los candidatos a cargos públicos sino que además establecieron el consejo directivo provincial.[6] La integración de este cuerpo, verdadero "círculo interior" de la organización partidaria, revelaba dos criterios paralelos que se hicieron dominantes en la formación del partido bonaerense: por una parte, todos sus miembros detentaban cargos públicos –legislativos– de nivel provincial o nacional, mientras, por otra, todos habían triunfado en la elección interna peronista en sus respectivos municipios.[7]

Proceso similar se verificaba en la Legislatura de Buenos Aires.[8] Las leyes electorales de la época establecían un sistema de representación proporcional; la provincia se dividía en ocho secciones electorales donde se elegía un número específico de legisladores. La misma legislación establecía expresamente que el elector votaba "listas" de candidatos, y no individuos. De este modo, la confección de una nómina de candidatos quedaba monopolizada en manos de los partidos. Para el caso que aquí nos interesa, el fortalecimiento de la estructura partidaria corría paralelo a una creciente "homogeneización" de los legisladores peronistas los que, en buena medida, eran al mismo tiempo líderes partidarios. En el interior del trabajo legislativo, una elite parlamentaria peronista ocupaba los lugares clave de decisión (presidencia de ambas cámaras, presidencia de las distintas comisiones de trabajo), que se orientaba hacia una manifiesta colaboración con las políticas del Ejecutivo provincial. Esta orientación, además de una lógica política obvia –difícilmente un partido mayoritario en el Parlamento se muestra reacio a apoyar las iniciativas del que considera "su" gobierno–, era también reforzada por el ascenso político del gobernador Mercante.

Los caminos del "corazón de Perón"

El coronel Mercante resultó electo gobernador de la provincia de Buenos Aires el 24 de febrero de 1946. Su candidatura, sin embargo, no fue un resultado "natural" sino, en cierta medida, fruto de los azares de la política, en un complicado juego no exento de ribetes de sainete criollo. En resumen, la situación fue la siguiente. Los laboristas bonaerenses pretendían, en principio, llevar como candidato a gobernador a Juan A. Bramuglia, político de antecedentes socialistas[9] e integrante del círculo íntimo de Perón, quien, aparentemente, lo habría convencido para que acompañara como vicegobernador a quien contaba con su "visto bueno", el candidato renovador Alejandro Leloir.[10] Abandonados por Bramuglia, los laboristas bonaerenses se negaron abiertamente a sostener aquel par y a comienzos de febrero, un tanto frenéticamente, ofrecieron el cargo al coronel Mercante, con el propósito de presentarse solos al acto electoral. Tentativas de acuerdo propuestas por los renovadores en los días previos a la elección –con características de picaresca– fueron rechazadas. Finalmente, la firmeza laborista doblegó a los supuestamente "hábiles" renovadores, quienes se avinieron, no sin cierto pesar, a levantar sus candidatos y apoyar los laboristas.[11]

El coronel Mercante llegaba, pues, a la gobernación bonaerense sin ninguna de las ventajas que normalmente acompañan a quien alcanza tan alto cargo. Aunque tenía cierto prestigio entre los dirigentes sindicales, no era un líder partidario ni había probado tener "carisma" frente a las multitudes. No era, por lo tanto, un hombre con peso político propio, al punto de que ni siquiera había tenido injerencia en la designación del vicegobernador, escogido también por los laboristas *motu proprio*. Comienzo tan complicado tendría consecuencias directas tanto en la formación como en la actividad del gobierno, como veremos posteriormente. Sin embargo, los avatares políticos del movimiento peronista permitieron que el gobernador cambiara, en cierto tiempo, su inicial debilidad por una creciente fortaleza.

El punto inicial fue el problema de la unidad peronista, luego de la victoria electoral de febrero de 1946 y especialmente en los meses sucesivos a la orden de Perón creando el Partido Único. Conformada la cúpula provincial de ese partido, la búsqueda de la unidad por los responsables de la gestión partidaria hallábase huérfana de toda referencia local, apoyándose exclusivamente en la absorbente, y sin embargo lejana, figura de Perón. En ese marco, los dirigentes partidarios bonaerenses dirigieron sus miradas con particular atención hacia el ocupante de la casa de gobierno en La Plata. La personalización del poder que el carácter representativo de los cargos ejecutivos conllevaba era un componente tradicional de la cultura política argentina que, presumiblemente, influyó en el ánimo de la dirección partidaria al momento de configurar reaseguros simbólicos de la unidad procurada. Independientemente de los motivos, la "invención" de Mercante como símbolo unificador coadyuvaba en su fortalecimiento real, al tiempo que permitía a los dirigentes partidarios intentar "poner orden" en los conflictos internos con menos incertidumbre de la que, de otro modo, haría patente su indudable debilidad. Tirando el lastre de su fragilidad inicial, Mercante pudo avanzar en la proyección de una imagen de gobernante responsable, al tiempo que su gobierno colaboraba –a través de medios indirectos pero no inefectivos, como luego se verá– en el proceso de construcción partidaria, que alcanzaría su primer estadio de estabilidad tras las elecciones internas de 1947. En la convención partidaria bonaerense reunida a comienzos de 1948 se discutió, además del problema de las candidaturas, la adecuación de la carta orgánica provincial a la nacional, siendo interesante el intento de colocar a Mercante como jefe partidario en la provincia. Los argumentos vertidos fueron del tenor siguiente: "Mercante es el más sincero intérprete del Cnel. Perón, porque es su amigo, y porque supo jugarse en horas difíciles, sin vacilaciones y sin reservas, y porque es el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

creador del nombre de Partido Peronista, aunque para ello tuvo que vencer la resistencia del líder".[12]

Aunque los fundamentos no eran inverídicos, resultan notablemente especiosos. No era un liderazgo que se imponía por sí mismo, sino que era empujado por una elite partidaria que era suficientemente consciente de las dificultades políticas de construir un "partido de gobierno" sin apoyarse simultáneamente en el gobierno. Aunque resistida, la tesis poco a poco se impuso, ayudada por los contundentes éxitos electorales del peronismo en las elecciones generales de marzo de 1948 y, especialmente, de diciembre de ese año, cuando la lista de convencionales constituyentes del peronismo provincial, encabezada por Mercante, obtuvo un porcentaje de sufragios aplastante.[13] Los frutos de estos contundentes triunfos serían prontamente cosechados. Los delegados peronistas en la Convención Nacional Constituyente (reunida en enero de 1949) ofrecerían una muestra indudable de que el prestigio de Mercante excedía largamente los límites bonaerenses, al confiar en él el ejercicio de la presidencia de la asamblea. El coronel Mercante se transformaba en un reconocido dirigente "nacional" del peronismo. En el ámbito específico de Buenos Aires, la consolidación final del Partido Peronista después de la elección interna de 1949 demostraba que los vínculos entre partido y gobierno se estrechaban, no apenas en un sentido simbólico: el presidente del consejo directivo provincial del partido peronista era Mario Goizueta, a quien todos los indicios sindican como la "mano derecha" del coronel Mercante, al tiempo que una mayoría de los integrantes de ese organismo eran indudablemente "mercantistas".

Transcurridos cuatro años, la figura de Mercante se había transformado radicalmente. Del gobernador electo sin peso ni poder propios al indiscutido líder del peronismo bonaerense y cuyo nombre, luego de los de Perón y Evita, era una referencia indispensable en la cúspide del poder. Así lo sancionaba el líder máximo del peronismo, hombre no demasiado afecto a verter elogios sobre sus partidarios, en febrero de 1950: "[...] los peronistas podemos decir con orgullo que este gobernante es [...] una excepción, porque nadie ha realizado, en tan poco tiempo, una obra tan maravillosamente fructífera como Mercante [...] ese hombre que está marcando una etapa en la historia de la provincia de Buenos Aires podrá también ser quien marque una etapa en la historia de nuestra República al frente del Movimiento Peronista".[14]

La composición de la elite estatal

Al igual que otros aspectos de la gestión peronista de la provincia de Buenos Aires, la formación o composición de la elite estatal es un "casillero vacío" en los estudios existentes, los que se limitan a indicar la importante, o tal vez hegemónica, presencia de hombres provenientes de FORJA.[15] Un imprescindible primer paso requiere establecer los niveles de funcionarios que pueden ser entendidos como "elite estatal". En la Argentina, y la provincia de Buenos Aires no es excepción, parece funcionar una forma mitigada del denominado *spoils system*: tanto en la época peronista, como antes y después, los altos cargos en la administración estatal son ocupados por funcionarios "políticos", y no por especializados funcionarios de carrera.[16] De este modo, cada vez que un partido triunfa en una elección (o un golpe militar desaloja un gobierno) coloca en los altos puestos del Estado un personal "propio"; desde luego, los peronistas bonaerenses no escaparon a esta particular "institución". Para el análisis subsiguiente, consideraremos tres niveles sucesivos de funcionarios como componentes de la elite estatal bonaerense: ministros, titulares de agencias de altísima relevancia política, y, por último, subsecretarios y directores de organismos específicos.

Gabinete del Ejecutivo provincial

Cartera	Nombre	Año nacim.	Profesión	Militancia	Antec. públicos
Gobierno	Héctor Mercante	s/d	Médico	No	Ninguno
Hacienda	Miguel López Francés	1917	Abogado	FORJA	Legislador
Obras Públicas	Raúl Mercante	1914	Ingeniero	No	Ninguno
Salud	Carlos Bocalandro	S/d	Médico	No	Ninguno
Educación	Julio Avanza	1915	Abogado	FORJA	Legislador
Agrarios	Juan Marenzi	1905	Abogado	No	Legislador
Secretaría Gen.	Manuel Mainar	1910	Periodista	UCR	Ninguno

En un sistema político que, como el bonaerense, podría asimilarse al presidencialista, los titulares del Poder Ejecutivo tienen un margen mayor de maniobra en la formación de sus gabinetes, *vis-à-vis* los sistemas parlamentarios, en función del grado directo de su representatividad popular.[17] Sin embargo, la plétora de maniobras y conflictos a través de los cuales Mercante llegó a la gobernación provincial limitó notablemente el margen de su actuación. Al asumir el cargo, el gobernador debió entrar en arduas negociaciones con los partidos que lo apoyaron, las que fueron particularmente ríspidas con los líderes laboristas, quienes, sintiéndose los verdaderos triunfadores de la elección, prácticamente pretendieron imponer a Mercante sus colaboradores. Cautelosamente, el gobernador aceptó una solución de compromiso al conformar su primer gabinete. La habilidad de Mercante, en esa primera hora, se percibe en la integración de las subsecretarías, donde sigilosamente fueron ingresando políticos con menor capacidad de presión (especialmente de raigambre radical), junto a hombres de confianza del coronel. En breve, las tendencias que empujaban en la dirección de la unificación de las fuerzas peronistas ocasionaron que el laborismo provincial –el más renuente en ese sentido– ingresara en un pronunciado declive, desistiendo de él buena parte de sus dirigentes y la inmensa mayoría de los líderes legislativos. De ese modo, para finales de 1946 y comienzos de 1947, el gobernador quedó desatado de sus compromisos iniciales (que, con seguridad, no fueron de su agrado) y buscó conformar a través de sucesivas reorganizaciones ministeriales un equipo de gobierno más ajustado a sus necesidades o deseos. Ciertas líneas básicas podrán delinearse observando la conformación del equipo ministerial del coronel Mercante (véase cuadro).

Este gabinete se fue formando a medida del gradual fortalecimiento del gobernador, especialmente entre 1947 y 1949 y, salvo alguna situación específica,[18] continuó firmemente asentado hasta el final del gobierno de Mercante. Algunas características sobresalen inmediatamente. En primer lugar,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se trata en todos los casos de personas nuevas en las funciones ministeriales. Ninguno de ellos ocupó cargos públicos antes de 1946, ni en el Ejecutivo ni en el Legislativo provinciales. Tampoco registran antecedentes en la burocracia del Estado: todos hacen su ingreso a la administración provincial llevados por la ola peronista. En los casos que registran militancia política anterior, ella se vincula particularmente con FORJA o –un tanto informalmente– con el Partido Radical. Observando el gabinete de otro modo, veríamos que tres ministros fueron cooptados directamente desde su banca parlamentaria (lo que muestra la importancia del Legislativo como proveedor de líderes).[19] Los cuatro restantes indican un segundo criterio: se trata de personas a las que podríamos considerar provenientes del "círculo íntimo" del gobernador, llevadas al gabinete en función de la confianza que Mercante depositaba en ellas.[20]

Junto, o a la par de los ministros, existía otra categoría de funcionarios de alto nivel que merece un comentario especial. Por la relevancia institucional, el presidente del Banco de la Provincia y el fiscal de Estado eran nombrados por el gobernador con acuerdo del Senado. Para el primer caso fue escogido un político, acaso mejor un ideólogo: Arturo Jauretche, el fundador de FORJA.[21] Para el segundo, el joven y brillante abogado Arturo Sampay, quien provenía de círculos católicos democráticos (y que sería el principal redactor de la Constitución "peronista" de 1949).[22] Otras dos reparticiones, aunque formalmente dependientes del Ministerio de Gobierno, sin duda vieron sus titulares designados directamente por el gobernador: fueron los casos de la Jefatura de Policía y de la Dirección General de Escuelas. No es ocioso indicar que estas dos agencias concentraban, en la época, aproximadamente el 70% del personal del Estado. En la Policía fue designado un militar, el coronel Adolfo Marsillach. Esta designación es interesante, porque a pesar que el individuo no parecía ser un experto en cuestiones policiales, revela la clara intención de "despolitizar" un cuerpo que había sido objeto de feroces críticas por la oposición en la década previa.[23] Finalmente, el caso del director de Escuelas es intrigante y poco común. Fue nombrado Alejandro Greca, abogado vinculado al Partido Radical y luego a FORJA, pero proveniente de la provincia de Santa Fe, donde había realizado su carrera política.[24] Exceptuando este último y raro caso, los demás muestran características similares a los ministros, es decir, personas nuevas en las altas cumbres del Estado.

El "tercer círculo" de la elite estatal estuvo formado por los subsecretarios y los directores de agencias específicas. A pesar de existir una cierta diferencia jerárquica entre ellos –subsecretario sería, en principio, un cargo superior a director– todos dependían del ministro del ramo y eran por él designados (y además, como se verá, no siempre era obvio que los directores respondieran a los subsecretarios). La influencia del gobernador, en estas situaciones, era indirecta, aunque sin duda podía "indicar" en casos particulares. Considerado en conjunto, este nivel de funcionarios no muestra un perfil uniforme, combinando en medida variada políticos, expertos y burócratas de carrera.[25] Pero una mirada más precisa puede encontrar diferencias significativas. Comencemos por los expertos. Éstos fueron predominantes en dos ministerios, Obras Públicas y Salud Pública, lo cual –en principio– no es curioso, dada la índole de las tareas a desarrollar. Ingenieros y arquitectos en el primer caso, médicos en el segundo, se reparten las principales funciones en ambas carteras. La diferencia en estos casos reside en las diversas historias institucionales de ambos ministerios; como Obras Públicas era una estructura de antigua data, la presencia de funcionarios de carrera tuvo allí una importancia claramente superior. En los otros ministerios, algunas (pocas) reparticiones también fueron ocupadas por este "tipo" de integrantes del gobierno. Los políticos, sin duda, se llevan las palmas en las otras ramas de la administración provincial. Detengámonos primeramente en los hombres de FORJA. Aunque la presencia cuantitativa de ellos es ciertamente muy relevante, se debe indicar que estuvieron concentrados principalmente en el Ministerio de Hacienda, en la dirección del Banco Provincia y, más débilmente, en Educación.[26] No es difícil deducir las razones de esta concentración, si se recuerda que los titulares de los organismos indicados pertenecieron a aquella agrupación (y nos sugiere además que las relaciones personales eran una "razón" de primer orden para ingresar en la estructura estatal). En otros casos, los políticos provienen del Partido Radical (o, más precisamente, del desligamiento que se insertó en el peronismo), de corrientes nacionalistas o directamente, una vez fortificado, del Partido Peronista.[27]

La reforma del estado provincial

La búsqueda de un "nuevo Estado" que substituyera el viejo Estado liberal formaba parte de un discurso que, con ritmos y gradaciones diversas, aparecía compartido por los peronistas de todo el país. En esencia, se entendía que el tradicional Estado espectador y pasivo legado por la oligarquía debía ser cambiado por un Estado activo, que interviniera con agilidad en las relaciones sociales básicas de la sociedad civil. En la práctica, estas ideas se tradujeron en una ampliación de las atribuciones de los poderes ejecutivos, tanto en el Estado nacional como en los provinciales, plasmándose en innovaciones institucionales que aumentaban el número y las capacidades de las agencias dependientes de los poderes centrales. Los peronistas bonaerenses se incluyen en esta tendencia general, aunque los tiempos específicos para procesarla dependieron claramente de las vicisitudes políticas. Para avanzar en el análisis, comenzaremos por indagar en los puntos de vista de los actores gubernamentales con respecto al papel del Estado. Según ellos, "la creciente y compleja evolución de los fenómenos que actúan en el campo financiero, económico y social, como consecuencia de un estado universal al que el país y por ende, la Provincia no pueden sustraerse, trae [...] como consecuencia la ampliación de las esferas del gobierno [... lo que] hace imperiosamente necesario afianzar y cimentar la dirección de la cosa pública y del Estado en bases racionales".[28]

Era una creencia firmemente asentada entre los protagonistas en la dirección de los asuntos públicos que las nuevas realidades de la vida moderna (i.e., básicamente, la industrialización y fenómenos asociados) tenían como consecuencia necesaria la ampliación de las funciones del Estado. Planificación estatal y nacionalización (o provincialización) de empresas o sectores económicos era uno de los aspectos de la cuestión. Correlativamente, la diversidad creciente de las actividades desarrolladas en la sociedad civil implicaba la también creciente necesidad del Estado de aumentar los ámbitos de su actuación. Pero esas nuevas funciones debían fundamentarse sobre bases "racionales". Éste es un matiz interesan-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te. Sin duda los peronistas no fueron los primeros en propender al incremento de la complejidad estatal. Sin embargo, en los años de la "modernización conservadora" en la provincia de Buenos Aires parece haber predominado una forma de ampliación del aparato estatal básicamente desordenada e incoherente, a la que podríamos denominar "reforma por adición".[29] Manteniendo la tradicional estructura de tres ministerios –Gobierno, Hacienda y Obras Públicas, vigentes por lo menos desde la década del 20– la creación de nuevas agencias o reparticiones se realizaba de acuerdo con el carácter perentorio de los requerimientos gubernamentales, atendiendo necesidades tanto administrativas como políticas. Previsiblemente, la instalación de nuevos organismos se procesó con escasa coordinación, y no eran raros los casos de superposición de funciones con agencias ya existentes, en el mismo o en otro ministerio.[30] El estado provincial tal como fue dejado por los conservadores, que las sucesivas intervenciones federales del régimen militar de 1943-1946 se limitaron a administrar, fue heredado por los peronistas en el momento de iniciar su mandato. Durante los años de gobierno del coronel Mercante y su equipo puede percibirse una marcada inclinación por "racionalizar" el aparato del Estado bonaerense que, no sin marchas y contramarchas y evidentes ambigüedades, perseguía adecuar los medios disponibles a los propósitos de eficiencia de la administración pública.

Relacionada con el primero gradual y luego rápido fortalecimiento del gobierno provincial, las líneas maestras de la renovación estatal se diseñaron entre 1947 y 1949, y se evidenciaron principalmente en una nueva estructura ministerial. A diferencia de lo acontecido en otras provincias, no se trató de una imposición del Ejecutivo que pretendía pasar por encima de las atribuciones de los otros poderes del Estado.[31] El carácter singular del Ejecutivo bonaerense residió, en esta como en otras áreas, en una marcada inclinación a la negociación y al diálogo, particularmente con la cúpula parlamentaria. Así, la primera innovación importante, la creación del Ministerio de Salud y Acción Social a comienzos de 1947, se procesó íntegramente en la Legislatura de Buenos Aires, fusionando proyectos semejantes propiciados por dos legisladores peronistas. Hasta entonces, la atención de las cuestiones sanitarias de la población se hallaba dispersa en varias "Direcciones", *grosso modo* dependientes del Ministerio de Obras Públicas. Sancionada la ley, el gobierno, al reglamentarla, transfirió los bienes y el personal de las diversas agencias a la nueva estructura que, además, se vio rápidamente incrementada por la provincialización de varios hospitales y centros de salud diseminados por el territorio bonaerense. La segunda innovación se realizó a finales de 1947 cuando se otorgó status ministerial a la hasta entonces denominada "Secretaría General de la Gobernación". No existe duda de que el camino seguido por el gobierno para impulsar esta reforma difícilmente sería considerado irreprochable. En lugar de presentar un proyecto de ley específico en la Legislatura, el gobierno incluyó la transformación de la secretaría en ministerio en un artículo "perdido" del proyecto de presupuesto para 1948 (que tuvo tratamiento parlamentario a finales de 1947). La jerarquizada y remozada estructura tenía por objetivo reunir organismos de finalidades similares que por entonces se desenvolvían en distintos ministerios y, al mismo tiempo, concentrar bajo su dependencia directa agencias institucionalmente relevantes que no se sabía bien a quién debían responder.[32] Durante 1949 la reestructuración ministerial llegó al final, cuando se crearon dos ministerios más, Educación y Asuntos Agrarios. Estos casos podrían considerarse ejemplos típicos de la "comunidad de propósitos" entre gobierno y legisladores (peronistas). La Asamblea Legislativa que reformó la Constitución de la provincia en 1949 incorporó al nuevo texto un artículo transitorio que definía la integración precisa del gabinete ejecutivo, y en él aparecían los dos ministerios antes nombrados (que, obviamente, no tenían existencia real hasta ese momento).[33] En los meses siguientes el gobierno estructuró orgánicamente ambas carteras, a través de movimientos de agencias, personal y bienes, de forma similar a los otros casos.[34]

Dos aspectos generales merecen ser destacados de estas reformas ministeriales. En primer lugar, la innovación en las estructuras del estado provincial no fue el resultado de un plan previamente concebido. El gobierno parece haber avanzado tanteando en lo oscuro, a través de ensayos y experimentaciones, "prueba y error". La inexperiencia política de la elite estatal peronista fue una de las razones: la carencia de antecedentes en las funciones públicas conminó a los peronistas a aprender haciendo. El carácter irresoluto del gobierno ante las primeras innovaciones ministeriales es una evidencia adicional. Si en el caso del Ministerio de Salud la administración provincial fue empujada a concordar con una decisión proveniente del cuerpo parlamentario, la formación del Ministerio de la Gobernación indica que motivaciones simplemente personales podían sustituir una objetiva visión contextual de las reformas perseguidas.[35] Con el tiempo, las habilidades adquiridas se plasmaron en un lineamiento institucional más preciso, como demuestran los dos ministerios creados en 1949, los cuales se inscriben en una clara tendencia a perfeccionar el aparato del Estado. La "forma" adoptada en estos casos no debería llamar a engaño: los legisladores peronistas actuaron bajo la sugestión directa del gobernador, quien impulsó la redacción del artículo constitucional que establecía el diseño ministerial.[36]

Junto a la renovación del perfil ministerial, la procura de eficiencia en la gestión pública constituyó el lineamiento básico de la administración peronista del estado provincial. Analíticamente, distinguiremos tres elementos principales que concurrieron a aquel objetivo: 1) refuerzo y adecuación de las jerarquías internas; 2) reordenamiento y centralización de las agencias en cada ministerio; y 3) formación de los agentes del Estado.

En términos ideales, la estructura de la dependencia interna en cada ministerio se establecía del siguiente modo: a) ministro; b) subsecretarías, y c) direcciones; de las que dependía una variedad de organismos, denominados departamentos, oficinas, divisiones y seccionales (cuyos titulares eran, por regla general, llamados jefes). La práctica, con certeza, se escapaba del tipo ideal, especialmente recordando el desordenado aparato estatal heredado por los peronistas. Así, existían "direcciones generales" que se vinculaban directamente al ministro respectivo; direcciones con funciones superpuestas, en el mismo o en distintos ministerios que, por añadidura, no parecían responder al subsecretario específico, etc. En ese marco, la creación de nuevos ministerios fue el aspecto más visible del reordenamiento del aparato estatal, en la medida en que de ese modo podían definirse con mayor grado de racionalidad las finalidades de cada cartera, y fue

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

acompañada por el establecimiento y refuerzo de las jerarquías internas. Por lo menos en apariencia, este objetivo fue más fácil de alcanzar en los ministerios nuevos. Las leyes y los decretos que establecieron las carteras de Salud, Educación y Asuntos Agrarios definían con precisión el orden jerárquico y la dependencia directa de cada organismo.[37] La ausencia, en estos casos, de "memoria institucional" facilitaba la racionalización buscada. Más difícil fue el asunto en los ministerios de larga data (Gobierno, Hacienda, Obras Públicas), caracterizados por el crecimiento desordenado de las agencias y reparticiones. En estas situaciones, el gobierno procuró reorganizar la estructura ministerial a través de la creación de subsecretarías específicas, de las cuales dependieran las direcciones afines;[38] mientras, al mismo tiempo, ordenaba que la realización de gestiones y trámites debía respetar acabadamente los escalones jerárquicos: "Los Directores Generales y Directores dependientes del Ministerio [...] deberán realizar las gestiones oficiales que les competen por intermedio de la Subsecretaría del Departamento [...] Los Jefes de las Divisiones dependientes de Direcciones, como asimismo los Jefes Seccionales, no podrán dirigirse al Ministerio, sin conocimiento de la Dirección General o Dirección a la que pertenezcan".[39]

El segundo elemento analítico de este esfuerzo por racionalizar el aparato estatal podría resumirse en las palabras "centralización" y "reordenamiento". Esto fue característico de los ministerios antiguos dada la existencia de una cantidad de reparticiones superpuestas atendiendo las mismas finalidades. A partir de estas condiciones, el gobierno procuró reunir en una cartera funciones que se hallaban dispersas y, con énfasis mayor, concentrar en una repartición específica (generalmente, creándola con esa finalidad) las tareas de control administrativo. Un ejemplo del primer caso fue la transferencia, desde un ministerio hacia otro, de departamentos con objetivos semejantes pero sin conexión entre sí: "Una buena medida de orden administrativo es la centralización en un Ministerio, de todas aquellas reparticiones afines, con lo cual se mejorará notablemente el servicio que las mismas deben prestar al público, con el mínimo de inconvenientes para éste".[40]

El segundo tipo de objetivo, esto es, la concentración de tareas en una repartición, fue perseguido en forma extensa y reiterada. Las finalidades de centralización y perfeccionamiento del funcionamiento del Estado con su correlativa influencia en la eficiencia de la administración resultarán evidentes en el siguiente considerando: "Que por la propia estructura del Ministerio [...] es posible, sin ningún inconveniente, reunir en un solo organismo funciones que permiten unificar procedimientos administrativos [y] que la práctica señala la conveniencia evidente de que el Ministerio cuente con un control centralizado de la actividad administrativa de sus dependencias, de tal manera que [...] pueda asegurarse unidad de criterio administrativo, celeridad de trámite y obtener índices de eficiencia".[41]

El esfuerzo del gobierno peronista frente a la jerarquización, adecuación y centralización de la maquinaria estatal fue continuo y revela, por los menos al nivel de las intenciones, el proyecto de Estado que la elite peronista intentó desarrollar. Pero ningún aparato funcionará sin un personal competente. Pasamos así al tercer elemento que deseamos analizar. Una crítica corriente al régimen peronista, tanto entre opositores de la época como en alguna bibliografía posterior, insiste en destacar la tendencia a "peronizar" al personal del Estado. No obstante la aparente unanimidad que rodea el asunto, la realidad parece haber sido definitivamente más compleja. En principio, vale indicar que el peronismo –nacional– reiteró en más de una oportunidad los propósitos de "moralizar", capacitar y entrenar el personal del Estado. Al mismo tiempo, no obstante, los portavoces peronistas insistían en caracterizar como *contreras* (esto es, antiperonistas) a los empleados de la administración, supuestamente interesados en sabotear la marcha del gobierno. Evita Perón era una de las abanderadas de la tesis: "Las reparticiones nacionales deben purificarse para que aquellos que no sienten la hora argentina, para que aquellos que son vendepatrias o que permanezcan indiferentes en la hora extraordinaria en que vivimos [...] dejen su lugar para los argentinos de bien, para los argentinos que tengan el corazón puro y que conservan los valores espirituales como los ha conservado la clase trabajadora del país".[42]

La coexistencia de criterios contradictorios, meritocráticos y partidistas con relación a los agentes públicos parece un sello duradero de la gestión peronista. El gobierno bonaerense no fue ajeno a esta ambigüedad o duplicidad. Por una parte, mantuvo tradicionales normas informales para el ingreso a la administración pública, basadas en la "recomendación" y exigiendo del "recomendado" cualidades que, en orden decreciente, eran "compenetración con el Gobierno", "conducta honesta" y "capacidad técnica y de trabajo".[43] Por otra parte, el mismo gobierno, una vez embarcado en un sustantivo esfuerzo de racionalización del Estado, no fue indiferente a la necesidad de establecer condiciones apartidarias en la formación del personal. Así, en el decreto por el cual se creaba la Dirección General de Personal de la provincia, se estimaba que esa repartición debería encargarse de "la aplicación de los criterios generales y comunes que han de regir la función pública; para unificar los requisitos del ingreso; para fijar un concepto idéntico en la provisión y cesación de cargos, y en las designaciones en general; para establecer en forma permanente y exhaustiva una calificación del personal, y garantizar una mayor objetividad en el juzgamiento y estimación de su mérito".[44]

El alcance de condicionantes basados en el mérito para ingresar a la burocracia estatal parece haber variado significativamente de agencia en agencia, en la medida que avanzaba la "racionalización" de las reglamentaciones internas. De algún modo, esta inclinación podría tendencialmente fortalecer la capacidad del Estado de formular políticas autónomas.[45] Sería ilusorio, no obstante, suponer que estaba en ciernes la formación de una "burocracia prusiana"; el dual criterio seguido en la formación del personal público difícilmente garantizaría la emergencia de burocracias profesionales (cuerpo de funcionarios que, en verdad, es extremamente dudoso que haya existido alguna vez en la Argentina). Las necesidades políticas contribuían al mismo resultado: por encima o al costado de la pretendida racionalidad, el empleo público fue utilizado en forma permanente para "rentar" a militantes partidarios.[46]

Unas consideraciones adicionales sobre la reforma del estado provincial realizada por el peronismo requieren ser brevemente esquematizadas. La primera destacaría que las modificaciones en los organismos públicos, o aun las reformas estructurales del Estado, no son autoinducidas. Las instituciones no actúan por sí mismas; son los individuos quienes lo hacen.[47] Evidentemente, no todas las personas que componen la estructura del Estado tienen idénticas capacidades para

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

proponer y ejecutar modificaciones, del tipo que fueren. Son los "actores relevantes" ubicados en posiciones estratégicas los que tienen el poder para decidir e impulsar las transformaciones.[48] Para el caso que nos ocupa, fue la elite estatal bonaerense el actor decisivo en el diseño y la implementación de un cierto proyecto de Estado en el ámbito provincial. La lógica política de este proyecto tendía ostensiblemente a ampliar la denominada "autonomía del Estado" (aun cuando los actores no conocieran ninguna teoría al respecto). Al decir de Adam Przeworski, "el Estado es autónomo cuando los gobernantes tienen objetivos propios y la capacidad institucional de tomar decisiones y de ejecutarlas".[49] En este sentido, las políticas dirigidas a ampliar, centralizar y "racionalizar" el aparato estatal claramente fortalecían la capacidad institucional del Estado para ejecutar decisiones, lo cual, a su vez, aumentaba el poder de los administradores estatales para formular esas decisiones, al tiempo que ampliaba el abanico de opciones en torno a los objetivos que podían, eventualmente, perseguirse. Como hemos mostrado, la debilidad inicial de la elite estatal peronista tornaba difusas no sólo las posibilidades de ejecutar políticas sino aun de formularlas. Los ritmos de las iniciativas tendientes a autonomizar el aparato estatal estuvieron íntimamente vinculados con el gradual fortalecimiento de la elite gubernamental, ella misma resultante de una intrincada y compleja relación con las elites políticas peronistas, partidarias y parlamentarias.

Las dos caras del federalismo

El Estado provincial bonaerense era una de las entidades "autónomas" componentes de la federación argentina. Autonomía, en este caso, hace referencia al status de un estado provincial, resultante a su vez de la relación constitucional y política entre la nación y las provincias. Este tema es –una vez más– un tema polémico en los estudios sobre el peronismo, oculto quizá bajo el manto de una aparente unanimidad. Para las imágenes prevalecientes, la cuestión se resume en un juego de subordinaciones sucesivas: Congreso Nacional y gobernadores de provincia serían meros fantoches en las manos del gran prestidigitador. Delinear el problema con mayor precisión parece un paso necesario para evitar preconceptos. En principio, pueden destacarse las notas básicas de un sistema federal: "La federación es [...] una forma de organización política basada en la distribución territorial de poder y autoridad entre instancias de gobierno, constitucionalmente definida y asegurada, de tal manera que el gobierno nacional y los subnacionales son independientes en sus propias esferas de acción".[50]

El complejo institucional establecido en la Constitución Nacional de 1853 se inserta en esa caracterización y nunca fue modificado en las varias reformas constitucionales (incluida la peronista de 1949). De acuerdo con los textos, las provincias se reservaban todas las atribuciones y facultades no delegadas expresamente al Estado federal, conservaban total autonomía en la formación de sus poderes públicos y dictaban sus propias Constituciones. El Estado federal garantía a cada provincia el goce de sus instituciones bajo la condición de que preservaran el sistema representativo y republicano de gobierno.

Formalmente considerado, el funcionamiento de las instituciones federales durante la primera presidencia del general Perón puede considerarse relativamente normal, o al menos no más anormal que en períodos gubernativos anteriores. Las provincias mantuvieron sus sistemas representativos de gobierno, con autoridades electas por el voto de la ciudadanía. El gobierno nacional sólo interrumpió el ejercicio autónomo de los gobiernos provinciales en circunstancias específicas y localizadas, cuando consideró gravemente perturbadas las posibilidades de continuidad institucional.[51] Realmente considerado, no obstante, el asunto adquiere otra coloración. La creciente tendencia al incremento de las atribuciones del Estado nacional y, dentro de él, del propio Poder Ejecutivo, concentrando y centralizando en sus manos herramientas clave para impulsar el desarrollo económico parecían limitar seriamente las capacidades autónomas de las provincias. Instrumentos legales sucesivos transformaban cuestiones laborales, impositivas y financieras en asuntos de competencia primaria, si no exclusiva, del gobierno nacional. En este sentido, el gobierno de Perón seguía una corriente perceptible en la época en similares estructuras federales, que parecía dar lugar a lo que se denomina "federalismo centralizado".[52] Las ideas del presidente transitaban en esa dirección: "El gobierno central, en nuestra concepción del federalismo práctico, planifica para todo el país en orden a los objetivos básicos de la doctrina nacional y las provincias tienen a su cargo la ejecución de la parte que les toca en los planes generales sin perjuicio de la plena libertad que poseen para el logro de sus propios fines".[53]

El contexto previamente esbozado define el marco en el cual se desarrollaron las relaciones entre el gobierno provincial bonaerense y el nacional. Formalmente consideradas, ellas fueron armónicas guardando cada instancia de poder sus competencias específicas. No hubo "intrusión" federal en las instituciones políticas de la provincia a lo largo del período aquí considerado. Los poderes públicos bonaerenses ejercieron sin duda las atribuciones propias de un Estado federado, autónomo y representativo. El segundo plano del problema no admite respuestas categóricas. La aumentada tendencia a considerar de incumbencia primaria del gobierno nacional cuestiones económico-sociales escasamente podría ser rebatida. Con todo, no está nada claro cuándo ni cómo tal inclinación podría haber afectado directamente atribuciones de la provincia. Hemos encontrado referencias dispersas en las fuentes a probables choques de competencias. Uno de ellos tuvo como epicentro al Banco de la Provincia. En los primeros meses de 1946, el gobierno nacional (después de la elección de Perón, pero antes de su asunción del mando) nacionalizó el Banco Central de la República, que inmediatamente dispuso lo que se denomina "nacionalización de los depósitos bancarios". El gobernador Mercante, considerando que el Banco Provincia era una institución del Estado, se negó a cumplir la disposición del Banco Central y se embarcó en un arduo conflicto con la nación por la preservación de la autonomía provincial, a la que entendía amenazada. Según el gobernador, "el Poder Ejecutivo no debe ni puede renunciar por silencio o consentimiento a derechos que le son propios o que pertenecen al Estado Provincial, cuya autonomía e integral potestad representa".[54]

A pesar de la profusa artillería legal puesta en formación por ambos contendores, "la sangre no llegó al río".[55] La discordia fue solucionada a través de un convenio que, a los ojos del gobierno de Mercante, salvaguardaba los intereses de la provincia y de su banco. Posteriormente son prácticamente nulos los indicios sobre conflictos de esta naturaleza. Permanece la duda sobre si

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ese silencio revela subordinación ante avances del Estado nacional, unidad de propósitos, coordinación de intereses o simple ausencia de superposición de competencias. El gradual fortalecimiento del gobierno provincial aunado a la elevación de Mercante en la constelación de poder peronista sugiere como combinación verosímil la coordinación entre intereses provinciales y nacionales en el marco de la unidad de propósitos peronistas.[56]

Existe otro aspecto de la compleja imbricación entre niveles de autonomía institucional que podríamos consistentemente incluir dentro de la cuestión federal. De acuerdo con el artículo 5 de la Constitución Nacional (1853), el mantenimiento del denominado "régimen municipal" era una de las obligaciones básicas de los estados provinciales para que la nación garantizara el goce de su autonomía. En sustancia, tal régimen implicaba el derecho de los municipios de conformar sus autoridades políticas a través de mecanismos representativos. El régimen municipal bonaerense estuvo garantizado por las sucesivas Constituciones de la provincia, incluida la peronista de 1949. Las comunas eran administradas por autoridades políticas, deliberativas y ejecutivas, cuyos contornos estaban fijados en las leyes "orgánicas de las municipalidades". El gobierno provincial sólo en circunstancias especiales podía intervenir una comuna y administrarla hasta que la ciudadanía eligiera nuevas autoridades. Cuando el peronismo asumió el poder provincial en 1946 la totalidad de los gobiernos municipales se encontraban bajo intervención; legado no necesariamente incómodo de las intervenciones federales de la revolución de junio, pero claramente inconstitucional. Turbado por las activas demandas de la oposición política que reclamaba la normalización de los gobiernos municipales, el gobierno provincial convocó a elecciones comunales para marzo de 1947; en poco tiempo, sin embargo, volvió sobre sus pasos y anuló la convocatoria, fundándose en argumentos procedimentales escasamente persuasivos.[57]

Este hecho es significativo del contexto de relaciones entre gobierno y partido. Para esta fecha el Partido Peronista no tenía mayor noción sobre cómo escoger sus autoridades internas ni sus candidatos a cargos públicos. Intervenir en una campaña electoral sin dirigentes reconocidos o mínimamente legitimados colocaba al partido frente a un escenario de resultados impredecibles, que fueron claramente explicitados por el vicegobernador en una entrevista concedida a un diario de Mar del Plata. Según el periodista que lo entrevistó, refiriéndose a ese distrito Juan Bautista Machado afirmó que "allí había dentro mismo del peronismo cuatro fracciones distintas. Si las elecciones se hubieran realizado, fatalmente [...] hubiera sido derrotado por los socialistas".[58] En ese marco, el gobierno Mercante renunció a sus loables intenciones de normalización institucional y asumió como propias las necesidades partidarias postergando el acto electoral. No es difícil sospechar, adicionalmente, que una debacle electoral en el ámbito municipal colocaría en riesgo simultáneamente la legitimidad del gobierno provincial.

Interrumpida la normalización, los municipios permanecieron administrados por una nueva ola de comisionados designados desde la casa de gobierno en La Plata.[59] Continuando una tendencia endémica de la política provincial, el gobierno Mercante continuó usando ese cargo tanto para reclutar como para aumentar las potencialidades de dirigentes –o probables dirigentes– partidarios, limitándose a digerir frecuentes y nada infundadas críticas opositoras de subida coloración: "Ya no es un secreto para nadie que se pretende crear un partido oficial desde la función pública y, consiguientemente, se les otorga a los comisionados, además de las funciones administrativas, las de carácter político para gestar, mediante el poder que le da el gobierno de ese pequeño estado que es la comuna, la posibilidad del funcionamiento del Partido Único".[60]

A pesar de ser institucionalmente incorrecto, el mecanismo utilizado fue, considerado desde la perspectiva de la conformación de los grupos dirigentes peronistas, inapelablemente exitoso. Al realizarse finalmente las elecciones municipales en marzo de 1948, el 30% de los intendentes peronistas había actuado como comisionado en el período previo. Una vez electas las autoridades municipales, el gobierno provincial mantuvo con ellas relaciones estrictamente institucionales, interviniendo comunas en poquísimas oportunidades. Independientemente del "estilo" político que Mercante pueda haber imbuido a su gestión de gobierno, la preservación de relaciones institucionales entre los niveles provincial y local de administración aparece íntimamente vinculada al proyecto de Estado que la elite gubernamental impulsaba: "Se ha afianzado a través de la acción del Poder Ejecutivo y de la aplicación de la ley, la coordinación indispensable entre los poderes provinciales y locales, con lo que se logró acordar una mayor racionalidad a la administración de los servicios públicos".[61]

"Racionalización" y "coordinación", palabras clave con que la elite estatal peronista definía las relaciones entre niveles provincial y local de gobierno, se fundamentaban en los lineamientos generales que los peronistas creían debía tener el "nuevo" Estado por ellos procurado. Aceitadas vinculaciones entre gobierno provincial y municipios parecen haber sido facilitadas por el hecho de la incuestionable hegemonía que los peronistas mantuvieron en este último nivel: cien de las ciento doce comunas estaban en manos de dirigentes partidarios. En ese marco, la responsabilidad primaria por la preservación de la normalidad municipal recaía sobre los dirigentes que actuaban en ese ámbito, reservándose el gobierno provincial las herramientas para arbitrar en circunstancias excepcionales. Comunas gobernadas por peronistas fueron el blanco exclusivo de las contadas intervenciones, y estuvieron determinadas por irresolubles conflictos intestinos entre dirigentes lugareños. Por esta vía indirecta, podría deducirse que la relación "normal" entre provincia y municipios no fue una simple señal de un cierto estilo "mercantista" deseoso de mantener los principios republicanos, sino un aspecto sutil de las complejas vinculaciones entre gobierno y partido: localidades con peronismos fuertes y sin fracturas irreversibles no vieron en ninguna ocasión limitada su autonomía.

Consideraciones finales

Hablando en la Cámara de Diputados de la provincia hacia 1948, un legislador socialista –integrante de un partido acérrimo en sus críticas al "fascismo" peronista– afirmaba: "Yo advierto [...] una diferencia de tono y de matices. Yo acredito a la provincia de Buenos Aires una ventaja y una superioridad sobre la esfera nacional de la República. [...] Es aquí en la provincia de Buenos Aires donde se advierte un dominio mayor de la situación y donde los hombres representativos han demostrado su capacidad también mayor de comprensión y de serenidad".[62]

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Aunque era ostensible que las figuras egregias que subtendían esa diversidad de "tono y matices" eran Mercante y Perón, los dichos precitados pueden entenderse en su alcance más general. El peronismo bonaerense inicial adquirió un definido perfil representativo. La estructura partidaria provincial se consolidó en términos de una serie de instrumentos que posibilitaron la activa participación popular en la vida interna de la agrupación, permitiendo la construcción de cuerpos dirigentes legítimos. La elite estatal, a su vez, directamente interrelacionada con los grupos dirigentes partidarios y parlamentarios, mostró un decidido empeño por modernizar y rearticular el aparato del Estado, al tiempo que preservaba relaciones institucionalmente reguladas entre los distintos niveles de autoridad política.

Este particular experimento peronista no sobreviviría a una aguda crisis política que se desató impetuosamente durante 1951 –con remezones posteriores– y que ocasionaría el ocaso del gobernador Mercante y de buena parte de los líderes partidarios y gubernamentales. Otros grupos dirigentes peronistas, portadores de una tendencia más autoritaria y vertical, derrotaron al equipo dirigente "mercantista", lo desplazaron de sus lugares duramente conquistados, y culminaron su victoria con expulsiones y persecuciones de insólito rencor. No es posible incursionar, en los límites de este artículo, en las razones políticas que subtendieron esa crisis.[63] Pero, si a posteriori de ese conflicto la dirección política de la provincia asumió características más a tono con la ritual sabiduría sobre el peronismo, no es posible silenciar esos primeros años del peronismo provincial. Los ribetes democráticos y participativos de organización partidaria, las fluidas intercomunicaciones entre liderazgos partidarios, legislativos y estatales, determinaron la conformación de una corriente peronista bien distante del habitual autoritarismo que sería típico del peronismo. La interpretación, sin embargo, no puede permanecer estancada en esta comparación estática. Porque por más "excepcional" que pudiera haber sido esa corriente inicial –encabezada por el gobernador Mercante–, ella era también, y primero que nada, peronismo. Las modalidades de intervención política de este equipo dirigente no podrían evaluarse en relación a un supuesto "patrón" peronista previamente definido. En rigor, ellos también "hicieron" al peronismo, especialmente en sus primeros y más dinámicos años, aun cuando su derrota posterior los condenara al olvido.

Notas

[1] Véase un breve esbozo del perfil de Mercante en R. Rein, *Peronismo, populismo y política: Argentina, 1943-1955*, Buenos Aires, De Belgrano, 1998, y análisis de algunas facetas del gobierno provincial en C. Panella (comp.), *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2005.

[2] Véase M. Mackinnon, *Los años formativos del Partido Peronista*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno-Instituto Di Tella, 2002.

[3] Participaron en la interna alrededor de ciento cuarenta mil afiliados. En una mayoría de municipios hubo una variable cantidad de listas compitiendo por el consejo local. Los datos fueron tomados de *La Nación*, 23 y 24 de septiembre de 1947, y *El Argentino*, 22 y 23 de septiembre de 1947.

[4] Véase "Carta Orgánica Nacional del Partido Peronista" (1947), en *Doctrina Peronista*, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1951, pp. XXIX-XLII.

[5] En esa ocasión participaron alrededor de doscientos mil afiliados. Las fuentes consultadas fueron *El Día*, 17-19 de diciembre de 1949; *El Argentino*, 20-23 de diciembre de 1949; *La Nación*, 21- 22 de diciembre de 1949.

[6] Hasta donde sabemos, éste fue el único distrito provincial en el que la autoridad ejecutiva del Partido Peronista se conformó orgánicamente, sustituyendo a los sempiternos interventores que fueron norma en el resto del país.

[7] El consejo directivo provincial estaba integrado por quince miembros. Véanse sus nombres en *El Día*, 31 de diciembre de 1949.

[8] La Legislatura de Buenos Aires estaba compuesta por dos cámaras: Diputados, con ochenta y cuatro integrantes, y Senadores, con cuarenta y dos.

[9] Además, había sido interventor federal en la provincia de Buenos Aires entre enero y septiembre de 1945.

[10] Leloir era un dirigente proveniente del Partido Radical, de su ala "yrigoyenista". Posteriormente tuvo destacada actuación en el Partido Peronista.

[11] Los datos de estas confusas maniobras fueron tomados de *El Día* de enero y febrero de 1946. Entre ellas, los renovadores propusieron que la fórmula de ambos partidos fuese Leloir-Mercante, y que el partido que obtuviese más votos se quedase con el cargo de gobernador (en el supuesto de que el laborismo fuese más votado, Leloir debería renunciar antes de asumir [¡!]).

[12] Citado por M. Mackinnon, *Los años formativos*..., p. 107.

[13] El peronismo obtuvo 65% de los votos, contra 28% de la UCR. Véase *La Nación*, 16 de diciembre de 1948.

[14] *Baluarte*, N° 5, febrero de 1950.

[15] "[E]l gobierno de Mercante [...] contó con lo más cercano a un *equipo* de forjistas que fue posible encontrar [...]", dice Alberto Ciria, *Política y cultura popular: la Argentina peronista, 1946-1955*, Buenos Aires, De la Flor, 1983, p. 149 (subrayado en el original). En el mismo sentido, Félix Luna ya había ofrecido un extenso listado de ex forjistas entre los integrantes del gobierno bonaerense. Véase *El 45*, Buenos Aires, Sudamericana, 1972.

[16] Esta distinción remite a Max Weber: "En regla, los funcionarios «políticos», [...] se distinguen externamente por el hecho de que a cada momento pueden ser transferidos, despedidos o «puestos a disposición»"; *Economia e Sociedade*, Brasilia, Editora da Universidade de Brasília, 1999, vol. 2, p. 538. Como es evidente, esto no significa que un funcionario político no pudiese tener antecedentes burocráticos.

[17] Véase M. Cotta, "Defining Party and Government", en J. Blondel y M. Cotta, *The Nature of Party Government. A Comparative European Perspective*, Nueva York, Palgrave, 2000.

[18] Me refiero a Manuel Mainar, quien falleció en 1949, un año después de ser designado ministro.

[19] Miguel López Francés fue diputado provincial por el laborismo en 1946. Julio Avanza y Juan Marenzi fueron electos por el Partido Peronista para la Legislatura en 1948.

[20] Héctor y Raúl Mercante eran parientes del gobernador. El grado específico de parentesco suscita algunas dudas, especialmente en el segundo caso que parece un tanto lejano. Bocalandro, además de médico, pertenecía a la institución militar, donde parece haberse vinculado a Mercante. Mainar era un antiguo conocido de Mercante, a quien éste ya había llevado como colaborador en su paso por la Secretaría de Trabajo y Previsión a finales de 1945.

[21] Arturo Jauretche (1901-1974) fue un personaje de vasta popularidad, especialmente en la década del 60. Se había formado como abogado, aunque aparentemente no ejercía la profesión, dedicándose a la actividad política. Éste fue el primero y, si no me engaño, único cargo público que ocupó en su vida.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[22] Sampay (nacido en 1911) se especializó en derecho constitucional, y era un especialista renombrado y prestigioso.

[23] Durante los años 30, las "policías bravas" –como eran denominadas– cumplían un papel básico en la adulteración de la voluntad ciudadana: en lugar de garantizar la seguridad del acto electoral, eran un engranaje más del mecanismo del fraude orquestado por el entonces dominante Partido Conservador.

[24] Greca (nacido en 1893), por lo que sé, fue el único caso de alto funcionario que no tenía residencia de larga data en la provincia de Buenos Aires.

[25] Evaluamos a estos funcionarios siguiendo la sugerencia de Cotta, "Defining Party and Government…", quien resalta la necesidad de establecer si esas personas tienen antecedentes político-partidarios, técnicos, burocráticos, o representan intereses u organizaciones sociales. De los datos que poseemos no se infieren casos de designaciones de esta última categoría.

[26] En el Ministerio de Hacienda, dos (sobre tres) subsecretarías fueron ocupadas por forjistas (G. Piñero y Francisco Capelli), del mismo modo que la importantísima Dirección General de Rentas (C. Lerena). Por lo menos cuatro directores del Banco Provincia tienen similares antecedentes. También un subsecretario del Ministerio de Educación (J. Cafasso).

[27] Existen también indicios de la presencia de católicos nacionalistas en algunas áreas, notoriamente educación, cosa que no es de extrañar dada la ferviente tendencia de la Iglesia por colocar a sus hombres en esos lugares. Como ejemplo, el director de Enseñanza Emilio Mignone (n. 1922). (En la década del 60 este individuo estuvo vinculado a la dictadura del general Juan Carlos Onganía.)

[28] *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales, 1947, t. I, pp. 571-572 (en adelante, citaremos esta fuente como *Registro Oficial*).

[29] Tomamos esas palabras de P. Evans, "El Estado como problema y como solución", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 35, 140, enero-marzo de 1996, pp. 529-562.

[30] Los resúmenes y cuadros incluidos en una fuente oficial ofrecen una fotografía de ese desorden. Véase Ministerio de Gobierno, *Anuario Estadístico, año 1938*, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales, 1941.

[31] Para comparar, puede verse M. Philp, "La conflictiva construcción de las instituciones durante el peronismo. Córdoba (1943-1950)", en M. Spinelli, A. Servetto, M. Ferrari y G. Closa (comps.), *La conformación de las identidades políticas en la Argentina del siglo XX*, Córdoba, UNC, 2000, pp. 159-188; y N. Bacolla, "Política, administración y gestión en el peronismo santafesino, 1946-1955", en D. Macor y C. Tcach (eds.), *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe, UNL, 2003, pp. 111-162.

[32] En el primer caso, las diversas direcciones de Cultura, transferidas desde el Ministerio de Gobierno, creándose subsecretarías específicas. En el segundo caso, especialmente referido a los asesores del gobernador y a la Fiscalía de Estado.

[33] Véase artículo 167 bis de la Constitución provincial, en Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, *Diario de Sesiones*, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales, 1949-1950, t. I, pp. 192-193 (citaremos esta fuente, en lo que sigue, como *Diputados*).

[34] Sobre esto, lo más importante fue la extinción de la Dirección General de Escuelas, transferida en su totalidad –excepto los cargos directivos– a Educación. Véase *Registro Oficial*, 1949, vol. II, pp. 795-796.

[35] Al discutirse en la Legislatura la reconversión del Ministerio de la Gobernación nuevamente en Secretaría General, el motivo directo fue el fallecimiento del ministro Mainar. Un legislador opositor afirmó en la oportunidad: "Pareciera que ese Ministerio hubiera tenido como única razón de su existencia, la de ser atribuido a determinada persona"; argumento parcialmente convalidado por los peronistas, por boca del jefe del bloque: "No niego [...] que la personalidad extraordinaria del ex Ministro Mainar haya podido ser uno de los motivos que movieron a jerarquizar la Secretaría General de la Gobernación, elevándola a la categoría de Ministerio"; *Diputados*, 1949-1950, t. II, pp. 1312-1314.

[36] En el estilo mesurado que lo caracterizó, Mercante indicó, humildemente, que él se había "interesado" en la creación de los ministerios. Véase Senado de la Provincia de Buenos Aires, *Diario de Sesiones,* La Plata, Taller de Impresiones Oficiales, 1950, p. 23 (en adelante, citaremos a esta fuente como *Senadores*).

[37] Véase, respectivamente, *Diputados*, 1946-1947, t. IV, pp. 4003 ss. *Registro Oficial*, 1949, vol. II, pp. 795-796 y 819-821.

[38] Éste fue el caso del Ministerio de Hacienda, donde se instalaron dos nuevas subsecretarías (Economía y Previsión; ya existía la de Hacienda).

[39] *Registro Oficial*, 1947, t. IV, pp. 45-46.

[40] *Registro Oficial*, 1946, t. IV, p. 164.

[41] *Registro Oficial*, 1949, t. II, p. 919.

[42] *La Nación*, 19 de marzo de 1950.

[43] Las cualidades exigidas dieron lugar a vivas protestas de la oposición. Véase *Diputados*, 1947-1948, t. IV, pp. 4175-4183.

[44] *Registro Oficial*, 1948, t. II, p. 1444.

[45] Para algunos autores, cuanto más profesionales, basadas en el mérito y aisladas del contexto social sean las burocracias, más capaz será el Estado de proponer políticas autónomas. Véase P. Evans, "El Estado como problema…", quien, sin embargo, es crítico de tales perspectivas, y postula la necesidad de burocracias con "autonomía enraizada" *(embedded autonomy).*

[46] Citaremos aquí los casos ejemplares de Mario Goizueta, de quien ya se habló, y de Raúl Govetto (luego legislador provincial), ambos designados en cargos irrelevantes de la administración provincial.

[47] "Una institución no puede tener propósitos [...] Sólo los individuos pueden intentar, planear concientemente y elaborar estrategias [...]"; M. Douglas, *Como as instituições pensam*, São Paulo, Ed. da Universidade de São Paulo, 1998, p. 98.

[48] "Poder", como diría Weber, es la probabilidad de una persona, o varias, de imponer su voluntad en una acción social, aun contra la oposición de otros participantes de ésta.

[49] A. Przeworsky, *Estado e Economia no Capitalismo*, Rio de Janeiro, Relumé-Dumará, 1995, p. 77.

[50] M. Tavares de Almeida, "Federalismo, Democracia e Governo no Brasil: Idéias, Hipóteses e Evidências", *BIB*, 51, São Paulo, primer semestre de 2001, pp. 13-34.

[51] El caso que escapa a esta oración es el conocido (aunque poco estudiado) de Corrientes. En la primera presidencia de Perón se intervinieron otras cinco provincias, motivadas por problemas entre los propios peronistas. En todos los casos, las intervenciones fueron por un lapso de tiempo breve –a veces, brevísimo– y el gobierno fue devuelto a las autoridades provinciales tras solucionar el conflicto, o llamando a nuevas elecciones. Si el número de estos actos puede parecer elevado, tal vez convenga indicar que en el gobierno popular de Hipólito Yrigoyen, entre 1916 y 1922, fueron decretadas o sancionadas por el Congreso diecinueve intervenciones federales.

[52] Este concepto indica "la transformación de los gobiernos estaduales [...] en agentes administrativos del gobierno federal, que posee [...] primacía decisoria y de recursos"; M. Tavares de Almeida, "Federalismo e políticas sociais", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 28, junio de 1995, pp. 88-108.

[53] Discurso ante la Asamblea Legislativa, 1 de mayo de 1950.

[54] *Registro Oficial*, 1946, t. II, p. 536.

[55] Véanse decretos nacionales 11.554/46 y 14.958/46, en *Anales de Legislación Argentina*, 1946, t. VI, pp. 338-347 y 551-552; y decretos provinciales 10 y 973, en *Registro Oficial*, 1946, t. II, pp. 536-537 y 638-644.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[56] El Gobernador Mercante así parecía entenderlo, cuando decía: "Después de cuatro años al frente de la provincia de Buenos Aires puedo decir con satisfacción que he sido en ella el ejecutor exacto del pensamiento de Perón, y mi gran alegría [...] será el haber sido colaborador inmediato e instrumento eficaz en la mayor empresa de liberación argentina [...]". *Senadores*, 1950, Tomo I, p. 5.

[57] Véase *Registro Oficial*, 1947, Tomo I, pp. 569-571.

[58] Citado por Nicolás Quiroga, "El Partido Peronista en Mar del Plata: articulación horizontal y articulación vertical, 1945-1955", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani",* Buenos Aires, 26, segundo semestre de 2004, pp. 75-110.

[59] Los "comisionados municipales" eran delegados del Ejecutivo provincial para administrar municipios imposibilitados de mantener, por las razones que fuesen, el orden político representativo. En décadas anteriores el cargo fue utilizado con finalidades partidarias evidentes.

[60] *Senadores*, 1946-1947, t. II, p. 1705.

[61] Mensaje del ministro de Gobierno ante la Asamblea Legislativa, 3 de mayo de 1950, en *Senadores*, 1950, p. 26.

[62] *Diputados*, 1948, t. IV, pp. 2311.

[63] Hemos mostrado los rasgos principales del derrumbe de los grupos dirigentes mercantistas en nuestro trabajo "Apogeo y ocaso de un equipo dirigente: el peronismo en la provincia de Buenos Aires, 1947-1951", *Desarrollo Económico*, 44, 173, Buenos Aires, abril-junio de 2004, pp. 85-107.

La Liga Patriótica Argentina
Una aproximación a las redes asociativas de los elencos políticos y culturales de Mendoza (1919-1930)*

*Virginia Mellado***

Introducción

La perturbación del orden social producto de las sangrientas huelgas acaecidas durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen llevó a que gran parte de las elites políticas, culturales e intelectuales se agruparan en torno a la defensa de la "nacionalidad amenazada". Este panorama de conflictividad social junto con la mutación de las formas de hacer política del gobierno yrigoyenista y el ascenso de las capas plebeyas al poder explican en parte la profunda transformación del clima político y cultural de los años 20. Estas condiciones económicas, políticas y sociales se sumaban a otras que provenían de un agitado contexto internacional: la efervescencia del movimiento obrero en Europa, la imagen que se desprendía de la Revolución Rusa y en particular las implicancias de la Primera Guerra Mundial, que puso en evidencia la vulnerabilidad de la economía argentina. La noción de progreso indefinido que habían pergeñado las elites dirigentes como el evidente itinerario del país comenzaba a mostrar sus debilidades. En esta atmósfera se inserta la Liga Patriótica Argentina, asociación que agrupaba en torno a la propuesta de la defensa de la patria, de la "argentinidad", una diversidad de actores y grupos: militares, intelectuales, radicales, conservadores y católicos.

Creada en Buenos Aires en enero de 1919, la Liga Patriótica Argentina adquirió relevancia en todo el territorio nacional. Brigadas de hombres, mujeres, maestros, estudiantes, se constituyeron con el objetivo de "defender la nacionalidad" ante los avances del movimiento obrero contestatario. La presencia de la asociación se hizo sentir en el espacio público a través de la denuncia de los elementos considerados "disolventes" de la nacionalidad y de las actividades "reparadoras" de los peligros disgregadores de la nación. Por ello, este artículo examina el ideario, la composición social y los perfiles que incentivaron y dieron forma a la entidad asociativa en la provincia de Mendoza. El itinerario de la Liga, el análisis de sus actividades, postulados ideológicos, representaciones colectivas y las redes de relaciones personales que estructuran la entidad asociativa permiten iluminar aspectos significativos de la vida política y cultural de la Mendoza de los años 20. Atender a su composición so-

* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en las III Jornadas nacionales Espacio, Memoria e Identidad, Rosario, septiembre de 2004. Agradezco los comentarios que en esa oportunidad realizara Lilia Ana Bertoni.

** Becaria de CONICET, INCIHUSA-CRICYT.

Entrepasados - Nº 32, fines de 2007: 143-163
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cial, sus prácticas y su sustrato ideológico permite examinar el diagnóstico que las elites nativas realizan sobre el nuevo clima de época: el cuestionamiento de la inmigración como fuente de progreso y la desilusión de los usos de la democracia. Las nuevas percepciones confluyeron en abonar sensibilidades vinculadas con el nacionalismo.

En los últimos años han proliferado los estudios que abordan las problemáticas en torno a la nación y los nacionalismos. Desde la historia política y la historia de las ideas las investigaciones han profundizado la configuración del ideario nacionalista y de los grupos que lo dinamizaron.[1] Con referencia a la Liga Patriótica Argentina existe una vasta literatura que especifica el itinerario de la entidad asociativa, atendiendo a su composición y a la estructura nacional que le dio forma.[2] Sin embargo, las dimensiones que contemplan las especificidades regionales se encuentran menos presentes en la historiografía. La problemática que despierta el nacionalismo ha sido menos explorada con referencia a las particularidades de los contextos provinciales. Para el caso de Mendoza, los trabajos que se han interrogado acerca de la vida política y cultural de esa provincia han hecho hincapié en el examen de los gobiernos radicales y en las características que imprimió el liderazgo lencinista en la provincia.[3]

Para responder a estos interrogantes, en la primera parte se expondrán los orígenes de la Liga Patriótica en el país y se esbozará el perfil ideológico que delineó la asociación. Luego se presenta el contexto en el cual se inserta la formación de brigadas: la creciente visibilidad de la "cuestión social" en Mendoza sumada a la emergencia del radicalismo, y el acceso de José Néstor Lencinas al gobierno de la provincia. Posteriormente se examina la composición social de la Liga, sus redes de relaciones, su organización territorial y la formación de brigadas femeninas y de maestros para completar la tarea emprendida por los hombres. Por último, se bosquejará una posible interpretación sobre los factores explicativos que permiten entender la convocatoria de la Liga Patriótica en la provincia de Mendoza.

La reconstrucción del itinerario liguista se ha bosquejado por medio de fuentes periodísticas, ya que no se han registrado evidencias sobre documentos específicos de la asociación en Mendoza.

Aproximaciones al perfil ideológico defendido por la Liga Patriótica Argentina

La Liga Patriótica Argentina ha sido considerada por distintos autores como una organización "contrarrevolucionaria"[4] que se originó con motivo de los cambios ocurridos en el escenario de la primera posguerra. Producto de la huelga de los talleres Vasena en enero de 1919, entendida por ciertos sectores sociales como una revuelta revolucionaria, se constituyó la Liga Patriótica Argentina para defender la nación y la unidad del pueblo. Organización muy heterogénea en su composición social, buscaba velar por los valores instituidos del orden social dominante. De esta manera, el propósito principal del grupo liguista era sofocar los levantamientos izquierdistas y, en consecuencia, debilitar el movimiento obrero, encarnación de los disturbios sociales y políticos que sufría la Argentina. Desde la perspectiva de Fernando Devoto, "no debería omitirse recordar que cualesquiera hayan terminado siendo los propósitos y las características de la Liga, la función que justificaba su nacimiento era la represión extralegal del movimiento obrero contestatario y, a partir de allí, de las agrupaciones de izquierda que eran percibidas con él vinculadas".[5] A partir de esta función social se desprende que la violencia jugaba un rol importante dentro de las brigadas liguistas y el papel de los agentes rompehuelgas era destacado dentro del esquema contrarrevolucionario. La percepción de ciertos sectores sobre el supuesto de un "complot soviético" llevó a que se formaran grupos paramilitares que respondieran a esa nueva coyuntura que se vivía. Esta característica particular es la que ha llevado a vincular a la Liga Patriótica con los *fasci di combattimento* mussolinianos.[6] Esta asociación entre la Liga y el fascismo no se debe sólo a comparaciones analíticas; la prensa mendocina rescató el posible vínculo entre las tácticas violentas ejercidas por los italianos y la práctica ejercida por los liguistas. Con referencia a la metodología que aplicaban fascistas y miembros de la Liga respecto de la cuestión social, el diario *La Tarde* expresaba: "No es más que una diferencia exterior la que existe. Los italianos han desplegado la táctica violenta a plena luz y sin pretender disimularla, mientras que nuestra institución practica la violencia solapadamente, escondiéndose, apareciendo oficialmente como enemiga de ese método, aunque en realidad no es así".[7]

Además del sustrato antiizquierdista de la Liga, el grupo recibió y reconfiguró el bagaje ideológico y cultural que se consolidó en la etapa del Centenario. La recepción de los tópicos relacionados con la problemática de la identidad nacional en los debates realizados por un grupo de intelectuales fue uno de los elementos que configuraron su sustrato ideológico. Este clima ideológico que se plasmó en la literatura del Centenario fomentaba una defensa de la nación, de lo hispánico, en detrimento de los postulados de la Ilustración. El valor de la razón y la ciencia como ejes organizadores de la sociedad moderna fueron sustituidos por raza y lenguaje,[8] elementos que permitieron la construcción de los mitos de origen y la afirmación de una tradición común para la nacionalidad argentina.

El lema "Patria y orden" constituyó la síntesis medular del ideario de la Liga. La noción de revivir y agitar en el pueblo el sentimiento de nacionalidad, de la argentinidad, de mostrar a la nación como un cuerpo indivisible, homogéneo, caracterizado por una tradición común,[9] se convirtió en el argumento para agrupar a vastos sectores que se hicieron eco de las nuevas propuestas. La visión de la nación en un sentido "cultural esencialista"[10] de rasgos permanentes y definidos fue alimentada y reapropiada por los miembros de la Liga. A partir de esta concepción se vinculaba al extranjero con un elemento extraño, ajeno a este cuerpo que era necesario proteger. Por lo tanto, se debían resguardar aquellas características que se consideraban esenciales para la pervivencia de la patria, especialmente las relacionadas con la raza española y criolla. En este sentido, la reivindicación del gaucho se evidencia en algunas de las actividades propuestas por el grupo, por ejemplo, la inauguración de monumentos al gaucho como un "acto de justicia al tipo legendario de nuestra tierra".[11]

Sin embargo, el tinte nacionalista que caracterizaba a la organización difiere de los grupos que emergieron en el contexto de fines de la década del 20. Esta nueva derecha que constituían los jóvenes nacionalistas, vinculada en torno a las publicaciones de *Criterio* y *Nueva República*, hacía hincapié en la crítica hacia la democracia liberal: el li-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

beralismo como doctrina filosófica y cultural y su consecuente acentuación de las libertades abstractas e individuales habían traído aparejado el ascenso de las capas plebeyas al poder del Estado y el bolcheviquismo a los obreros.[12]

La modalidad ideológica más tenue de la Liga se evidenció en las propuestas y actividades que organizaban sus miembros para llevar adelante la defensa de la argentinidad. Si bien su concepción sobre la inmigración difería de la forjada a mediados y fines del siglo XIX, cuando el inmigrante era visto como fuente de progreso, de riqueza, de modernización y la nacionalidad argentina como una mezcla, crisol de razas, creían en la posibilidad de integrar las masas extranjeras a la vida nacional. El tono matizado con que evaluaban la política migratoria impulsada desde mediados del siglo XIX se reflejaba en la noción de selección necesaria que se debía hacer de los extranjeros. Sólo aquellos extranjeros que desearan trabajar con sus manos laboriosas en la tierra argentina debían ser admitidos; en cambio quienes tenían intenciones de perturbar el orden social, los "apátridas", debían ser rechazados. Como refiere el coronel Octavio Fernández, presidente de la Liga Patriótica sección Mendoza, con motivo de la conmemoración del aniversario de la revolución de mayo en 1919: "Arriben en buena hora a nuestras playas los extranjeros laboriosos de todas las latitudes, respetuosos de nuestras leyes, de nuestras instituciones y de nuestra tradición. Para ellos, el Preámbulo liberal y humanitario como ninguno, de nuestra carta fundamental. […] Mas no permitamos jamás que se filtre la ponzoña de esos agitadores sin patria, que traicionando nuestra hospitalidad generosa, quieren hacernos pagar errores que no cometimos, quieren hacernos compartir odios, y lo que es peor aún, pretenden en su apasionamiento desenfrenado y ciego, producto de una imaginación híbrida y enfermiza, hacernos abdicar, ¡insensatos!, de nuestra nacionalidad, de nuestro pasado, de nuestra categoría de ciudadanos de un país libre y soberano, y arrastrarnos hacia el caos, la anarquía y el desorden".[13] La noción de robustecer la nacionalidad, de elevar "el desorbitado engranaje moral de nuestro pueblo",[14] era pensada a través de la educación patriótica por medio de la conmemoración de los eventos y las acciones afines con la exaltación nacional y de las acciones caritativas hacia los sectores más postergados.

El nacionalismo cultural de la Liga se combinó con ciertas dosis de liberalismo: la ambigüedad del ideario liguista se conjuga especialmente en la cristalización de elementos del tradicionalismo y el nacionalismo con la defensa de la Constitución de 1853. El apoyo al orden constitucional sugiere que la Liga en sus orígenes no era antiliberal ni antiparlamentaria, a pesar de constituir un hito importante en el proceso de acercamiento de las elites políticas y culturales hacia posturas vinculadas con el nacionalismo. Una carta del general Munilla a Manuel Carlés presenta la confluencia de estos rasgos. Describiendo la misión de la Liga en la sociedad argentina, plantea que esta organización debe enseñar "lo que hay más noble en la vida: el concepto de nacionalidad, la moral del hogar, el respeto a la ley, las virtudes irremplazables de la democracia, el culto al trabajo, el ejemplo de un pasado de sacrificios gloriosos, las caras esperanzas de días mejores, aun, de un porvenir incomparable que ofrecen a la patria querida la fecundidad de su suelo, la liberalidad de sus instituciones y el generoso y bien templado corazón de sus hijos".[15] Otros fragmentos sobre las convicciones plasmadas por la Liga señalan la defensa de la letra y el espíritu de la Constitución nacional.[16]

A pesar del apoyo que la Liga pronunció en torno a la Constitución de 1853, y junto con ella un matizado apoyo al parlamentarismo y el liberalismo, esta postura no impidió que se percibiera cierto vínculo con cosmovisiones más extremas vinculadas con el nacionalismo. Este posible deslizamiento queda demostrado por la relación que mantenía la Liga Patriótica con Leopoldo Lugones. Como afirma Fernando Devoto, en numerosas ocasiones las conferencias del poeta fueron patrocinadas por la Liga, lo que demuestra la estrecha relación que existía entre ellos.[17] Sin embargo, a pesar del vínculo mantenido, la postura de Lugones era más extrema que la que mantenía Carlés frente a la situación política que atravesaba la Argentina. El ascenso de las capas plebeyas al poder gubernamental y el populismo del gobierno de Yrigoyen constituyeron aspectos que fomentaron el asociacionismo liguista.

Preocupaciones en ascenso: movilización obrera y la emergencia del lencinismo

La Semana Trágica aceleró la formación de brigadas de la Liga Patriótica Argentina en todo el país. Sin embargo, no resulta satisfactoria la explicación que sugiere una mirada unidireccional, en la cual se acentúa que el polo central de la Liga fue el motor de impulso de la estructura nacional. Es necesario rescatar que las propuestas de "defensa de la nación" y la "necesidad de restaurar el orden social amenazado" encontraron eco en las elites mendocinas, que paulatinamente fueron desarrollando nuevas sensibilidades frente a los problemas sociales que ofrecía la incorporación de los inmigrantes a la sociedad nacional. Vale recordar que el crecimiento demográfico había sido significativo en la provincia; una importante porción de ese crecimiento se debía a los aportes de la inmigración de ultramar. La población de Mendoza había aumentado 139% entre 1895 y 1914. De un total de 277.535 habitantes registrados en el Censo Nacional de 1914, 88.354 eran extranjeros, y representaban el 31,8% de la población.[18]

La presencia de los obreros movilizados en las calles de la ciudad fue una preocupación en ascenso para las elites dirigentes. El diagnóstico que ellas hacían de la "cuestión social" derivaba de la ideología que portaban los migrantes desde sus lugares de origen, alimentando la imagen de la "tierra de promisión".[19] El crecimiento de algunos gremios en los últimos años de la década del 20, como los ferroviarios, panaderos y gráficos, relativizó la imagen de los inmigrantes como fuente de progreso. Si bien las trayectorias exitosas de inmigrantes vinculados a la vitivinicultura habían congraciado a las elites dirigentes en la época del Centenario con la creciente incorporación a los ámbitos de decisiones y la sociabilidad de las elites patricias, el icono se tornaba más confuso en los últimos años de esa década. A comienzos de siglo el auge de la economía regional se vinculaba en el imaginario dirigente a los aportes migratorios. Los itinerarios de Miguel Escorihuela, Balbino Arizu y Antonio Tomba eran evidencias que corroboraban la concatenación entre inmigración y progreso. Como presenta la publicación elaborada por el Centro Vitivinícola Nacional en ocasión de los festejos del Centenario, la prosperidad económica estaba asociada a los logros del desarrollo agroindustrial, cuyas firmas estaban en manos de ex-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tranjeros: "Mendoza nos exhibe sus colosos, con Giol y Gargantini, Domingo Tomba y Arturo Dácomo a la cabeza".[20] No obstante, el balance de la política migratoria incentivada desde el Estado desde mediados del siglo XIX se tornó ambiguo con la consolidación del movimiento obrero, y con la muestra que ofrecían los inmigrantes de escasa calificación, especialmente los italianos provenientes del sur. La virulencia de la clase obrera, su presencia y apropiación del espacio urbano a través de las manifestaciones públicas, influyó en la ponderación del diagnóstico sobre la política migratoria. La huelga de los obreros ferroviarios en septiembre de 1917 alimentó la visión acerca de "la ligazón entre agitación obrera y presencia inmigratoria ultramarina".[21] Hasta ese momento la actividad sindical en la provincia había sido menos intensa que en otros escenarios urbanos del interior del país. Sin duda la conformación de la economía provincial, motorizada por la agroindustria vitivinícola, poco favorecía el arraigo de un movimiento obrero consolidado: las especificidades del ciclo productivo de carácter estacional disminuían las posibilidades de agremiación y de construcción de identidades obreras por actividad. Esas condiciones eran acompañadas por otras: la febril actividad vitivinícola en la que no estaban ausentes las políticas públicas dirigidas desde el Estado nacional y el provincial crearon condiciones propicias de movilidad social ascendente que transformaron a no pocos trabajadores en pequeños y medianos propietarios de establecimientos rurales, manufactureros o comerciales. Por consiguiente, el desarrollo de una identidad obrera industrial se vinculaba con la trama urbana: como en otras partes, los trabajadores ferroviarios fueron los primeros en poner en escena la "cuestión social" en la Mendoza de fines del siglo XIX. La huelga de 1896 perseguía el objetivo de reducción de la jornada laboral. Como registraba el diario *El Debate*: "Alrededor de 340 operarios, es decir, todo el personal del Ferrocarril Gran Oeste, abandonó esta mañana el trabajo, después de manifestar que no volvería a él mientras no se rebajara a 8 el número de horas de labor. Actualmente tienen nueve y media".[22] Al conflicto de 1896 le siguió años más tarde la huelga de los toneleros –trabajadores vitivinícolas que transportaban el vino en bordelesas– en marzo de 1907.[23]

Sin embargo, el mayor impacto provino de las huelgas ferroviarias de 1917. La imagen de la huelga se encontró teñida por los hechos de violencia que se generaron en la manifestación realizada el 25 de septiembre, cuando dos mujeres murieron a causa de la represión del Ejército nacional. El conflicto se inició con la demanda de los ferroviarios quienes reclamaban la reducción de la jornada laboral y aumento de salarios. Como consignó *Los Andes*, la asamblea de la sección obrera de Mendoza exigía el "horario de 44 horas de trabajo semanales, abolición de los contratos y de las horas extras, aumento de un 10% de salario sobre todos los sueldos en general; higienización de los talleres",[24] entre otras peticiones. La firme posición de los obreros de las líneas Pacífico, Oeste y Sud llegó al momento de mayor efervescencia en los últimos días de septiembre cuando "se paralizó totalmente el movimiento de las diferentes secciones de tráfico y talleres del ferrocarril Buenos Aires al Pacífico".[25] Con motivo de hacer públicas sus proclamas, el 25 de setiembre de 1917 los huelguistas y sus familias se reunieron en el local de La Fraternidad y se dirigieron luego hacia la Federación Obrera. Los trabajadores se reclutaron y convergieron hacia la estación con el objetivo de "evitar que funcionaran los servicios de trenes, a cuyo efecto se había resuelto encabezar la manifestación con las mujeres de los huelguistas y a la vez hacer que éstas se entrevistaran con las familias de los obreros que reanudaron la tarea para conseguir la causa común con los demás obreros".[26] *La Tarde* describió los sucesos acaecidos durante la manifestación de los huelguistas, quienes alrededor de la una y media de la tarde se desplazaban "en actitud pacífica por las vías del ferrocarril a la altura de las calles Belgrano, Colón y Tiburcio Benegas".[27] Los trabajadores iban acompañados de mujeres y niños, quienes "querían patentizar su solidaridad y su firme propósito de vencer, y significar ante los ojos de todos que las reclamaciones que se hacían estaban íntimamente ligadas a la vida de sus modestos hogares".[28] En dirección a la estación de tren del ferrocarril Trasandino, *Los Andes* consignó que "al llegar la manifestación a la calle Colón se desarrolló la terrible tragedia […]. En forma rápida las fuerzas existentes en la estación del Trasandino hicieron fuego sobre la multitud y de ella resultaron como dos muertos y como veinte heridos".[29] Las víctimas fueron dos mujeres, quienes portaban las banderas –una celeste y blanca y otra roja– que encabezaban la manifestación. Las mujeres se identificaron como "Josefina Barbiani, de 23 años, mendocina, quien se encontraba en embarazo de ocho meses, y Adela Montaña, de 27 años, quien deja tres hijos, uno de ellos en lactancia".[30] Días más tarde falleció el español Miguel López, quien se desempeñaba como foguista.

La violencia impactó en el conjunto de la opinión pública. Por un lado, otros sindicatos se solidarizaron con los ferroviarios ante los sucesos desatados. Asimismo, los reclamos de los trabajadores ferroviarios incentivaron a otros gremios, como los panaderos, quienes tomaron posturas similares en defensa de mejoras salariales y se acoplaron a la protesta. Por otro lado, la huelga repercutió en el abastecimiento de bienes ya que por la "falta de algunos artículos" los precios se elevaron. Según la prensa mendocina, la paralización total de los ferrocarriles dificultó el abastecimiento de bienes de primera necesidad y perjudicó principalmente a los comerciantes quienes vieron disminuidas sus ventas en 70% por la escasez y la falta de público.[31] La producción vitivinícola también sufrió el impacto de la paralización del transporte. La Compañía Vitivinícola, entidad que controlaba la producción local, estimó las pérdidas en comisiones por ventas en 88.000 pesos.[32]

A los ferroviarios se sumaron los maestros. Agremiados desde la primera década del siglo, se manifestaron a lo largo de 1917, 1918 y 1919 con el objetivo de obtener mejoras salariales y lograr el pago en término de sus haberes. Las condiciones desventajosas derivadas de la retribución de sus salarios en "letras de tesorería" emitidas por el gobierno provincial fomentaron la agrupación del magisterio. Asimismo, el retraso salarial acentuó el conflicto con el gobierno. Desde la perspectiva de Benito Marianetti, la situación de los maestros era extremadamente delicada ya que para poder subsistir necesariamente debían acudir a prestamistas para vender sus haberes, quienes entregaban "sumas irrisorias por esos créditos".[33] La situación crítica incentivó en abril de 1919 a un grupo de maestros a crear un periódico, *Ideas*, para debatir los problemas que aquejaban al magisterio. Sin embargo, fue efímera su publicación y circulación, ya que exasperó al gobierno lencinista, y en particular al director general de Escuelas, Enrique Julio, quien pronto pidió la suspensión de los miembros de la comi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sión del periódico. La medida provocó un rechazo generalizado y en consecuencia los maestros crearon Maestros Unidos, la entidad gremial que pasó a agruparlos. La respuesta del gobierno no sufrió cambios, enviando suspender a los principales dirigentes gremiales. De esta manera, el conflicto del magisterio no logró resolverse. Las inquietudes del gremio persistieron, buscando apoyo en la Federación Obrera Regional Argentina (FORA).[34] Ante la inminencia de la continuidad de Julio en el cargo de director de Escuelas, y la pervivencia de la situación adversa, los maestros junto con otros trabajadores organizaron una huelga general en setiembre de 1919.[35] Si bien no lograron significativas mejoras, su presencia pública no pasó desapercibida por las elites nativas, quienes veían azoradas la actitud de revuelta de los maestros mendocinos, depositarios de la educación "nacional". Algunos de sus dirigentes gremiales, como Angélica Mendoza, redactora del diario *La Tarde*, ingresarían meses más tarde al Partido Comunista.[36]

Las elecciones de gobernador de 1918 sumaron nuevas desconfianzas y temores a las elites patricias al poner en evidencia la adhesión popular de José Néstor Lencinas, el líder de la Unión Cívica Radical (UCR). La elección de sus colaboradores, sus rasgos populistas y su escaso apego a los modos de las elites nativas complejizaron aun más el escenario. En la campaña electoral Lencinas se distinguía de la fórmula conservadora, alianza realizada entre la facción civitista y el grupo liderado por Benito Villanueva, denunciando las formas de hacer política de las elites dirigentes y exaltando la imagen del "hombre trabajador". De acuerdo con las estimaciones de Celso Rodríguez, la mayoría de los obreros rurales y urbanos prestaron apoyo a la candidatura de Lencinas y un escaso número respaldó al Partido Socialista. Esta adhesión se debía al ideario adoptado por el líder del radicalismo en Cuyo durante su trayectoria política: la defensa de la "igualdad política y la justicia social";[37] aunque Lencinas no estuvo exento de dispensar incentivos materiales a los trabajadores que mostraron la conformidad con su liderazgo. La enconada disputa electoral manifestó el enfrentamiento entre los sectores políticos contendientes: quienes fueron protagonistas del "orden conservador" y aquellos aglutinados en el partido radical, que, con un halo populista, buscaban la regeneración de la cuestión pública. Los resultados electorales en enero de 1918 arrojaron un importante triunfo a favor de José Néstor Lencinas sobre Civit en prácticamente la totalidad de los departamentos provinciales.[38] Su estilo de gobierno, tildado por los opositores de "demagógico",[39] acrecentó la preocupación de las elites patricias, quienes se vieron desplazadas de los espacios de decisión política y de la participación de ciertos escenarios considerados propios. Asimismo, la aprobación de la primera ley de jubilaciones para empleados públicos provinciales a pocos meses de iniciada la gestión lencinista, la promulgación de la jornada de ocho horas y la fijación del salario mínimo fueron percibidas como señales de alarma del nuevo clima de época propiciado por el gobierno "popular" lencinista.

El impulso de la actividad asociativa: la formación de brigadas en Mendoza

Sobre la base de la conflictividad social y política, y en diálogo con la formación de ligas patrióticas en Buenos Aires y otras ciudades del interior, grupos de las elites nativas mendocinas impulsaron la formación de las brigadas en la provincia, aunque en menor número al registrado en otros centros urbanos. Como afirma Sandra Mc Gee Deutsch, Mendoza contaba con cuatro brigadas. En el total de 100% del territorio nacional, esta provincia representaba el 0,7% frente al 30% de Buenos Aires y el 11% de la Capital Federal. El panorama cambia si se contabilizan sólo las brigadas femeninas en donde Mendoza representa el 7% del total nacional frente al 48% de la Capital Federal y el 17% de Buenos Aires.[40] Aunque su importancia no se debe despreciar, especialmente si se tiene en cuenta la densidad poblacional. Asimismo, los indicios que ofrece la formación de brigadas en los territorios alejados del centro urbano, como en los distritos de Luján de Cuyo, Maipú o San Rafael, indican la importancia que la entidad asociativa comenzó a adquirir a partir de los sucesos de 1919, al igual que evidencian la especificidad del caso cuyano respecto del de la Capital Federal. Esta aseveración invita a sugerir que los problemas relacionados con el trabajo rural y semiurbano eran importantes, al igual que las actividades pedagógicas.

En rigor, la actividad asociativa en torno a abonar las sensibilidades patrióticas no era inédita en la provincia. Como ha referido Lilia Ana Bertoni, a finales del siglo XIX y principios del XX, durante el conflicto que puso en riesgo la paz entre la Argentina y Chile, emergieron entidades que buscaban la defensa de la nación, como la Liga Patriótica Argentina constituida en 1898 por "un grupo de destacados empresarios, profesionales, intelectuales y políticos".[41] Desde la prensa local se incentivó la convocatoria para reunir adherentes con este objetivo ante la inminencia de la problemática limítrofe y el posible conflicto bélico. Al mismo tiempo, el peligro de guerra parece haber incentivado algún tipo de prácticas deportivas, cuyo ejercicio estaba imbuido cada vez más de una mística patriótica.[42] En concomitancia con el conflicto chileno, la actividad del Tiro Nacional Club Mendoza comenzó a ser regular; su objetivo era capacitar al ciudadano en el manejo de armas para defender a la patria. La receptividad de los tópicos patrióticos y nacionales fue una característica distintiva de este tipo de asociaciones. Como consigna *Los Andes*, con motivo de la organización del concurso de tiro propiciado por jefes de la Guardia Nacional en conmemoración del aniversario de la Revolución de Mayo, la práctica de tiro y la asistencia al concurso –incentivada por organizaciones como la Liga Patriótica– probaría que "las lecciones recibidas en los días de expectativas y cuando las sombras se cernían en el horizonte de la patria han sido fecundas en resultados óptimos".[43] Algunas trayectorias biográficas permiten relacionar la actividad deportiva del Tiro con el desarrollo de inclinaciones hacia el asociacionismo liguista. Héctor Makern, presidente del Tiro Federal de Mendoza desde 1909 hasta 1920, fue miembro de la comisión directiva de la Liga Patriótica Argentina en 1919.

Más cercana a la coyuntura que activó la emergencia de la Liga Patriótica Argentina, la ciudad de Mendoza fue escenario de un mitin, al cual sus organizadores denominaron "nacionalista". Esta convocatoria tenía como objetivo la defensa de la simbología nacional en el marco del conflicto bélico internacional. El fervor patriótico convocó a un grupo de personalidades de la elite dirigente en reacción a los "agravios"[44] sufridos por la insignia nacional en la manifestación neutralista del 7 de octubre de 1917,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

donde se había ultrajado y utilizado a la bandera argentina para "amparar manifestaciones encubiertamente favorables a una potencia extranjera".[45] La comisión organizadora fundaba el mitin en la necesidad de "mantener incólume el espíritu nacional argentino y el respeto a su bandera".[46] La confluencia de público y la asistencia de militares, políticos y miembros de las elites ilustraron la convocatoria del ideario patriótico. No pocos organizadores y participantes de este mitin integraron un año y medio más tarde las filas de la Liga Patriótica Argentina.

En febrero y marzo de 1919 comenzaron las actividades organizativas de la Liga Patriótica Argentina en Mendoza. Si bien no se han hallado evidencias en torno al número de integrantes que adhirieron a la propuesta liguista, la concurrencia a las reuniones ofrece un indicio de la cantidad de simpatizantes que prestaron apoyo al proyecto de "defensa de la nacionalidad". En los primeros años de su formación, cuando la Liga obtuvo un mayor impulso por parte de las brigadas de varones, la asistencia a las reuniones en la ciudad de Mendoza superó las doscientas personas.[47] Esta participación fue mermando con el correr de los años, quedando como núcleo principal de la organización las actividades asistenciales de las brigadas de mujeres en torno a objetivos filantrópicos. Asimismo, el número de miembros que asistía regularmente a los eventos organizados por la Liga Patriótica también se erige como un indicador de la significativa concurrencia de las elites a sus propuestas en los primeros años de su constitución. Si bien la prensa registra mayoritariamente la presencia de mujeres, no resulta desestimable este registro para ofrecer una imagen de la dimensión de la adhesión a la Liga Patriótica en Mendoza. A título ilustrativo, la prensa consigna que al evento organizado con motivo de la conmemoración de la muerte de San Martín asistieron ciento cuarenta y cinco mujeres, entre público en general, quienes pertenecían a las familias con mayor gravitación social.[48] De esta manera, los eventos de la Liga se erigieron como un espacio de sociabilidad de las elites mendocinas.

La configuración de las comisiones directivas de las brigadas ofrece un indicio sobre la composición social y política de sus miembros. En su mayoría, los integrantes pertenecían a las elites nativas, aunque no es despreciable la participación de inmigrantes que a esa altura exhibían un itinerario social y empresarial exitoso en las brigadas departamentales. Personalidades prestigiosas formaron parte de las brigadas patrióticas: militares, juristas, radicales y conservadores, entre los que se distinguían el coronel Octavio Fernández –quien fue originariamente su presidente–, Conrado Céspedes, Melitón Arroyo, Federico Baraldo Victorica, Pedro Ivanissevich, Héctor Mackern y Jorge Calle.[49] Entre estas personalidades es importante mencionar que tanto Melitón Arroyo como Conrado Céspedes y Jorge Calle pertenecían a los sectores más distinguidos de las elites nativas. Algunos de estos itinerarios resultan iluminadores para visualizar la composición social de los integrantes de la Liga Patriótica en Mendoza. En el caso de Arroyo, su apellido pertenecía a la alta sociabilidad mendocina. Melitón se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires e ingresó tempranamente a la magistratura, donde se desempeñó como ministro de la Suprema Corte de Justicia y ministro de Gobierno durante la gobernación de Carlos Galigniana Segura. Más tarde, durante la gobernación de Francisco Álvarez, obtuvo el cargo de senador provincial, juez y camarista federal.

La trayectoria de su vicepresidente, Conrado Céspedes, también resulta clarificadora en este sentido. Fue un destacado miembro de la elite política mendocina ya que pertenecía al sector que fue desplazado por el lencinismo. En 1904 integró la fórmula gubernativa que encabezaba Galigniana Segura, que resultó ganadora de los comicios de marzo de ese año. Este abogado fue vicegobernador hasta 1907 y luego senador provincial y miembro de la convención que reformó la Constitución de Mendoza en 1916. La trayectoria personal de Céspedes nos acerca al perfil de hombres que formaban las filas de las brigadas patrióticas y, por lo tanto, muestra el desarrollo de nuevas sensibilidades que exhibió el ideario de las elites tradicionales. Céspedes no sólo buscaba defender la argentinidad desde las actividades propias de la Liga sino que además se interesaba por la tarea de recopilar el pasado para afirmar la identidad de la nación. Fue socio fundador de la Junta de Historia de Mendoza en 1924, "cuya creación es coetánea con el proceso de profesionalización de la disciplina histórica en el país, que se produce bajo los gobiernos radicales".[50]

En diálogo con la Liga a nivel nacional, el principal enemigo que se forjó en el imaginario liguista a nivel local fue el movimiento obrero contestatario. Ante los conflictos sociales desatados en el centro urbano de la ciudad, la Liga Patriótica de la sección Mendoza era presentada como una entidad que perseguía "salvar a la sociedad de los avances del proletariado que gobiernos liberales como el de Mendoza"[51] amparaban y propiciaban. La crítica al manejo de la problemática social por parte del gobierno lencinista era el argumento que permitía consolidar la estructura organizativa paramilitar para enfrentar los posibles levantamientos obreros. Las páginas del diario *La Tarde* denunciaron las actividades que realizaban los miembros liguistas para enfrentar el flagelo del extremismo proletario: a pesar de que en la ciudad no se produjeron choques sangrientos entre las brigadas y el movimiento obrero, quienes se creían "los únicos depositarios del patriotismo" –en referencia a los miembros de la Liga– denunciaron las corrientes utilizaciones de banderas coloradas por parte de sindicalistas como símbolo de revolución social. La pluma de los redactores del diario acusó la poca fundamentación de esta denuncia, ya que no se desconfiaba de la bandera roja que adoptaban los radicales en conmemoración de la Revolución del Parque o de la utilización de la insignia de la institución de Don Bosco.[52]

Las actividades para contener el orden social fueron diversas; incluían denuncias, plasmadas en el discurso patriótico, al movimiento obrero y la atenta vigilancia de las acciones de organizaciones políticas, como el Partido Comunista, para percibir el tono ideológico de sus reuniones. Los liguistas denunciaron ante el jefe de Policía de Mendoza la veta ideológica de las sesiones del Partido Comunista local, porque en ellas "se hace prédica completamente ácrata, incitándose al pueblo a la revolución social".[53] Las páginas del diario *La Tarde* expresaron su descontento ante las atribuciones de la Liga: "Los señores de la Liga están asustados, y erigiéndose en tutores de las autoridades constituidas pretenden ellos que tienen acaparado el patriotismo, marcar rumbos a la autoridad policial".[54]

La Liga Patriótica recibió la adhesión de otras asociaciones, como la Unión Mendocina de Maestros. Esta asociación, compuesta por "miembros del profesorado y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

magisterio de la provincia", recibió con beneplácito e incentivó la formación de grupos que tuvieran como objetivo la defensa nacional y la contención del movimiento obrero contestatario. Desde la visión de los maestros, sus objetivos coincidían con los entablados por la Liga, ya que buscaban afirmar "dentro y fuera del aula, en la cátedra, en la sociedad y en la conciencia pública la fe de nuestras convicciones patrióticas y el respeto inviolable a las tradiciones de la patria".[55] La Unión Mendocina de Maestros entendía que "se ha pretendido conmover y aniquilar, mediante la fuerza y el despotismo anónimo de sindicatos extraviados y exóticos la base de nuestra organización política, el equilibrio social, la libertad del trabajo asegurada por nuestros códigos, el respeto a las leyes y la integridad de sus instituciones sagradas, […] no somos adversarios del extranjero ni del proletariado […] pero sí nos declaramos altivos combatientes contra el pendón rojo de la anarquía y contra todas las imposiciones de la fuerza anónima que pervierten o prostituyen los principios de legalidad y de orden en que reposa el desenvolvimiento social de la patria".[56] Por ello se sumaban a aquellos que habían tenido la iniciativa de defender el "patrimonio nacional".

En el aspecto organizativo y territorial, la Liga Patriótica Argentina no sólo se constituyó en la capital de la provincia; también fue creada una asociación en Rivadavia, Luján de Cuyo, San Rafael[57] y Maipú. El examen de las asociaciones departamentales permite restituir tres dimensiones de análisis: en primer lugar, la adecuación o el correlato territorial de objetivos liguistas en ámbitos rurales. En segundo lugar, atender a la especificidad del caso cuyano en relación con la formación de ligas en distintas partes del interior del país. La fuerte presencia departamental invita a sugerir que los problemas relacionados con el trabajo rural o semiurbano constituían una preocupación en ascenso de los sectores más acomodados. La legislación social basada en la reducción de la jornada laboral y la determinación del salario mínimo que había promulgado el gobierno de Lencinas en 1918, y puesto en marcha a principios de 1919, condujo a que se movilizaran y acrecentaran las demandas en sectores rurales.[58] La efervescencia desatada por la novedosa legislación entre los jornaleros y peones rurales habría activado la presencia de empresarios y patrones en asociaciones con el perfil de la Liga Patriótica. Esta característica permite vincular el caso mendocino con el caso santafesino, donde la preocupación se encontraba asociada con la desarticulación de los sectores obreros rurales, especialmente en tiempos de cosecha. En tercer lugar, las asociaciones departamentales permiten visualizar la precisión de los perfiles de dirigentes territoriales que integraron la actividad asociativa. Los liderazgos de las brigadas de la Liga condensan trayectorias emblemáticas: la participación de inmigrantes exitosos en el caso de Maipú y la mediación del cura departamental en la entidad de Luján de Cuyo.

En el caso de Maipú, la comisión directiva de la entidad estaba integrada por inmigrantes relacionados con la actividad vitivinícola. Sus éxitos en el manejo empresarial, su prestigio derivado de la posición económica, confluyeron en la integración a la sociedad argentina. Los inmigrantes exitosos desarrollaron una proximidad de miradas con las elites nativas buscando defender conjuntamente las jerarquías adquiridas. Imbuidos del sentir nacional, los inmigrantes buscaban "impedir el efecto de las masas disolventes, que atentan contra los derechos adquiridos a través de tanta lucha por nuestros antepasados".[59] Cabe recordar que Maipú fue una de las zonas donde la agroindustria vitivinícola tuvo un desarrollo destacado, erigiéndose en un polo de atracción de inmigrantes y en el foco y nudo de la clase media rural. La dinámica de establecimientos bodegueros como los pertenecientes a Giol, Furlotti y Dácomo ilustraba la prosperidad económica de la zona. En la nómina que integraba la comisión directiva se distinguía Pedro Brandi como presidente, hijo del inmigrante Pedro Pablo Brandi, quien se inició en la vitivinicultura en 1864. Sus hijos, entre los cuales se encontraba Pedro, levantaron un establecimiento vinícola en Gutiérrez, Maipú. Pedro Brandi (h.) fue quien se desempeñó como enólogo en la entidad, ya que se constituyó en un experto por medio de sus viajes a Italia. Asimismo integraba la comisión como tesorero Roberto Furlotti, pariente de Ángel Furlotti, inmigrante italiano llegado a Mendoza en 1889, quien encauzó su actividad hacia la vitivinicultura y fundó una importante entidad para la región: SA Bodegas y Viñedos Ángel Furlotti Ltda.

En el caso de Luján de Cuyo, el objetivo de la brigada departamental consistía en el anhelo de "cooperar en la acción represiva de todo movimiento tendiente a la alteración de nuestro normal desenvolvimiento social, económico e institucional emprendido por la Liga Patriótica".[60] Entre los miembros de la junta directiva se menciona en la prensa de la época la participación del párroco del departamento, Carlos D. Carroll, en la junta directiva. A niveles periféricos, como es el caso de Luján de Cuyo, la intervención de sacerdotes en este tipo de organizaciones fue más corriente que en los centro urbanos. Esta trayectoria individual es relevante porque permite mostrar uno de los canales de acercamiento entre la institución eclesiástica y las elites dirigentes para la catolización de la vida pública, fusión que cristalizaría a partir de la década del 30. El acercamiento de la Liga con la Iglesia se plasma también en el apoyo explícito que recibió la organización de monseñor Orzali, obispo de Cuyo, quien bendijo el emblema liguista[61] y participó en ceremonias conmemorativas.

Otra de las personalidades que integraban la Liga Patriótica de Luján de Cuyo es el matrimonio de Vicente Vargas Videla y Ester Delia Videla de Vargas Videla, cuya trayectoria permite inferir algunos rasgos del entramado de socialización que se despliega dentro del grupo de la Liga. La pertenencia de Ester Delia Videla a una familia patricia de viejo arraigo en la zona, colaboradora de la campaña libertadora del general José de San Martín,[62] esboza el perfil de los miembros de la organización. Las viejas familias tradicionales del ámbito mendocino integraron las filas de la Liga como forma de proteger el legado patricio de sus antecesores y como estrategia para frenar el ascendente populismo del gobierno lencinista. Por otro lado, su participación como presidenta de la Acción Católica de la sección de Luján en la década del 30 y como presidenta del comité organizador del primer congreso eucarístico de Cuyo demuestra nuevamente la vinculación de este grupo con la institución eclesiástica.

Caridad y asistencialismo pedagógico: las brigadas de señoras y de maestros

Si bien el sector masculino señala el grado de convocatoria de la propuesta de "Patria y orden", el peso relativo ejercido por las

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mujeres, estudiantes y los maestros en la construcción de lazos asociativos era significativo. Esta característica permite aludir que en el "esquema transversal"[63] de la actividad liguista, es decir, en la combinación entre la función represiva del movimiento obrero y el asistencialismo pedagógico, la Liga Patriótica de la sección Mendoza privilegiaba el segundo polo. La movilidad registrada en la actividad vitivinícola invita a sugerir que el problema de los trabajadores rurales estaba menos presente en la agenda liguista, concentrando la preocupación en el ámbito urbano. La tarea pedagógica y de asistencia se dirigió a los sectores más postergados.

La actividad de los maestros y las mujeres fue medular para diseñar el trabajo de la Liga en el contexto mendocino. La brigada de maestros, formada principalmente por mujeres, inculcaba el patriotismo pedagógico a través de conferencias que intentaban resaltar el papel del sentimiento nacional en la conformación de la moral del individuo. Las brigadas de maestros "completaban la tarea emprendida por Liga Patriótica Argentina de Señoras y Caballeros",[64] haciendo hincapié en que la instrucción pública podía fomentar la argentinidad y corregir aquellos defectos que había generado la creciente inmigración y el modelo de la Argentina crisol de razas. La educación patriótica era considerada una fuerza moralizante y arma de prevención frente a "posibles atentados contra la soberanía nacional" provenientes de las convulsiones sociales[65] que había sufrido el país. Una de las posibles interpretaciones acerca de la numerosa adhesión de los maestros al ideario de la Liga se puede encontrar en los conflictos generados entre el lencinismo y este sector.

Junto con las actividades pedagógicas, la brigada de maestros y especialmente la brigada de señoras evocaban las fiestas patrias a través de la organización de grandes eventos que congregaron a vastos sectores de la elite política y cultural. La dosis de patriotismo que se percibía en estos encuentros refleja el atractivo que adquiría esta nueva síntesis ideológica. El grado de convocatoria que recibió la Liga para los festejos del aniversario de la Revolución de Mayo y para la conmemoración del funeral del general San Martín[66] en 1919 permite aseverar la recepción y reapropiación de las propuestas del nacionalismo cultural en el escenario mendocino.

Junto con la labor de exaltación del patriotismo, las brigadas de señoras llevaron adelante tareas de beneficencia. Esta brigada, presidida por Josefina Civit de Ortega, hija de Emilio Civit y esposa de Rufino Ortega (h.), convocó a numerosas acciones caritativas. Con el apoyo de las damas más distinguidas de la sociedad mendocina, la asociación realizó numerosos eventos para revertir algunos males que había provocado la coyuntura económica que atravesaba el país. Las actividades asistencialistas no sólo se circunscribieron a los primeros años de la Liga; a lo largo de su existencia la brigada de señoras desarrolló una intensa actividad de ayuda social. Con regularidad eran publicadas en la prensa local las actividades con objetivos benéficos: los conciertos organizados por estas damas con fines caritativos, exposiciones y ventas, quermeses, tés danzantes, festivales infantiles, etcétera.

Uno de los eventos de mayor envergadura que respondía a los objetivos filantrópicos fue el organizado en noviembre de 1925. En ocasión de la preinauguración del teatro Independencia, la sala teatral de mayor importancia en la provincia tanto por su infraestructura edilicia como por su selecta oferta cultural, la brigada de señoras de la Liga Patriótica Argentina diseñó el evento que abrió sus puertas. El festival artístico fue organizado por las damas con fines filantrópicos. "El prestigio de que goza la asociación auspiciadora, unido a la calidad del selecto grupo de señoritas que ha logrado reunir para tomar parte en el programa"[67] fueron las claves del éxito del evento social. El diario *Los Andes* consignaba que la fiesta "ha constituido uno de los éxitos más halagüeños del año […] a la vez que se ha hecho acreedora la comisión organizadora que preside la señora Josefina Civit de Ortega y los elementos que han prestado su concurso en este festival el aplauso unánime de nuestra sociedad".[68]

Las tareas filantrópicas del grupo liguista femenino permitían acercar sus propuestas a vastos sectores sociales. A través de la caridad no sólo se buscaba restituir la ansiada armonía de clases que proponía la Liga sino también canalizar las fuerzas y energías del género femenino en pos de la defensa del orden social y de la sociedad patriarcal. De esta manera, si bien en una primera instancia las actividades benéficas parecieran ser similares a las que realizaban los grupos de mujeres socialistas, el papel que buscaban defender las brigadas de señoras de la Liga Patriótica era distinto. La participación en el espacio público por parte del sector femenino buscaba reforzar el orden tradicional y revertir el proceso de modernización, que confería a las mujeres nuevos roles en la vida pública y privada.

Como afirma Mc Gee Deutsch, el papel de las mujeres dentro de la Liga era de vital importancia, ya que se buscaba a través de ellas revertir el nefasto legado de la inmigración y la educación secular.[69] La noción subyacente que quedaba confirmada es que la mujer debía resguardar el rol del hogar, de la familia y la educación como ejes que permitirían mantener el orden social, amenazado por el proceso de modernización y secularización que había sufrido el país con la llegada de las masas inmigrantes. Las actividades de las brigadas de señoras se encarrilaban en esta dirección: la ayuda social, la educación y la consolidación del papel doméstico de la mujer en el hogar. La actividad educativa y el asistencialismo se materializaron en especial a través de la escuela ABC, que patrocinaba la Liga Patriótica,[70] donde no sólo se buscó educar de acuerdo con los mandatos de la nación sino que además se ofreció una importante tarea caritativa: distribución de alimentos, ropa, útiles escolares, etc. El papel doméstico se reforzó a través de los talleres de costura[71] y tejido, que fomentaban la asociatividad entre las damas más destacadas de la sociedad, resguardando sus roles tradicionales. El papel de las mujeres intentó ser seguido por los hombres; sin embargo, el de las mujeres fue relevante en la conformación y en la estabilidad de la organización.

Para demostrar la afinidad positiva entre nacionalismo y las elites nativas es significativo rescatar la figura y trayectoria de la presidenta de la brigada de señoras, Josefina Civit de Ortega, quien organizó este grupo de mujeres para llevar adelante los mandatos del grupo liguista. Hija de Emilio Civit, proveniente del centro de las elites liberales del siglo XIX, casada con un gobernador de la provincia –Rufino Ortega (h.)–, su trayectoria confirma el apego de estas capas sociales a las propuestas de la entidad asociativa. A través de las posturas relacionadas con la defensa de la nación, las viejas elites liberales que habían sido desplazadas del poder por el radicalismo encontraron su eje aglutinante.

La participación de mujeres emblemáticas no se circunscribe sólo a los cargos je-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rárquicos en la estructura de la organización. A través de la nómina de mujeres que participaban constantemente en los eventos sociales que patrocinaba la brigada de señoras se logra percibir la compleja red de relaciones personales que se tejen por medio de lazos asociativos. La dinámica de los vínculos personales sugiere que en torno a la organización se reunían las más importantes familias tradicionales. Destacaremos dos casos para ejemplificar esta afirmación: el primero de ellos es el de María Inés Arroyo de Mosquera Suárez, nieta de Tiburcio Benegas y hermana de Pedro Benegas, su familia pertenecía a las más destacadas del ámbito político y económico mendocino; el segundo, María Florencia Funes Villanueva de Ferreira Reinafé, descendiente de la familia del ex gobernador Elías Villanueva y de la familia Funes, también era miembro activo de esta organización.

"Patria y orden": los tópicos aglutinantes de las elites políticas y culturales

El surgimiento de la Liga en el entorno mendocino, el alto nivel de adhesión que logró en las reuniones, los festejos y las actividades que organizó en los años 20 y 30 ofrece indicios que dan cuenta del proceso de "deslizamiento"[72] de los elencos políticos y sociales hacia nuevas formas ideológicas relacionadas con el nacionalismo. Si bien en la primera etapa de la Liga no se perciben manifestaciones extremas que intenten derribar el orden institucional liberal y democrático, las consignas nacionalistas y conservadoras de "defensa de la Patria" y del "orden social" encuentran una acogida importante entre las elites nativas. A lo largo de la década del 20, la Liga Patriótica fue perdiendo adhesión y su foco de atención fue mutando desde posturas antiizquierdistas hacia posturas antiliberales, donde el punto de mayores críticas recayó en el personalismo. La victoria contundente de Yrigoyen en abril de 1928 revitalizó la adhesión hacia la Liga y condujo a que un sector significativo de las elites se aglutinaran tras el desencanto de la cultura cívica y la consecuente predisposición hacia la conspiración.[73] Las prácticas relacionadas con el ámbito político y social –represión y denuncias hacia el movimiento obrero, actividades caritativas y de conciliación social– demuestran estas premisas en los primeros tiempos. El fuerte apoyo a la revolución uriburista de 1930, por medio de la organización de actos en conmemoración de los caídos en combate el 6 de septiembre,[74] y la calurosa recepción organizada por la brigada de señoras al interventor de Mendoza José María Rosa[75] ofrecen indicios para aseverar la mutación del ideario liguista y el desencanto hacia el régimen democrático.

¿Cuáles son los factores que explican el desarrollo de sensibilidades conservadoras y nacionalistas en las viejas elites liberales del siglo XIX? Se puede apuntar que el populismo del gobierno lencinista, la presencia de trabajadores organizados en el ámbito urbano y la llegada de los inmigrantes y las capas humildes al poder podrían haber activado el sentimiento de los estratos más acomodados de la sociedad mendocina. El ícono de violencia que representó la huelga ferroviaria de 1917, la efervescencia del magisterio y la conjunción de distintos sectores y estratos de trabajadores en busca de la defensa de sus intereses ofrecen indicios que podrían haber estimulado a la asociatividad liguista. Asimismo, la política social llevada a cabo por Lencinas potenció algunos resquemores de las elites nativas, quienes buscaban cristalizar las jerarquías sociales. Según el planteo de Celso Rodríguez, tanto el lencinismo como el bloquismo sanjuanino fueron movimientos que activaron el fervor popular y clasista: "El legado fundamental del lencinismo y del bloquismo es haber abierto el camino hacia la igualdad social, debilitando el sistema tradicional y elitista, que, tradicionalmente, resistía a la evolución niveladora".[76] Y con ello, el temor de los sectores más prestigiosos y acomodados que sintieron la amenaza de la nueva coyuntura desplegada por el radicalismo.

Las actividades organizadas por la Liga, la argumentación que fundamentaba sus actividades, las personalidades que prestaron apoyo a la organización, estipulan la conexión entre el auge del lencinismo y la estrecha reacción conservadora que busca expresar la Liga Patriótica Argentina. Si bien a nivel local en la entidad participaban algunos radicales, como es el caso de Pedro Ivanissevich, éstos mostraban fuertes disidencias con el gobierno lencinista. Asimismo, las denuncias que recababa el diario *La Tarde* mostraban la estrecha vinculación del Partido Liberal, reducto de los más conspicuos conservadores, con la alta dirigencia de la Liga a nivel local: "La Liga Patriótica ha resuelto cambiar de autoridades y al efecto ya circulan listas con nombres de conocidos dirigentes del partido liberal".[77] En efecto, Alfredo Amaya, segundo presidente de la Liga en la sección de Mendoza, era parte integrante de las filas del Partido Liberal. En concordancia con esta perspectiva, desde las páginas del diario radical *La Palabra* se tildaba a la Liga como un espacio en donde se aglutinaban las fuerzas conservadoras, cuestionando la forma de llevar adelante la tarea regeneradora propiciada: "No vemos la manera de su regenerador propósito con fiestas, ágapes y paseos. No vemos, ciertamente, qué tiene que ver esto con la regeneración social, que al fin es el propósito del patriotismo".[78]

Asimismo, la imagen que se desprende de la prensa permite sugerir que la Liga se constituyó en el espacio que reunía a los sectores desplazados por el gobierno radical y la Ley Sáenz Peña: "Algunos hombres fracasados en su intento de rehabilitar ante la opinión sensata del país del para siempre derrotado credo conservador, cayeron en la cuenta de que únicamente el patriotismo podía salvarlos de la bancarrota política, nacida de improviso al calor de sospechosas inclinaciones e intereses […] Se trataba sencillamente de reforzar el partido conservador. No tardó sin embargo en saberse que la Liga Patriótica argentina, solo pretendía beneficiar a unos cuantos hacendados y trustificadores, los mismos que luego envalentonados fundaron la asociación nacional del trabajo, constituida por latifundistas y grandes empresarios para vigilar sus intereses, con la gastada musiquilla de la prepotencia obrera".[79]

Efectivamente, la Ley Sáenz Peña había logrado desarrollar una nueva forma de hacer política. El sufragio universal masculino era visto por las elites tradicionales originariamente como el mecanismo para expresar los intereses intrínsecos a la nación. Por ello, algunas facciones liberales apoyaron el proyecto de la democracia ya que veían en la maquinaria electoral la manera de representar la voluntad progresista del pueblo argentino; estos sectores no la percibían como la manera de personificar las distintas opiniones de los diversos sectores sociales.[80] La promulgación de la Ley Sáenz Peña tuvo como consecuencia directa el beneficio de la UCR con lo cual el gobierno de los "mejores" debió dejar lugar a las capas plebeyas en el poder. A partir de la consolidación de la estructura partidaria radical y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su consecuente victoria a nivel nacional en 1916, y a nivel local en 1918, el radicalismo fue construyendo una identidad política y cultural que presentó como sus principales enemigos a los miembros de la "oligarquía". La reacción contra el gobierno popular, contra el inmigrante, pudo haber llevado a que las elites se aglutinaran en torno a la propuesta de "Patria y orden" para contrarrestar los elementos considerados perturbadores de la sociedad. Si bien en la Liga se encontraban miembros descendientes de inmigrantes y radicales, aquellos que lo hicieron tenían una estructura económica consolidada, habían integrado los espacios más selectos de la sociedad mendocina y se mostraron adversos al liderazgo de Lencinas. En síntesis, el populismo de los gobiernos radicales y la nueva realidad que presentaba la democracia pueden ser considerados como los factores detonantes que precipitaron la formación y el desarrollo de esta asociación, a pesar de su apoyo explícito a la Constitución de 1853.

Palabras finales

El recorrido realizado con el objetivo de examinar la conformación y composición y el itinerario de la Liga Patriótica Argentina nos muestra su carácter conservador y marca la respuesta moderna que manifestó la elite a los cambios ocurridos en el contexto social y político que atravesaba la Argentina de los años 20. La conflictividad social que generaron las huelgas de enero de 1919 fue el eje detonante para que se organizara este conglomerado ideológico difuso, pero con características nacionales.

La recepción y la adaptación de las premisas del ideario de la Liga en el marco del contexto mendocino permiten dilucidar un conjunto de vectores causales que confluyen en la conformación y estabilidad de la organización asociativa. La organización del movimiento obrero, su presencia en las calles mendocinas, el crecimiento de la presencia inmigrante, el advenimiento del gobierno lencinista y con éste el ascenso de las capas medias y populares a los resortes de la maquinaria estatal, resultaron urticantes para los elencos conservadores que prestaron su capital humano, sus redes de relaciones para conformar la Liga Patriótica. Estos sectores, que en la década del 20 se agruparon en torno al Partido Liberal, encontraron en el patriotismo y en la defensa de la nación un eje simbólico aglutinante que les permitía hacer frente al avance de sectores medios y trabajadores en el espacio público. Los sinsabores que había traído aparejada la democracia activaron el sentimiento patriótico en torno a la defensa de las jerarquías adquiridas. La adhesión a estas nuevas proclamas evidenció un cambio sensible en las concepciones ideológicas que mostraban estos sectores a fines del siglo XIX.

En el contexto provincial, uno de los sectores que fue proclive a receptar y resignificar los postulados esbozados a nivel nacional fueron las mujeres que conformaron las brigadas de señoras. Su papel protagónico se evidencia en la red de asociatividad que generaron a partir de las actividades organizadas. A través de ellas lograron que los sectores tradicionales siguieran hegemonizando el campo cultural-asociativo. El motivo principal que las reunía era apaciguar el descontento social a través de obras caritativas y de la inculcación de dosis renovadas de patriotismo. Los eventos realizados para las fiestas patrias y la ayuda social otorgada a los sectores más rezagados ejemplifican los ideales asistenciales y pedagógicos. Sin embargo, estas actividades no llevaron a que las mujeres ejercieran nuevos roles en la sociedad de la época, sino por el contrario, el papel que desplegaron en relación a la agenda pública reforzó la imagen femenina que resguardaba el hogar y junto con ello, la idiosincrasia tradicional de la familia jerárquica y tradicional de fines del siglo XIX.

En suma, el examen de la Liga Patriótica Argentina ha permitido acceder al entramado de relaciones asociativas de las elites nativas, que al momento de la constitución de la liga había incorporado entre sus filas a inmigrantes exitosos, quienes buscaron celosamente defender la nación y las posiciones sociales alcanzadas. Al mismo tiempo, las actividades y la trama discursiva de sus miembros bosquejaron el impacto del movimiento obrero y del radicalismo en el imaginario de elites nativas. El desarrollo de sensibilidades vinculadas con el nacionalismo estimuló el reclutamiento de sectores que encontraban en la defensa de la patria y del orden social los elementos para cristalizar la estratificación lograda.

Notas

[1] Véase L.A. Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001; C. Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; F. Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002; D. Rock, *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel, 1993; D. Lvovich, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003; M.I. Tato, *Viento de fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004.

[2] Véase L.M. Caterina, *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del 20*, Buenos Aires, Corregidor, 1995; S. Mc Gee Deutsch, *Contrarrevolución en la Argentina 1900-1932*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

[3] Véase C. Rodríguez, *Lencinas y Cantoni*, *El populismo cuyano en tiempos de Yrigoyen*, Buenos Aires, De Belgrano, 1979; D. Olguín, *Lencinas, el caudillo radical. Historia y mito*, Mendoza, Vendimiador, 1961; M.C. Seghesso de López, "El acceso del lencinismo al poder (1918-1928). Una visión a través de las elecciones de gobernador", *Revista de Historia Americana y Argentina*, 21-22, Mendoza, 1981-1982.

[4] Véase D. Lvovich, ob. cit., p. 189; S. Mc Gee Deutsch, ob. cit., p. 231.

[5] F. Devoto, ob. cit., p. 127.

[6] Véase M.I. Barbero y F. Devoto, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, p. 40.

[7] *La Tarde*, 22 de mayo de 1922.

[8] Véase C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1983, pp. 161 ss.

[9] *La Palabra*, 23 de mayo de 1919.

[10] L.A. Bertoni, ob. cit., p. 311.

[11] *La Palabra*, 11 de mayo de 1920.

[12] Véase C. Buchrucker, ob. cit., pp. 39-40.

[13] *Los Andes*, 27 de mayo de 1919.

[14] Ibídem.

[15] *La Tarde*, 31 de julio de 1919.

[16] *La Palabra*, 12 de mayo de 1919.

[17] Véase F. Devoto, ob. cit. p. 139.

[18] Véase C. Rodríguez, ob. cit., p. 23.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[19] Véase F. Devoto, ob. cit, p. 111.

[20] Centro Vitivinícola Nacional, *La vitivinicultura en la Argentina en 1910*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de Robles y Cía., 1910, p. IX.

[21] Véase D. Armus, "Mirando a los italianos. Algunas imágenes esbozadas por la elite en tiempos de la inmigración masiva", en F. Devoto y G. Rosoli (eds.), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2000, p. 97.

[22] Citado en B. Marianetti, *Las luchas sociales en Mendoza*, Mendoza, Ediciones Cuyo, 1970, p. 33.

[23] Véase R. Richard-Jorba, "Inmigración, mercado de trabajo y vitivinicultura. Mendoza y San Juan (Argentina), 1869-1914", *IV Jornadas de Estudios Agrarios y Agroindustriales*, Buenos Aires, noviembre de 2005, p. 23.

[24] *Los Andes*, 17 de septiembre de 1917, p. 5.

[25] *Los Andes*, 25 de septiembre de 1917, p. 6.

[26] *Los Andes*, 26 de septiembre 1917, p. 6.

[27] *La Tarde*, 26 de septiembre de 1917, p. 1.

[28] Ídem.

[29] *Los Andes*, 26 de septiembre de 1917, p. 6.

[30] *La Tarde*, 26 de septiembre de 1917, p. 1.

[31] *Los Andes*, 3 de octubre de 1917, p. 6.

[32] *Los Andes*, 5 de octubre de 1917, p. 5.

[33] B. Marianetti, ob. cit., p. 70.

[34] C. Rodríguez, ob. cit., p. 106.

[35] Ídem, p. 107.

[36] Véase F. Ferreira de Cassone, *Angélica Mendoza. Una vida en la tormenta*, Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1996, p. 17.

[37] C. Rodríguez, ob. cit., p. 53.

[38] De acuerdo con los datos consignados por Celso Rodríguez, ob. cit., p. 64, Lencinas obtuvo 18.300 votos contra 12.695 de Civit.

[39] Ídem, p. 68.

[40] Véase S. Mc Gee Deutsch, ob. cit., pp. 102-104.

[41] L.A. Bertoni, ob. cit., p. 239.

[42] Ídem, p. 220.

[43] *Los Andes*, 17 de mayo de 1902, p. 5.

[44] *Los Andes*, 15 de octubre de 1917.

[45] *Los Andes*, 14 de octubre de 1917.

[46] *Los Andes*, 14 de octubre de 1917.

[47] *La Palabra*, 21 de mayo de 1919. Lamentablemente no contamos con información primaria que permita ponderar el número de participantes con relación a los adherentes a la Liga mendocina como tampoco se dispone de registros nominativos de las asociaciones de inmigrantes existentes en Mendoza para esa fecha. Esa situación al menos no impide evaluar la alta adhesión a la propuesta liguista en la provincia sobre todo si se la compara con los registros disponibles para asociaciones o clubes políticos de la ciudad de Buenos Aires. En torno a ello, Leandro Losada ha revelado que el Club del Progreso agrupaba a mil quinientos miembros en los años 20; L. Losada, "Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 145, 180, enero-marzo de 2006, p. 552.

[48] *La Palabra*, 18 de julio de 1919. Entre los apellidos mencionados se puede destacar el de Civit, Villanueva, Videla, Funes, Arroyo y González, todos ellos pertenecientes a las elites nativas de Mendoza.

[49] *Los Andes*, 21 de mayo de 1919, p. 6.

[50] O. Pelagatti, "«Una historia de la historia», La escritura de la historiografía en Mendoza entre los 20 y los 50", tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, mimeo, 1999.

[51] *La Palabra*, 28 de octubre de 1919, p. 1.

[52] *La Tarde*, 24 de junio de 1921, p. 1.

[53] *La Tarde*, 28 de junio de 1921, p. 1.

[54] *La Tarde*, 28 de junio de 1921, p. 1.

[55] *La Palabra*, 20 de mayo de 1919.

[56] *La Palabra*, 20 de mayo de 1919.

[57] *Los Andes*, 24 de mayo de 1919, p. 6.

[58] Véase C. Rodríguez, ob. cit., p. 72.

[59] *Los Andes*, 24 de mayo de 1919, p. 6.

[60] *Los Andes*, 12 de junio de 1919.

[61] *La Palabra*, 27 de octubre de 1919.

[62] *Los Andes*, 22 de mayo de 1972.

[63] Véase F. Devoto, ob. cit., p. 137.

[64] *La Palabra*, 23 de agosto de 1920.

[65] *La Palabra*, 20 de agosto de 1920.

[66] *La Palabra*, 18 de agosto de 1919.

[67] *Los Andes*, 14 de noviembre de 1925, p. 6.

[68] *Los Andes*, 15 de noviembre de 1925, p. 8.

[69] Véase S. Mc Gee Deutsch, ob. cit., p. 104.

[70] Véase J. Civit de Ortega, *Don Emilio Civit. Político y gobernador*, Ediciones Culturales de Mendoza, 1994, p. 499.

[71] *Los Andes*, 22 de julio de 1929, 8 y 20 de septiembre de 1929.

[72] M.I. Tato, ob. cit., p. 16.

[73] Véase L. De Privitellio, "La política bajo el signo de la crisis", en *Nueva Historia Argentina*, t. VII, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 101.

[74] *Los Andes*, 12 de septiembre de 1930.

[75] *Los Andes*, 25 de septiembre de 1930.

[76] C. Rodríguez, ob. cit., p. 341.

[77] *La Tarde*, 18 de octubre de 1921.

[78] *La Palabra*, 28 de octubre de 1919, p. 1.

[79] *La Palabra*, 30 de marzo de 1920.

[80] Véase L. De Privitellio, ob. cit, p. 101.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

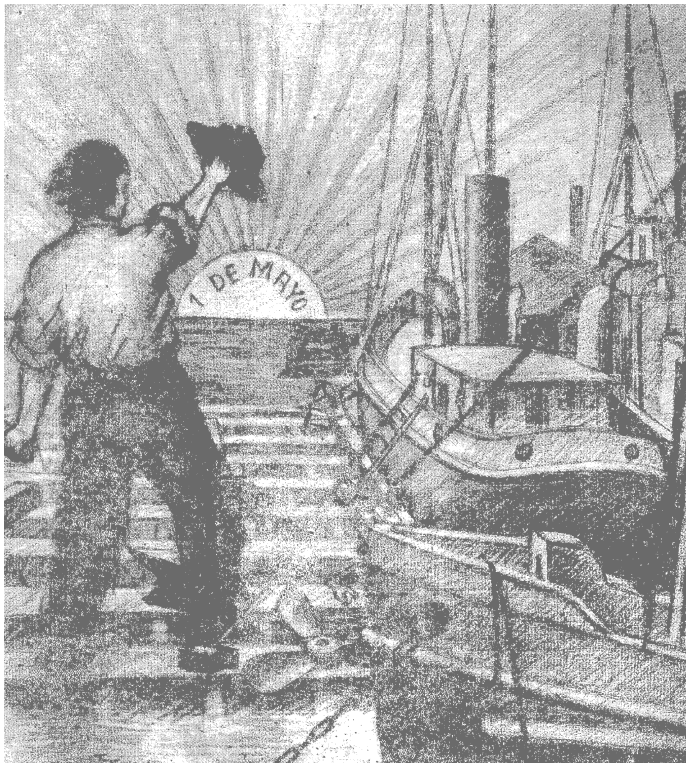


Ilustración de Abraham Vigo, *El Constructor Naval*,
1 de mayo de 1926

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Diego Armus

La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950

Buenos Aires, Edhasa, 2007, 413 páginas

Las problemáticas vinculadas a la historia de la salud y la enfermedad forman parte de un campo de reciente formación en nuestra historiografía. Diego Armus ha sido uno de los pioneros que, desde los años 80, recurriendo a remozadas perspectivas teórico-metodológicas, incorporó la enfermedad como objeto de reflexión.

La ciudad impura es un libro que se inscribe en los marcos de la historia sociocultural, en el que el autor conecta a la tuberculosis con cuestiones como la degeneración de la especie, la raza, la inmigración, la mujer, la niñez, la esfera pública y privada.

Es una historia de la tuberculosis escrita "desde abajo", pero comprendida en el marco de los tópicos discursivos que por entonces dominaron el escenario argentino, en el que ideas higienistas, poblacionistas, se entrecruzaban y hasta se mezclaban con las de la medicalización.

En este sentido, tal como lo explicita el autor en la Introducción, no se intenta revelar las causas que explican el lento descenso de la mortalidad tuberculosa sino explorar cómo en esas décadas signadas por la falta de certezas biomédicas terminaron colocando la tuberculosis en una trama de problemas que excede estrictamente lo científico. Por esta vía busca ofrecer una suerte de inventario de imágenes, asociaciones y experiencias concretas que dan sustancia a esa subcultura que saturó de significaciones a la tuberculosis, pero que a la vez alimentó la medicalización del mundo urbano, contribuyendo a la aceptación por parte de la mayoría de la sociedad de un nuevo código higiénico para la vida diaria.

Una de las riquezas del texto es que, debido a la estrategia argumentativa escogida por Diego Armus, esta obra admite, también, una lectura en clave de historia urbana. De hecho, en el primer capítulo, "Tuberculosis y regeneración: ciudades imaginadas, verde urbano y vivienda higiénica", el eje está puesto en la recurrente asociación que existió entre esta enfermedad y las defectuosas relaciones de la sociedad con el medio ambiente, donde el saneamiento del espacio público, el hacinamiento y la precariedad material de la vivienda de los pobres captaron la atención de sectores dirigentes, de socialistas, liberales y libertarios que acordaron, a pesar de sus diferencias ideológicas, en "la tríada del sol, el aire y el verde en la vivienda y el barrio" como parte de la lucha antituberculosa.

En este marco, este historiador argentino, radicado en Estados Unidos hace muchos años, muestra cómo se impulsó una agenda que reconocía en los parques y en las plazas un recurso a utilizar frente a los problemas ocasionados por la urbanización acelerada y la incipiente industrialización. Es ese recorrido por los espacios verdes lo que proporciona al lector una vista parcial, pero vista al fin, de cómo se ordenó el es-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pacio público, la trama urbana y el espacio privado en Buenos Aires entre principios y mediados del siglo XX.

Pero además, *La ciudad impura* es una obra que da cuenta de las respuestas de los sectores populares urbanos frente a ese proceso de medicalización, y sus resistencias a ciertas iniciativas emanadas tanto del Estado como de la hospitalización de los enfermos, deteniéndose en un aspecto inexplorado por la historiografía en general: la capacidad de respuesta y de negociación de los tuberculosos, tanto en el plano individual como en el colectivo.

El capítulo 2, "La forja del cuerpo sano: niñez, educación física, fútbol y tuberculosis", muestra cómo, por temor al contagio y en pos de las acciones preventivas, se impulsaron la gimnasia respiratoria y antituberculosa, y se estimularon algunos deportes. Es entonces cuando el fútbol asume la centralidad en este relato. De la mano de los deportes, el autor ingresa en la problemática de la tuberculosis infantil analizando una serie de iniciativas institucionales, cuyos resultados son interpretados como "limitados", puesto que nunca lograron transformarse en una alternativa realmente masiva. De esta manera, Armus se aleja de una visión triunfalista de la higiene y de los higienistas, aún vigente en ciertos tramos de nuestra historiografía.

"La tuberculosis en femenino" es el tercer capítulo de *La ciudad impura* y donde se hacen visibles las particularidades que la subcultura de esa enfermedad tuvo en Buenos Aires, ya que a pesar de que la proporción de hombres muertos por su causa fue mayor a la de mujeres, este mal "tuvo cara de mujer" en el escenario porteño. De manera tal que, a través de la literatura, de obras de teatro, de la poesía y del tango, Armus reconstruye el registro romántico de esta dolencia y logra expresar, por medio de una narrativa clara y amena, las resistencias que esa "afeminada tuberculosis" hacía al saber médico masculinizado.

Es un relato en el que, además, se recrean parte de las experiencias urbanas que se vivían en el Buenos Aires de entonces. Los versos de Evaristo Carriego, la pluma de Juana Manuela Gorriti y hasta los textos de Jorge Luis Borges, cruzados con las ideas difundidas en las revistas médicas especializadas y en las de actualidad como *Para Ti*, conforman un universo empírico en cuya riqueza radican en gran parte las bondades de este texto.

En el capítulo 4, "Inmigración, raza y tuberculosis", y en el 5, "Una enfermedad de los excesos", se penetra en diversos aspectos de un mismo problema: la multifacética tuberculosis. A partir de esta premisa, el autor se explaya mediante una narrativa poblada por letras de tango y literatura costumbrista en los estereotipos que entonces se fijaron. La pertenencia a un grupo nacional, étnico o racial podía explicar la predisposición a enfermarse, pero también el ambiente laboral podía resultar peligroso; o la residencia, los modos de vida, los niveles de ingresos y todo tipo de conductas que implicaran excesos.

De este modo Armus considera que "la enfermedad devenía así en un recurso organizador y legitimador de una serie de discursos que servían para proyectar, racionalizar y consensuar estilos de vida donde debían primar la responsabilidad individual y la mesura". Pero es precisamente en el capítulo 6, "La obsesión del contagio y la cultura de la higiene", donde además de incluir fuentes muy novedosas como las revistas *Billiken, Mundo Infantil* (hasta ahora casi inexploradas por la nueva historia de la salud y la enfermedad), *El Gráfico*, *Rico Tipo, Para Ti*, y hasta avisos clasificados, encontramos los límites que en la reeducación de hábitos cotidianos tuvo ese discurso higienista y los sentimientos que en la gente común despertaron los tuberculosos. La suma de estas visiones le permite al autor *De la ciudad impura* recrear situaciones de la vida cotidiana donde el dolor, el respeto y hasta el ocultamiento están presentes.

Los últimos capítulos están dedicados, por un lado, a las instancias legislativas y las campañas antituberculosas, y por otro a las distintas alternativas que de acuerdo con el nivel socioeconómico al cual se perteneciese se hallaban en torno a la atención primaria de la enfermedad. Los márgenes de la medicina informal como de la diplomada son objeto de una aguda mirada que recorre el espacio de la medicina hogareña, la herboristería, el hospital urbano, los dispensarios y hasta el "destierro voluntario" de los infectados en los hospitales serranos.

La *ciudad impura* se aleja de las historias de enfermedad basadas en interpretaciones foucaultianas de la medicalización, donde las medidas sanitarias se entienden como destinadas a controlar a los individuos y a los cuerpos, como instrumentos de regulación social o como legitimación de sistemas ideológicos o culturales. Por el contrario Armus indaga sobre un conjunto de postulados –producto de las asociaciones discursivas que se hicieron a partir de la tuberculosis– que terminaron siendo interiorizados por la gente común, no como efecto de una acción disciplinadora del Estado moderno sino como "necesidades materiales y morales de la vida en la ciudad moderna". Muestra a la sociedad receptora de las medidas de prevención y saneamiento como sujetos activos en este proceso, en la medida en que son abundantes en esta obra las evidencias sobre las resistencias a ciertos mensajes o al cambio de ciertos hábitos vistos como difusores de la enfermedad como era el mate.

Por último, merece una mención especial la densidad de fuentes utilizadas puesto que, además de las aludidas a lo largo de este comentario, los testimonios orales enriquecen esta mirada desde abajo que realiza Diego Armus. Su capital estriba en que en muchas partes de la obra los enfermos, no la enfermedad, son los protagonistas. Sus experiencias y sus recuerdos constituyen la vía elegida por este historiador para pintar desde la cotidianidad cómo se concebía, se percibía y se entendía este mal.

La suma de los aspectos mencionados la convierten en una obra de referencia obligada no sólo para quienes cultivamos la nueva historia de la salud y la enfermedad sino también para quienes estén interesados en la historia urbana y en la de los sectores populares.

Adriana Álvarez
UNMdP, HISA, CONICET

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Daniel Lvovich y Juan Suriano (eds.)

Las políticas sociales en perspectiva histórica. Argentina, 1870-1952

Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento-Prometeo Libros, 2006, 229 páginas

Los trabajos reunidos en este libro son producto de investigaciones realizadas por los integrantes de dos equipos, uno con sede en la Universidad de Buenos Aires y otro en la Universidad Nacional de General Sarmiento, enriquecidos en el curso de debates efectuados en tres jornadas de intercambio académico, concretadas en 2003 y 2004. Como anticipan los compiladores en la Introducción, el interés suscitado en la historiografía de los últimos quince años por el estudio de la génesis y el desarrollo de las políticas sociales en la Argentina coincidió con una coyuntura contemporánea de sus historiadores, caracterizada –entre otras cuestiones– por la emergencia de una crisis estructural en las formas de intervención del Estado social configuradas en el siglo XX. Paradójicamente, entonces, las políticas sociales ingresaron a la agenda de la historiografía en el momento mismo en que aquellas se incorporaban al patrimonio de nuestra historia, esto es, cuando se convirtieron en un objeto del pasado, una sustancia irreductiblemente acontecida.

No ha sido ésta una tendencia singular, privativa de este campo de estudios. Otro tanto puede decirse respecto de la todavía incipiente gestación de conocimientos sobre la historia de instituciones estatales nacionales, provinciales y municipales. El despliegue de los procesos de reformas estructurales de las políticas neoliberales de los años 90, que redundaron (según los casos) en la reestructuración, el achicamiento, el repliegue y/o la re-regulación del Estado en sus relaciones con la sociedad civil y el mercado, motivó una original, saludable, pero también tardía atracción por una indagación más detallada y un análisis microsocial de las trayectorias de diversas agencias estatales, de sus proyectos institucionales, sus funcionarios, y las influencias políticas e intelectuales que incidieron sobre aquellos. De modo similar, la investigación del conflictivo proceso de formación de la ciudadanía y de una cultura política democrática en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX se instaló en la academia local sólo tras la dolorosa experiencia de una cruenta dictadura militar (1976-1983) que arrasó con derechos civiles, políticos y sociales, y restringió notablemente la autonomía, la libertad intelectual, e incluso la vida misma de los académicos. Antes de la "apertura democrática" de 1983, por el contrario, en nuestro país el interés científico por el potencial "revolucionario" del movimiento obrero y de la clase trabajadora se reconocía como un objeto asociado estrechamente con la denuncia política contra el carácter "meramente formal" de la llamada "democracia burguesa". Finalmente, podríamos decir que treinta años de lucha de organismos de derechos humanos y de algunas organizaciones políticas y sociales contribuyeron a instalar como tema legítimo en la agenda pública y estatal el conocimiento del accionar del terrorismo de Estado durante la última dictadura, así como la necesidad de enjuiciar y castigar a los culpables de esos crímenes contra la humanidad. En consecuencia, no resulta sorprendente que en el último lustro, auspiciosamente, empezara a desarrollarse una historiografía abocada al estudio de los procesos sociales, políticos y culturales de esa "historia reciente" de la Argentina.

Ahora bien, la producción de toda historiografía es, sin duda, en alguna medida contemporánea de los problemas sociales de su tiempo. Pero algunas parecen más sensibles a los temas de agenda pública y estatal, a los avatares de la historia de los Estados y sociedades en las que se inscriben sus historiadores e instituciones científicas o universitarias. En tanto que otras historiografías se presentan, más bien, como contemporáneas de los intereses de ciertas tradiciones intelectuales, es decir, más permeables a la influyente trayectoria de determinadas ideas, individuos, grupos e instituciones académicas que constituyen sus referencias relevantes en el nivel local y en el internacional. Por caso, la favorable coyuntura actual del precio internacional de la soja, que redunda directamente en beneficios económicos para el Estado, los productores agropecuarios y otros segmentos de la sociedad que perciben indirectamente su influjo a través del financiamiento público, no se contabiliza como causa central de la afirmación de las orientaciones dominantes en la producción de conocimientos sobre la historia agraria del siglo XIX y la primera mitad del XX; esto es, no determina la orientación de sus consolidados análisis de las formas de propiedad, la estructura social o la regionalización del espacio rural. En este sentido, los estudios agrarios y otros campos más consagrados de la historiografía argentina ofrecen a sus cultores algunas certezas que quienes se adentran en la investigación de temas más novedosos y, sobre todo, menos instalados en el debate y la agenda académica, no cuentan en su haber. La historia de las políticas sociales y, especialmente, su estudio en el período preperonista, está comprendida en esta última situación, pues recién en la década del 90 comenzaron a generarse sistemáticamente saberes sobre ella.

En el campo de las ciencias sociales, aportar al conocimiento de un problema y un objeto que posee una relevancia social y política significativa y activa en el presente –como es el caso de la historia de las políticas sociales– probablemente demanda del analista una dosis de profesionalismo y distanciamiento adicional. En su beneficio, los historiadores argentinos han contado con el apoyo y alguna inspiración en investigaciones precursoras de historiadores y sociólogos de la academia norteamericana y europea, como Theda Skocpol, Pierre Rosanvallon, Robert Castel, los teóricos del corporativismo o los del neoinstitucionalismo. Las investigaciones de estos autores (ya canónicas) señalan la necesidad de estudiar ciertos temas sustantivos, ofrecen renovados enfoques teóricos y metodológicos, innovan en el recurso a nuevas fuentes documentales, proponen revisar otras más convencionales interrogándolas desde remozadas perspectivas de análisis, indican la pertinencia de la comparación sociológica sistemática entre casos nacionales con el objeto de reconocer procesos más generales de configuración del Estado social o de bienestar, y también identifican unos procesos irreductiblemente singulares.

Hoy, no cabe duda de que estos interlocutores metropolitanos son fundamentales para los historiadores argentinos que se ocupan del tema. Sin embargo, si revisa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mos trabajos producidos en la década del 80 por los primeros analistas de la historia de las políticas sociales del período preperonista, como José Panettieri, Ernesto Isuani, Ricardo Gaudio, Jorge Pilone, Susana Belmartino o el propio Juan Suriano, podemos afirmar que, por entonces, debieron esforzarse por instalar la relevancia académica de este tema. Estos pioneros realizaron sus investigaciones empíricas y difundieron sus resultados interviniendo en un escenario donde, por un lado, las mencionadas influencias intelectuales extranjeras todavía no estaban consagradas como una referencia obligada de los historiadores argentinos (incluso muchas eran abiertamente desconocidas) y, además, sus interlocutores –ciudadanos o científicos sociales– mayoritariamente percibían las consecuencias de las transformaciones estructurales provocadas por la dictadura militar como profundas, pero todavía reversibles. En la actualidad, una mirada retrospectiva del conjunto de investigaciones existentes sobre la historia de las políticas sociales alentaría en aquellos precursores al menos una satisfacción y una certeza: su inicial preocupación por instalar ese campo de estudios en la historiografía argentina parece bien lograda, aun cuando todavía deba acrecentarse el alcance y la profundidad de sus conocimientos sustantivos, diversificarlos, ampliar sus interlocutores, refinar sus enfoques teóricos y metodológicos, explorar nuevas y viejas fuentes, y comparar sus resultados con otros casos. En este sentido, los trabajos compilados en *Las políticas sociales en perspectiva histórica* testimonian parte de ese logro y brindan un recorrido atractivo y relevante por el estudio de este tema y período. Veamos, pues, algunos tópicos que podemos hallar en sus páginas y quiénes son los historiadores que orientan al lector en ese recorrido.

Daniel Lvovich y Juan Suriano nos recuerdan que en los años 40, siguiendo una hipótesis consagrada académicamente por Gino Germani y políticamente instalada por el propio peronismo, se localizaba la génesis de las políticas sociales en la Argentina en el momento de creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, en 1943; en tanto que su ulterior desarrollo se situaba en tiempos de los dos primeros gobiernos de Perón (1946-1952 y 1952-1955). Sin embargo, contrariamente a estos presupuestos, conforme a que desde los años 80 los investigadores avanzaron en un análisis histórico más minucioso del tema, se pasó a reconocer que en la década del 30, en un contexto político de democracia restringida, ya existían formas de intervención de agencias estatales en el mercado, la sociedad civil y, en particular, en las relaciones capital-trabajo. Inmediatamente, algunos autores empezaron a echar luz sobre la política social de los "gobiernos radicales" de Hipólito Yrigoyen (1916-1922 y 1928-1930) y Marcelo T. de Alvear (1922-1928), e incluso durante el período correspondiente a los gobiernos de la denominada "república conservadora" (1880-1916). Cada nuevo estudio conseguía llamar la atención sobre un hecho menoscabado por la hipótesis de Germani y por los propios peronistas: demostraba que los orígenes del Estado social y las políticas sociales fueron resultado de un largo proceso histórico, que involucró a actores y tradiciones políticas e intelectuales locales e internacionales muy diversos, así como una necesaria y prolífica acumulación de experiencias institucionales en distintas agencias estatales y sectores de la sociedad civil (como sociedades de socorros mutuos, de beneficencia, entre otras). Indudablemente, esos actores, ideas e instituciones adquirieron una nueva configuración social y política con el primer peronismo, pero no surgieron *ex nihilo*, como pretende el excluyente mito de origen autoproclamado por el peronismo, y el relato antitético del *mito gorila* de las masas disponibles. Se trató, pues, de un proceso con desiguales desarrollos, con idas y vueltas, que en modo alguno fue un despliegue lineal preestablecido. Ese proceso –a través del cual fue reconociéndose la legitimidad de ciertas intervenciones estatales en materia de lo que denominamos "política social"– tuvo por protagonistas no sólo a dirigentes políticos y funcionarios estatales sino también a empresarios, trabajadores, cuadros de la Iglesia Católica, abogados, médicos, psiquiatras, y variados individuos y grupos de la sociedad civil.

Así pues, los actores y las instituciones analizados en el libro son diversos y están comprendidos en diferentes momentos entre 1870 y 1952, delimitando subperíodos con arreglo a criterios particulares de organización temporal. Mirta Lobato, en "El Estado y el trabajo femenino: el Departamento Nacional del Trabajo", aborda en las tres primeras décadas del siglo XX a funcionarios de ese departamento y a las inspectoras Gabriela Lapierre de Coni (de la Municipalidad de Buenos Aires), Carolina Muzzilli (del Departamento Nacional de Higiene) y Celia Lapalma de Emery (del Departamento Nacional del Trabajo), mientras que Agustina Prieto se ocupa de la producción legislativa de Juan Bialet Massé en su actividad como funcionario estatal y asesor letrado de organizaciones empresariales y obreras entre 1903 y 1904 en "Prolegómenos de la legislación social Argentina: la obra de Juan Bialet Massé". O bien la labor legislativa de diputados del Congreso de la Nación, en particular aquella destinada a definir, diferenciar y regular desde el Estado la situación social e institucional de "niños" y "menores" es objeto de estudio en "¿Es realmente una colonia? ¿Es una escuela? ¿Qué es? Debates parlamentarios sobre la creación de instituciones para menores de la Argentina, 1875-1890", de María Carolina Zapiola. Asimismo, y continuando la temática anterior, María Marta Aversa, en "Infancia abandonada y delincuente. De la tutela provisoria al patronato público (1910-1931)", indaga en la formación de un campo de la niñez en el cual participaban políticos, miembros de organizaciones filantrópicas, profesionales médicos, psiquiatras, abogados, penalistas y criminólogos (como Luis Agote, Alberto Meyer Arana, Saturnino Costas, Carlos de Arenaza). Por su parte, Susana Belmartino comprende a los actores e instituciones vinculados con las políticas de seguridad social médica en "¿Estado social o Estado de compromiso? Agotamiento, crisis y reformulación de las instituciones de atención médica, Argentina 1920-1945". Allí también plantea algunas orientaciones que tornan inteligible el posterior desarrollo, crisis y configuración actual de la seguridad social médica en la Argentina. Seguidamente, Daniel Lvovich analiza los discursos y posicionamientos sobre la seguridad social de parlamentarios, sindicalistas y empresarios en la década del 40 en "Sindicatos y empresarios frente al problema de la seguridad social en los albores del peronismo". Finalmente, Karina Ramaciotti se concentra en los diferentes diagnósticos y estrategias adoptadas por funcionarios del sector salud del Estado nacional (como Ramón Carrillo o Juan Sívori), de la provincia de Buenos Aires, de profesionales médicos (especialmente, Florencio Escardó), miembros de la Unión de Mujeres Argentinas, y de la prensa (los diarios *La Prensa*, *El Día*) en "Las voces que cuestionaron la política sanitaria del peronismo (1946-1949)"; y Patricia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Flier, en "Las organizaciones internacionales y las recomendaciones de política de seguridad social para América Latina: el caso de la Conferencia Interamericana de Seguridad Social", se centra en los puntos de vista de funcionarios y especialistas en seguridad social que participaron de la conformación de una agenda internacional sobre el tema durante la década del 40.

Los tópicos abordados en la primera parte del libro, "Género, minoridad y legislación social entre dos siglos", se plantean los siguientes interrogantes. En el texto de Mirta Lobato la cuestión es cómo el Departamento Nacional del Trabajo investigó e inspeccionó establecimientos productivos y comerciales con vistas a examinar y legislar sobre la forma en que se realizaba el trabajo femenino. De acuerdo con su interpretación, estos funcionarios anclaban sus perspectivas e intervenciones en unas concepciones de la regulación estatal que priorizaban la protección de las "madres" y los "niños trabajadores", por ser considerados por los reformadores liberales, católicos y socialistas como sujetos sociales "débiles", que debían recibir especiales cuidados con el fin explícito de preservar la reproducción material y moral de la sociedad. En el artículo de Agustina Prieto, el punto gira en torno de cuáles fueron las influencias intelectuales, el diagnóstico de la situación del mundo del trabajo y las propuestas legislativas de regulación de las relaciones laborales, desarrolladas por Bialet Massé antes de su conocido *Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República* (1904). Esta autora también se pregunta cómo aquellas concepciones de Bialet Massé fueron procesadas, parcialmente incorporadas y compatibilizadas con otras orientaciones implicadas en el diseño del *Proyecto de Código Nacional de Trabajo* de Joaquín V. González (1904). El trabajo de María Carolina Zapiola trata de responder cómo fueron delimitándose las categorías jurídicas "niños" y "menores" en las elites políticas y profesionales desde 1880 hasta 1920, es decir, antes de la sanción de la Ley de Patronato de Menores o Ley Agote de 1919. El análisis de ese proceso muestra que esas elites buscaban definir con la primera categoría a unos sujetos comprendidos en el marco institucional de la "familia" como "hijos", en la "escuela" como "alumnos" y –ocasionalmente– en el "trabajo" como "niños trabajadores"; mientras que nominaban con la segunda categoría a una población igualmente integrada por niños y jóvenes, pero tenida como "pobre", "delincuente", "huérfana" y/o "viciosa". Adicionalmente, trata de determinar cuándo se instalaron las primeras propuestas que demandaban del Estado el establecimiento de controles directos sobre los "menores", mediante qué dispositivos y qué instituciones. Y, en términos más generales, nos presenta un panorama que permite comprender con mayor precisión y complejidad cómo se produjo la transición de un modelo de asistencia a la niñez marginal, basado en la acción de particulares con el respaldo del Estado o en el encierro en cárceles, a otro modelo fundado en una decidida intervención estatal a través de nuevas instituciones reformadoras (como la Escuela Industrial del proyecto de Mariano Demaría, la Escuela de Reforma de Onésimo Leguizamón o la colonia agrícola de Dámaso Centeno), o bien a un tercer modelo fundado en la supresión abierta de los regímenes de "internado". En relación con este tema, el trabajo de María Marta Aversa estudia los orígenes del campo de la "infancia abandonada y delincuente" observándolo desde el análisis de las intervenciones estatales, las reflexiones académicas y profesionales y la participación de instituciones de la sociedad civil. Ella entiende que ese campo se asentaba, en un primer momento, en la agencia de organizaciones filantrópicas asistidas por recursos del Estado, como la Sociedad Protectora de Huérfanos y Desvalidos, la Sociedad de Beneficencia y el Patronato de la Infancia. Y, en una segunda instancia, su desempeño estuvo anclado en una progresiva acción estatal sobre las familias, llegando incluso a sustituirlas cuando el Estado actuaba con funciones de "tutela" y "patronato" del "menor desvalido o abandonado", y apoyándose en nuevas instituciones como el Instituto Tutelar de Menores, el reformatorio de menores abandonados y delincuentes de Colonia Olivera, la Colonia Hogar Ricardo Gutiérrez, los tribunales de menores o el Patronato Nacional de Menores creado en 1931.

La segunda parte de libro, "Salud y seguridad social: orígenes y legados", enfoca la comprensión de problemas relativos a los compromisos sociales y políticos trabados por los actores corporativos que caracterizaron la historia de la seguridad médica –en el caso de Susana Belmartino– o el sistema de seguridad y previsión social –en el de Daniel Lvovich–. Ambos trabajos destacan la importancia y eficacia social que juegan las tradiciones políticas e institucionales previas en la configuración contemporánea y futura del sistema. Además son coincidentes en las preguntas que plantean; centralmente, qué intereses y actores están involucrados en cada sector y coyuntura histórica. Y también son solidarios en la formulación de hipótesis, principalmente sobre la definición de la forma institucional del sistema de seguridad social a partir de la tensión establecida entre: a) la confluencia o contradicción de los intereses y actores implicados; b) el carácter fragmentado y heterogéneo del sistema de protección social desde su génesis, y c) el peso decisivo que las tradiciones sindicales y las políticas estatales preperonistas imprimieron en la trayectoria de ese sistema a lo largo del siglo XX. De hecho, Belmartino y Lvovich coinciden en señalar que en aquella época estas determinaciones operaron como obstáculos al desarrollo de orientaciones en pos de un sistema de tipo universalista. Por su parte Karina Ramaciotti vuelve su mirada hacia actores que participaron de la definición de las políticas sanitarias desde el interior de las agencias estatales nacionales y provinciales, desde la actividad profesional y académica universitaria, o bien interviniendo en la esfera pública a través de la prensa. Observa que la pérdida de dinamismo atribuida a la gestión peronista de Ramón Carillo, a principios de la década del 50, reconoce antecedentes y causas en las críticas planteadas desde sectores opositores y gubernamentales a las prioridades oficiales de atención de la salud pública definidas durante su gestión ministerial. Al respecto, la autora reseña y analiza posicionamientos establecidos frente a dos temas cruciales de la agenda de esa coyuntura: la organización y funciones del hospital público, y la necesidad de producir un sistema de información bioestadística que contribuyera al relevamiento de problemáticas y a la toma de decisiones. Finalmente, Patricia Flier aborda la agenda de temas de las Conferencias Interamericanas de Seguridad Social, mostrando cómo fueron delineándose las tendencias imperantes en este escenario internacional, especialmente en lo que se refiere a las recomendaciones destinadas a pasar de la formación de seguros sociales a un sistema de seguridad social.

Por último, unas pocas palabras antes de terminar estos breves comentarios. Reflexionando sobre la trayectoria de la histo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ria de las políticas sociales y de su historiografía en la Argentina, sería dado imaginar a algún filósofo hegeliano heterodoxo planteándonos la siguiente idea: la importancia de estudiar los proyectos, los actores y las primeras instituciones con competencia en el diseño y la gestión de las políticas sociales sólo se volvió inteligible en el ocaso de su trayectoria histórica. Sin embargo, la pertinencia de esta afirmación no sería del todo ajustada, pues ese conocimiento no fue alcanzado por los historiadores argentinos al concretarse el desarrollo histórico pleno de las políticas sociales en el presente o, como diría el viejo Hegel, en el crepúsculo, cuando el búho de Minerva alza su vuelo. Por el contrario, creo, debiéramos decir parafraseando al joven Marx en su crítica a Hegel que empezamos a comprenderlas, más bien, el día de su entierro. En otras palabras, accedimos a un saber histórico desnaturalizado sobre la génesis y el desarrollo del Estado social sólo cuando su reciente crisis estructural hizo evidente la radical historicidad de su existencia sustantiva. En este sentido, y afortunadamente, con erudición y buenas propuestas, los trabajos de *Las políticas sociales en perspectiva histórica* se sustraen de la nostalgia por el pasado perdido o de cualquier finalismo histórico. Sus autores producen un conocimiento original y minucioso sobre aspectos relevantes de las políticas sociales entre 1870 y 1952, desmarcándose muy bien de cualquier dogmatismo teórico, sean aquellos pregonados por quienes apelan a necesarios desarrollos de la modernidad, a los fundados en la eficacia absoluta de un Estado capitalista con agencia única y homogénea, a los partidarios de conspiraciones unilateralmente mentadas por las elites dominantes, o de aquellos otros dogmatismos más en boga actualmente que apelan a la imbatible organicidad de la lógica del control social. Por ello, recorrer demoradamente sus páginas, descubrir a los protagonistas de las historias que narran, y sumarse a la polémica con los debates que sus autores proponen, constituye una excelente ocasión para adentrarse en el estado de la discusión de esta productiva historiografía sobre las políticas sociales en la Argentina.

Germán Soprano

Leticia Prislei (directora) y Mirta Kircher (codirectora)

Neuquén, imágenes de una ciudad centenaria, 2004

Neuquén, Universidad Nacional del Comahue-
Municipalidad de Neuquén, 2004, 219 páginas

Neuquén, imágenes de una ciudad centenaria es el resultado del trabajo realizado por un equipo de investigación de la Universidad Nacional del Comahue, dirigido por Leticia Prislei, con la codirección de Mirta Kircher, que se propone conmemorar el centenario de la ciudad de Neuquén a través de la publicación de un libro que recoge, en una cuidada edición, una selección de imágenes fotográficas que recorren la historia de la ciudad patagónica durante el siglo XX.

Esta coedición de la Universidad Nacional del Comahue y de la Municipalidad de Neuquén es un buen ejemplo de las posibilidades que brindan las fotografías en el campo de las ciencias sociales "convocando al análisis crítico [...] permitiendo reconocer y reconocerse en un pasado pasible de ser mirado y pensado al mismo tiempo", como advierte Leticia Prislei en el prólogo del libro que, centrado en los aspectos teóricos y metodológicos que guiaron el trabajo, funciona como una guía que busca organizar la mirada del lector, generalmente poco acostumbrado a este tipo de libros, que no sólo lo invitan al recorrido curioso o nostálgico. Prislei propone un contrato de lectura que incita a la reflexión histórica, apelando a la sensibilidad del lector que pertenece a la comunidad neuquina y de todo aquel que se interesa por una historia tramada en imágenes.

El trabajo organiza las fotografías sobre tres ejes que articulan la narración histórica: "El montaje de la ciudad", "La formación de la sociedad" y "La construcción de la ciudadanía".

"El montaje de la ciudad" comienza planteando un diálogo permanente entre las representaciones del campo y la ciudad debido a que Neuquén fue fundada como capital antes de su existencia como ciudad y su trazado es simultáneo a la constitución de un campo diseñado con pautas modernas sobre el desierto argentino. El diálogo modernizador comenzó con las formas más simples de cruzar los ríos que riegan naturalmente el valle donde se ancló la ciudad de Neuquén, continuó con la fuerza del progreso que impuso muy tempranamente la llegada del ferrocarril y finalmente el impulso modernizador de los 60 con la ampliación de las carreteras; este arco es sólo un ejemplo de las posibilidades que abren, en este recorrido, las fotografías utilizadas como documentos históricos.

En la selección mencionada –y también en las otras a las que nos invita el armado de "El montaje de la ciudad de Neuquén"–, advertimos que las fotografías se constituyeron en artefactos materiales que dispararon sobre la sensibilidad de los autores y colaboradores de la edición y que construyeron una mirada colectiva sobre la ciudad. Rastrear archivos, examinar colecciones personales, hablar con poseedores de imágenes familiares y consultar libros para resolver los epígrafes de cada una de las fotos les permitió a los integrantes de este proyecto ver aquello que las lentes profesionales o las amateurs tal vez no percibieron en el momento en que ocurrían los hechos.

Si el ferrocarril es el símbolo de una sociedad moderna, la marca de un Estado que se pretende nacional en las fronteras cada vez más alejadas de la ciudad capital, la sociedad también experimentará la sustitución de aquellos hábitos de fortín por un proceso de sociabilidad donde se hiciera evidente la marcha del progreso civilizatorio. Es en "La formación de la sociedad" donde aflora el recuerdo; como afirma Patrice Flichy, a partir de fines del siglo XIX el espacio privado se constituye mediante la retención del recuerdo en contraposición a la efervescencia del espacio público.[1] Se trata de atesorar huellas del mundo exterior y material de las familias, y las fotografías entran en la vida cotidiana y en el hogar con el álbum familiar que captura el recuerdo y mezcla el espacio privado y el público pero también refuerza la cohesión del grupo; la fotografía ya no es la sustitución del retrato como a comienzos del siglo XIX sino una herramienta para captar el pasado y el mundo exterior.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Las familias, los casamientos, los entierros, las comuniones, los niños, el ocio, los oficios y el trabajo; la vida cotidiana atravesada por la vida pública de las inauguraciones, los ritos y los eventos culturales y deportivos. Cada una de las fotos de este capítulo es un mundo de detalles epocales que apelan a la evocación del pasado para adquirir significación histórica. Se hace difícil encontrar un arco representativo para este capítulo; este apartado es complejo, diverso y heterogéneo como la sociedad misma, pero comparar las fotografías del almacén de ramos generales de 1916 con la de 1940 implica adentrarnos en un mundo poblado de elementos emergentes y residuales en la forma de vida de los pobladores neuquinos y de cualquier ciudad del país.

El último de los recorridos fotográficos se adentra en "La construcción de la ciudadanía", un capítulo de singular importancia porque permite una periodización que va más allá del centenario de la ciudad; nos referimos al pasaje existente entre la inicial condición de Territorio Nacional a la provincialización de Neuquén en la década del 50 durante el gobierno del general Juan Domingo Perón. Esta situación revela, como afirma Prislei, "diferentes concepciones de la nación y de la democracia" que están dadas por el status jurídico-político que plantea la condición de territorio y por la representación de la ciudadanía como posición legal del individuo inserto en las deliberaciones y decisiones de la vida comunitaria. Esas huellas están en todas las imágenes construidas desde el Estado o la sociedad civil y les permiten a los autores reflexionar sobre la construcción de los derechos civiles y sociales y la dimensión de la ciudadanía de la capital neuquina.

La escuela es una institución privilegiada para mirar la conformación y consolidación de los Estados nacionales, un espacio para la construcción de ciudadanía. Las imágenes de niños participando de diferentes momentos de la vida educativa o de los actos cívicos, que los tenían como actores aventajados, se constituyen en imágenes recurrentes de Neuquén o de cualquier otro rincón de la Argentina. Niños, futuros ciudadanos, hijos de padres que no optaron por la ciudadanía política, posando en torno a la bandera nacional, niños hijos de argentinos paseando por las calles de Neuquén, niños rodeando una estatua recién inaugurada, niños en un festejo patrio; niños y niñas festejan y miran juntos al futuro. Sin embargo, a la hora de cumplir con las virtudes cívicas del voto, aquella convivencia se vuelve mundo de varones, desde las primeras elecciones municipales pasando por los actos del primer y segundo peronismo o incluso del período posperonista nos muestran un mundo de participación masculina.

Las mujeres emergen en la escena ciudadana, según las imágenes del libro, recién en la década del 80 cuando la movilización política de la vuelta a la democracia llegó a la ciudad capital, aunque la delegación Neuquén de las Madres de Plaza de Mayo hizo su aparición en el Alto Valle en 1977, en plena dictadura militar, buscando a sus hijos desaparecidos.

Estas imágenes se convierten así en fuentes documentales que contribuyen a sostener la memoria y la identidad de la comunidad neuquina y nos muestran una posibilidad novedosa para narrar historias regionales. Sin embargo, en esta historia en imágenes, los epígrafes debieran jugar un papel de mayor intervención sobre la foto en sí misma, ya que si bien el prólogo funciona como una guía que organiza la lectura, hubiera sido conveniente que los epígrafes se constituyeran ya no en dadores de información secundaria –por ejemplo, sobre un lugar determinado o una historia de vida– gracias al uso adecuado de la bibliografía temática, sino en un espacio donde pudiera explotarse con mayor intensidad crítica la lectura de las imágenes para convertir definitivamente las fotografías en fuentes históricas. Las posturas, las miradas, el significado de las fotos panorámicas, la diferencia entre fotos de fotógrafos amateurs y de profesionales, hubieran aportado a la historia de esta comunidad tanto como tratar de identificar a un personaje o el encuentro de un lugar del pasado que aún hoy está presente en la ciudad.

Narrar el centenario de la ciudad de Neuquén en imágenes seguramente no resultó una tarea fácil pero sí una empresa fascinante que le permitirá a este grupo de trabajo conectar sus experiencias personales de búsqueda y selección con la sensibilidad de los lectores-observadores de las fotografías.[2] Al resignificar las imágenes a través de un montaje que las ubica en una red en la que conviven fotografías de diferentes procedencias y diversas temporalidades, *Neuquén, imágenes de una ciudad centenaria* cumple su cometido de narrar una historia de la ciudad de Neuquén, una historia en imágenes para la propia comunidad neuquina –que se encontrará reflejada en esas fotos– como también para el lector-observador que nunca visitó esa ciudad sureña, pero que podrá, a partir de aquí, intuirla en su dimensión histórica.

Analía Rey (UBA)

Notas

[1] Véase Patrice Flichy, *Una historia de la comunicación moderna. Espacio público y vida privada*, México, GG Mass Media, 2000.

[2] Véase Mirta Zaida Lobato, "Memoria, historia e imagen fotográfica: los desafíos del relato visual", *Anuario*, 5, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, 2004.

Cristiana Schettini

"Que tenhas teu corpo": uma história social da prostituição no Rio de Janeiro das primeiras décadas republicanas

Río de Janeiro, Arquivo Nacional, 2006, 264 páginas

A comienzos de 1896, una rígida campaña policial ganó publicidad en los más importantes diarios de Río de Janeiro. El comisario de policía Luiz Bartolomeu de Souza, por entonces responsable de la vigilancia de la región central de Río, había ordenado la mudanza de las prostitutas establecidas en aquellas calles hacia regiones menos transitadas. Recurriendo a artículos introducidos en el Código Penal de 1890, De Souza inició varias investigaciones de proxenetismo, acusando a personas, en especial de origen judío, que alquilaban habitaciones y casas a las prostitutas. Su em-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

presa contó, además, con el apoyo de la municipalidad, cuando los funcionarios de la Dirección de Higiene Pública y Obras Municipales clausuraron algunos de los predios por considerarlos insalubres, lo cual tenía como objetivo dar justificaciones supuestamente neutras a la acción policial.

A pesar de tantas circunstancias aparentemente favorables, la campaña terminó por engendrar una reacción inesperada e incisiva cuando las mujeres afectadas por las órdenes de expulsión empezaron a presentar mandatos de hábeas corpus en los juzgados de la capital. Desde el punto de vista legal, se trataba de una garantía constitucional que protegía contra la coacción, ilegal o violenta, de la libertad de movimiento. Para aquellos que vivieron el momento, sin embargo, esa garantía adquiriría sentidos muy diversos.

No es casual, por lo tanto, que ese episodio abra el libro *Que tenhas teu corpo: uma história social da prostituição no Rio de Janeiro das primeiras décadas republicanas*, de Cristiana Schettini. Además de anunciar la cuidadosa construcción narrativa que ocupa las páginas siguientes del libro, los "sucesos de 1896" tienen importancia en la propia formulación del análisis propuesto por la autora. Por un lado, ella busca entender qué conflictos se volvieron visibles a través de aquella situación específica y qué cosas revelaba sobre las vidas y expectativas de las personas involucradas. Por el otro, la autora considera el episodio como un "punto de partida" para seguir las formas que tomaron esos mismos conflictos en los años siguientes, cuando las referencias a las prostitutas pasaron supuestamente a restringirse a las historias sobre el "tráfico de blancas" y a los relatos idealizadores de escritores y memorialistas.

Diferentes aspectos del mismo episodio son retomados y enfatizados en cada uno de los tres capítulos del libro, constituyendo un eje narrativo a partir del cual la autora identifica e interpreta los cambios en la prostitución carioca a lo largo de las dos décadas posteriores. Para eso, Schettini articula una lectura renovada de las fuentes tradicionales sobre el tema –las ya mencionadas historias del tráfico y memorias– con el análisis del material producido en diferentes instancias judiciales. Un aspecto central en todo este recorrido es el énfasis de la autora en las posibilidades de participación de las propias prostitutas en las disputas y resignificaciones sobre sus cuerpos.

Resultado de su tesis doctoral, el trabajo fue uno de los vencedores del Premio Arquivo Nacional de Pesquisa de 2003. Al movilizar un vasto conjunto documental, la investigación cumple con la tarea de proponer nuevas interpretaciones sobre la prostitución brasileña a comienzos del siglo XX y de contribuir, de forma amplia y consistente, a debates teóricos y metodológicos propios de la historia social, en una compleja red de diálogos. Antes de explicitar algunos de esos diálogos, considero pertinente dar a conocer el contenido de cada capítulo.

En el primer capítulo son presentados diversos protagonistas del episodio de los hábeas corpus. Al acompañar los encuentros entre prostitutas y hombres, con o sin uniforme, la autora discute las diferentes nociones de masculinidad pasibles de ser evocadas o atribuidas por los diferentes actores involucrados en esas relaciones sociales, sea para definir identidades o para marcar distinciones. En la relación entre esas mujeres y los policías, el énfasis del análisis recae sobre las formas en que la autoridad de esos hombres era construida cotidianamente. En tal proceso, las meretrices aprovechaban para sus propios objetivos esos espacios de negociación, tanto como las fisuras de la organización policial.

En los debates que rodean los "sucesos de 1896", Schettini identifica el embate entre dos proyectos de república representados, por un lado, por el comisario que ordena las expulsiones y, por el otro, por el juez que les concede el hábeas corpus a las prostitutas. Además de identificar las divergencias entre instancias estatales (la policía y el Poder Judicial), la autora explora también los significados políticos más amplios de tales diferencias. El evento en cuestión revela el desarrollo de una cierta tendencia de vigilancia policial, marcada por el esfuerzo de concretar una segregación espacial de las prostitutas, cuyas consecuencias, a lo largo de las décadas siguientes, también son abordadas en el texto.

En el segundo capítulo, el objetivo de estudio son las historias sensacionalistas del "tráfico de blancas". La autora contrapone su análisis a la visión consagrada sobre esos relatos, hasta ahora asimilada de manera acrítica por gran parte de la historiografía. En ese sentido, opta por recuperar las experiencias de las prostitutas extranjeras en Brasil: a partir de juicios criminales de proxenetismo, discute cómo esas mujeres tenían la posibilidad de apropiarse de ciertas imágenes asociadas a ellas, de un cierto "*script* de género", movilizándolas en su favor. Esos documentos también permiten observar que ellas se insertaban en relaciones sociales complejas, que iban mucho más allá de la dicotomía proxeneta/explotador y prostituta/víctima.

De modo innovador, la autora recupera la historicidad del "tráfico de blancas", o sea, sus significados específicos en un país donde la esclavitud negra había sido abolida hacía poco tiempo. En el Río de Janeiro de la segunda mitad del siglo XIX, el peso adquirido por esas historias está relacionado con la tentativa de "desnacionalizar" el problema de la prostitución y de indicar un "avance" brasileño hacia ciertos modelos de civilización. Al relacionar el "tráfico de blancas" con el tráfico interno de esclavos, la autora constata que el énfasis en la imagen de la prostituta como esclava era recurrentemente utilizado para justificar la intervención estatal en las vidas de esas mujeres. Es posible, por lo tanto, establecer una asociación entre un estilo de vigilancia policial que privilegia la persecución de proxenetas extranjeros y las narrativas sensacionalistas de tráfico, dado que se apoyan y se refuerzan mutuamente.

En el capítulo final, Schettini explora la diversidad de los "usos del proxenetismo", teniendo en cuenta cada una de las partes involucradas en procesos de ese tipo: los policías y la cuestión de la ubicación de las prostitutas en la ciudad, los jueces y las discordancias respecto de los valores a ser protegidos, las prostitutas y sus intereses en los conflictos con los dueños de sus casas. Uno de los procedimientos más intrigantes, sin embargo, es el uso que la propia historiadora hace de tales registros, empleándolos para destacar aspectos de las vidas de hombres y mujeres asociados a la actividad de la prostitución y su relación, cercana y compleja, con la vecindad. Schettini se dedica, en esa parte, a combatir ampliamente la idea de que la prostitución constituye un "mundo aparte" o un "submundo".

A lo largo de todo el libro, la autora lidia con lo que llama la "miopía" con relación a las prostitutas brasileñas negras o migrantes pobres. Por un lado, su trabajo busca comprender cómo se dio la construcción de los silencios respecto de esas mujeres. Por el otro, reúne una serie de documentos que le permite acompañar las acciones y las trayectorias de esas prostitutas pobres. Con eso

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

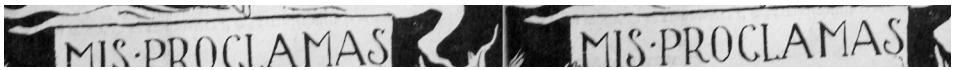
realiza una valiosa contribución a la historiografía sobre la prostitución en Brasil que, muy inspirada por los estudios de Michel Foucault, se concentró en la producción de discursos médicos y judiciales, y también en relatos de memorialistas. Producida principalmente en la década del 80, esa historiografía terminó, en gran medida, por reponer ciertas lagunas de sus fuentes en sus interpretaciones, ya que los estudios producidos terminaban diciendo más sobre los hombres involucrados en la producción de textos de la época que sobre las propias prostitutas.

Otra cuestión que recorre los tres capítulos es la reflexión propuesta sobre el Estado republicano y su presencia en las vidas de las personas comunes. Gran parte de las investigaciones acerca de los primeros años republicanos enfatizó la interferencia del nuevo régimen político sobre las "clases populares", destacando su carácter autoritario y represivo. Schettini se filia en otra perspectiva, al centrar su atención sobre las mujeres y los hombres involucrados en la prostitución y al preguntarse cómo ellos "participaron en las negociaciones sociales acerca de los significados y de los proyectos de la capital republicana" (p. 23). Su análisis contempla las divergencias entre la policía y el Poder Judicial, así como las visiones conflictivas dentro de cada una de esas instituciones. Si las prostitutas eran blanco de vigilancia y estigmatización, al mismo tiempo articulaban diferentes estrategias para lidiar con tal situación, limitando y resignificando las acciones de los hombres del Estado.

Tales consideraciones están relacionadas con la intención de Schettini de combinar una perspectiva de género con los presupuestos de la historia social. Se trata de un avance significativo respecto de las investigaciones que, en los años 80, abordaron cuestiones relacionadas con las mujeres pobres y trabajadoras en la capital brasileña a comienzos del siglo XX. En aquel momento existía la tendencia a enfatizar la oposición entre una "cultura popular" y una "cultura dominante". En cierta medida, era necesario resaltar el rol de las mujeres como "sujetos históricos" y la categoría de género todavía no estaba incorporada a las reflexiones. En el trabajo de Schettini, más cercano a las perspectivas desarrolladas por otras historiadoras latinoamericanas, como Sueann Caulfield, hombres y mujeres de diferentes clases sociales se apropian de valores comunes e identidades sociales. Las propias identidades de género no son fijas y se combinan con las de raza, clase y nacionalidad de diferentes formas en momentos específicos.

En el libro, la articulación de múltiples categorías recorre todo el esfuerzo analítico de interpretación de la documentación, lo que le permite a la autora construir argumentaciones como la del epílogo, donde relaciona la concentración de identidades étnicas en determinadas calles de prostitución, el tipo de servicio sexual ofrecido y el perfil de los clientes. La noción de masculinidades es retomada en esa parte a modo de relacionar género y clase con la intención de enfocar a los diferentes hombres que circulaban por el centro de la ciudad y que convivían con las prostitutas. De modo general, el análisis de Schettini muestra cómo la categoría de género permite ampliar los debates y enriquecer el abordaje tradicional en el campo de la historia social.

Lerice de Castro Garzoni
Universidad Estadual de Campinas



Sandra M. Szir

Infancia y cultura visual. Los periódicos ilustrados para niños (1880-1910), 190 páginas

Buenos Aires, Miño y Dávila, 2007

El libro que Sandra Szir dedica a la emergencia de periódicos ilustrados para niños en Buenos Aires a fines del siglo XIX apunta a un cruce de cuestiones específicas sólidamente ancladas en la trama de la historia: se ubica en un momento en el que la educación de los niños fue entendida como tarea prioritaria en la construcción de una nación moderna y cohesionada. El alcance y la difusión de los debates que tuvieron lugar en el Congreso Pedagógico de 1882 dan una idea del interés que la discusión acerca de los ideales y modelos educativos tuvo no sólo para la elite dirigente y los "especialistas" sino también para la opinión pública. La publicación cotidiana de las distintas posiciones y opiniones en disputa (entre católicos y liberales), durante varios meses en la primera plana de varios periódicos de la capital, dan cuenta de un amplio interés en la orientación del sistema educativo nacional. La escuela convocaba ese interés en un momento también caracterizado por José Pedro Barrán como la "era del disciplinamiento" en su historia de la sensibilidad en el Uruguay, que podría en muchos aspectos hacerse extensiva a la otra orilla del Plata.

Disciplinamiento de los cuerpos, urbanización de las costumbres, se sumaron a la puesta en marcha, tan bien analizada por Lilia Ana Bertoni en su libro *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas,* de dispositivos educativos y simbólicos orientados a la formación de sentimientos y emociones patrióticos en una población cada vez más cosmopolita y heterogénea.

En ese contexto, Sandra Szir analiza las relaciones variables y complejas que las revistas ilustradas para niños mantuvieron con la educación formal, introduciendo nuevas e interesantes cuestiones a partir del análisis de su dimensión material, en tanto objetos de consumo con un formato y unas características específicas. Esas cuestiones se relacionan con el placer de la lectura y el juego, la importancia del diseño de sus páginas, la economía de la imagen en relación con la palabra en esas páginas, el humor, el entretenimiento, el mercado y el consumo.

Los niños aparecen a lo largo de este libro no sólo como sujetos a ser educados sino también como público consumidor a conquistar en empresas editoriales más o menos exitosas. Las décadas que enfoca fueron un momento de grandes y rápidos cambios, en el que es posible advertir la apropiación de modelos europeos, su adecuación al medio local, el interés constante por competir en cuanto a la modernidad de los métodos de producción y reproducción de las imágenes y, sobre todo, un reacomodamiento rápido a las respuestas del público lector.

Resulta notable la diferencia de estrategias en las tres publicaciones analizadas por la autora. En *La Ilustración Infantil,* fundada por Francisco Bourel en 1886, se destaca la importancia del didactismo moral, en el marco de las tensiones y discusiones entre católicos y liberales que se dejan entrever en sus artículos. Asimismo, se hace evidente en esta revista una escasa apelación a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la imaginación infantil, en textos e imágenes que reclamaban la comprensión de lo real, la inculcación de valores éticos y una clara diferenciación de roles de género. Si bien hubo en sus páginas algunos deslizamientos hacia lo lúdico, en esa primera *La Ilustración Infantil* lo que primaba era el disciplinamiento.

En la segunda publicación, *El Diario de los Niños,* fundada en 1898 también por Bourel, la importancia y el interés de la imagen visual aumentan considerablemente. Fue ésta una publicación que, como observa Szir, podría pensarse como auxiliar didáctico de un universo escolar ampliado. Poblado de pequeñas imágenes y viñetas que seguían la tradición de la ilustración didáctica enciclopédica, *El Diario de los Niños* ponía el énfasis en la divulgación científica, la estimulación de la imaginación y la comprensión del mundo a partir del dibujo y del sentido de la vista. Microscopios, imágenes microscópicas de sustancias (gotas de leche "auténtica y falsificada" por ejemplo), alternaban con clasificaciones fisiognómicas de razas humanas, plantas, animales, insectos, en una línea coherente con el cientificismo positivista finisecular. La última página de *El Diario de los Niños* incluyó ilustraciones publicitarias, lo cual anticipa una tendencia que se acentuaría en la tercera –y la más exitosa– de las tres revistas: *Pulgarcito*.

Fundada en 1904, *Pulgarcito* fue publicada por la Librería del Colegio, la librería que todavía se encuentra en la esquina del Colegio Nacional de Buenos Aires. Fue cambiando rápidamente su carácter y ampliando sus destinatarios para apuntar a un público lector masivo. Resultó, sin duda, la más lúdica y distanciada de los ritmos y cánones de la educación formal de las publicaciones para niños que habían aparecido en Buenos Aires hasta entonces. Al año siguiente de su fundación redujo su tamaño y devino "semanario humorístico", acentuando su aspecto lúdico e informal e incluyendo junto al material dirigido específicamente a los niños una buena proporción de notas de actualidad, fotograbados y publicidad. Fue una revista bastante parecida a la exitosísima (desde 1898) *Caras y Caretas*; en formato *magazine,* presentaba una gran diversidad visual, incorporando juegos, humor, caricaturas, pero sobre todo evadiendo el ritmo y los programas escolares. *Pulgarcito* cultivó una veta autorreferencial, apeló a los deseos de los niños e interactuó con sus lectores animándolos a enviar colaboraciones para ser publicadas. Su consigna era "aprender jugando". Moderna, desplegó dispositivos que estimulaban los deseos de sus lectores: publicidad, tiras cómicas, fotografías, caricaturas, deslumbrantes tapas a color. Estimuló la continuidad de su consumo organizando juegos y concursos que se desenvolvían en el número siguiente. *Pulgarcito* resultó un éxito editorial. Logró masividad con un precio reducido (costaba lo mismo que cualquier semanario popular ilustrado) y la incorporación de todas las novedades técnicas disponibles para lograr un despliegue visual atractivo. La revista promocionó y multiplicó ese éxito publicando las cifras de su tirada y circulación tanto en Buenos Aires como en Montevideo.

La lectura de este libro invita, con toda su precisión y rigor histórico, a proyectar sobre el presente muchas reflexiones (los buenos libros de historia cultural invitan a hacerlo). El análisis de ese momento seminal en las publicaciones ilustradas para niños en la ciudad de Buenos Aires adquiere particulares resonancias para quienes –como yo, y también la autora– crecieron, se divirtieron y alimentaron su imaginación infantil en un mundo en el que las láminas coloreadas de los libros y revistas aún conservaban su protagonismo.

En este sentido, quisiera volver a las primeras páginas de este libro, las que parten de la evocación sensual de los impresos infantiles por Umberto Eco en su libro *La misteriosa llama de la reina Loana*, una vivencia compartida por ella misma. Por supuesto eso también me trajo el recuerdo de mis horas de infancia recorriendo una y otra vez aquellos libros y revistas que se machucaban de tanto mirar y remirar.

Hoy parecería irreversible la pérdida de espacio de la imagen impresa en relación con la inmensa disposición de imágenes efímeras, virtuales, electrónicas, televisivas, que reciben los niños gracias a los incesantes y vertiginosos cambios en los modos de reproducción digital de la imagen (celulares que sacan fotos y filman, televisores omnipresentes, cable, internet, etcétera).

Y se me ocurre pensar que tal vez la imagen impresa no ha perdido todas las batallas, justamente por esa dimensión material, sensual, recorrible y atesorable de los objetos impresos. La posibilidad de poseerlas, de guardarlas en un baúl y volver a mirarlas muchas veces, de compartir la lectura deteniéndose en ellas para reencontrar lo recordado y hacer nuevos descubrimientos, tal vez reserve un lugar insospechado para esos objetos junto al avance de la televisión y de la imagen virtual. Algo en la calidad de este libro, rico en ilustraciones de aquellas publicaciones infantiles tempranas, habla de esto al lector.

Laura Malosetti Costa
(UBA/IDAES/CONICET)

Horacio Tarcus

Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos

Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2007, 542 páginas

En este trabajo monumental Horacio Tarcus se propone seguir la cola del diablo, pero ya no la de Antonio Gramsci –cuya recepción ha sido estudiada por Pancho Aricó, a quien está dedicado el libro– sino la del auténtico y primer Lucifer: Karl Marx. Realiza así un extenso recorrido que, comenzando con esa imagen demoníaca propugnada por la prensa que reflejaba los temores suscitados por la Comuna de París, pasa por las diferentes lecturas que emprenderían los exiliados de esa insurrección, los socialistas alemanes encabezados por Germán Avé Lallemant, y los argentinos a partir de las interpretaciones de su líder Juan B. Justo, para concluir con el abordaje que del marxismo realizaran las ciencias sociales en proceso de consolidación a comienzos del siglo XX. Pero el carácter múltiple del trabajo no se funda solamente en la pluralidad de momentos de la recepción del marxismo sino también en la de quienes lo incorporaban –intelectuales tradicionales, obreros intelectuales deveni-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dos dirigentes de organizaciones políticas, obreros intelectualizados, delegados gremiales, obreros asociados– y, consiguientemente, en la de los registros en los que se tramitaba esa recepción –desde las grandes obras doctrinarias a los artículos en la prensa, desde las discusiones académicas a los rituales que dan forma a un imaginario socialista–. Por ello el libro puede, y tal vez debe, leerse como un trabajo de historia intelectual, como una historia cultural que da cuenta de las reapropiaciones populares de las doctrinas de los intelectuales, como una historia política centrada en los primeros años del Partido Socialista, como una historia de la miríada de iniciativas de publicación de periódicos, folletos y bibliotecas socialistas.

Entre esa pluralidad de registros hay sin embargo uno en el que –en una ejemplar Introducción plena de precisiones metodológicas y distinciones conceptuales– Tarcus busca enmarcar la línea principal de su trabajo: la de los estudios de historia intelectual centrados en los fenómenos de recepción de ideas. El propósito declarado –abordar los modos, los canales y los agentes a través de los cuales el pensamiento de Marx ingresó a la Argentina–, señala el autor, se ubicaría en las antípodas de la búsqueda de un "verdadero Marx" o de una "lectura correcta" de su obra. Sin embargo, adelantamos, no siempre podrá mantenerse fiel a esas premisas, y ya desde la Introducción se dejarán oír los ecos del lamento de Walter Benjamin, una voz que cuestiona el primado de una lectura determinista y fatalista que habría tendido a obliterar el legado filosófico-crítico de Marx.

El recorrido se abre con una primera recepción, la de la década de 1870, que contiene al menos tres recepciones distintas. En primer lugar, la de la prensa que, sorprendida y atemorizada por la Comuna de París, va posando sus ojos primero sobre la Internacional, vista conspirativamente como la organizadora de esa experiencia, y luego sobre un luciferino Karl Marx, a quien juzga el líder de la Internacional. En segundo lugar, la de los comuneros exiliados que organizan las primeras secciones locales de la Internacional. Finalmente, la del belga Raymond Wilmart, militante de la Internacional y enviado de Marx a Buenos Aires, quien –como muestran los documentos incorporados por Tarcus en un Apéndice, fuentes que serán referencias imprescindibles para futuras investigaciones– pasa del entusiasmo a la decepción acerca de las perspectivas que estas tierras presentan para la acción socialista. Tarcus señala que en los tres casos, el Marx que llega a la Argentina en los 70 es el revolucionario, líder de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), y no el científico autor de *El capital*. Señala asimismo que el discurso revolucionario de la AIT que planteaba la necesidad de constituir a la clase obrera en partido revolucionario estaba lejos del socialismo ético que profesaban aún los comuneros que habían fundado secciones de la Internacional.

El segundo núcleo de recepción de la obra de Marx es el de los inmigrantes alemanes reunidos en el club Vorwarts. Tarcus reconstruye con detalle su vida institucional y analiza las posiciones que sostenían en el periódico del mismo nombre, lo que le permite, desmintiendo a quienes lo habían considerado como un núcleo marxista, definirlo como un centro de difusión de materiales provenientes de diferentes tradiciones socialistas y aun anarquistas. Este eclecticismo ya había sido señalado por Víctor Klima, quien lo explicaba por la inmadurez del movimiento obrero argentino; Tarcus en cambio, alejándose del tópico de "las ideas fuera de lugar", señala que un similar eclecticismo caracterizaba a la socialdemocracia alemana en la que sólo lentamente se iba imponiendo el vocabulario marxista. Sin embargo, cuando reconstruye los manifiestos impulsando la celebración del 1 de mayo, señalando cómo en ellas se mezclaba el vocabulario marxista con el lassalleano, parece plantear una visión más acabada del marxismo que, sin tomar en cuenta las hibridaciones que subsistían en el discurso de la socialdemocracia alemana que aún no había abandonado su programa de Gotha, lo identifica sin más con el "materialismo histórico".

Tarcus subraya que a partir de fines de 1890 la iniciativa socialista pasa del Vorwarts a la naciente Federación Obrera y a su periódico *El Obrero* en el que la voz principal es la de Germán Avé Lallemant, un ingeniero alemán convertido al marxismo en la provincia de San Luis a partir de la lectura de los materiales difundidos por el Vorwarts, quien plantea la primera interpretación marxista de la formación social argentina. Pero, lamenta el autor, esta lectura, enmarcada en las grandes líneas del marxismo de la II Internacional, despoja a los procesos históricos de su momento subjetivo y negativo para leerlos en clave objetivista, al punto de dar forma a un "marxismo sin sujeto" que postula al socialismo como consecuencia directa del despliegue capitalista. Será este "marxismo automático" el que llevará a abandonar las ideas de revolución violenta y a cuestionar las iniciativas en defensa de la pequeña propiedad agraria; es él también el que explica los, a primera vista más sorprendentes, elogios de la acción civilizadora del imperialismo.

La tercera recepción de Marx es la que tiene lugar en los grupos que formarían el Partido Socialista Argentino. Para enmarcar estas lecturas el autor realiza una reconstrucción minuciosa y bien documentada del laborioso proceso de constitución de ese partido. Señala así la existencia, en el interior de la cultura obrera, de una subcultura socialista y marxista que habría encontrado como principal vehículo de difusión el periódico *El Obrero*, desde el cual y ante la crisis de la Federación Obrera –debida a la crisis económica y a la prédica contraria de los anarquistas– habría impulsado la constitución de un partido político. Agotada la vida del periódico por las disputas internas que pondrían también fin a la Federación, quienes sostenían la necesidad de fundar un Partido Socialista comenzarían a publicar el periódico *La Vanguardia* que se convertiría en el "mediador clave" que, articulando los distintos registros socialistas, haría posible esa fundación. En este punto el autor pasa al registro de la historia intelectual analizando la recepción que Juan B. Justo hiciera de la obra de Marx. Para ello no sólo toma en cuenta distintos textos de Justo de los años 90 sino la política de traducciones de *La Vanguardia*, subrayando que el Marx presente en ella no es el revolucionario de la Internacional sino el científico autor de *El capital* que postularía, junto a otros autores y en discusión con los anarquistas, el carácter evolutivo y pacífico de la revolución. Tarcus identifica en esa concepción de la transformación una "contaminación" del marxismo –y las comillas no logran ocultar el disgusto y cierto deseo de pureza– por el reformismo y el revisionismo, términos que, contrastando con los matices que plantea en otros casos, reúne y asocia con el economicismo.

Creemos que algunas de estas asociaciones implícitas enmarcan la lectura que el autor realiza sobre Juan B. Justo. Comienza reconociendo el conocimiento que Justo tenía de la obra de Marx –al respecto re-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

construye con detalle la gestación de su traducción del primer tomo de *El capital*–, y sigue a Jorge Dotti cuando señala que el cuestionamiento de la dialéctica en nombre del "realismo ingenuo" no tenía en Justo nada de ingenuo sino que obedecía a la "decisión política" de traducir la doctrina socialista de acuerdo con las necesidades de un partido incipiente que buscaba tornarse hegemónico. Pero se distancia del autor de *Justo, lector de "El capital"* al señalar que esto abre nuevos problemas, ya que este "plebeyismo metafísico" llevaría a Justo a abandonar conceptos como praxis, ideología y fetichismo. Postulando, como hizo en la polémica con Enrico Ferri, el carácter capitalista puro de la formación social argentina, Justo habría despojado de connotaciones históricas el proceso de constitución de las masas populares, lo que lo llevaría a desatender identidades como la radical o la anarquista en nombre de un modelo pedagógico de construcción de la identidad socialista. Tarcus también señala, y cuestiona, la lectura alegórica que Justo realiza del carácter de mercancía de la fuerza de trabajo, la que permite una crítica ética al capitalismo y una apelación a los valores democráticos contra el capitalismo. La reivindicación de Dotti –que sostiene que la desatención de Justo de la dialéctica entre igualdad jurídica y desigualdad social permitiría recuperar "lo político en clave socialdemócrata"– lo hace afirmar, indignado, que no es evidente que tal cosa sea una ventaja. Lo de la clave socialdemócrata es obviamente opinable, pero la necesidad de recuperar lo político es, con otra terminología, lo que el mismo Tarcus demanda cuando cuestiona al marxismo economicista y "sin sujeto". Esta incomprensión, creemos, se explica por la equiparación, implícita en todo el trabajo, entre "sujeto" y "sujeto revolucionario", y es lo que lleva a no valorar los esfuerzos de Justo por incorporar el factor subjetivo, ya que –es el caso de su política agraria, que lo aleja de la idea de simplificación del "marxismo automático" de Lallemant– éstos se realizan en una dirección reformista. Las limitaciones de los esfuerzos de Justo son indiscutibles, más problemático es que puedan explicarse por una mala lectura del marxismo.

El trabajo concluye abordando algunos "jalones" significativos en la recepción de Marx en el naciente campo de las ciencias sociales de comienzos de siglo. El punto de partida es la reconstrucción del tránsito de José Ingenieros desde las posiciones revolucionarias y antiestatistas de su juventud –respecto de las cuales demuestra, apoyándose tanto en sus citas como en la política de traducciones que emprende desde *La Montaña*, que debían menos al anarquismo que al socialismo francés y en particular al "allemanismo"– al socialismo reformista de sus años académicos. Más escueto es el abordaje que realiza de las lecturas de Marx en otros dos intelectuales socialistas: Alfredo Palacios –en cuya tesis doctoral identifica una dimensión de condena moral al capitalismo ausente en posiciones como las de Ingenieros– y Enrique Del Valle Iberlucea. También analiza la recepción que de Marx hicieron intelectuales que nunca pertenecieron a las filas socialistas: Carlos Octavio Bunge, Juan Agustín García y Ernesto Quesada. Destaca en este último el conocimiento de los debates del marxismo de su tiempo, conocimiento al que apelaba para, por un lado, señalar a los socialistas la obsolescencia y el carácter sentimental de sus posiciones, y por otro, para advertir a los miembros de la elite sobre la necesidad de atender a la "cuestión social".

Tarcus concluye este largo recorrido encontrando en las palabras de Quesada una prueba de la legitimidad que el marxismo había ido ganando. Ésta seguiría creciendo, de modo que Marx y el marxismo pasarían a tener por décadas un lugar importante en la escena intelectual argentina –a reconstruir ese lugar y a mantener y reactivar ese legado se han orientado buena parte de los esfuerzos de Tarcus, a través de este y otros libros, revistas y de la empresa misma del CEDINCI–. Marx ya no es el "Lucifer moderno", su obra ha ingresado en los ámbitos intelectuales y académicos. La evaluación parece ser celebratoria, sin embargo el tono con el que reconstruye ese recorrido muestra cierta añoranza, cierto deseo de encontrar por detrás del Marx científico que entraba a las aulas, a aquel otro, crítico y revolucionario.

Ricardo Martínez Mazzola
UBA-CONICET

mora

Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Nº 12 / Diciembre 2006

Dossier: Ana Amado, *Fragmentos de violencia* / Francesca Gargallo, *Migración y discriminación de género en el nuevo orden económico global* / Rita Laura Segato, *¿Qué es un feminicidio? Notas para un debate emergente* / Adriana Piscitelli, *Trabajo sexual y turismo sexual: violencia y estigma* / Ana Amado, *El orden de los cuerpos en los años 70. Entrevista a Pilar Calveiro* // Traducciones: Sylvia Molloy, *Identidades sexuales femeninas: estrategias de autofiguración* / Presentación: Elfriede Jelinek, por Ana Amado / Elfriede Jelinek, "El joker. Peter Lorre" / Elfriede Jelinek, "Lost highway" // María Luisa Femenías y María Marta Herrera, Entrevista a Geneviève Fraisse: *Feminismo, filosofía y práctica política* // Artículos: Silvana A. Palermo, *Peligrosas libertarias o nobles ciudadanas. Representaciones de la militancia femenina en la gran huelga fermentaria de 1917* / Tania Diz, *Identidad, cuerpo y mutación. Las columnas periodísticas de Alfonsina Storni en La Nación* / Claudia Pérez, *Un côté de Gomorrhe. Androcentrismo y transposición en los signos amorosos lésbicos de Sodoma y Gomorra de Marcel Proust* / Aranzazu Hernández Piñero, *Género, sexualidad y políticas del reconocimiento. Notas críticas a la teoría de la justicia de Nancy Fraser* / Marcela Turdo, *Un aporte acerca de un caso de intersexualidad. En las fronteras de la bioética y el biopoder* // Reseñas

Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse al Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), Facultad de Filosofía y Letras. UBA.
Puan 480. 4º piso Of. 417 (1406) Capital Federal. República. Argentina.
Fax: (54) (11) 4432-0121. Dirección electrónica: revistamora@filo.uba.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estudios sociales
revista universitaria semestral

Consejo Editorial: Darío Macor (director), Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Hugo Quiroga, César Tcach, Darío Roldán

Nº 32 **primer semestre** **2007**

ARTÍCULOS

RAANAN REIN Y JEFFREY LESSER: *Los conceptos de etnicidad y diáspora en América Latina: la perspectiva judía.*

RODOLFO RICHARD-JORBA: *Crisis económicas y conflictos sociales en Mendoza en la década de 1890 y los primeros años del siglo XX.*

JAVIER MOYANO: *Clericales y liberales en la política cordobesa entre 1890 y 1930.*

CELIA BASCONZUELO: *Los jefes políticos, sus vínculos sociales y las disputas de poder en el departamento Río Cuarto, 1870-1890.*

MARISA MORONI: *La organización y administración de justicia en el Territorio Nacional de la Pampa a fines del siglo XIX.*

NECTALÍ ARIZA ARIZA: *Oligarquías ascendentes en el Estado Soberano de Santander en la segunda mitad de siglo XIX.*

ENTREVISTAS

Marcela Ferrari, Valentina Ayrolo, Ana Laura Lanteri y Mariano Fabris entrevistan a MONIQUE DE SAINT MARTIN.

Gabriel Entin entrevista a BERNARD MANIN.

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral, CC 353, Correo Argentino (3000) Santa Fe, Argentina, e-mail: suspia@fcjs.unl.edu.ar

COMPRAS Y SUSCRIPCIONES: Centro de Publicaciones, UNL, 9 de Julio 3563 (3000) Santa Fe, Argentina, e-mail: editorial@unl.edu.ar www.unl.edu.ar/editorial

Nota para los autores y colaboradores

Los trabajos con pedido de publicación deben enviarse a Cuenca 1449 (1416), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Los trabajos correspondientes a la sección "Artículos" deben ser originales y serán evaluados por árbitros externos, mientras las reseñas y las notas de la sección "Lecturas" serán sometidas a la evaluación de los miembros del Consejo de Redacción.

Los autores deberán observar las siguientes recomendaciones:

a) Deberán enviarse dos copias impresas y un disquete.
b) La extensión de los trabajos correspondientes a la sección "Artículos" no debe exceder los 65 mil caracteres incluidos los espacios en blanco, las citas y notas bibliográficas.
c) Las citas y notas bibliográficas deben ubicarse de la siguiente manera: 1) nombre y apellido del autor; 2) título de la obra en cursiva (en caso de citarse artículo, éste irá entrecomillado y escribiendo en cursiva la publicación en donde fue incluido); 3) lugar de edición; 4) fecha.
d) Los artículos deben ir precedidos de un resumen en castellano y otro en inglés que no debe ser menor de cien palabras ni mayor de ciento cincuenta.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar